EL EVANGELIO

SEGÚN

EL ESPIRITISMO

EL EVANGELIO

SEGÚN

EL ESPIRITISMO

CONTIENE

LA EXPLICACIÓN DE LAS MÁXIMAS MORALES DE CRISTO, SU CONCORDANCIA CON EL ESPIRITISMO Y SU APLICACIÓN A LAS DIVERSAS POSICIONES DE LA VIDA

POR

ALLAN KARDEC

EL EVANGELIO

SEGÚN

EL ESPIRITISMO

CONTIENE

LA EXPLICACIÓN DE LAS MÁXIMAS MORALES DE CRISTO, SU CONCORDANCIA CON EL ESPIRITISMO Y SU APLICACIÓN A LAS DIVERSAS POSICIONES DE LA VIDA

POR

ALLAN KARDEC



Editorial Barcelona B. A.

PREFACIO

———

Los espíritus del Señor que son las virtudes de los cielos, se esparcen por toda la superficie de la tierra como un ejército inmenso, apenas han recibido la orden; parecidos a las estrellas que caen del cielo, vienen a iluminar el camino y a abrir los ojos a los ciegos.

En verdad os digo, que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, para disipar las tinieblas, confundir a los orgullosos y glorificar a los justos.

Las grandes voces del cielo retumban como el sonido de la trompeta, y se reunen los coros de ángeles. Hombres, os convidamos a este divino concierto; que vuestras manos pulsen la lira; que vuestras voces se unan y que en himno sagrado se extiendan y vibren de una a otra parte del Universo.

Hombres, hermanos a quienes amamos, estamos a vuestro lado: amáos también unos a otros, y decid desde el fondo de vuestro corazón, haciendo la voluntad del Padre que está en el cielo: ¡Señor! ¡Señor! y podréis entrar en el reino de los cielos.

EL ESPÍRITU DE VERDAD

NOTA. - Esta instrucción, obtenida medianímicamente, resume a la vez el verdadero carácter del Espiritismo y el objeto de esta obra, por cuya razón ha sido puesta aquí como prefacio.

INTRODUCCION

I. - Objeto de esta obra

En cinco partes pueden divirse las materias que los Evangelios contienen: "Los actos ordinarios de la vida de Cristo, los milagros, las profecías, las palabras que sirvieron para establecer los dogmas de la iglesia, y la enseñanza moral". Si las cuatro primeras han sido objeto de controversias, la última ha subsistido inata cable. Añte este código divino, la misma incredulidad se inclina; es el terreno donde pueden encontrarse todos los cultos y el estandarte bajo el cual todos pue den abrigarse, cualesquiera que sean sus creencias, porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, siempre y por todas partes suscitadas por las cuestio nes de dogma. Por lo demás, si las sectas la hubiesen discutido, hubieran encontrado en esa enseñanza su propia condenación, porque la mayoría han tomado en consideración más la parte mística que la parte moral, que exige la reforma de sí mismo. Para los hombres, en particular, es una regla de conducta que abraza todas las circunstancias de la vida pública o privada, el principio de todas las relaciones sociales fundadas en la más rigurosa justicia; en fin, y sobre todo es el camino infalible de la felicidad verdadera, la parte que nos descorre el velo que cubre la vida futura. Esta parte es el objeto exclusivo de la presente obra.

Todo el mundo admira la moral evangélica, todos proclaman su excelencia y su necesidad, pero muchos lo dicen porque lo han oído decir a tos otros, o bajo la fe de algunas máximas proverbiales; pocos son los que la conocen a fondo, y menos aun los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. En gran parte, la razón consiste en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, ininteligible para el mayor número. La forma alegórica y el misticismo intencional del lenguaje hacen que la mayor parte lo lean por conciencia y por deber, como leen las oraciones, sin comprenderlas, es decir, sin fruto. Los preceptos morales diseminados y confundidos en la masa de otras narraciones, pasan desapercibidos, siendo entonces imposible atender al conjunto y hacer de él una lectura y una meditación separadas.

Es verdad que se han hecho tratados de moral evangélica, pero su estilo literario moderno le ha quitado la sencillez primitiva, que constituye a la vez su encanto y su autenticidad. Lo mismo sucede con las máximas que de ella se han entresacado, reducidas a su más sencilla expresión proverbial, pues entonces se reducen a aforismos que pierden una parte de su valor e interés, por la falta de los accesorios y de las circunstancias en que se dieron.

Para evitar estos inconvenientes, hemos reunido en esta obra los artículos que pueden constituir, propiamente hablando, un código de moral universal, sin distinción de culto; en las citas hemos conservado todo lo útil al desarrollo del pensamiento, quitando o separando sólo las cosas extrañas al objeto. Por lo demás, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Scio, así como la división por versículos. Pero en lugar de seguir un orden cronológico imposible y sin ventaja real en este asunto, hemos agrupado y colocado metódicamente las máximas, según su naturaleza, de manera que tengan relaciones las unas con las otras en lo posible. Las llamadas de los números de

orden de los capítulos y de los versículos, permite re currir a la clasificación vulgar, si se juzga necesario.

Si así no hubiésemos procedido, nuestro trabajo que hubiera sido material, hubiese tenido sólo una utilidad secundaria; lo esencial era ponerlo al alcance de todos por la explicación de los puntos obscuros y el des arrollo de todas las consecuencias, con el fin de que fuera aplicable a las diferentes posiciones de la vida. Esto es lo que hemos intentado con la ayuda de los buenos espíritus que nos asisten.

Muchos puntos del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados, en general, nos son ininteligibles, y muchos de ellos sólo nos parecen irracionales por falta de la clave que nos haga comprender su verdadero sen tido; esta clave está comple ta en el Espiritismo, como han podido convencerse de ello aquellos que lo han estudiado formalmente, y como se comprenderá mejor aún en lo venidero. El Espiritismo se encuentra por doquiera, así en la antigüedad como en las demás épo cas; en todas partes se encuentran sus huellas, en los escritos, en las creencias y en los monumentos, y por esta razón, si abre nuevos horizontes para el porvenir, también arroja una luz no menos viva sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto, hemos a ñadido algunas instrucciones, elegidas entre las dictadas por los espíritus en diferentes países y con la inter vención de diferentes médiums. Si estas instrucciones hubiesen salido de un solo origen, hubieran podido sufrir una influencia personal o la del centro, mientras que la diversidad de orígenes prueba que los espíritus dan sus enseñanzas en todas partes, y que no hay nadie privilegiado bajo este concepto. (1)

---

(1) Sin duda que hubiéramos podido dar, sobre cada asunto, mayor número de comunicaciones obtenidas en una multitud de poblaciones y centros espiritistas que las que citamos, pero ante todo hemos creído de-

Esta obra es para uso de todos; cada uno puede sacar de la misma los medios de arreglar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espiritistas encontrarán en ella las aplicaciones que les conciernen más especialmente. Desde hoy en adelante, gracias a las comunicaciones establecidas de una manera permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica, enseñada a todas las naciones por los mismos espíritus, ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y será inducidos incesantemente, por los consejos de sus guías espirituales, a ponerla en práctica. Las instrucciones de los espíritus son verdaderamente "las voces del cielo" que vienen a iluminar a los hombres y a convidarles "a la práctica del Evangelio".

II. - Autoridad de la doctrina espiritista

COMPROBACION UNIVERSAL DE LA ENSEÑANZA DE LOS ESPÍRITUS

Si la doctrina espiritista fuese una concepción puramente humana no tendría otra garantía que las luces del que la hubiera concebido, y nadie en la tierra podría tener la pretensión fundada de poseer él solo la verdad absoluta. Si los espíritus que la han revelado se hubiesen manifestado a un solo hombre, nada garantizaría su origen, porque sería menester creer bajo su palabra al que dijera que había recibido sus enseñanzas. Conce-

---

ber evitar la monotonía de las repeticiones inútiles y limitar nuestra elección a las que, por el fondo y la forma, entran más particularmente en el cuadro de esta obra, reservando para ulteriores publicaciones las que no han podido publicarse en ésta.

En cuanto a los MÉDIUMS, nos hemos abstenido de nombrarlos. La mayor parte nos lo han solicitado, y en este caso no convenía hacer excepciones. Por otra parte, los nombres de los médiums no hubieran dado más valor a la obra de los espíritus; en este caso sólo hubiera sido una satisfacción de amor propio, lo que no gusta a los mediuns verdaderamente formales; comprenden que siendo su papel puramente pasivo, el valor de las comunicaciones en nada realza su mérito personal, pues sería pueril envanecerse por un trabajo de inteligencia al que sólo se presta un concurso mecánico.

diéndole una completa sinceridad, a lo más, podría convencer a las personas que le rodeasen; podría tener secretarios, pero nunca conseguiría reunir a todo el mundo.

Dios ha querido que la nueva revelación llegase a los hombres por un camino más rápido y más auténtico, por esto ha encargado a los espíritus el llevarla de uno a otro polo, manifestándose en todas partes, sin conceder a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra. Un hombre puede ser engañado puede engañarse a sí mismo, más no podría suceder lo mismo cuando millones de ellos ven y oyen la misma cosa: esto es una garantía para cada uno y para todos. Por otra parte, puede hacerse desaparecer a un hombre, pero no puede hacerse que desaparezcan las masas; pueden quemarse los libros, pero no se pueden quemar los espíritus; pues si se quemaran todos los libros, el origen de la doctrina no sería menos invulnerable, por lo mismo que no está en la tierra, sino que surge de todas partes y que todos pueden obtenerla. A falta de hombres para explicarla, habrá siempre espíritus que alcanzan a todo el mundo y a quienes nadie puede alcanzar.

En realidad, los mismos espíritus son los que hacen la propaganda, con el auxilio de innumerables médiums. que ellos mismos suscitan en todas partes: Si no hubiesen tenido más que un intérprete, por favorecido que se viera, apenas se conocería el Espiritismo; este mismo intérprete, a cualquier clase que perteneciése, sería objeto de prevención de muchas gentes, no le hubieran aceptado todas las naciones; mientras que comunicándose los espíritus en todas partes, a todos los pueblos, a todas las sectas y a todos los partidos, son aceptados por todos. El Espiritismo no tiene nacionalidad y está fuera de todos los cultos particulares; no se ha impuesto por ninguna clase de la sociedad, puesto que cada uno puede recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba. Así debía ser para

que pudiese llamar a todos los hombres a la fraternidad, pues de no colocarse en un terreno neutral, hubiera mantenido las discusiones en vez de aclamarlas.

Esta universalidad en la enseñanza de los espíritus constituye la fuerza del Espiritismo y esta es también la causa de su rápida propagación; mientras que la voz de un solo hombre, aun cuando hubiese tenido el auxilio de la prensa, hubiera tardado siglos en ser oída de todos. Ahora tenéis millares de voces que se hacen oír simultáneamente en todas partes para proclamar los mismos principios y transmitirlos, tanto a los más ignorantes como a los más sabios a fin de que nadie quede desheredado. De esta ventaja no ha gozado ninguna de las doctrinas que han aparecido hasta hoy. Sí, pues, el Espiritismo es una verdad, no teme ni la mala voluntad de los hombres, ni las revoluciones morales; ni los cataclismos físicos del globo, porque nada de todo esto puede alcanzar a los espíritus.

Pero no es esta la sola ventaja que resulta de semejante posesión excepcional: el Espiritismo encuentra en ella una garantía muy poderosa contra los cismas que podrían suscitarse, ya por la ambición de algunos, ya por las contradicciones de ciertos espíritus. Seguramente que estas contradicciones son un escollo; pero llevan consigo el remedio al lado del mal.

Se sabe que los espíritus, a consecuencia de la diferencia que existe entre sus capacidades, individualmente están lejos de poseer la verdad absoluta; que no a todos les está dado el penetrar ciertos misterios; que su saber es proporcionado a su purificación, que los espíritus vulgares no saben más que los hombres, y menos que ciertos hombres; que hay entre ellos, como entre estos últimos, presumidos y sabios de falsa instrucción, que creen saber lo que no saben; sistemáticos que toman sus ideas por la verdad, y, en fin, que los espíritus de un orden más elevado, los que están completamente desmaterializados, son los únicos que se

han despojado de las ideas y de las preocupaciones te rrestres; pero también se sabe que los espíritus mentirosos no tienen reparo en tomar nombres supuestos para hacer aceptar sus utopías. Resulta de esto, que todo lo que está fuera de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno puede obtener, tienen un carácter individual sin autenticidad, que debén ser consideradas como opiniones personales de tal o cual espíritu y que se cometería una imprudencia aceptándolas y promulgándolas ligeramente como verdades absolutas.

La primera comprobación, sin duda, es la de la razón, a la que es preciso someter, sin excepciones, todo lo que viene de los espíritus; toda teoría en contradicción manifiesta con el buen sentido, con una lógica riguro sa, y con los datos positivos que se poseen, sea quien quiera el que la firme, debe ser rechazada. Pero esta comprobación, es incompleta en muchos casos, a con secuencia de la insuficiencia de las luces de ciertas personas, y de la tendencia de muchos a tomar su propio juicio por único árbitro de la verdad. En caso se mejante ¿qué hacen los hombres que no tienen con fianza absoluta en si mismos? Toman consejos del mayor número, y la opinión de la mayoría en su guía; así debe ser respecto a la enseñanza de los espíritus, cuyos medios nos proporcionan ellos mismos.

La concordancia en la enseñanza de los espíritus es, pu es, la mejor comprobación; pero es menester tam bién para ello que tenga lugar en ciertas condiciones. La menos segura de todas es la de un médium que pregunta a muchos espíritus sobre un punto dudoso, es evidente que, si está bajo el imperio de una obsesión y si tiene que habérselas con un espíritu mentiroso, este espíritu puede decirle la misma cosa bajo nom bres diferentes. Tampoco hay una garantía suficiente en la conformidad que se puede obtener por los mé diums de un solo centro, porque todos pueden e star bajo la misma influencia. "La única garantía formal

de la enseñanza de los espíritus, está en la concordancia que existe entre las revelaciones dadas **espontáneamente** con la intervención de un gran número de médiums desconocidos los unos de los otros y en diversos países". Se concibe que no hablamos ahora de las comunicaciones relativas a intereses secundarios, sino de lo que hace referencia a los mismos principios de la doctrina. La experiencia prueba que cuando un principio nuevo debe recibir su solución, se enseñe espontáneamente en diferentes puntos a la vez, y de una manera idéntica, sino en la forma, al menos en el fondo. Si, pues, le place a un espíritu formular un sistema excéntrico, basado sólo en sus ideas y fuera de la verdad, puede tenerse por seguro que este sistema quedará circunscrito y caerá ante la unidad de las instrucciones dadas en las demás partes, como ha habido ya diferentes ejemplos. Esa unanimidad es la que ha hecho caer todos los sistemas parciales, nacidos en el origen del Espiritismo, cuando cada cual explicaba los fenómenos a su modo y antes de que se conociesen las leyes que rigen las relaciones del mundo visible con el mundo invisible.

Tal es la base en que nos apoyamos cuando formulamos un principio de la doctrina, sin que lo demos como verdadero porque esté conforme con nuestras ideas; de ninguna manera queremos ser árbitros supremos de la verdad, y no decimos a nadie: "Creed tal cosa porque la decimos nosotros". Nuestra opinión sólo es una opinión personal, que puede ser justa o falsa, porque no somos más infalibles que los otros, ni tampoco es verdadero para nosotros un principio porque se nos ha enseñado, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

En nuestra posesión, recibiendo las comunicaciones de cerca de mil centros espiritistas formales, diseminados por todas las partes del globo, estamos en el caso de ver los principios en que se establece esta concordancia; esta observación es la que nos ha guiado

hasta hoy, y la que nos guiará en los nuevos campos que el Espiritismo está llamado a explotar. Así es que, estudiando atentamente las comunicaciones que vienen de diferentes partes, tanto de Francia como del extranjero, notamos por las revelaciones de una naturaleza enteramente especial, que hay una tendencia a entrar en una nueva senda y que ha llegado el momento de dar un paso más. Estas revelaciones, hechas a monudo con palabras encubiertas, han pasado desapercibidas para muchos de aquellos que las han recibido; otros creen que sólo ellos las han recibido. Obtenidas aisladamente, no tendrían ningún valor para nosotros; pero su coincidencia les da mucha gravedad; cuando llegue el momento de darlas toda la publicidad, cada uno se acordará de haber recibido instrucciones en el mismo sentido. Este es el movimiento general que observamos, que estudiamos con asistencia de nuestros guías espirituales, y que nos ayuda a juzgar de la oportunidad que hay para nosotros de hacer una cosa o abstenernos de ella.

Esta comprobación universal es una garantía para la unidad futura del Espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias. En esto se buscará en el porvenir el criterio de la verdad. Lo que ha contribuido a que tuviera buen éxito la doctrina formulada en el **Libro de los Espíritus** y en el **Libro de los Médiums**, es que, en todas partes, todos han podido recibir directamente de los espíritus la confirmación de lo que esos libros contienen. Si en todas partes los espíritus los hubiesen contradicho, hace tiempo que esos libros hubieran sufrido la suerte de todas las concepciones fantásticas. Ni aun el apoyo de la prensa les hubiera salvado del naufragio, al paso que, privados de él, no por esto han dejado de hacer un camino rápido; porque han tenido el apoyo de los espíritus, cuya buena voluntad compensa con ventaja la mala voluntad de los hombres. Lo mismo sucederá con todas las ideas que, viniendo de los espíritus o de los hombres, no puedan

soportar esta comprobación, cuyo poder nadie puede negar.

Supongamos, pues, que ciertos espíritus quieran dictar, bajo cualquier título, un libro en sentido contrario; supongamos además que con una intención hostil y con la mira de desacreditar la doctrina, suscitase la malevolencia de comunicaciones apócrifas; ¿qué influencia podrían tener estos escritos, si son desmentidos en todas partes por los espíritus? Es menester asegurarse de la adhesión de estos últimos antes de lanzar un sistema en su nombre. Del sistema de uno solo al sistema de todos, hay la misma distancia que de la unidad al infinito. ¿Qué pueden todos los argumentos de los detractores sobre la opinión de las masas, cuando millares de voces amigas, salidas del espacio, van a todas las partes del universo, al seno de cada familia, a batirlos en brecha? La experiencia, con respecto a este asunto, ¿no ha confirmado ya la teoría? ¿En qué han venido a parar todas esas publicaciones que debían, digámoslo así, anonadar al Espiritismo? ¿Cuál es la que tan siquiera ha detenido su marcha? Hasta hoy no se había mirado esta cuestión bajo este punto de vista, cuestión de las más graves sin duda; todos han contado consigo mismo, pero no con los espíritus.

El principio de la concordancia es también una garantía contra las alteraciones que podrían hacer experimentar al Espiritismo las sectas que quisieran apoderarse de él en provecho suyo y acomodarlo a sus miras. Cualquiera que intentase desviarlo de su objeto providencial, fracasaría, por la sencilla razón de que los espíritus con la universalidad de su enseñanza, harían desaparecer toda modificación que se apartase de la verdad.

De todo esto resulta una verdad capital, y es, que cualquiera que pretenda poner trabas al curso de las ideas establecido y sancionado, podrá muy bien causar una pequeña perturbación local y momentánea, pero nunca dominará el conjunto, ni en el estado presente, ni en el porvenir.

También se desprende de esto que las instrucciones dadas por los espíritus sobre les puntos de la doctrina, que aun no se han dilucidado, no pueden tener fuerza de ley mientras permanezcan aisladas, y que, por con siguiente, no pueden ser aceptadas sino con todas las reservas y a título de reseña.

De aquí la necesidad de tener en su publicación la mayor prudencia; y en el caso en que se creyese deber publicarlas, conviene no sean presentadas sino como opiniones individuales más o menos probables, pero teniendo en todo caso necesidad de confirmación. Esta confirmación es la que es necesario esperar antes de presentar un principio como verdad absoluta, si no se quiere ser acusado de ligereza o de credulidad irreflexiva.

Los espíritus superiores en sus comunicaciones, pro ceden con extremada prudencia y no abordan las grandes cuestiones de la doctrina sino gradualmente, a medida que la inteligencia es apta para comprender verdades de un orden más elevado y cuando las cir cunstancias son propicias para la emisión de una nueva idea. Por esta razón no lo han dicho todo desde un principio ni tampoco lo han dicho todo hoy, no cediendo jamás a las instigaciones de las personas demasiado impacientes que quieren coger el fruto antes de estar sazonado. Sería, pues, superfluo querer precipitar el tiempo designado a cada cosa por la Providencia, por que entonces los espíritus verdaderamente formales niegan positivamente su concurso, y los espíritus lige ros, importándoles poco la verdad, contestan a todo; por esta razón, sobre todas las preguntas prematuras, siempre hay respuestas contradictorias.

Los principios emitidos más arriba no son producto de una teoría personal, sino consecuencia forzosa de las condiciones en que se manifiestan los espíritus. Es evidente que si un espíritu dice una cosa por un lado, mientras que millones de espíritus dicen lo contrario por otro, la presunción de verdad no puede hallarse de

parte del que está solo, ni siquiera aproximarse a su parecer; por lo demás, pretender que uno solo tenga razón contra todos, sería tan ilógico de parte de un espíritu como de parte de los hombres. Los espíritus verdaderamente sabios, si no creen estar bastante ilustrados sobre una cuestión, no la resuelven jamás de una manera absoluta; declaran que sólo la tratan desde su punto de vista, y aconsejan ellos mismos que se espere la confirmación.

Por grande, hermosa y justa que sea una idéa, es imposible que desde su principio cuente con todas las opiniones. Los conflictos que de ello resultan son consecuencia inevitable del movimiento que se opera; son hasta necesarios para hacer resaltar más la verdad, y es útil que tenga lugar en su principio para que las ideas falsas se gasten más pronto. Los espiritistas que concibiesen sobre ello algún temor, deben estar bien tranquilos. Todas las pretensiones aisladas caerán por la fuerza de las cosas, ante el grande y poderoso criterio de la comprobación universal.

No se unirán a la opinión de un hombre, sino a la voz unánime de los espíritus; no será un hombre, **y mucho menos yo**, el que funde la ortodoxia espiritista; tampoco será un espíritu el que venga a imponerse a cualquiera que sea; será la universalidad de los espíritus, comunicándose en toda la tierra por orden de Dios; este es el carácter esencial de la doctrina espiritista, y ésta es su fuerza, ésta es su autoridad. Dios ha querido que su ley fuese asentada en una base indestructible; por esto no ha querido que se apoyasen en la frágil cabeza de uno solo.

Ante este poderoso areópago, que no conoce ni espíritu de corporación, ni rivalidades celosas, ni sectas, ni naciones, vendrán a estrellarse todas las oposiciones, todas las ambiciones, torlas las pretensiones a la supercheria individual, "si nosotros quisiéramos substituir nuestras propias ideas a sus decretos soberanos, nos otros mismos nos estrellaríamos"; El solo es el que re-

solverá todas las cuestiones litigiosas; el que acallará las disidencias y dará la razón a quien de derecho la tenga.

Ante este imponente concierto de todas las voces del cielo, ¿qué puede la opinión de un solo hombre o de un espíritu? Menos que una gota de agua que se pierde en el Océano, menos que la voz del niño que la tem pestad sofoca.

La opinión universal es el juez supremo, la que habla en definitiva y se forma de todas las opiniones individuales; si una de ellas es verdadera, sólo tienen en la balanza su peso relativo; si es falsa, no puede sobre pujar a las otras. En este inmenso concurso las individualidades desaparecen, y este es un nuevo jaque al orgullo humano.

Ese conjunto armonioso se dibuj a ya, y no concluirá este siglo sin que brille en todo su esplendor de una manera que fije todas las incertidumbres, porque de aquí a entonces, voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír para reunir a los hombres bajo un mismo estandarte, apenas el campo esté suficiente mente cultivado. Mientras tanto, el que fluctúa entre dos sistemas opuestos, puede observar en qué sentido se pronuncia la opinión general; este es el indicio cierto del sentido en que se manifiestan la.mayoría de los es píritus en los diferentes puntos en que se comunican, y esta es también la señal no menos cierta del sistema que vencerá.

III. - Noticias históricas

Para comprender bien ciertos pasajes del Evangelio, es necesario conocer el valor de muchas palabras que se emplean en él con frecuencia, y que caracterizan el estado de las costumbres y de la sociedad judáica de aquella época. No teniendo ya estas palabras para nosotros el mismo sentido, han sido mal interpretadas a menudo, y por la misma razón, han dejado una especie de incertidumbre. La inteligencia de su significado ex-

plica además el sentido verdadero de ciertas máximas que parecen extrañas a primera vista.

Samaritanos. Después del cisma de las diez tribus, Samaria vino a ser la capital del reino disidente de Israel. Destruida y vuelta a edificar muchas veces, fué, bajo el dominio de los romanos, la capital de la Samaria, una de las cuatro divisiones de la Palestina; Herodes, llamado el Grande, la embelleció con suntuosos monumentos, y para lisonjear a Augusto, la dió el nombre de **Augusta** en griego **Sebaste.**

Los samaritanos casi siempre estuvieron en guerra con los reyes de Judá; una aversión profunda, que da taba de la separación, se perpetuó constantemente entre los dos pueblos, que evitaban todas las relaciones recíprocas. Los samaritanos, para hacer la separación más profunda y no tener que ir a Jerusalén para la celebración de las fiestas religiosas, se construyeron un templo particular y adoptaron ciertas reformas: sólo admitían el Pentateuco, que contenía la ley de Moisés, y rechazaban todos los libros que se unieron después. Los libros sagrados estaban escritos en caracteres hebreos de la mayor antigüedad. Para los judíos ortodoxos, eran herejes y por lo mismo, anatematizados, despreciados y perseguidos. El antagonismo de las dos naciones tenía, pues, por único principio la divergencia de opiniones religiosas, aunque sus creencias tuviesen el mismo origen; eran los protestantes de aquel tiempo.

Aun se encuentran hoy samaritanos en algunas comarcas de Levante, particularmente en Naplousa y en Jaffa. Observan la ley de Moisés con más rigor que los otros judíos, y sólo entre si contraen alianza.

Nazarenos. Nombre dado en la antigua ley a los Judíos que hacían voto, ya temporal ya vitaliciamente, de conservar una pureza perfecta; se obligaban a la castidad, a la abstinencia de los licores y a conservar sus cabelleras. Samsón, Samuel y Juan Bautista, eran nazarenos.

Más tarde los judíos dieron este nombre a los primeros cristianos, por alusión a Jesús de Nazareth.

Este fué también el nombre de una secta herética de los primeros siglos de la era cristiana, que, lo mismo que los ebionistas, de los que adoptan ciertos principios, mezclaban las prácticas mosáicas con los dogmas cristianos. Esta secta desapareció en el siglo cuarto.

Publicanos. En la antigua Roma, se llamaban así los arrendadores de las contribuciones públicas, encargados del cobro de los impuestos y rentas de toda clase, ya en la misma Roma, o ya en las demás partes del imperio: eran análogas a los arrendadores generales y tratantes del antiguo régimen en Francia, y a los que aun existen en algunas comarcas. Los peligros que corrían hacía que pasasen desapercibidas las riquezas que adquirían muy a menudo y que para muchos eran producto de exacciones y beneficios escandalosos. El nombre de publicanos se extendió más tarde a todos aquellos que tenían el manejo del tesoro público, y también a los agentes subalternos. Hoy se toma esta palabra como epíteto para designar a los hacendistas y agentes de negocios poco escrupulosos; algunas veces se dice: "Avido como un publicano", "rico como un publicano", tratándose de una fortuna mal adquirida.

De la dominación romana, el impuesto fué lo que los judíos aceptaron más difícilmente y lo que les causó más irritación; de aquí se siguieron motines, y se hizo de esto una cuestión religiosa, porque se miraba contrario a la ley. Hasta se formó un partido poderoso, a cuyo frente estaba un tal Judá, llamado el Golanita, que tenía por principio no pagar el impuesto. Los judíos tenían, pues, horror a éste, y por consiguiente, a todos los que estaban encargados de cobrarlo; de aquí vino la aversión a los publicanos de todas clases, entre los cuales podía haber personas muy estimables, pero que en razón de su oficio, eran menospreciadas, lo mismo que los que se relacionaban con ellos, y que eran

confundidos en igual reprobación. Los judíos de distinción hubieran creído comprometerse teniendo con ellos relaciones de intimidad.

Los Peageros. Eran los preceptores de baja esfera, encargados principalmente de cobrar los derechos de entrada en las ciudades. Sus funciones correspondían, poco más o menos, a las de los aduaneros y receptores de derechos de puertas, quienes merecían la misma reprobación que los publicanos en general. Por esta razón en el Evangelio se encuentra con frecuencia el nombre de **Publicano** unido al de **gentes de mala vida**; esta calificación no implicaba la de disolutos y vagos; era un término de desprecio, sinónimo de **gentes de mala compañía**, indignas de relaciones con las **gentes de buena conducta.**

Fariseos (del hebreo **Pharasch**, división, separación). La tradición formaba una parte importante de la Teología judáica; consistía en la colección de las interpretaciones sucesivas dadas sobre el sentido de las Escrituras y que habían venido a ser artículos de dogma. Entre los doctores, este asunto era objeto de interminables discusiones, y las más de las veces sobre simples cuestiones de palabras o de forma, por el estilo de las disputas teológicas y de las sutilezas escolásticas de la edad media; de ahí nacieron diferentes sectas que pretendían tener cada una el monopolio de la verdad, y como acontece casi siempre; se detestaban cordialmente las unas a las otras.

Entre estas sectas, la más influyente era la de los fariseos que tuvo jefe a **Hillel**, doctor judío que nació en Babilonia, fundador de una escuela célebre, en la que se enseñaba que la fe sólo se debía a las Escrituras. Su origen se remonta al año 180 ó 200 antes de J. C. Los fariseos fueron perseguidos en diversas épocas, notablemente bajo el mando de Hirtano, soberano pontífice y rey de los judíos, de Aristóbulo y de Alejandro, rey de Siria; sin embargo, este último habiéndoles vuelto sus honores y sus bienes, afianzaron su poder,

que conservaron hasta la **ruina de Jerusalén**; el año 70 de la era cristiana, época en que desapareció su nombre a consecuencia de la dispersión de los judíos.

Los fariseos tomaban una parte activa en las controversias religiosas; serviles observadores de las prácticas exteriores del culto y de las ceremonias, llenos de un celo ardiente de proselitismo, enemigos de los innovadores, afectaban una grande severidad de principios; pero bajo las apariencias de una devoción meticulosa, ocultaban costumbres disolutas, mucho orgullo, y sobre todo, un amor excesivo de mando. La religión era para ellos antes un medio de medrar, que objeto de fe sincera. Sólo tenían el exterior y la ostentación de la virtud; mas así ejercían una grande influencia sobre el pueblo, a cuyos ojos pasabán por unos santos, y por esto eran tan poderosos en Jerusalén.

Creían, o al menos hacían ver que creían, en la Providencia, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y en la resurrección de los muertos. (Cap. IV, número 4). Jesús, que apreciaba ante todo la sencillez y las cualidades del corazón, que prefería en la ley **el espíritu que vivifica a la letra que mata**, se dedicó, durante su misión a desenmascarar la hipocresía de aquéllos y por consiguiente, tuvo en ellos enemigos encarnizados; por esto se unieron con los príncipes de los sacerdotes para amotinar al pueblo contra El y hacerle perecer.

Escribas. Nombre dado en un principio a los secretarios de los reyes de Judá, y a ciertos intendentes de los ejércitos judáicos; más tarde esta designación se aplicó especialmente a los doctores que enseñaban la ley de Moisés y la interpretaban al pueblo. Hacían causa común con los fariseos, de cuyos principios participaban, así como de su antipatía contra los innovadores, y por esto Jesús les confunde en la misma reprobación.

Sinagoga, (del griego **Sunagogué**, asamblea, congregación). En Judea sólo había un templo (que era

el de Salomón), en Jerusalén, en donde se celebraban las grandes ceremonias del culto. Los judíos acudían allí todos los años en peregrinación por las principales fiestas, tales como la de Pascua, la Dedicación, y los Tabernáculos. Con motivo de estas fiestas hizo Jesús muchos viajes a Jerusalén. Las otras ciudades no tenían templos, sino sinagogas, edificios en donde se reunían los judíos el día de sábado para hacer las oraciones públicas bajo la dirección de los ancianos y de los escribas, o doctores de la ley; había también lectura de libros sagrados, que se explicaban y comentaban; todos podían tomar allí la palabra, y así es que Jesús sin ser sacerdote, enseñaba en las sinagogas los días de sábado.

Después de la ruina de Jerusalén y de la dispersión de los judíos, las sinagogas, en las ciudades que habitaban, les servían de templos para la celebración de culto.

Saduceos. Secta judáica que se formó hacia el año 248 antes de J. C.; llamada así de **Sadock**, su fundador. Los saduceos no creían ni en la inmortalidad del alma, ni en los buenos y malos ángeles; sin embargo, creían en Dios, pero no esperando nada después de la muerte, no le servían sino con la mira de recompensas temporales, a lo que, según ellos, se limitaba su providencia; la satisfacción de los sentidos era también a sus ojos el objeto esencial de la vida. En cuanto a las escrituras, se atenían al texto de la antigua ley, no admitiendo ni la tradición ni ninguna interpretación; colocaban las buenas obras y la ejecución pura y simple de la ley, sobre las prácticas exteriores del culto; como se ve, eran los materialistas, los deístas y los sensualistas de la época. Esta secta era poco numerosa, pero contaba con personajes importantes, y vino a ser un partido político constantemente opuesto a los fariseos.

Esenienses o Esseneenses, secta judáica fundada hacia el año 150 antes de J. C.; en tiempo de los Macabeos, y cuyos miembros, que habitaban en una

especie de monasterio, formaban entre sí una clase de asociación moral y religiosa. Se distinguían per sus costumbres dulces y virtudes austeras, enseñaban el amor a Dios y al prójimo, la inmortalidad del alma y creían en la resurrección. Vivían en el celibato, condenaban la esclavitud y la guerra, sus bienes eran comu nes y se entregaban a la agricultura. Opuestos a los saduceos sensuales que negaban la inmortalidad, y a los fariseos rígidos por sus prácticas exteriores entre los cuales la virtud era aparente, no tomaron parte en ninguna de las querellas que dividían a estas dos sectas. Su género de vida se aproximaba a la de los primitivos cristianos, y los principios de moral que profesaban han hecho pensar a algunas personas que Jesús formó parte de esta secta antes de que empezara su misión pública. Lo que es cierto es que debió conocerla; pero nada prueba que se hubiese afiliado a ella y todo lo que se ha escrito sobre este asunto es hipotético (1).

Terapeutas, (del griego **therapeutai**, derivado de therapeuein, servir, cuidar; es decir, servidores de Dios, o curanderos); sectarios judíos contemporáneos de Cristo, establecidos principalmente en Alejandría de Egipto; tenían mucha relación con los essenienses, cuyos principios profesaban, y se entregaban a la prác tica de la virtud como ellos. Su alimento era en extre mo frugal; entregados al celibato, a la contemplación y a la vida solitaria, formaban una verdadera orden religiosa. Philon, filósofo judío, platoniano de Alejan dría, fué el primero que habló de los terapeutas, y los llama una secta de judaísmo. Eusebio, San Jerónimo y otros padres, creen que eran cristianos. Ya fuesen judíos, ya cristianos, es evidente que lo mismo que los essenienses, formaron el eslabón entre el judaísmo y el cristianismo.

(l) "La muerte de Jesus", que se dice escrita por un hernano Esseniense, es un libro completamente apócrifo escrito con la mira de servir a una opinión y que en sí mismo encierra la prueba de su origen moderno.

IV. - Sócrates y Platón

PRECURSORES DE LA IDEA CRISTIANA Y DEL ESPIRITISMO

De que Jesús conociera la secta de los esenienses, no se sigue por esto que tomase de ellos su doctrina, y que si hubiese vivido en otro centro, hubiera profesado otros principios. Las grandes ideas nunca se desarrollan súbitamente; las que tienen por base la verdad tienen siempre precursores que parcialmente preparan el camino, y después, cuando llega su tiempo, Dios manda a un hombre con misión para resumir, coordinar y completar estos elementos esparcidos y formar con ellos un cuerpo; de este modo, no llegando la idea bruscamente, a su aparición, encuentra espíritus dispuestos para aceptarla. Así ha sucedido con la idea cristiana, que fué presentida muchos siglos antes de Jesús y los essenienses, y cuyos principales precursores fueron Sócrates y Platón.

Sócrates, lo mismo que Cristo, no escribió o al menos no ha dejado ningún escrito; lo mismo que El, murió como los criminales, víctima del fanatismo, por haber atacado las creencias vulgares y por haber sobrepuesto la virtud real a la hipocresía y a las formas externas; en una palabra, por haber combatido las preocupaciones religiosas. Así como Jesús fué acusado por los fariseos de corromper al pueblo con sus enseñanzas, también fué Sócrates acusado por los fariseos de su tiempo, pues, los ha habido en todas épocas, de corromper a la juventud, proclamando el Dogma de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma y de la vida futura. Del mismo modo que no conocemos la doctrina de Jesús mas que por los escritos de sus discípulos, tampoco conocemos la de Sócrates más que por los escritos de su discípulo Platón. Creemos de utilidad el resumir aquí sus puntos más culminantes, para demostrar su concordancia con los principios del Cristianismo.

A los que acaso viesen en este paralelo como una profanación y pretendieran que no puede haber paridad entre la doctrina de un pagano y la de Cristo, contestaremos que la de Sócartes no era pagana, pues to que tenía por objeto combatir el paganismo; que la doctrina de Jesús, más completa y más depurada que la de Sócrates, no pierde nada en la comparación; que la grandeza de la misión divina de Cristo no puede ser aminorada por ello, y que, por otra parte, estos son hechos históricos que no pueden negarse, El hombre ha llegado a la época en que la luz por sí misma sale de debajo del celemín y está bien dispuesto para mirarla de frente: tanto peor para los que no se atre ven a abrir los ojos. Ha llegado el tiempo de mirar las cosas con libertad y de muy alto, y no desde el punto de vista mezquino y reducido de los intereses de secta y de casta.

Por otra parte, estas citas probarán que si Sócrates y Platón presintieron la idea cristiana, se encuentran igualmente en su doctrina los principios fundamenta les del Espiritismo.

RESUMEN DE LA DOCTRINA DE SOCRATES Y PLATÓN

I. **El hombre es un alma encarnada. Antes de su encarnación existia unida a los tipos primordiales, a las ideas de lo verdadero, del bien y de lo bello, de las que se separa encarnándose, y recordando su pasado, está más o menos atormentada por el deseo de volver a él.**

No puede enunciarse más claramente la distinción y la independencia del principio inteligente y del principio material; además, es la doctrina de la pre existencia del alma, de la vaga intuición que conserva de otro mundo al cual aspira de su supervivencia al cuerpo, de su salida del mundo espiritual para encar narse y de su vuelta a este mundo después de la muerte; es, en fin, el germen de la doctrina de los ángeles caídos.

II. **El alma se desvía y se turba cuando se sirve del cuerpo para considerar algún objeto; tiene vértigos como si estuviera**

ebria, porque se une a cosas que están por su naturaleza sujetas a cambios, en vez de que, cuando contempla su propia esencia, se dirige hacia lo que es puro, eterno, inmortal, y siendo de la misma naturaleza, permanece allí tanto tiempo como puede; entonces sus extravios cesan, porque está unida a lo que es inmutable, y este estado del alma es lo que se llama sabiduría.

De este modo el hombre que considera las cosas de la tierra desde el punto de vista material, se hace ilusiones; para apreciarlas con exactitud, es menester verlas desde arriba, es decir, desde el punto de vista espiritual. El verdadero sabio debe, pues, aislar hasta cierto punto, el alma del cuerpo, para ver con los ojos del espíritu. Esto es lo que nos enseña el Espiritismo. (Cap. II, número 5).

III. **Mientras que tengamos nuestro cuerpo y el alma se encuentre sumergida en esta corrupción, nunca poseeremos el objeto de nuestros deseos: la verdad. En efecto, el cuerpo nos suscita mil obstáculos por la necesidad que tenemos de cuidarle; además, nos llena de deseos, de apetito, de temores, de mil quimeras y de mil tonterías, de manera que con él es imposible ser prudente ni un instante. Pero si es imposible conocer nada con pureza mientras el alma está unida al cuerpo, es necesario que suceda una de estas dos cosas: o que nunca jamás se conozca la verdad o que se conozca después de la muerte. Desembarazados de la locura del cuerpo, entonces conversaremos, es de esperar, como hombres igualmente libres, y conoceremos por nosotros mismos la esencia de las cosas. Por esto los verdaderos filósofos se preparan a morir, y la muerte no les parece espantosa. ("Cielo e Infierno", 1ª parte, cap. II; 2ª parte, cap. I).**

Este es el principio de las facultades del alma, obs curecidas por el intermediario de los órganos corporales y de la expansión de sus facultades después de la muerte; pero aquí se trata de las almas escogidas, ya purificadas, pues no sucede lo mismo con las almas impuras.

IV. **El alma impura, en este estado, es arrastrada e impelida de nuevo hacia el mundo visible por el horror que tiene a**

lo invisible e inmaterial: entonces está errante, se dice, alrededor de los monumentos y de los sepulcros, cerca de los cuales se ban visto a veces tan tenebrosas, como deben ser las imágenes de las almas que han dejado el cuerpo sin estar enteramente purificadas, y que conservan algo de la forma material, lo que hace que puedan verse. Estas no son las almas de los buenos, si la de los malos, que están obligadas a permanecer errantes en estos parajes, adonde llevan consigo la pena de su primera vida y en donde permanecen errantes hasta que los apetitos inherentes a la forma material que ellas se han dado, las conducen a un cuerpo, y entonces vuelven, sin duda, a tomar las mismas costumbres que durante su primera vida eran objeto de sus predilecciones.

No solamente se explica aquí el principio de la reencarnación con claridad, sino que está descrito, del mismo modo que lo demuestra el Espiritismo en las evocaciones, del estado de las almas que aun están bajo el irnperio de la materia. Hay más, y es que dice que la reencarnación en un cuerpo material es consecuencia de la impureza del alma, mientras que las almas purificadas están dispensadas de hacerlo. El Espiritismo no dice otra cosa; añade solamente que el alma que ha tomado buenas resoluciones en el estado errante, y que se halla en conocimientos adquiridos, tiene, al renacer, menos defectos, más virtudes y más ideas intuitivas que no tenía en su precedente existencia; y que de este modo, cada existencia implica para ella un progreso intelectual y moral. (**Cielo e Infierno**, 2ª parte: Ejemplos).

V. **Después de la muerte, el genio (Daimón, demonio) que nos ha sido destinado durante nuestra vida, nos lleva a un paraje, en donde se reunen todos aquellos que deben ser conducidos a las Hadas para ser juzgados. Las almas, después de haber permanecido en las Hadas el tiempo necesario, vuelven a ser conducidas a esta vida "en numerosos y largos períodos.".**

Esta es la doctrina de los ángeles guardianes y espíritus protectores, y de las reencarnaciones sucesivas después de intervalos más o menos largos de erraticidad.

VI. **Los demonios llenan el intervalo que separa el cielo de la tierra; son el lazo que une el gran todo con el mismo. No entrando nunca la Divinidad en comunicación directa con el hombre, por la mediación de los demonios es como los dioses se comunican y hablan con él, sea en estado de vela o durante el sueño.**

La palabra **Daimón**, de la que se ha formado **demonio**, no se tomaba en mal sentido en la antigüedad, como entre los modernos; no se aplicaba exclusivamente a los espíritus malhechores, sino a todos los espíritus en general, entre los cuales se distinguían a los espíritus superiores, llamándoles **dioses;** y a los espíritus menos elevados o demonios, propiamente di chos, que comunicaban directamente con los hombres. El Espiritismo dice también que los espíritus pueblan el espacio; que Dios no se comunica con los hombres sino por mediación de los espíritus puros, encargados de transmitir su voluntad; y que los espíritus comu nican con ellos durante la vela y durante el sueño. Substituid la palabra **demonio** por **espíritu**, y tendréis la doctrina espiritista; poned la palabra **ángel**, y tendréis la doctrina cristiana.

VII. **La preocupación constante del filósofo (tal como la comprendía Sócrates y Platón), es la de tener muchísimo cuidado con el alma, menos por esta vida, que sólo dura un instante, que por la eternidad. Si el alma es inmortal, ¿no es acaso más prudente el vivir para alcanzar la eternidad?**

El Cristianismo y el Espiritismo enseñan esto mismo.

VIII. **Si el alma es inmaterial, debe pasar después de esta vida a un mundo igualmente invisible e inmaterial, del mismo modo que el cuerpo, cuando se descompone vuelve a la materia. Sólo que conviene mucho distinguir bien el alma pura, verdaderamente inmaterial, que se alimenta como Dios de la ciencia y de los pensamientos, del alma más o menos manchada de impurezas materiales, que la impiden elevarse hacia lo divino y la retienen en los lugares de su morada terrestre.**

Sócrates y Platón, como se ve, comprendían perfec tamente los diferentes grados de desmateríalización del alma, e insisten sobre la diferencia de situación que resulta para ella de su **mayor** o **menor** pureza. Lo que ellos decían por intuición, el Espiritismo lo prueba con numerosos ejemplos que pone a nuestra vista. (**Cielo e Infierno**, 2ª parte).

IX. **Si la muerte fuese la completa disolución del hombre, sería una ventaja para los malos, después de su muerte, el quedar libres, al mismo tiempo, de sus cuerpos, de sus almas y de sus vicios. Aquél que adornaba su alma no con una compostura extraña, sino con la que le es propia, sólo aquél podrá esperar tranquilamente la hora de su partida para el otro mundo.**

Esto es decir, en otros términos, que el materialis mo que proclama la **nada** para después de la muerte, sería la anulación de toda responsabilidad moral ulte rior, y por consiguiente, un excitante del mal; que el malo cree ganarlo todo con la nada; que sólo el hombre que se ha despojado de sus vicios y se ha enrique cido de virtudes, puede esperar tranquilamente el des pertar a la otra vida. El Espiritismo nos enseña con los ejemplos que pone todos los días a nuestra vista, cuán penoso es para el malo el tránsito de una vida a otra y la entrada en la vida futura. (**Cielo e Infierno**, 2ª parte, cap. I).

X. **El cuerpo conserva los vestigios bien marcados de los cuidados que se han tenido por él o de los accidentes que ha experimentado; lo mismo sucede con el alma; cuando se despoja del cuerpo, lleva las señales evidentes que cada uno de los actos de su vida le han dejado. De este modo la mayor desgracia que puede sucederle al hombre, es el irse al otro mundo con un alma cargada de crimenes. Ya ves Callicles, que ni tú, ni Polus, ni Gorgias, podriais probar que debe seguirse otra conducta que nos sea útil para cuando estemos allá. De tantas opiniones diversas, la única inquebrantable es la de que "vale más recibir una injusticia que cometerla", y que ante todo debe uno dedicarse, no a parecer hombre de bien, sino a serlo. (Conversaciones de Sócrates con sus discípulos en la prisión).**

Aquí se encuentra este punto capital, confirmado hoy por la experiencia, es a saber; que el alma no purifícada, conserva las ideas, las tendencias, el carácter y las pasiones que tenía en la tierra. La máxima: "Vale más recibir una injusticia que cometerla", ¿no es en teramente cristiana? Es el mismo pensamiento que Jesús expresa con esa figura: "Si alguno os hiere en una mejilla, presentadle la otra". (Cap. XII, núms. 7 y 8).

XI. **Una de dos: o la muerte es una destrucción absoluta, ó es el tránsito del alma a otro paraje. Si debe aniquilarse todo, la muerte será como una de esas noches raras que pasames sin soñar y sin ninguna conciencia de nosotros mismos. Pero si la muerte sólo es un cambio de morada, el tránsito a un lugar en que los muertos deben reunirse, ¡qué diera volver a encontrar a los que hemos conocido! Mi mayor placer fuera poder examinar de cerca los habitantes de esa morada y distinguir en ellos, como aquí, a los que son sabios, de aquellos que creen serlo, y no lo son. Pero ya es hora de separarnos, yo para morir y vosotros para vivir. (Sócrates a sus Jueces).**

Según Sócrates los hombres que han vivido en la tierra, se vuelven a encontrar después de la muerte y se reconocen. El Espiritismo nos lo ofrece continuando las relaciones que tuvieron de tal modo, que la muerte no es ni una interrupción, ni una cesación de la vida, sino una transformación sin solución de continuidad.

Si Sócrates y Platón hubiesen conocido las enseñan zas que Cristo dió 500 años después, y las que dan ahora los espíritus, hubieran dicho lo mismo. No debe sorprendernos esto si consideramos que las grandes verdades son eternas, que los espíritus adelantados debieron conocerlas antes de venir a tierra, a donde los trajeron; que Sócrates, Platón y los grandes filó sofos de su tiempo, pudieron ser más tarde del número de aquellos que sécundaron a Cristo en su divina mi sión, siendo elegidos precisamente porque estaban más que los otros en disposición de comprender sus subli - mes enseñanzas, y que, finalmente, pueden hoy formar

parte del número de los espíritus encargados de venir a enseñar a los hombres las mismas verdades.

XII. **"Nunca debe volverse injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie por daño que nos haya hecho". Pocas personas, sin embargo, admitirán este principio y las gentes que sobre este punto están divididas, se desprecian las unas a las otras.**

¿Acaso no es este el principio de caridad que nos enseña no volver mal por mal y perdonar a nuestros enemigos?

XIII. **"Por el fruto se conoce el árbol". Es preciso calificar cada acción según el fruto que resulta de ella; llamarla mala, cuando de ella proviene el mal, y buena, cuando de ella nace el bien.**

Esta máxima : "Por el fruto se conoce el árbol", se halla repetida textualmente en muchos parajes del Evangelio.

XIV. **La riqueza es un gran peligro. Todo aquel que ama la riqueza, no se ama a sí mismo ni a lo que está en él, sino a una cosa que le es más extraña que lo que está en él. (Capítulo XVI).**

XV. **Las más hermosas oraciones y los más bellos sacrifícios, agradan menos a la Divinidad que una alma virtuosa que se esfuerza en parecérsele. Sería muy grave que los dioses aceptasen más bien nuestras ofrendas que nuestras almas: por este medio, las más culpables podrían hacérselos propicios. Pero sólo son verdaderamente justos y prudentes aquellos que por sus palabras y por sus actos cumplen con lo que deben a los dioses y a los hombres. (Cap. X, números 7 y 8).**

XVI. **Yo llamo hombre vicioso a este amante vulgar que prefiere el cuerpo al alma. El amor está en todas partes: en la naturaleza, invitándonos a ejercer nuestra inteligencia; hasta se encuentra en el movimiento de los astros. El amor es el que adorna a la naturaleza con sus ricos tapices y pasa y fija su mirada en donde encuentra flores y perfumes; también es el que da paz a los hombres, calma al mar, silencio a los vientos y tregua al dolor.**

El amor que debe unir a los hombres como un lazo fraternal, es una consecuencia de esta teoría de Platón sobre el amor universal como ley de la naturaleza. Habiendo dicho Sócrates que "el amor no es un Dios, ni un mortal, sino un gran demonio", es decir, un gran espíritu que preside el amor universal, esta palabra, sobre todo, fué la que se le imputó como un crimen.

XVII. **La virtud no puede enseñarse; viene como un don de Dios a los que la poseen.**

Con poca diferencia es la doctrina cristiana sobre la gracia; pero si la virtud es un don de Dios, es un favor y puede preguntarse por qué no se concede a todos; por otra parte, si es un don, no tiene mérito para el que la posee. El Espiritismo es más explícito; dice que el que posee la virtud, la ha adquirido por sus esfuerzos en sus existencias sucesivas, despojándose poco a poco de sus imperfecciones. La gracia es la fuerza con que Dios favorece a todo hombre de buena voluntad para despojarse del mal y hacer el bien.

XVIII. **Hay una disposición naturai en cada uno de nosotros, y es que nos apercibimos menos de nuestros defectos que de los ajenos.**

El Evangelio dice: "Veis la paja en el ojo de vuestro vecino y no veis la viga en el vuestro". (Cap. X, números 9 y 10).

XIX. **Si los médicos fracasan en la mayor parte de las enfermedades, "es porque tratan al cuerpo sin el alma", y no estando el todo en buena disposición, es imposible que la parte esté buena.**

El Espiritismo da la clave de las relaciones que hay entre el alma y el cuerpo, y prueba que existe una reacción continua entre una y otro; de este modo abre un camino nuevo a la ciencia, enseñándole la verdadera causa de ciertas afecciones y proporcionándole los modios de combatirlas. Cuando la ciencia conozca mejor

la acción del elemento espiritual sobre la economía, fracasará con menos frecuencia.

XX. **Todos los hombres a contar desde la infancia, hacen mucho más mal que bien.**

Estas palabras de Sócrates tocan la grave cuestión del predominio del mal en la tierra, cuestión irresoluble sin el conocimiento de la pluralidad de mundos y del destino de la tierra, en la que sólo habita una fracción muy pequeña de la humanidad. Sólo el Espiritismo da la solución que se desarrolla más adelante en los capítulos II, III y V.

XXI. **La verdadera sabiduría está en no creer saber lo que no se sabe.**

Esto se dirige a las gentes que critican aquello de que a menudo no saben ni una palabra. Platón completa este pensamiento de Sócrates diciendo: "Procuremos antes, si es posible, hacerles más circunspectos en palabras; sino, no nos ocupemos de ellos y no busquemos sino la verdad. Procuremos instruirnos, pero no injuriemos". Así es como deben obrar los espiritistas con respecto a sus contradictores de buena o de mala fe. Si Platón viviese hoy, encontraría las cosas poco más o menos como en su tiempo y podría usar el mismo lenguaje. Sócrates encontraría también quien se burlase de su creencia en los espíritus y le tratase de loco, lo mismo que a su discípulo Platón.

A causa de haber profesado Sócrates estos principios, cayó en el ridículo primero, después fué acusado de impío y condenado a beber la cicuta; tan cierto es que las grandes verdades nuevas, sublevando contra ellas los intereses y las preocupaciones que destruyen, no puede establecerse sin lucha y sin hacer mártires.

EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO

CAPÍTULO PRIMERO

Yo no he venido a destruir la ley

Las tres revelaciones: Moisés; Cristo; el Espiritismo. - Alianza de la ciencia y de la religión. - **Instrucciones de los espíritus**: La nueva era.

1. **No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas: no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento; porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido. (San Mateo, cap. V, v. 17 y 18).**

Moisés

2. La ley mosáica se compone de dos partes distin tas: la ley de Dios, promulgada en el monte Sinaí, y la ley civil o disciplinaria, establecida por Moisés; la una, es invariable, y la otra, apropiada a las costumbres y al carácter del pueblo, se modifica con el tiempo.

La ley de Dios está formada en los diez manda mientos siguientes:

I. Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. - No tendrás Dioses ajenos delante de mí. - No harás para tí obra de escultura ni figura, de lo que hay arriba del

cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni les darás culto.

II. No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano.

III. Acuérdate de santificar el día de sábado.

IV. Honra a tu padre y a tu madre para que seas de larga vida en la tierra, que el Señor tu Dios te dará.

V. No matarás.

VI. No cometerás adulterio.

VII. No hurtarás.

VIII. No levantarás contra tu prójimo falso testimonio.

IX. No desearás la mujer de tu prójimo.

X. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que son de él.

Esta ley es de todos tiempos y de todos los países y por lo mismo tiene un carácter divino. Las leyes establecidas por Moisés, obligado a contener por el miedo a un pueblo naturalmente turbulento e indisciplinado, en que tenía que combatir abusos arraigados y preocupaciones adquiridas en la servidumbre de Egipto, son muy diferentes. Para revestir de autoridad sus leyes, debió atribuirles su origen divino, como lo hicieron todos los legisladores de los pueblos primitivos; la autoridad del hombre debía apoyarse en la autoridad de Dios, pues sólo la idea de un Dios terrible podía impresionar a hombres ignorantes, en quienes el sentido moral y el sentimiento de una exquisita justicia estaban aun poco desarrollados. Es evidente que el que había establecido en sus mandamientos: No matarás, no harás mal a tu prójimo, etc., no podía contradecirse elevando a deber el exterminio. Las leyes mosáicas propiamente dichas, tenían, pues, un carácter esencialmente transitorio.

Cristo

3. Jesús no vino a destruir la ley; es decir, la ley de Dios; vino a darla cumplimiento, esto es, a desarro llarla, a darla su verdadero sentido, y a apropiarla al grado de adelantamiento de los hombres; por esto se encuentra en esa ley el principio de los deberes para con Dios y el prójimo, que son la base de la doctrina. En cuanto a las leyes de Moisés propiamente dichas, por el contrario, las modificó profundamente, ya en el fondo, ya en la forma; combatió constantemente los abusos de las prácticas exteriores y las falsas interpre taciones y no pudo hacerlas sufrir una reforma más radical que reduciéndolas a estas palabras:

"Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo", añadiendo: "Esta es toda la ley y los Profetas".

Con esas palabras: "El cielo y la tierra no pasarán sin que todo sea cumplido hasta un tilde", Jesús quiso decir, que era menester que la ley de Dios recibiese su cumplimiento: es decir, que fuese practicada por la tierra en toda su pureza, con todo su desarrollo y todas sus consecuencias; pues ¿de qué serviría haber esta híecido esta ley, si quedase subsistente el privilegio de algunos hombres o de un solo pueblo? Siéndo todos los hombres hijos de Dios, son, sin distinción, objeto de una misma solicitud.

4. Pero la misión de Jesús no fué simplemente la de un legislador moralista sin más autoridad que su palabra; vino a cumplir las profecías que anunciaron su venida; recibía su autoridad de la naturaleza excepcional de su espíritu y de su visión divina, vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida po está en la tierra, sino en el reino de los cielos; a enseñarles el camino que conduce a ella, los medios para reconci liarse con Dios, y hacer presentir la marcha de las cosas futuras, para el cumplimiento de los destinos humanos. Sin embargo, no lo dijo todo, y sobre muchos

puntos se limitó a dejar el gérmen de verdades que El mismo declara que no podían ser comprendidas; habló de todo, pero en términos más o menos explícitos, por que para entender el sentido oculto de aquellas pala bras, era preciso que ideas nuevas y conocimientos nuevos vinieran a dar la clave, y estas ideas no podían venir antes de cierto grado de madurez del espíritu humano. La ciencia debía contribuir poderosamente al nacimiento y al desarrollo de estas ideas; luego era preciso dar a la ciencia el tiempo para progresar.

El Espiritismo.

5. El **Espiritismo** es la nueva ciencia que viene a revelar a los hombres, con pruebas irrecusables, la existencia y la naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal; nos lo presenta, no como una cosa sobrenatural, sino, al contrario, como una de las fuerzas vivas y que incesantemente obran en la naturaleza, como el origen de una multitud de fenómenos incomprensibles hasta ahora y relegados, por esta razón, al dominio de lo fantástico y de lo ma ravilloso. A estas relaciones es a las que Cristo hace alusión en diferentes circunstancias; y por esto mu chas de las cosas que dijo han sido ininteligibles o falsamente interpretadas. El Espiritismo es la clave con que todo se explica fácilmente.

6. La ley del Antiguo Testamento está personifi cada en Moisés, y la del Nuevo en Cristo; el Espiri tismo es la tercera revelación de la ley de Dios, pero no está personificado en ningún individuo, porque es producto de la enseñanza dada, no por un hombre, sino por los espíritus, que son las "voces del cielo" en todas las partes de la tierra y por multitud de innumerables intermediarios; es, en cierto modo, un ser colectivo que comprende el conjunto de los seres del mundo espiri tual, viniendo cada uno a traer a los hombres el tri-

buto de sus luces para hacerles conocer aquel mundo y la suerte que en él les espera.

7. Así como Cristo dijo: "No vengo a destruir la ley, sino a cumplirla", el Espiritismo dice también: "No vengo a destruir la ley cristiana, sino a cumplir-la". No enseña nada contrario a lo que enseñó Cristo, pero desarrolla, completa y explica, en términos claros para todo el mundo, lo que se dijo bajo la forma alegórica; viene a cumplir en los tiempos predichos lo que Cristo anunció, y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras. Es, pues, obra de Cristo, que el mismo preside, así como a la regeneración que se opera y pre para el reino de Dios en la tierra como igualmente lo anunció.

Alianza de la ciencia y la religión

8. La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; la una revela las leyes del mundo material, la otra las leyes del mundo moral; pero teniendo "las unas y las otras el mismo principio, que es Dios", no puede contradecirse; si una es la negación de la otra, la una tiene necesariamente razón y la otra no, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creído ver entre estos dos órdenes de ideas, se debe a una falta de observación y al sobrado exclusivismo de una y otra parte; de esto se ha seguido un conflicto, del que han nacido la incredulidad y la intolerancia.

Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir su complemento, en que el velo echado a propósito sobre algunas partes de esas enseñanzas, debe levantarse; en que la ciencia, cesando de ser exclusivamente materialista, debe tomar en cuenta el elemento espiritual, y en que la religión, cesando de desconocer las leyes orgánicas e inmutables de la materia, apoyándose la una en la otra y marchando

estas dos fuerzas de concierto, se presenta mutuo apoyo. Entonces la religión, no siendo ya desmentida por la ciencia, adquirirá un poder indestructible, porque estará conforme con la razón y porque no podrá oponérsele la irresistible lógica de los hechos.

La ciencia y la religión no han podido entenderse hasta hoy, porque mirando cada uno las cosas desde su punto de vista exclusivo, se rechazaban mutuamente. Faltaba algo para llenar el vacío que las separaba, un lazo que las aproximase; este lazo consiste en el conocimiento de las leyes que rigen y entrelazan el mundo espiritual con el mundo corporal; leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los séres. Una vez patentizadas estas relaciones por la experiencia, háse hecho una nueva luz, la fe se ha dirigido a la razón, la razón no ha encontrado nada ilógico en la fe, y el materialismo ha sido vencido. Pero en esto, como en todo, hay personas que se quedan rezagadas, hasta que son arrastradas por el movimiento general que les aplasta, si quieren resistir, en vez de entregarse a él. Es una verdadera resolución moral la que se opera en este momento y trabaja los espíritus; después de haberse elaborado durante más de dieciocho siglos, toca a su cumplimiento y va a marcar una nueva era de la humanidad. Las consecuencias de esta revolución son fáciles de prever; debe introducir en las relaciones sociales inevitables modificaciones, y no está en el poder de nadie el oponerse a ellas, porque entran en los designios del Todopoderoso y son consecuencia de la ley del progreso, que es una ley de Dios.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La nueva era

9. Dios es único, y Moisés el espíritu que Dios envió en misión para darle a conocer, no sólo a los he-

breos sino a los pueblos paganos. El pueblo hebreo, fue el instrumento del que Dios se valió para hacer su revelación por medio de Moisés y los profetas, pues las vicisitudes de este pueblo eran a propósito para impresionar y rasgar el velo que ocultaba a los hombres la divinidad.

Los mandamientos de Dios dados por Moisés envuelven el germen de la más alta moral cristiana; los comentarios de la Biblia restringían el sentido, porque puesta en obra en toda su pureza, no se hubiera comprendido; pero los diez mandamientos de Dios no dejaron por esto de ser el frontispicio brillante, como el faro que debía iluminar a la humanidad en el camino que tenía que recorrer.

La moral enseñada por Moisés era apropiada al estado de adelanto en que se encontraban los pueblos que debía regenerar, y estos pueblos, medio salvajes en cuanto al perfeccionamiento de su alma, no hubieran comprendido que se pudiese adorar a Dios de otra manera que por medio de holocaustos, ni que hubiese de perdonarse al enemigo. Su inteligencia, notable respecto de las cosas materiales y aun respecto de las artes y de las ciencias, estaba muy atrasada en moralidad, y no se hubiera sujetado al imperio de una religión enteramente espiritual; les era necesario una representación semi-material tal como la ofrecía entonces la religión hebrea. Así es que los holocaustos hablaban a sus sentidos, mientras que la idea de Dios hablaba a su espíritu.

Cristo fué el iniciador de la más pura moral, la más sublime, de la moral evangélica cristiana que debe renovar el mundo, reunir a los hombres y hacerlos hermanos; que debe hacer brotar de todos los corazones humanos la caridad y el amor al prójimo, y crear entre todos los hombres una solidaridad común; en fin de una moral que debe transformar la tierra y hacer de ella una morada para espíritus superiores a los que hoy la habitan. Es la ley del progreso, a la que está some-

tida la naturaleza, que se cumple, y el **Espiritismo** es la palanca de que Dios se sirve para hacer avanzar a la humanidad.

Han llegado los tiempos en que las ideas morales deben desarrollarse para realizar los progresos que entran en los designios de Dios, siguiendo el mismo camino que han recorrido las ideas de libertad y que fueron sus precursores. Pero no creais que este desarrollo se realice sin luchas, no; esas ideas necesitan, para llegar a la madurez, sacudimientos y discusiones, con el fin de que llamen la atención de las masas; una vez fijada la atención, la hermosura y la santidad de la moral impresionarán a una ciencia que les da la clave de la vida futura y les abre las puertas de la eterna felicidad. Moisés fué el que abrió el camino; Jesús el que continuó la obra; el Espiritismo la concluirá. (**Un espíritu israelita**. Mulhouse, 1861).

10. Un día Dios, en su caridad inagotable, permitió al hombre viera que la verdad atravesaba las tinieblas; este día fué el advenimiento de Cristo. Después de la luz viva, volvieron las tinieblas; el mundo, después de las alternativas de verdad y de obscuridad, se perdia de nuevo. En ese momento es cuando los espíritus, semejantes a los profetas del Antiguo Testamento, os hablan y advierten; ¡el mundo está conmovido en sus cimientos: el trueno rugirá, estad firmes!

El Espiritismo es de orden divino, puesto que descansa en las mismas leyes de la naturaleza; y creed que todo lo que es de orden divino, tiene un objeto grande y útil. Vuestro mundo se perdía; la ciencia, desarrollada a expensas de lo que es de orden moral, conduciéndoos al fin material, redundaba en provecho del espíritu de las tinieblas. Vosotros lo sabéis, cristianos; el corazón y el amor deben marchar unidos a la ciencia. El reino de Cristo ¡ah! después de dieciocho siglos, y a pesar de la sangre de tantos mártires, aun no ha llegado. Cristianos, volved al maestro que quie-

re salvaros. Todo le es fácil al que cree y ama; el amor le llena de un goce inefable. Sí, hijos míos; el mundo está conmovido, los espíritus buenos os lo dicen a menudo, dobláos bajo el soplo precursor de la tempestad, a fin de que no seáis derribados; es decir, preparáos, y no os parezcáis a las vírgenes locas que estaban desprevenidas a la llegada del esposo.

La revolución que se prepara es más bien moral que material; los grandes espíritus, mensajeros divinos, inspiran la fe para que todos vosotros, operarios, esclarecidos y ardientes, hagáis oír vuestra humilde voz; porque vosotros sois el grano de arena, y sin granos de arena no habría montañas. Así, pues, que esta expresión "somos pequeños", no tenga sentido para vosotros. A cada uno su misión, a cada uno su trabajo. ¿No construye la hormiga el edificio de su república y los animalitos imperceptibles no levantan acaso continentes? La nueva cruzada ha empezado; apóstoles de una paz universal y no de la guerra, san Bernardos modernos, mirad y marchad adelante: la ley de los mundos es la ley del progreso. (**Fenelón**. Poitiers, 1861).

11. San Agustín es uno de los más grandes propagadores del Espiritismo; se manifiesta casi en todas partes, y la razón de ello está en la vida de este gran filósofo cristiano. Pertenece a aquella vigorosa falange de Padres de la Iglesia a los cuales la cristiandad debe sus más sólidos apoyos. Como muchos, fué arrebatado al paganismo, mejor dicho, a la más profunda impiedad, por el resplandor de la verdad. Cuando en medio de sus desvíos sintió en su alma esta vibración extraña que le hizo volver en sí mismo y comprender que la felicidad estaba en otra parte y no en los placeres embriagadores y fugitivos; cuando, en fin, marchando por el camino de Damasco, oyó también la voz santa que le gritaba; Saul, Saul, ¿por qué me persigues?, exclamó: ¡Dios mío! ¡Dios mío! perdóname, creo, ¡soy cristiano!; y desde entonces fué uno de los más firmes defen-

sores del Evangelio. Se pueden leer en las notables confesiones que nos dejó este espíritu eminente, las palabras características y proféticas al mismo tiempo, que pronunció después de haber perdido a santa Mónica: "Estoy convencido de que mi madre volverá a visitarme y a darme consejos, revelándome lo que nos espera en la vida futura". ¡Qué enseñanza en estas palabras, y que resplandeciente previsión de la futura doctrina! Por esto hoy día, viendo llegada la hora para divulgar la verdad que en otro tiempo presintió, se ha hecho su ardiente propagador y se multiplica, por decirlo así, para acudir a todos los que le llaman. (**Erasto**, discípulo de San Pablo. París, 1863).

Nota. - ¿Acaso San Agustín viene a echar abajo aquello que edificó? Seguramente que no; pero como tantos otros, ve con los ojos del espíritu lo que no veía como hombre; su alma desprendida entrevé nuevas claridades y comprende lo que no comprendía antes; nuevas ideas le han revelado el verdadero sentido de ciertas palabras; en la tierra juzgaba las cosas según los conocimientos que poseía, pero luego que se hizo para él una nueva luz, pudo juzgarlos más sanamente; así es que ha reformado su creencia respecto a los espíritus íncubos y síncubos y sobre el anatema que lanzó contra la teoría de los antípodas. Ahora que el cristianismo se le presenta en toda su pureza, puede pensar sobre ciertos puntos de otro modo que cuando vivía, sin dejar de ser el apóstol cristiano y sin renegar de su fe, puede hacerse propagador del Espiritismo, porque ve en él el cumplimiento de las cosas predichas; proclamándolo hoy, no hace otra cosa que conducirnos a una interpretación más sana y más lógica que los textos. Lo mismo sucede con otros espíritus que se encuentran en una posición análoga.

CAPÍTULO II

Mi reino no es de este mundo

La vida futura. - El reinado de Jesús. - El punto de vista. - **Instrucciones de los espíritus**: Un reinado terrestre.

1. **Volvió, pues, a entrar Pilato en el pretorio y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? - Respondió Jesús: "Mi reino no es de este mundo". Si de este mundo fuese mi reino, mis ministros sin duda pelearían, para que no fuera yo entregado a los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí. - Entonces Pilato le dijo: ¿Luego Rey eres tú? - Respondío Jesús: Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio a la verdad; todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. (San Juan, cap. XVIII, versículos 33, 36 y 37).**

La vida futura

2. Con estas palabras Jesús designa claramente la **vida futura**, que presenta en todas las circunstancias como el término a donde iba a parar la humanidad, el cual debe ser objeto de las principales ocupaciones del hombre en la tierra; todas sus máximas se refieren a este gran principio. En efecto, sin la vida futura, la mayor parte de sus preceptos de moral no tendrían ninguna razón de ser; por esto aquellos que no creen en la vida futura y se figuran que sólo habla de la vida presente, no los comprenden o los encuentran pueriles.

Este dogma puede ser considerado como el eje de la enseñanza de Cristo; por esto está colocado entre los primeros, al principio de esta obra porque debe ser el punto de mira de todos los hombres, El solo puede justificar las anomalías de la vida terrestre y concordar con la justicia de Dios.

3. Los judíos tenían ideas muy inciertas de la vida futura; creían en los ángeles, a quienes miraban como seres privilegiados de la creación, pero no sabían que los hombres pudieran ser un día ángeles y participar de su felicidad. Según ellos, la observancia de las leyes de Dios era recompensada con los bienes de la tierra, con la supremacía de su nación y las victorias alcanzadas sobre sus enemigos; las calamidades públicas y las derrotas, eran el castigo de su desobediencia. Moisés no podía decir otra cosa a un pueblo pastor e ignorante que debía conmoverse, ante todo, por las cosas de este mundo. Más tarde vino Jesús a revelarles que hay otro mundo en el que la justicia de Dios sigue su curso; este es el mundo que promete a los que observan los mandamientos de Dios, y en donde los buenos encontrarán su recompensa; este es su reino; allí es donde está en toda su gloria, y a donde regresará al dejar la tierra.

Sin embargo, Jesús, acomodando su enseñanza al estado de los hombres de su época, no creyó deber darles una luz completa que les hubiera deslumbrado sin iluminarles, porque no la hubieran comprendido; de cierto modo se límitó a anunciar en principio la vida futura como una ley de la naturaleza, la cual nadie puede evitar. Todo cristiano cree, pues, en la vida futura forzosamente; pero la idea que muchos se forman de ella es vaga, incompleta, y por lo mismo, falsa en muchos puntos; para un gran número, ésta sólo es una creencia sin certidumbre absoluta: de aquí se siguen las dudas, la incredulidad.

El espiritismo ha venido a completar en este punto, como en muchos otros, la enseñanza de Cristo, cuando

los hombres han estado en disposición de comprender la verdad. Con el Espiritismo la vida futura ya no es un simple artículo de fe, una hipótesis; es una realidad material demostrada por los hechos, porque son testigos oculares los que vienen a describirla en todas sus fases y con todas sus peripecias, de tal modo que no sólo no es posible la duda, sino que la inteligencia más vulgar puede representársela bajo su verdadero aspecto, como nos representamos al país del que se lee una descripción detallada; así, pues, esta descripción de la vida futura es de tal modo circunstanciada, y las condiciones de existencia feliz o desgraciada de los que se encuentran en ella son tan racionales, que es forzoso decir que no puede ser de otro modo, y que esta es la verdadera justicia de Dios.

El reinado de Jesús

4. El reinado de Jesús no es de este mundo esto es lo que comprenden todos; pero ¿no tiene también su reinado en la tierra? El título de Rey no implica siempre el ejercicio del poder temporal; se da de común consentimiento a aquel a quien su genio le coloca en el primer rango en un orden de ideas cualquiera que domina su siglo e influye en el progreso de la humanidad. En este sentido se dice: El rey o príncipe de los filósofos, de los artistas, de los poetas, de los escritores, etc. Este reino, nacido del mérito personal, consagrado por la posteridad, ¿no tiene muchas veces una preponderancia mucho mayor que el que supone la corona? El uno es imperecedero, mientras que el otro es juguete de las vicisitudes; el primero siempre es bendecido por las regeneraciones futuras, mientras que el otro es algunas veces maldecido. El reinado terrestre acaba con la vida, el reinado moral gobierna aún, y sobre todo después de la muerte. Bajo este concepto, ¿no es Jesús mucho más poderoso que los

potentados? Con razón decía, pues, a Pilato: Soy Rey, pero mi reino no es de este mundo.

El punto de vista

5. La idea clara y precisa que nos formamos de la vida futura, da una fe indestructible para el porvenir; y esta fe tiene inmensas consecuencias sobre la moralización de los hombres, porque cambia completamente "el punto de vista desde el cual se contempla la vida terrestre". Para el que se coloca, con el pensamiento, en la vida espiritual, que es indefinida, la vida corporal sólo es un pasaje, una estancia corta en un país ingrato. Las vicisitudes y las tribulaciones de la vida sólo son incidentes que sufre con paciencia, porque sabe que son de poca duración y deben ser seguidas de un estado más feliz; la muerte nada tiene de horrible; ya no es la puerta de la nada, sino la de la libertad que abre al desterrado la entrada de una morada de felicidad y de paz. Sabiendo que mora en un paraje temporal y no definitivo, toma los pesares de la vida con más indiferencia, y de esto le resulta una calma de espíritu que dulcifica su amargura.

Con la simple duda sobre la vida futura, el hombre dirige todos sus pensamientos a la vida terrestre; incierto del porvenir, todo lo dedica al presente; no entreviendo otros bienes más preciosos que los de la tierra, es como el niño que nada ve más allá de sus juguetes, y para procurárselos, lo hace todo; la pérdida del menor de sus bienes es una tristeza penetrante; un desengaño, una esperanza perdida, una ambición no satisfecha, una injusticia, cuya víctima es el orgullo o la vanidad herida, son otros tantos tormentos que hacen de su vida una agonía perpetua "dándose de este modo voluntariamente un verdadero y continuado tormento". Tomando su punto de vista de la vida terrestre, en cuyo centro está colocado, todo a su alrededor toma vastas proporciones; el mal que le alcanza, así como el bien que incumbe a los otros,

todo adquiere a sus ojos una grande importancia. De la misma manera que aquel que está en el interior de una ciudad todo le parece grande, tanto los hombres que están elevados, como los monumentos, pero que transportándose a una montaña, todo lo encuentra pequeño, los hombres y las casas; así sucede con el que mira la vida terrestre bajo el punto de vista de la vida futura; la humanidad, así como las estrellas del firmamento, se pierden en la inmensidad; entonces se apercibe que grandes y pequeños están confundidos como las hormigas sobre un terrón de tierra; que proletarios y potentados son de una misma talla, y compadece esos efímeros que se toman tantas molestias para conquistar una plaza que les eleva tan poco y que tan poco tiempo conservarán. Por esto la importancia que se da a los bienes terrestres está siempre en razón inversa de la fe en la vida futura.

6. Se dirá que si todo el mundo pensase del mismo modo, nadie se ocuparía de las cosas de la tierra y todo se paralizaría. No; el hombre busca instintivamente su bienestar, y aun con la certeza de permanecer poco tiempo en el puesto, quiere estar lo mejor posible; no hay nadie que encontrando una zarza a su paso no la quite para no pincharse. Así, pues, los deseos de buscar el bienestar, fuerzan al hombre a mejorar todas las cosas, impulsado por el instinto del progreso y de conservación que está en las leyes de la naturaleza. Trabaja, pues, por necesidad, por gusto y por deber, y en esto cumple las miras de la Providencia, que con este fin le ha colocado en la tierrL El que considere sólo el porvenir, no da al presente sino una importancia relativa, y se consuela con gusto de las contrariedades del presente pensando en el destino que le espera. Dios no condena los goces terrestres, sino el abuso de estos goces en perjuicio de las cosas del alma; contra este abuso se precaven los que se aplican estas palabras de Jesús: "Mi reino no es de este mundo".

El que se identifica con la vida futura, se parece a un hombre rico que pierde una pequeña cantidad sin ninguna emoción; el que concentre sus pensamientos en la vida terrestre, es como un hombre pobre que pierde todo lo que posee y se desespera.

7. El Espiritismo ensancha el pensamiento y abre nuevos horizontes; en vez de esa vista estrecha y mezquina que le concentra en la vida presente, que hace del instante que se pasa en la tierra el único y frágil eje del porvenir eterno, enseña que esta vida sólo es un anillo en el conjunto armonioso y grandioso de la obra del Creador; enseña la solidaridad que reune todas las existencias de un mismo ser, todos los seres de un mismo mundo y los seres de todos los mundos; da también una base y una razón de ser a la fraternidad universal, mientras que la doctrina de la creación del alma en el momento del nacimiento de cada cuerpo, hace que todos los seres sean extraños unos a otros. Esta solidaridad de las partes de un mismo todo, explica lo que es inexplicable, si se considera un solo punto. Este es el conjunto que en tiempo de Cristo no hubieran podido comprender los hombres, y por esto reservó su conocimiento para otros tiempos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Un reino terrestre

8. ¿Quién mejor que yo puede comprender la verdad de estas palabras de Nuestro Señor? Mi reino no es de este mundo. El orgullo me perdió en la tierra. ¿Quién comprendería la nada de los reinos de ese mundo si yo no lo comprendiese? ¿Qué me he traído de mi reinado terrestre? Nada, absolutamente nada; y para que la lección fuese más terrible, ni siquiera lo conservé hasta la tumba. Reina fuí entre los hombres, reina creí entrar en el reino de los cielos; ¡engañosa

ilusión! ¡Qué humillación cuando en vez de ser recibida allí como soberana, vi sobre mí, y mucho más altos, hombres a quienes creía muy pequeños y que yo despreciaba porque no eran de sangre noble! ¡Oh! ¡Entonces comprendí la esterilidad de los honores y de las grandezas que con tanta avidez se buscan en la tierra! Para prepararse un lugar en este reino, es necesario la abnegación, la humildad, la caridad en toda su celeste práctica, y la benevolencia para todos; nadie os pregunta lo qué habéis sido, qué rango habéis ocupado, sino el bien que habéis hecho, las lágrimas que habéis enjugado. ¡Ah! Jesús, tú lo has dicho, tu reino no es de la tierra porque es preciso sufrir para llegar al cielo, y las gradas del trono no aproximan a él: los senderos más penosos de la vida son los que conducen allí; buscad, pues, el camino a través de los abrojos y de las espinas y no entre flores. Los hombres corren tras los bienes terrestres como si debieran conservarlos siempre; pero aquí ya no hay ilusión, ven muy pronto que solo se asieron a una sombra y despreciaron los únicos bienes sólidos y duraderos, los únicos que les sirven en la celeste morada, los solos que pueden franquearles la entrada. Tened piedad de aquellos que no ganaron el reino de los cielos; ayudadles con vuestras oraciones, pqrque la oración aproxima al hombre al Todopoderoso; es el eslabón que une el cielo a la tierra; no lo olvidéis. (**Una reina de Francia**. Havre, 1863.)

CAPÍTULO III

Hay muchas moradas en la casa de mi padre

Diferentes estados del alma en la erraticidad. - Diferentes ca tegorías de mundos habitados. - Destino de la tierra. - Causas de las miserias humanas. - **Instrucciones de los espíritus**: Mundos superiores y mundos inferiores. - Mundos de expiación y de pruebas. - Mundos regeneradores. - Progresión de los mundos.

1. **No se turbe vuestro corazón. - Creéis en Dios, creed también en mi. - "En la casa de mi padre hay muchas moradas". Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho: Pues voy a aparejaros el lugar. - Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que en donde yo estoy estéis también vosotros. (San Juan, cap. XIV, v. 1, 2, 3).**

Diferentes estados del alma en la erraticidad

2. La casa del Padre es el universo; las diferentes moradas son los mundos que circulan en el espacio infinito y ofrecen a los espíritus encarnados estancias apropiadas a su adelantamiento.

Independiente de la diversidad de mundos, estas palabras pueden también entenderse del estado feliz o desgraciado del espíritu en la erraticidad. Según esté más o menos purificado y desprendido de los lazos materiales, el centro en que se encuentra, el aspecto de las cosas, las sensaciones que experimenta, las per cepciones que posee, varían hasta lo infinito; mientras que los unos no pueden alejarse de la esfera en que vivieron, los otros se elevan y recorren el espacio y

los mundos; mientras que ciertos espíritus culpables van errantes en las tinieblas, los felices gozan de una claridad resplandeciente y del sublime espectáculo del infinito; en fin, mientras que el malo atormentado por los remordimientos, por los pesares, muchas veces solo, sin consuelo y separado de los objetos de su afecto, gime bajo el peso de los sufrimientos morales, el justo, reunido con los que ama, saborea las dulzuras de una indecible felicidad. También allí hay diferentes moradas, aun cuando no estén circunscritas ni localizadas.

Diferentes categorías de mundos habitados

3. De la enseñanza dada por los espíritus resulta que los diversos mundos están en condiciones muy diferentes los unos de los otros, en cuanto al grado de adelanto o de inferioridad de sus habitantes. Entre ellos los hay cuyos moradores son inferiores aún a los de la tierra, física o moralmente; otros están en el mismo grado y otros les son más o menos superiores en todos conceptos. En los mundos inferiores, la existencia es enteramente material, las pasiones imperan soberanamente, la vida moral es casi nula. A medida que ésta se desarrolla, la influencia de la materia disminuye, de tal modo, que en los mundos más adelantados, la vida, por decirlo así, es enteramente espiritual.

4. En los mundos intermediarios hay mezcla de bien y de mal, predominio del uno y del otro, según el grado de adelanto. Aun cuando no pueda hacerse una clasificación absoluta de los mundos, sin embargo, se hace atendido a su estado y a su destino y basándose en sus grados más marcados, dívidiéndolos de un modo general como sigue, a saber: mundos primitivos, afectos a las primeras encarnaciones del alma humana; mundos de expiación y pruebas, en donde el mal domina; mundos regeneradores, en donde las almas que aun no tienen que expiar adquieren nueva

fuerza, descansando de las fatigas de la lucha; mundos felices, en donde el bien sobrepuja al mal, y mundos celestes o divinos, morada de los espíritus purificados en donde el bien reina sin mezcla alguna. La tierra pertenece a la categoría de los mundos de expiación y de pruebas, y por esto el hombre está en ella sujeto a tantas miserias.

5. Los espíritus encarnados en un mundo no están sujetos a él inde finidamente, ni cumplen tampoco en él todas las fases progresivas que deben recorrer para llegar a la perfección. Cuando han alcanzado en un mundo el grado de adelanto que él permite, pasan a otro más avanzado, y así sucesivamente hasta que han llegado al estado de espíritus puros; estas son otras tantas estaciones, en cada una de las cuales encuen tran elementos de progreso proporcionados a su ade lanto. Para ellos es una recompensa el pasar a un mundo de orden más elevado, así como es un castigo el prolongar su permanencia en un mundo desgraciado, o el ser relegado a un mundo más desgraciado aun que aquel que se ven obligados a dejar cuando se obstinan en el mal.

Destino de la tierra. - Causas de las miserias humanas

6. Nos maravillamos de encontrar en la tierra tanta maldad y malas pasiones, tantas miserias y enferme dades de todas clases, y de esto sacamos en consecuen cia que la especie humana es lina triste cosa. Este jui cio proviene del punto de vista limitado en que nos colocamos y que da una fslsa idea del conjunto. Es menester considerar que en la tierra no se ve toda la humanidad, sino una pequeña fracción de ella. En efec to, la especie humana comprende todos los seres dota dos de razón que pueblan los innumerables mundos del universo; así, pues, ¿ qué es la población de la tie rra con respecto a la población total de estos mundos? Muchu menos que una aldea al lado de un grande im-

perio. La situación material y moral de la humanidad terrestre nada tiene de extraordinario si nos hacemos cargo del destino de la tierra y de la naturaleza de los que la habitan.

7. Nos formaríamos una idea muy falsa de los habitantes de una gran ciudad si los juzgásemos por la población de los barrios más ínfimos y sórdidos. En un hospital, sólo se ven enfermos y lisiados; en un presidio sólo se ven todos los vicios, todas las torpezas reunidas; en las comarcas insalubles la mayor parte de los habitantes están pálidos, enfermizos y achacosos. Pues bien, figurémonos que la tierra es un arrabal, una penitenciaría, un país malsano, porque es a la vez todo esto, y se comprenderá por qué las aflicciones sobrepujan a los goces; por qué no se llevan al hospital a los que tienen buena salud, ni a las casas de corrección a aquellos que no han hecho daño; pues ni los hospitales ni las casas de corrección son lugares de delicias.

Pues así como en una ciudad, toda su población no está en los hospitales o en las cárceles, tampoco toda la humanidad está en la tierra; de la misma manera que uno sale de un hospital cuando está curado y de la cárcel cuando ha sufrido su condena, el hombre deja la tierra por mundos más felices, cuando está curado de sus dolencias morales.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Mundos inferiores y mundos superiores

8. La clasificación de mundos inferiores y mundos superiores es más bien relativa que absoluta, porque un mundo es inferior o superior con relación a los que están encima o debajo de él en la escala progresiva.

Tomando la tierra como un punto de comparación, podemos formarnos una idea del estado de un mundo

inferior, suponiendo al hombre en el grado de las razas salvajes o de las naciones bárbaras que aun se encuentran en su superficie, y que son restos de su estado primitivo. En los mundos más atrasados los seres que los habitan son de algún modo rudimentarios; tienen la forma humana, pero sin ninguna hermosura; los instintos no están templados por ningún sentimiento de delicadeza ni de benevolencia, ni por las nociones de lo justo y de lo injusto, la única ley es allí la fuerza brutal. Sin industria y sin invenciones, los habitantes emplean su vida en conquistar su alimentación. Sin embargo, Dios no abandona ninguna de sus criaturas: en el fondo de las tinieblas de la inteligencia yace latente la vaga intuición de un Ser supremo, más o menos desarrollada. Este instinto basta para hacer que unos sean superiores a otros, preparando su aparición a un~ vida más completa, porque éstos no son seres degradados, sino niños que crecen.

Entre estos grados inferiores y los más elevados, hay innumerables escalones, y entre los espíritus puros desmaterializados y resplandecientes de gloria con dificultad se reconocen aquellos que animaron esos seres primitivos, de la misma manera que en el hombre adulto es difícil reconocer el embrión.

9. En los mundos llegados ya al grado superior, las condiciones de la vida moral y material son muy diferentes, lo mismo que en la tierra. La forma del cuerpo es siempre, como en todas partes, la forma humana pero embellecida, perfeccionada, y sobre todo, purificada. El cuerpo allí nada tiene de la materialidad terrestre, y por consiguiente no está sujeto, ni a las necesidades ni a las enfermedades, ni a los deterioros que engendra el predominio de la materia; los sentidos más exquisitos tienen percepciones que en la tierra embotan lo grosero de los órganos; la ligereza específica de los cuerpos hace la locomoción rápida y fácil: en vez de arrastrarse penosamente por el suelo, se deslizan, digámoslo así, por la superficie, o se suspenden

en la atmósfera sin otro esfuerzo que el de la volun tad, así es como se pintan los ángeles y como los anti guos representaban los manes en los Campos Elíseos. Los hombres conservan a su gusto las facciones de sus existencias pasadas, y aparecen a sus amigos tales como les conocieron; pero iluminados por una luz di vina y transformados por las impresiones interiores, que son siempre elevadas. En vez de rostros desluci dos, demacrados por los sufrimientos y las pasiones, la inteligencia y la vida irradian con ese esplendor que los pintores han traducido por diadema o aureo la de los santos.

La poca resistencia que ofrece la materia a los es píritus ya muy avanzados, hace que el desarrollo de los cuerpos sea rápido y la infancia corta o casi nula; la vida exenta de cuidados y de congojas, es propor cionalmente mucho más larga que en la tierra. En principio la longevidad está proporcionada al grado de adelantos de los mundos. La muerte no tiene ninguno de los horrores de la descomposición: lejos de ser un motivo de espanto, es considerada como una transfor mación feliz, porque allí no existe la duda sobre el porvenir. Durante la vida, no estando el alma ence rrada en una materia compacta, irradia y goza de una lucidez que la pone en un estado casi permanente de emancipación, y permite la libre transmisión del pen samiento.

10. En esos mundos felices, las relaciones de pue blo a pueblo, siempre amistosas, nunca se turban por la ambición de esclavizar a su vecino, ni por la guerra, consecuencia de aquélla. Allí no hay ni amos, ni es clavos, ni privilegiados por nacimiento; la superioridad moral e inteligente es la única que establece la diferencia de condición y da la supremacía. La auto ridad es siempre respetada, porque sólo se da al mérito y porque siempre se ejerce con justicia. El hombre no procura elevarse sobre el hombre, sino sobre sí mismo, perfeccionándose; y este deseo incesante no

es un tormento, sino una noble ambición que le hace estudiar con ardor para llegar a igualarles. Todos los sentimientos tiernos y elevados de la naturaleza hu mana se encuentran allí aumentados y purificados; los enconos, los celos mezquinos y las bajas codicias de la envidia son desconocidas; un lazo de amor y frater nidad reune a todos los hombres, y los más fuertes ayudan a los más débiles. Poseen más o menos según lo que han adquirido por su inteligencia, pero nadie sufre por falta de lo necesario, porque nadie está allí por expiación; en una palabra, el mal no existe.

11. En vuestro mundo tenéis necesidad del mal para sentir el bien, de la noche para admirar la luz, de la enfermedad para apreciar la salud; allí no son necesarios esos contrastes; la eterna luz, la eterna hermosura, la eterna calma procuran una eterna alegría el contacto de los malos que no tienen entrada. Esto que no turban ni las angustias de la vida material, ni es lo que difícilmente comprende el espíritu humano; ha sido ingenioso para pintar los tormentos del infier no, pero nunca ha podido representarse los goces del cielo; ¿y por qué?; porque siendo inferior sólo ha su frido pcnas y miserias y no ha entrevisto los esplen dores celestes; sólo puede hablar de lo que conoce; pero a medida que se eleva y purifica, se esclarece el hori zonte y comprende el bien que está delante de si, así como ha comprendido el mal que se ha dejado detrás.

12. Sin embargo, esos mundos afortunados no son mundos privilegiados porque Dios no tiene parcialidades para ninguno de sus hijos; da a todos los mismos derechos y las mismas facilidades para llegar a ellos, a todos los hace partir de un mismo punto, y no dota a unos más que a otros; los primeros puestos son acce sibles a todos; a ellos corresponde el conquistarlos por medio del trabajo; a ellos corresponde alcanzarlos lo más pronto posible, o languidecer durante siglos y si-

glos en lo más bajo de la humanidad. (**Resumen de la enseñanza de todos los espíritus superiores**).

Mundos de expiación y de pruebas

13. ¿Qué queréis que os diga de los mundos de expiación que vosotros no sepáis ya, puesto que os hasta el considerar la tierra que habitáis? La superio ridad de la inteligencia, entre un gran número de sus habitantes, indica que no es un mundo primitivo destinado a la encarnación de espíritus recién salidos de las manos del Criador. Las cualidades innatas que lle van consigo son prueba de que han vivido ya y de que han realizado cierto progreso; pero también los nume rosos vicios a que se inclinan, son indicio de una gran imperfección moral; por esto Dios los ha colocado en una tierra ingrata para expiar en ellas sus faltas por medio de un trabajo penoso y por las miserias de la vida, hasta que hayan merecido ir a un mundo más feliz.

14. Sin embargo, todos los espíritus encarnados en la tierra no han sido enviados por expiación. Las razas que vosotros llamáis salvajes son espíritus apenas sa lidos de la infancia, y que están, por decirlo así, edu cándose, y se desarrollan por el contacto d e espíritus más avanzados. Luego vienen las razas medio civiliza das, formadas de los mismos espíritus que están pro gresando. Estos son, hasta cierto punto, las razas in - dígenas de la tierra, que se han desarrollado poco a poco después de largos períodos seculares, algunas de las cuales han podido alcanzar la perfección intelectual de los pueblos más ilustrados.

Los espíritus en expiación son en ella, si podemos expresarnos así, exóticos; han vivido ya en otros mun dos, de los que han sido excluidos a con secuencia de su obstinación en el mal, y porque serían causa de turbación entre los buenos; han sido relegados por un tiempo entre los espíritus más atrasados y tiene por

misión hacerles adelantar, porque han llevado consigo la inteligencia desarrollada y el germen de los conocimientos adquiridos; por esto los espíritus castigados se encuentran entre las razas menos inteligentes: son también aquellos para quienes las miserias de la vida tienen más amargura, porque hay en ellos más sensibilidad y son más probados por el contacto de las razas primitivas, cuyo sentido moral es más obtuso.

15. La tierra es, pues, uno de los tipos de los mundos expiatorios, cuyas variedades son infinitas; pero que tienen por carácter común el servir de lugar de destierro a los espíritus rebeldes a la ley de Dios. Ahí estos espíritus tienen que luchar, a la vez, contra la perversidad de los hombres y contra la inclemencia de la naturaleza, doble trabajo penoso que desarrolla al mismo tiempo las cualidades del corazón y las de la inteligencia. Así es como Dios en su bondad, hace que el castigo redunde en provecho del progreso del espíritu. (San Agustín. París, 1862.)

Mundos regeneradores

16. Entre esas estrellas que resplandecen en la bóveda azulada, ¡cuántos mundos hay como el vuestro designados por el Señor para expiación y para prueba! Pero los hay también más miserables y mejores, así como los hay transitorios que pueden llamárseles regeneradores. Cada torbellino planetario, corriendo en el espacio alrededor de un foco común, arrastra con él sus mundos primitivos, de destierro, de prueba, de regeneración y de felicidad. Se os ha hablado de esos mundos en donde es colocada el alma naciente, cuando ignorante aún del bien y del mal, puede marchar hacia Dios, dueña de si misma, en posesión de su libre albedrío; se os ha hablado de cuán amplias facultades ha sido dotada el alma para hacer el bien; pero ¡ah! las hay que sucumben y no queriendo Dios anonadarlas, las permite ir a esos mundos en donde, de encar-

naciones en encarnaciones, se purifican, se regeneran y se harán dignas de la gloria que se les ha destinado.

17. Los mundos regeneradores sirven de transición entre los mundos de expiación y los mundos felices; el alma que se arrepiente encuentra allí la calma y el reposo acabándose de purificar. Sin duda en esos mundos el hombre está aun sujeto a las leyes que rigen la materia; la humanidad experimenta vuestras sensaciones y vuestros deseos, pero está dispensada de las pasiones desordenadas de las que sois esclavos; allí no existe el orgullo que hace callar el corazón, la envidia que lo tortura y el odio que lo ahoga; la palabra amor está escrita en todas las frentes, y una perfecta equidad arregla las relaciones sociales; todos reconocen a Dios y procuran ir a El siguiendo sus leyes.

Con todo, allí no se encuentra aún la perfecta felicidad, pero sí su aurora. El hombre aun es carnal y por lo mismo está sujeto a vicisitudes de las que no se eximen sino los seres completamente desmaterializados; aun quedan pruebas que pasar, pero no tienen las punzantes amarguras de la expiación. Esos mundos, comparados con la tierra, son muy felices y muchos de entre vosotros estaríais satisfechos de quedaros allí porque es la calma después de la tempestad, la convalecencia después de la cruel enfermedad; pero el hombre menos entregado a las cosas materiales, entrevé mejor el porvenir que vosotros, comprende que hay otros goces que el Señor promete a aquellos que se hacen merecedores de ellos, cuando la muerte ha segado de nuevo sus cuerpos para darles la verdadera vida. Entonces será cuando el alma libre dominará todos los horizontes; ya no tendrá sensaciones materiales y groseras, sino los sentidos de un espíritu puro y celeste, aspirando las emanaciones de Dios, bajo los perfumes de amor y de caridad que se derraman de su seno.

18. Pero ¡ah! en esos mundos el hombre es aún falible, y el espíritu del mal no ha perdido en ellos

completamente su imperio. No avanzar es retroceder, y si no está firme en el camino del bien, puede volver a caer en los mundos de expiación en donde le esperan nuevas y más terribles pruebas.

Contemplad, pues, esa bóveda azulada por la noche, a la hora del descanso y de la oración, y en esas innumerables esferas que brillan sobre vuestras cabezas, dirigid vuestras súplicas a Dios y rogadle que un mundo regenerador os abra su seno después de la expiacion de la tierra. (San Agustín. Paris, 1862.)

Progresión de los mundos

19. El progreso es una de las leyes de la naturaleza; todos los seres de la creación animados e inanimados están sometidos a la voluntad de Dios, que quiere que todo se engrandezca y prospere. La misma destrucción que a los hombres parece el término de las cosas, sólo es un medio de llegar por la transformación a un estado más perfecto, porque todo muere para volver a nacer, y nada vuelve a entrar en la nada.

Al mismo tiempo que los seres vivientes progresan moralmente, los mundos que habitan progresan materialmente. El que pudiera seguir a un mundo en sus diversas fases desde el instante en que se aglomeraron los primeros átomos que sirvieron para constituirlo, lo vería recorrer una escala incesantemente progresiva, por grados insensibles para cada generación y ofrecer a sus habitantes una morada más agradable a medida que éstos adelantan en el camino del progreso. De este modo marcha paralelamente al progreso del hombre, el de los animales, sus auxiliares, el de los vegetales y el de la habitación, porque no hay nada estacionario en la naturaleza. ¡Cuán grande y digna de la majestad del Criador es esta idea! y por el contrario, ¡cuán pequeña e indigna de su poder es aquélla que concentra su solicitud y su providencia en el imperceptible grano

de arena de la tierra, y concreta la humanidad a algunos hombres que la habitan!

La tierra, siguiendo esta ley, ha estado material y moralmente en una situación inferior a la que tiene hoy, y alcanzará, bajo esta doble relación, un grado más avanzado. Ha llegado ya a uno de sus períodos de transformación, en que de mundo de expiación va a pasar a un mundo regenerador; entonces los hombres serán en ella felices porque reinará la ley de Dios. (**San Agustín**. París, 1862.)

CAPÍTULO IV

Nadie puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo

Resurrección y reencarnación. - Lazos de familia fortificados por la reencarnación y rotos por la unidad de existencia. - **Instrucciones de los espíritus**: Límites de la encarnación. - ¿La encarnación es un castigo?

Resurrección y reencarnación

1. **Y vino Jesús a las partes de Cesárea de Philippo, y preguntaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del Hombre? - Y ellos respondieron: los unos que Juan el Bautista, los otros que Elías, los otros que Jeremías, o uno de los profetas. - Y Jesús les dice: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? - Respondió Simón Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. - Y respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. (San Mateo, capítulo XVI, v. de 13 a 17; San Marcos, cap. VIII, v. de 27 a 30).**

2. **Y llegó a noticia de Herodes el Tetrarca todo lo que hacia Jesús, y quedó como suspenso, porque decían algunos: Que Juan ha resucitado de entre los muertos; y otros: Que Elías había aparecido; y otros: Que un profeta de los antiguos había resucitado. - Y dijo Herodes: Yo degollé a Juan. ¿Quién, pues, es este de quien oigo tales cosas?, y procuraba verlo. (San Marcos, capítulo VI, v. 14 y 15; San Lucas, cap. IX, v. 7, 8 y 9).**

3. **(Después de la transfiguración). Y sus discípulos le preguntaron, y le dijeron: ¿Pues por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero? Y él les respondió y dijo: Elías, en**

verdad, ha de venir y restablecerá todas las cosas. - Pero os digo que ya vino Elías, y no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron. Así también ellos harán padecer al hijo del hombre. - Entonces entendieron los discípulos, que de Juan el Bautista les había hablado. (San Mateo, capítulo XVII, v. 10 a 13; San Marcos, cap. IX, v. 10, 11 y 12).

4. La reencarnación formaba parte de los dogmas judáicos, bajo el nombre de **resurrección**; sólo los sa duceos, que pensaban que todo concluía con la muerte, no creían en ella. Las ideas de los judíos en este punto, como en muchos otros, no estaban claramente definidas, porque sólo tenían nociones vagas e incompletas sobre el alma y sus lazos con el cuerpo. Creían que un hombre que había vivido podía volver a vivir, sin explicarse con precisión la manera cómo esto podía su ceder; designaban con la palabra **resurrección**, lo que el Espiritismo llama más juiciosamente **reencarnación**. En efecto, la **resurrección** supone la vuelta a la vida al cuerpo que está muerto, lo que la ciencia demuestra ser materialmente imposible, sobre todo cuando los elementos de su cuerpo están dispersos y absortos des pués de mucho tie mpo; la **reencarnación** es la vuelta del alma o del espíritu a la vida corporal, pero en otro cuerpo nuevamente formado para él y que nada tiene de común con el antiguo. La palabra resurrección podía de este modo, aplicarse a Lázaro, pero no a Elías ni a los otros profetas. Si, pues, según su creencia, Juan Bautista era Elias, el cuerpo de Juan no podía ser el de Elías, puesto que se había visto a Juan niño y se conocía a su padre y a su madre. Juan podía, pues, ser Elías **reencarnado**, pero no **resucitado**.

5. **Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos. - Este vió a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios porque ninguno puede hacer estos milagros, que tú haces, si Dios no estuviera con él.**

Jesús le respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, "que no puede ver el reino de Dios si no aquel que renaciere de nuevo".

Nicodemo le dijo: ¿Cómo un hombre puede nacer siendo viejo? ¿por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez?

Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, si no aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.

Lo que es nacido de carne, carne es: y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. - No te maravilles, porque te dije: os es necesario nacer otra vez. - El espíritu donde quiere, sopla; y oyes su voz: mas no sabes de donde viene, ni adondé va; así es todo aquel que es nacido de espíritu.

Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? - Respondió Jesús y le dijo: ¿Tú eres maestro de Israel y esto ignoras? - En verdad, en verdad te digo: que lo que sabemos, eso hablamos, y lo que hemos visto, atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio. - Si os he dicho cosas terrenas, y no las creéis, ¿cómo creeréis, si os dijese las celestiales? (San Juan, capítulo III, v. de 1 a 12).

6. La idea de que Juan Bautista era Elias y que los profetas podían volver a vivir en la tierra, se en cuentra en muchos pasajes de los Evangelios, particu larmente en los relatos anteriores (números 1, 2 y 3). Si esa creencia hubiese sido un error, Jesús la hubiera combatido como combatió tantas otras, lejos de esto la sancionó con toda su autoridad y la pone en prin cipio y como una condición necesaria, cuando dice: "Que no puede ver el reino de Dios sino aquel que re naciere de nuevo"; y añade insistiendo en lo mismo: "No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez".

7. Estas palabras: "si no aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Sant o", han sido interpretadas en el sentido de la regeneración por el agua del bautis mo; pero el texto primitivo dice simplemente "de agua y del espíritu"; mientras que en ciertas traducciones se ha substituído **Espíritu** por **Espíritu Santo**, lo que no está conforme con el mismo pensamiento. Este pun to principal sobresale en los primeros comentarios he-

chos sobre el Evangelio, lo que un día se hará constar sin equívoco posible (1).

8. Para comprender el verdadero sentido de esas palabras, es menester referirse a la significación de la palabra **agua**, que no se emplea en su acepción propia. Los conocimientos que los antiguos tenían sobre las ciencias físicas eran muy imperfectos; creían que la tierra había salido de las aguas, y por esto consideraban el agua como elemento generador absoluto; así es que en el Génesis se dice: "El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; flotaba sobre las aguas; - Que el firmamento fué hecho en medio de las aguas; - Que las aguas que están bajo del cielo se junten en un solo punto y que el elemento árido aparezca; -Que las aguas produzcan los animales vivientes que nadan en el agua, y los pájaros que vuelan sobre la tierra y bajo el firmamento".

Según esta creencia, el agua venía a ser el símbolo de la naturaleza material, como el espíritu era el de la naturaleza inteligente. Las palabras: "Si el hombre no renace del agua y del espíritu, o en agua y en espíritu", significan, pues "Si el hombre no vuelve a nacer con su cuerpo y su alma". En este sentido fueron comprendidas al principio.

Esta interpretación está, además, justificada con estas palabras: "Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es". Jesús hace aquí una distinción positiva entre el espíritu y el cuerpo. "Lo que es nacido de carne, carne es", indica claramente que el cuerpo sólo procede del cuerpo, y que el espíritu es independiente del cuerpo.

9. "El espíritu donde quiere, sopla y oyes su voz: mas no sabes de dónde viene, ni a dónde va", puede

---

(1) La traducción de Osterwald, está conforme al texto primitivo; dice: No renace del agua y del Espíritu; la de Sacy dice: "de Santo Espíritu"; la de Lammenais, "del Espíritu Santo".

entenderse del "espíritu de Dios" que da vida a quien quiere o "del alma del hombre"; en esta última acepción: "No sabes de dónde viene, ni a dónde va", significa que no se conoce lo que ha sido, ni lo que será el espíritu. Si el espíritu o alma fuese creada al mismo tiempo que el cuerpo, se sabría de donde viene, puesto que se conocería su principio. En todo caso este pasaje es la consagración del principio de la preexistencia del alma, y por consiguiente de la pluralidad de existencias.

10. **Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece fuerza y los que se la hacen lo arrebatan. - Porque todos los profetas y la Ley hasta Juan profetizaron. - Y si queréis recibir, "él es aquel Elias que ha de venir". - El que tiene orejas para oír, oiga. (San Mateo, cap. XI, v. de 12 a 15).**

11. Pero si el principio de la reencarnación expresado en San Juan, podía en rigor ser interpretado en un sentido puramente místico, no sucedería lo mismo en el pasaje de San Mateo referido, que está sin equívoco posible: "El es aquel Elías que ha de venir"; aquí no hay figura ni alegoría; es una afirmación positiva. - "Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece fuerza". ¿Qué significan estas palabras, puesto que Juan Bautista vivía aún en aquel momento? Jesús las explica claramente diciendo: "Si queréis recibir, él es aquel Elías que ha de venir". No siendo Juan otro que Elías, Jesús hacia alusión al tiempo en que Juan vivía bajo el nombre de Elías. "Hasta ahora el reino de los cielos padece fuerza", es otra alusión a la violencia de la ley mosaica que ordenaba el exterminio de los infieles para ganar la Tierra de Promisión, paraíso de los hebreos, mientras que según la nueva ley, el cielo se gana con la caridad y el amor.

Después añade: "El que tenga orejas para oír, oiga". Estas palabras, tan a menudo repetidas por Jesús,

prueban claramente que no todos estaban en estado de comprender ciertas verdades.

12. **"Vivirán de nuevo tus muertos", mis muertos resucitarán; despertáos, y dad alabanza los que moráis en el polvo; porque tu rocío es rocío de luz. Y la tierra de los gigantes la reducirás a ruina. (Isaías, cap. XXVI, v. 19).**

13. Este pasaje de Isaías, también es explícito: "Vivirán de nuevo tus muertos". Si el profeta hubie se querido hablar de la vida espiritual, si hubiese que rido decir que aquellos que se había hecho morir no estaban muertos en espíritu, hubiera dicho "aun viven" y no "vivirán de nuevo". En el sentido espiritual, esas palabras no tendrían sentido; puesto que implicarían una interrupción en la vida del alma. En el sentido de "regeneración moral", son la negación de las penas eternas, puesto que establecen en principio el que "todos aquellos que están muertos, volverán a vivir".

14. **Mas el hombre después que haya muerto, y despojado que sea y consumido, ¿dime dónde está? - ¿Crees, por ventura, que muerto un hombre tornará a vivir? Todos los días de mi presente milicia, estoy esperando hasta que llegue mi mudanza. (Job, Cap. XIV, v. 10, 14. Scio).**

Mas cuando un hombre ha muerto una vez, que su cuerpo separado de su espíritu está consumido, ¿qué es de él? - El hombre estando muerto una vez, ¿podría acaso vivir de nuevo? En esta guerra en que me encuentro todos los días de mi vida, espero que mi cambio llegará (Id. traducción de Sacy).

Cuando el hombre muere pierde toda su fuerza, expira ¿después, en dónde está? - Si el hombre muere ¿volverá a vivir? Esperaré todos los días de mi combate hasta que llegue algún cambio. (Id. traducción protestante de Osterwald).

Cuando el hombre es muerto, vive siempre; concluyendo los días de mi existencia terrestre esperaré porque volveré a ella de nuevo. (Id versión de la iglesia griega).

15. El principio de la pluralidad de existe ncias, está claramente expresado en estas cuatro versiones. No se puede suponer que Job quisiese hablar de la regeneración por el agua del bautismo, que ciertamente

no conocía. "El hombre estando muerto una vez, ¿podría acaso vivir de nuevo? La idea de morir una vez y volver a vivir implica la de morir y volver a vivir muchas veces. La versión de la iglesia griega es aún más explícita, si es posible. "Concluyendo los días de mi **existencia terrestre**, esperaré, porque volveré"; es decir, volveré a la existencia terrestre. Esto es tan claro como si uno dijera: "Salgo de mi casa, pero volveré".

"En esta guerra que me encuentro, todos los días de mi vida, espero que mi cambio llegará". Job quiere evidentemente hablar de la lucha de la vida; espera su cambio, es decir, se resigna. En la versión griega yo **esperaré**, parece más bien aplicarse a la nueva existencia: "concluyendo los días de mi existencia terrestre, esperaré, porque volveré". Job parece colocarse después de la muerte. en el intervalo que separa una existencia de otra, y decir que allí esperará su vuelta.

16. No es, pues, dudoso que bajo el nombre de **resurrección**, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los judíos, siendo confirmada por Jesús y los profetas de una manera formal; de donde se sigue que negar la reencarnación, es negar las palabras de Cristo. Sus palabras serán un día autoridad sobre este punto, como sobre muchos otros, cuando se mediten sin prevención.

17. Pero a esta autoridad, desde el punto de vista religioso, viene a unirse desde el punto de vista filosófico, el de las pruebas que resultan de la observación de los hechos; cuando de los efectos quiere uno remontarse a las causas, la reencarnación aparece como una necesidad absoluta, como una condición inherente a la humanidade en una palabra, como una ley de la naturaleza; se revela por sus resultados de una manera, por decirlo así, material, como el motor oculto se revela por el movimiento, ella sola puede decir al hombre "de dónde viene y dónde va y porque está en la tierra", y

justificar todas las anomalías y todas las injusticia aparentes que presenta la vida (1).

Sin el principio de la preexistencia del alma y de la pluralidad de existencias, la mayor parte de las máximas del Evangelio son ininteligibles; por esto dieron lugar a interpretaciones tan contradictorias: ese principio es la clave que debe restituirles su verdadero sentido.

Los lazos de familia fortificados por la reencarnación y rotos por la unidad de existencias

18. Los lazos de familia no son destruidos por la reencarnación como creen ciertas personas; al contrario, se fortifican y estrechan: el principio opuesto es el que los destruye.

Los espíritus en el espacio forman grupos o familias unidas por el afecto, la simpatía y la semejanza de inclinaciones; esos espíritus felices porque están juntos, se buscan; la encarnación sólo les separa momentáneamente, porque después que vuelven a la erraticidad se encuentran como los amigos al regresar de un viaje. También se siguen muchas veces en la encarnación, en la que se reúnen en una misma familia, o en un mismo centro, trabajando juntos para su mutuo adelanto. Si los unos están encarnados y los otros no, no están menos unidos por el pensamiento; los que están libres velan por los que están cautivos; los más adelantados procuran hacer progresar a los rezagados. Después de cada existencia, han dado un paso en el camino de la perfección; cada vez menos unidos a la materia, su afecto es más vivo, por lo mismo que es más puro, y que ya no es turbado por el egoísmo ni por la obscuridad de las pasiones. De este modo pueden re-

---

(1) Para el desarrollo del dogma de la reencarnación, véase el "Libro de los Espíritus", caps. IV y V del Lib. II, "¿Qué es el Espiritismo?", cap. II, por Allan Kardec; y la "Pluralidad de existencia del alma", por Pezzani.

correr un número ilimitado de existencias corporales, sin que nada perturbe su mutuo afecto.

Se comprende que hablamos ahora del afecto real de alma a alma, único que sobrevive a la destrucción del cuerpo, porque los seres que no se unen en la tierra sino por los sentidos, no tienen ningún motivo de buscarse en el mundo de los espíritus. Sólo son duraderos los afectos espirituales; los carnales se extinguen con la causa que los ha ocasionado, pero esta causa no existe en el mundo de los espíritus, mientras que el alma existe siempre. En cuanto a las personas unidas por el sólo móvil del interés, no son realmente nada la una para la otra; la muerte las separa en la tierra y en el cielo.

19. La unión y el afecto que existen entre parientes, son indicio de la simpatía anterior que les ha aproximado; por esto se dice, hablando de una persona cuyo carácter, gustos e inclinaciones no tienen ninguna semejanza con sus allegados, que no es de la familia. Cuando se dice esto se dice más verdad de lo que se cree. Dios permite en las familias estas encarnaciones de espíritus antipáticos o extraños con el doble objeto de servir de prueba para los unos y de medio de adelanto para los otros. Además, los malos se mejoran poco a poco con el contacto de los buenos y por los cuidados que de éstos reciben; su carácter se suaviza, sus costumbres se purifican, las antipatías se deshacen, y así es como se establece la fusión entre las diferentes categorías de espíritus, como en la tierra se establece entre las razas y los pueblos.

20. El temor que se tiene por el aumento indefinido del parentesco a consecuencia de la reencarnación, es un temor egoísta, y prueba de que no se siente un amor bastante grande para tenerlo a un gran número de personas. Un padre que tiene muchos hijos, ¿acaso no les ama tanto como si tuviera uno? Pero tranquilícense los egoístas: ese miedo no es fundado. De que

haya un hombre que haya tenido diez encarnaciones, no se seguirá por esto que ha de encontrar en el mundo de los espíritus diez padres, diez madres, diez mujeres y un número proporcionado de hijos y de nuevos parientes; encontrará siempre los mismos objetos de su afecto, que se le habrán unido en la tierra con títulos diferentes, y aun puede ser con el mismo.

21. Veamos ahora las consecuencias de las doctrinas de la no reencarnación. Esta doctrina anula necesariamente la preexistencia del alma, siendo las almas creadas al mismo tiempo que el cuerpo, no existe entre ellas ningún lazo anterior; son completamente extrañas unas a otras; el padre se extrañó a sus hijos; la filiación de las familias se encuentra de este modo reducida a la sola filiación corporal, sin ningún lazo espiritual. No hay, pues, ningún motivo para vanagloriarse de haber tenido por antepasados tales o cuales personajes ilustres. Con la reencarnación, antepasados y descendientes pueden ser conocidos, haber vivido juntos, haberse amado y encontrarse reunidos más tarde para estrechar sus lazos simpáticos.

22. Esto es en cuanto al pasado. En cuanto al porvenir, según uno de los dogmas fundamentales que se desprende de la no reencarnación, la suerte de las almas está irrevocablemente fijada después de una sola existencia; fijar definitivamente la suerte, implica la cesación de todo progreso, porque si hay algún progreso, no hay suerte definitiva, según vivieron bien o mal, van inmediatamente a la morada de los bienaventurados o al infierno eterno; de este modo están "separados para siempre y sin esperanza de unirse jamás", de tal modo, que padres, madres e hijos, maridos y mujeres; hermanos, hermanas y amigos, nunca están ciertos de volverse a ver; esta es la rotura más absoluta de los lazos de familia. Con la reencarnación y el progreso, que es su consecuencia, todos los que se han amado se encuentran en la tierra y en el espacio, y marchan jun-

tos para llegar a Dios. Si hay algunos que tuercen el camino, retardan su adelanto y su felicidad, pero no se ha perdido toda la esperanza; ayudados, animados y sostenidos por los que les aman, saldrán un día del cenagal en donde se metieron. Con la reencarnación, en fin, hay solidaridad perpetua entre los encarnados y desencarnados y de aquí viene que se estrechan más los lazos de afecto.

23. En resumen, cuatro alternativas se presentan al hombre para su porvenir de ultratumba; 1ª la nada, según la doctrina **materialista**; 2ª la absorción en el todo universal, según la doctrina **panteista**; 3ª la indi vidualidad con fijación definitiva de la suerte; según la doctrina de la **iglesia**; y 4ª la individualidad con pro gresión indefinida, según la doctrina **espiritista**. Según las dos primeras los lazos de familia se rompen después de la muerte, y no queda ninguna esperanza de volver-se a encontrar; con la tercera, pueden volverse a ver con tal que estén en un mismo centro, y este centro puede ser el infierno o el paraíso; con la cuarta, o sea con la pluralidad de existencias, que es inseparable del progreso gradual, hay certeza en la continuidad de re laciones entre los que se han amado, y esto es lo que constituye la verdadera familia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Límites de la encarnación

24. "¿Cuáles son los límites de la encarnación?"

- Propiamente hablando, la encarnación no tiene lími tes bien marcados, si se entiende por tal la envoltura que constituye el cuerpo del espíritu atendido que la materialidad de esta envoltura, disminuye a medida que el espíritu se purifica. En ciertos mundos más adelan tados que la tierra, es menos compacta, menos pesada y menos grosera, y por consiguiente, sujeta a menos

vicisitudes; a un grado más elevado, es diáfana y casi fluídica; de grado en grado se desmaterializa y acaba por confundirse con el periespíritu. Según el mundo en que debe vivir el espíritu, toma éste la envoltura apropiada a la naturaleza de aquel mundo.

El mismo periespíritu sufre transformaciones sucesivas; se hace cada vez más etéreo hasta la completa depuración, que constituye la esencia de los espíritus puros. Si mundos especiales están afectos, como estaciones, a los espíritus muy adelantados, estos últimos no están sujetos a ellos como en los mundos inferiores; el estado libre en que se encuentran les permiten transportarse a todas las partes a que les llaman las misiones que les son confiadas.

Si se considera la encarnación desde el punto de vista material, como tiene lugar en la tierra, se puede decir que está limitada a los mundos inferiores; por consiguiente, depende del espíritu desembarazarse de ella más pronto, trabajando para su purificación.

Debe también considerarse que en el estado errante, es decir, en el intervalo de las existencias corporales, la situación del espíritu está en relación con la naturaleza del mundo al que le liga su grado de adelanto; así es que en la erraticidad, es más o menos feliz, libre e ilustrado, según esté más o menos desmaterializado (**San Luis**. París, 1859).

Necesidad de la encarnación

25. "¿ Es un castigo la encarnación y están sujetos a ello sólo los espíritus culpables?"

El tránsito de los espiritus por la vida corporal es necesario para que éstos puedan cumplir, con el auxilio de una acción material, los designios cuya ejecución les confía Dios; es necesario para ellós mismos, porque la actividad que están obligados a desplegar, ayuda al desarrollo de la inteligencia. Siendo Dios soberanamente justo, debe hacer parte igual a todos sus hijos; por esto da a todos

un mismo punto de partida, la misma aptitud, las "mismas obligaciones que cumplir y la misma libertad de obrar", todo privilegio sería una preferencia, y toda preferencia una injusticia. Pero la encarnación, para todos los espíritus, sólo es un estado transitorio; es un deber que Dios les impone al empezar su vida, como primera prueba del uso que harán de su libre albedrío. Los que desempeñan este deber con celo, pasan rápidamente y con menos pena los primeros grados de iniciación y gozan más pronto del fruto de sus trabajos. Por el contrario, aquéllos que hacen mal uso de la libertad que Dios les ha concedido, retardan su adelanto; así es que por su obstinación, puede prolongarse indefinidamente la necesidad de reencarnarse, y entonces es cuando la encarnación viene a ser un castigo. (**San Luis**, París, 1859).

26. **Nota**. Una comparación vulgar hará comprender mejor esta diferencia. El estudiante no obtiene los grados de la ciencia sino después de haber recorrido la serie de clases que a ellos conducen. Esas clases, cualquiera que sea el trabajo que exijan, son un medio de llegar al fin, y no un castigo. El estudiante laborioso abrevia el camino, y encuentra en él menos abrojos; lo contrario sucede al que por pereza y negligencia le obligan a duplicar ciertas clases. No es, pues, el trabajo de una clase lo que constituye el castigo, sino la obligación de volver a empezar el mismo trabajo.

Lo mismo sucede al hombre en la tierra. Para el espíritu del salvaje, que está casi al principio de la vida espiritual, la encarnación es un medio de desenvolver su inteligencia; pero para el hombre ilustrado cuyo sentido moral está muy desarrollado, y que está obligado a redoblar las jornadas de una vida corporal llena de angustias, cuando podía ya haber llegado al fin, es un castigo por la necesidad en que está de prolongar su morada en los mundos inferiores y desgraciados. Por el contrario, aquel que trabaja activa-

mente en su progreso moral, puede, no sólo abreviar la duración de la encarnación moral, sino pasar de una sola vez los grados intermedios que le separan de los mundos superiores.

¿No podrían los espíritus encarnarse sólo una vez en el mismo globo y cumplir sus diferentes existen cias en esferas también diferentes? Sería admisible esta opinión cuando todos los hombres estuviesen en la tierra, exactamente en el mismo nivel intelectual y moral. Las diferencias que existen entre ellos, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, manifiestan los grados que están llamados a recorrer. Por otra parte, la encarnación debe tener un objeto útil; de otro modo, ¿cuál sería el de las encarnaciones efímeras de los niños que mueren en edad temprana? Hubieran sufri do sin provecho para ellos ni para otro; Dios, cuyas leyes son soberanamente sabias, no hace nada inútil. Por la reencarnación en el mismo globo, ha querido que los mismos espíritus encontrándose de nuevo en contacto, tuviesen ocasión de reparar sus faltas recí procas: por el hecho de sus relaciones anteriores, ha querido además fundar los lazos de familia en una base espiritual, y apoyar en una ley de la naturaleza los principios de solidaridad, de fraternidad y de igualdad.

CAPÍTULO V

Bienaventurados los afligidos

Justicia de las aflicciones. - Causas actuales de las afliccio nes. - Causas anteriores de las afliccionies. - Olvido del pasado. Motivos de resignación - El suicidio y la locu ra. - **Instrucciones de los espíritus**: Sufrir bien y sufrir mal. - El alma y el remedio. - La felicidad no es de este mundo. - Pérdida de las personas queridas. - Muertes pre maturas - Si hubiese sido un hombre de bien, hubiera muerto. - Tormentos voluntarios. - Desgracia real. - Melancolía. - Pruebas voluntarias. - Verdadero cilicio. - ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? - ¿Es permitido abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curación? - Sacrificio de la propia vida. - Provecho de los sufrimientos por otro.

Justicia de las aflicciones

1. **Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. - Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. - Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 5, 6 y 10).**

2. **Y El, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. - Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque hartos seréis. - Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis (San Lucas, cap. VI, v. 20 y 21).**

Mas ¡ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo! - ¡Ay de vosotros los que éstáis hartos, porque tendréis hambre! - ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! (San Lucas, cap. VI, v. 24 y 25).

3. La compensación que Jesús promete a los afligi dos de la tierra, no puede tener lugar sino en la vida futura; sin la seguridad del porvenir, esas máximas no tendrían sentido, o serían, mejor dicho, un enganño. Aun con esta certeza difícilmente se comprende la utilidad de sufrir para ser feliz. Se dice que se hace para tener más mérito; pero entonces se pregunta uno: ¿por qué los unos sufren más que los otros?, ¿por qué los unos nacen en la miseria y los otros en la opulencia, sin haber hecho nada para justificar esta posesión?, ¿por qué a los unos nada les sabe bien, mientras a los otros todo parece sonreirles? Pero lo que aún se comprende menos es el ver los bienes y los males tan desigualmente distribuídos entre el vicio y la virtud, y ver a los hombres virtuosos sufrir al lado de los malos que prosperan. La fe en el porvenir puede consolar y hacer que se tenga paciencia; pero no explica esas anomalías que parecen desmentir la justicia de Dios.

Sin embargo, desde que se admite a Dios no se le pue de concebir sin que sea infinito en perfecciones; debe ser todo poder, todo justicia, todo bondad, sin lo cual no seria Dios. Si Dios es soberanamente bueno y justo, no puede obrar por capricho ni con parcialidad. "Las vicisitudes de la vida tienen, pues, una causa, y puesto que Dios es justo, esta causa debe ser justa". Todos deben penetrarse de esto. Dios ha puesto a los hombres en el camino que conduce a esta causa por medio de la enseñanza de Jesús, y juzgándoles hoy en buena disposición para comprenderla, se la revela completa por medio del Espiritismo, es decir, por la "voz de los espíritus".

Causas actuales de las aflicciones

4. Las vicisitudes de la vida son de dos clases, o si se quiere, tienen dos origenes muy diferentes que conviene distinguir: las unas tienen la causa en la vida presente, y las otras fuera de esta vida.

Remontándonos al origen de los males terrestres, se reconocerá que muchos son consecuencia natural del carácter y de la conducta de aquellos que los sufren. ¡Cuántos hombres caen por su propia falta! - Cuántos son victimas de su imprevisión, de su orgullo y de su ambición! - ¡Cuántas personas arruinadas por falta de orden, de perseverancia, por no tener conducta o por no haber sabido limitar sus deseos! - ¡Cuántas uniones desgraciadas, porque sólo son cálculo del in terés o de la vanidad, y en las que para nada entra el corazón! - ¡Cuántas disenciones y querellas funestas se hubieran podido evitar con más moderación y menos susceptibilidad! - ¡Cuántas enfermedades y dolencias son consecuencia de la intemperancia y de los excesos de todas clases! - ¡Cuántos padres son desgraciados por sus hijos porque no combatieron las malas tenden cias de éstos en su principio! Por debilidad o indiferencia han dejado desarrollar en ellos los gérmenes del orgullo, del egoísmo y de la torpe vanidad que secan el corazón, y más tarde, recogiendo lo que sembraron, se admiran y se afligen de su falta de deferencia y de su ingratitud. Pregunten fríamente a conciencia todos aquéllos que tienen herido el corazón por las vicisitu des y desengaños de la vida; remóntense paso a paso al origen de los males que les afligen, y verán si casi siempre podrán decirse: "Si yo hubiese o no hubiese hecho tal cosa, no me encontraría en tal posición". ¿A quién debe, pues, culparse de todas estas aflicciones, sino a sí mismo? Así es como el hombre, en un gran número de casos, es hacedor de sus propios infortu nios, pero en vez de reconocerlo, encuentra más sen cillo y menos humillante para su vanidad, acusar a la suerte, a la Providencia, al mal éxito, a su mala estre lla, siendo así que su mala estrella es su incuria o su ambición.

Los males de esta clase seguramente forman un con tingente muy notable en las vicisitudes de la vida; pero el hombre los evitará cuando trabaje para su mejora-

miento moral tanto como para su mejoramiento intelectual.

5. La ley humana alcanza a ciertas faltas y las castiga; el condenado puede, pues, decir que sufre la consecuencia de lo que ha hecho; pero la ley no alcanza ni puede alcanzar a todas las faltas; castiga más especialmente aquellas que causan perjuicio a la sociedad y no aquellas que dañan a los que las cometen. Sin embargo, Dios quiere el progreso de todas las criaturas; por esto no deja impune ningún desvío del camino recto; no hay una sola falta, por ligera que sea, una sola infracción a su ley, que no tenga consecuencias forzosas e inevitables, más o menos desagradables; de donde se sigue que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, el hombre es siempre castigado por donde ha pecado. Los sufrimientos, que son su consecuencia, le advierten de que ha obrado mal, le sirven de experiencia, le hacen sentir la diferencia del bien y del mal y la necesidad de mejorarse para evitar en lo sucesivo lo que ha sido para él origen de pesares; sin esto no hubiera tenido ningún motivo de corregirse; confiando en la impunidad, retardaría su adelanto, y por consiguiente su felicidad futura.

Pero la experiencia viene algunas veces un poco tarde, cuando la vida está gastada y turbada, cuando las fuerzas están debilitadas y cuando el mal no tiene remedio. Exclama el hombre: Si al principio de la vida hubiese sabido lo que sé ahora, ¡cuántos pasos falsos hubiera evitado! ¡"Si tuviera que empezar ahora", me conduciría de muy distinto modo, pero ya no es tiempo! Así como el operario perezoso dice: He perdido mi jornal, él también dice: He perdido mi vida; pero así como para el jornalero el sol sale al día siguiente y empieza un nuevo día que le permite reparar el tiempo perdido, también para él, después de la noche de la tumba, resplandecerá el sol de una nueva vida en la que podrá valerle la experiencia del pasado y sus buenas resoluciones para el porvenir.

Causas anteriores de las aflicciones

6. Pero si bien hay males cuya primera causa es el hombre en esta vida, hay otros a los que es extraño enteramente, al menos en apariencia, y que parecen herirle como por una fatalidad. Tal es, por ejemplo, la pérdida de los seres queridos y de los que son el sostén de la familia; tales son también los accidentes que ninguna previsión puede evitar, los reveses de la fortuna que burlan todas las medidas de la prudencia, las plagas naturales, las dolencias de nacimiento, par ticularmente aquellas que quitan al desgraciado los medios de ganarse la vida con su trabajo, las defor midades, el idiotismo, la imbecilidad, etc. Los que nacen en semejantes condiciones, seguramente no han hecho nada en esta vida para merecer una suerte tan triste, sin compensación y que no podían evitar; que están en a imposibilidad de cambiarla por sí mismos y que les deja a merced de la conmiseración pública. ¿Por qué, pues, tantos seres desgraciados, mientras que a su lado, bajo un mismo techo, en la misma familia, hay otros favorecidos en todos conceptos?

¿Qué diremos, en fin, de esos niños que mueren en edad temprana y no conocieron, de la vida más que los sufrimientos? Problemas que ninguna filosofía ha podido aún resolver, anomalías que ninguna religión ha podido justificar y que serían la negación de la bondad, de la justicia y de la providencia de Dios, en la hipótesis de que el alma es creada al mismo tiempo que el cuerpo, y que su suerte está irrevocablemente fijada después de una estancia de algunos instantes en la tierra. ¿Qué han hecho esas almas que acaban de salir de las manos del Creador para sufrir tantas mi serias en este mundo, y para merecer en el porvenir una recompensa o un castigo cualquiera, cuando no han podido hacer ni bien ni mal?

Sin embargo, en virtud del axioma de que "todo efecto tiene una causa", esas miserias son efectós que

deben tener una causa; y desde el momento en que admitimos un Dios justo, esa causa debe ser justa, luego, precediendo siempre la causa al efecto, y puesto que aquélla no está en la vida actual, debe ser anterior a esta vida, es decir, pertenecer a una existencia precedente. Por otra parte, no pudiendo Dios castigar por el bien que se ha hecho ni por el mal que no se ha hecho, si somos castigados, es que hemos hecho mal si no lo hemos hecho en esta vida, lo habremos hecho en otra. Esta es una alternativa de la que es imposible evadirse, y en la que la lógica dice de qué parte está la justicia de Dios.

El hombre, pues, no es castigado siempre o completamente castigado, en su existencia presente; pero nunca se evade a las consecuencias de sus faltas. La prosperidad del malo sólo es momentánea, y si no expia hoy, expiará mañana, mientras que el que sufre, sufre por expiación de su pasado. La desgracia que en un principio parece inmerecida, tiene su razón de ser, y el que sufre puede decir siempre: "Perdonadme, Señor, porque he pecado".

7. Los sufrimientos por causas anteriores, son, a menudo, como los de las faltas actuales; consecuencia natural de la falta cometida; es decir, que por una justicia distributiva rigurosa, el hombre sufre lo que ha hecho sufrir a los otros; si ha sido duro e inhumano, podrá a su vez ser tratado con dureza y con inhumanidad; si ha sido orgulloso, podrá nacer en una condición humillante; si ha sido avaro y egoísta y ha hecho mal uso de su fortuna, podrá carecer de lo necesario; si ha sido mal hijo, los suyos le harán sufrir.

Así es como se explican, por la pluralidad de existencias y por el destino de la tierra como mundo expiatorio, las anomalías que presenta la repartición de la felicidad y la desgracia entre los buenos y malos en la tierra; esta anomalia sólo existe en apariencia, porque se toma su punto de vista desde la vida presente; pero si uno se eleva con el pensamiento de

modo que pueda abrazar una serie de existencias, verá que a cada uno se le ha dado la parte que merece, sin perjuicio de la que se le señala en el mundo de los espíritus, y que la justicia de Dios jamás se interrumpe.

El hombre nunca debe perder de vista que se halla en un mundo inferior, donde sólo permanece por sus imperfecciones. A cada vicisitud debe decirse que si perteneciera a un mundo más adelantado, no le sucederia esto, y que de él depende el no volver aquí trabajando para su mejoramiento.

8. Las tribulaciones de la vida pueden ser impuestas a espíritus endurecidos o demasiado ignorantes para hacer una elección con conocimiento de causa; pero son elegidas libremente y aceptadas por los espíritus **arrepentidos** que quieren reparar el mal que han hecho y acostumbrarse a obrar mejor. Lo mismo sucede con el que, habiendo cumplido mal su tarea, pide que se le deje empezar de nuevo para no perder el beneficio de su trabajo. Estas tribulaciones son, pues, a la vez, expiaciones por el pasado que castigan y pruebas para el porvenir que preparan. Demos gracias a Dios porque en su bondad concede al hombre la facultad de la reparación y no le condena irrevocablemente por una primera falta.

9. Tampoco debe creerse que todo sufrimiento en la tierra sea necesariamente indicio de una falta determinada; a menudo son simples pruebas elegidas por el espíritu para acabar su purificación y activar su adelantamiento. Así es que la expiación sirve siempre de pruebas, pero la prueba no es siempre una expiación; pruebas o expiaciones son siempre señales de una inferioridad relativa, porque el que es perfecto no tiene necesidad de ser probado. Un espíritu puede, pues, haber adquirido cierto grado de elevación, pero queriendo aún adelantar más, solicita una misión, una tarea que cumplir, por lo que será tanto más recompensado si sale victorioso, cuanto más penosa haya sido la lucha.

Tales son, especialmente, esas personas de instintos naturalmente buenos, de alma elevada, de nobles sentimientos innatos, que parece que nada trajeron de malo de su existencia precedente, y que sufren con una resignación muy cristiana los más grandes dolores, pidiendo a Dios sobrellevarlos sin murmurar. Por el contrario, se pueden considerar como expiaciones las aflicciones que excitan la murmuración y conducen al hombre a rebelarse contra Dios.

El sufrimiento que no excita murmuraciones, sin duda puede ser una expiación; pero más bien indica que ha sido escogido voluntariamente y no impuesto, y la prueba de una fuerte resolución es señal de progreso.

10. Los espíritus no pueden aspirar a la perfecta felicidad, sino cuando son puros; toda mancha les cierra la entrada de los mundos dichosos. Lo mismo sucede a los pasajeros de una embarcación infestada por la peste, a los que les está prohibido entrar en la ciudad hasta que se hayan purificado. Los espíritus se despojan poco a poco de sus imperfecciones en sus diversas existencias corporales. Las pruebas de la vida perfeccionan cuando se sobrellevan bien; como expiaciones, borran las faltas y purifican; es el remedio que limpia la llaga y cura al enfermo; cuanto más grave es el mal, más enérgico debe ser el remedio. El que sufre mucho debe decir que tenía mucho que expiar, y alegrarse de curar bien pronto; depende de él hacer este sufrimiento provechoso con su resignación y no perder el fruto con sus murmuraciones, pues no haciéndolo así, tendría que empezar de nuevo.

Olvido del pasado

11. En vano se objeta el.olvido como un obstáculo para que se pueda aprovechar de la experiencia de las existencias anteriores. Si Dios ha juzgado conveniente echar un velo sobre el pasado, es porque debe ser útil.

En efecto, este recuerdo tiene inconvenientes muy graves; podría en ciertos casos humillarnos excesivamente, o bien exaltar también nuestro orgullo, y por lo mismo, poner trabas a nuestro libre albedrío; en todos los casos, hubiera ocasionado una perturbación inevitable en las relaciones sociales.

El espíritu renace a mentido en el mismo centro en donde vivió, y se encuentra en relaciones con las mis mas personas, a fin de reparar el mal que les ha hecho. Si reconociese en ellas a las que ha odiado, su encono despertaría quizá, y en todos casos, se vería humillado ante los que hubiera ofendido.

Dios nos ha dado para mejorarnos precisamente lo que nos es necesario y puede bastarnos: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas y nos quita lo que pudiera dañarnos.

El hombre al nacer trae consigo lo que ha adquiri do; nace según ha querido él mismo; cada existencia es para él un nuevo punto de partida; poco le importa saber lo que era; es castígado por el mal que ha hecho; sus actuales tendencias malas son indicio de lo que debe corregir, y sobre esto debe concentrar toda su atención, porque de lo que se ha corregido completamente, no queda ya rastro. Las buenas resoluciones que ha tomado son la voz de la conciencia que le advierte de lo que es bueno o malo, y le da fuerza para resistir a las malas tentaciones. Por lo demás, ese olvido sólo tiene lugar durante la vida corporal. Cuando entra en la vida espiritual, el espíritu recobra el recuerdo del pasado; así, pues, sólo es una interrupción momentá nea, como sucede en la vida terrestre durante el sue ño, lo que no impide que al día siguiente se acuerde de lo que hizo la vigilia y los días precedentes.

No es sólo después de la muerte cuando el espíritu recobra el recuerdo de su pasado; se puede decir que no lo pierde nunca;. porque la experiencia prueba que en la encarnación, durante el sueño del cuerpo, cuando goza de cierta libertad el espíritu tiene conciencia de

sus actos anteriores; sabe por qué sufre y que sufre justamente; el recuerdo sólo se borra durante la vida exterior de relaciones. Pero a falta de un recuerdo preciso que podría serle muy penoso y perjudicarle en sus relaciones sociales, saca nuevas fuerzas en estos instantes de emancipación del alma, si supo aprovecharlos.

Motivos de resignación

12. Con estas palabras: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados", Jesús indica al mismo tiempo la compensación que espera a los que sufren, y la resignación que hace bendecir el sufrimiento como preludio de la curación.

Estas palabras también pueden traducirse de este modo: Vosotros debéis consideraros felices sufriendo, porque vuestros dolores son deudas de vuestras faltas pasadas, y esos dolores sufridos con paciencia en la tierra os ahorran siglos de sufrimientos en la vida futura. Debéis, pues, teneros por felices, viendo que Dios reduce vuestra deuda, permitiéndoos que la pagués ahora, lo que os asegurará la tranquilidad para el porvenir.

El hombre que sufre se parece a un deudor que debe una fuerte cantidad y a quien su acreedor dice: "Si hoy mismo me pagáis la centésima parte, os perdono el resto; quedaréis libre; si no la hacéis, os perseguiré hasta que hayáis pagado el último céntimo". ¿No sería feliz el deudor, aun cuando sufriese toda clase de privaciones para librarse, pagando solamente la centésima parte de lo que debe? En vez de quejarse de su acreedor, ¿no le daria las gracias?

Tal es el sentido de estas palabras: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados"; son felices porque pagan la deuda, y después de pagar, quedaron libres. Pero si pagando por un lado, se contraen nuevas deudas por el otro, nunca se llegará al saldo. Cada nueva falta aumenta la deuda, porque no hay una

sola, cualquiera que sea, que no lleve consigo su castigo forzoso, inevitable; si no es hoy, será mañana, y si no en esta vida, será en otra. Entre estas faltas debería ponerse en primer lugar el defecto de sumisión a la voluntad de Dios; pues si en las aflicciones se murmura si no se aceptan con resignación y como cosa que ha debido merecerse, si se acusa a Dios de injusto, se contrae una deuda nueva que hace perder el beneficio que podría esperarse del sufrimiento; por esto será preciso empezar de nuevo, absolutamente como si a un acreedor que os atormenta, le dais cantidades a cuenta, y cada vez le pedís prestado de nuevo.

A su entrada en el mundo de los espíritus, el hombre es semejante también al obrero que se presenta el día de la paga. A los unos les dice el amo: "Aquí tenéis el precio de vuestros jornales"; a los otros, a los felices de la tierra, a los que hayan vivido en la ociosidad, a los que hayan cifrado su felicidad en la satisfacción del amor propio y los goces mundanos, dirá:
"Nada hay para vosotros, porque habéis recibido vuestro salario en la tierra. Idos y empezad de nuevo vuestra tarea".

13. El hombre puede aliviar o aumentar las amarguras de sus pruebas según el modo como considere la vida terrestre. Sufre tanto más cuanto más larga ve la duración del sufrimiento; así, pues, el que se coloca en el punto de vista de la vida espiritual, abraza de una sola ojeada la vida corporal; la ve como un punto en el infinito, comprende su corta duración, y dice que ese momento penoso pasa muy pronto; la certeza de un porvenir próximo más feliz le sostiene y le anima, y en lugar de quejarse, da gracias al cielo por los dolores que le hacen adelantar. Para el que sólo ve la vida corporal, por el contrario, ésta le parece interminable, y el dolor pesa sobre él con toda su fuerza. Es resultado de ese modo de considerar la vida el disminuir la importancia de las cosas de este mundo, conducir al hombre a moderar sus deseos y a contentarse

con su posición sin envidiar la de los otros; atenuando la impresión moral de los reveses y de los desengaños que experimenta, adquiere una calma y una resignación tan útiles a la salud del cuerpo como a la del alma; mientras que con la envidia, los celos y la ambición, él mismo se pone voluntariamente en el tormento y aumenta de este modo las miserias y las angustias de su corta existencia.

El suicidio y la locura

14. La calma y la resignación resultantes de la manera de considerar la vida terrestre y de la fe del porvenir, dan al espíritu una serenidad que es el mejor preservativo contra "la locura y el suicidio".

En efecto, es cierto que la mayor parte de los casos de locura son debidos a la conmoción producida por las vicisitudes que el hombre no tiene fuerza para soportar; si, pues, por la manera como el Espiritismo le hace ver las cosas de este mundo, toma con indiferencia, y aun con alegría, los reveses y los desengaños que le hubieran desesperado en otras circunstancias, es evidente que esa fuerza que le coloca por encima de los acontecimientos, preserva su razón de las sacudidas, que sin esto le hubieran quebrantado.

15. Lo mismo sucede con el suicidio; si se exceptúan aquellos que tienen lugar por la embriaguez y por la locura y que pueden llamarse inconvenientes, es cierto que, cualesquiera que sean los motivos particulares, siempre hay por causa el descontento; así, pues, aquél que está cierto de que sólo es desgraciado un día y estará mejor los días siguientes, y los toma con gusto y paciencia; no se desespera sino cuando no ve término a sus sufrimientos. ¿Qué es, pues, la vida humana con respecto a la eternidad, sino mucho menos que un día? Pero para el que no cree en la eternidad, que cree que todo acaba en él con la vida, si se abandona a la

melancolía por el infortunio, no ve otro término que la muerte; no esperando nada, encuentra muy natural y aun muy lógico el abreviar sus miserias con el suicidio.

16. La incredulidad, la simple duda acerca del por venir, las ideas materialistas, en una palabra, son los más grandes excitantes para el suicidio: engendran la "cobardia moral". Y cuando se ven hombres de ciencia apoyarse en la autoridad de su saber para esforzarse en probar a sus oyen tes o a sus lectores que nada tienen que esperar después de la muerte, ¿no equivale a conducirles a esta consecuencia, es a saber: que si son desgraciados, nada pueden hacer mejor que matarse? ¿Qué podrían decirles que les desviara de esa idea? ¿Qué compensación pueden ofrecerles? ¿Qué es peranza pueden darles? Nada absolutamente, sino la nada. De donde se sigue, que si la nada es el solo remedio heroico, la sola perspectiva, más vale caer en ella en seguida que más tarde y sufrir de este modo menos tiempo. La propagación de las ideas materia listas es, pues, el veneno que inocula en un gran nu mero el pensamiento del suicidio, y aquellos que se proclaman sus apóstoles, asumen una grande respon sabilidad. No siendo permitida la duda con el Espiri tismo, el aspecto de la vida cambia, el creyente sabe que la vida se prolonga indefinidamente más allá de la tumba, pero en diferentes condiciones; de aquí nace la paciencia y la resignación, que naturalmente desvían el pensamiento del suicidio; en una palabra, de aquí viene el "valor moral".

17. El Espiritismo produce aún, bajo este concep to, otro resultado también muy positivo y quizá más concluyente. Nos presenta a los mismos suicidas que vienen a decirnos su desgraciada posición, y a probar nos que nadie viola impunemente la ley de Dios que prohibe al hombre el abreviar su vida. Entre los suici das los hay cuyos sufrimientos, aunque temporales y

no eternos, no son menos terribles, y de tal naturaleza, que hacen reflexionar a cualquiera que intentara irse de la tierra antes que Dios lo disponga. El Espiritismo neutraliza, pues, el pensamiento del suicida, por muchos motivos; por la "certeza" de una vida futura en la que "sabe" que será tanto más feliz cuanto más desgraciado y más resignado haya sido en la tierra por la "certeza" de que abreviando su vida justamente obtiene un resultado enteramente diferente del que esperaba; que ha salido de un mal, para caer en otro peor, más largo y más terrible; que se engaña si se cree que matándose irá más pronto al Cielo; que el suicidio es un obstáculo para reunirse en el otro mundo con los seres de su afecto a quienes esperaba encontrar allí; de donde se sigue la consecuencia de que el suicidio, no prometiendo otra cosa que desengaños, es contra sus propios intereses. Así es que el número de los suicidios evitados por el Espiritismo, es considerable, y se puede asegurar que cuando todos los hombres sean espiritistas no habrá suicidas conscientes. Comparando, pues, los resultados de las doctrinas materialista y espiritista bajo el solo punto de vista del suicídio, hallaremos que la lógica de la una conduce a él, mientras que la lógica de la otra lo evita; lo que es confirmado por la experiencia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Sufrir bien y sufrir mal

18. Cuando Cristo dijo: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados", no entendía decirlo por los que sufren en general, porque todos los que están en la tierra sufren, ya habiten el palacio, ya la cabaña; pero ¡ah! pocos sufren bien, pocos comprenden que sólo las pruebas que se sobrellevan bien son las que conducen al reino de Dios. No tener valor es una falta; Dios os niega los consuelos porque no tenéis

ánimo. La oración es un sostén para el alma, pero no basta; es menester que esté apoyada en una fe viva en la bondad de Dios. Se os ha dicho a menudo que no impone una pesada carga sobre espaldas débiles, sino que la carga es proporcionada a las fuerzas, así como la recompensa será proporcionada a la résignación y al valor; la recompensa será más preciosa cuanto mayor haya sido la aflicción, pero esta recompensa es necesario merecerla, y por esto la vida está llena de tribulaciones. El militar que no entra en fuego, no está contento, porque el descanso del campamento no le procura el ascenso; sed, pues, como el militar, y no deseéis un descanso que debilitaría vuestro cuerpo y embotaría vuestra alma. Cuando Dios os envíe la lucha, quedad satisfechos. Esta lucha no es el fuego de la batalla, sino las amarguras de la vida en la que muchas veces se necesita más valor que en un combate sangriento, porque habrá quien se mantenga firme en frente del enemigo y se dejará vencer por una pena moral. El hombre no tiene recompensa para esta clase de valor, pero Dios le reserva coronas y un lugar glorioso. Cuando tengáis un motivo de pena o de contrariedad, procurad haceros superiores a él, y cuando lleguéis a dominar los impulsos de la impaciencia, de la cólera o de la desesperación, podréis decir con justa satisfacción: "He sido el más fuerte".

"Bienaventurados los afligidos", puede, pues, traducirse de este modo: Bienaventurados aquellos que tienen ocasión de probar su fe, su firmeza, su perseverancia y su sumisión, a la voluntad de Dios, porque tendrán centuplicados los goces que les faltan en la tierra, y después del trabajo vendrá el descanso. (**Lacordaire**, Havre, 1863).

El mal y el remedio

19. Vuestra tierra, ¿es acaso un lugar de alegría o un paraíso de delicias? ¿No resuena aún en vues-

tros oídos la voz del profeta? ¿No exclamó diciendo, que habria lágrimas y crujimiento de dientes, para los que nacieran en este valle de dolores? Vosotros que venís a vivir en ella, esperad lágrimas ardientes y penas amargas, y cuanto más agudos y profundos sean vuestros dolores, levantad los ojos al cielo y bendecid al Señor por haber querido probaros. ¡Oh hombres! vosotros no reconoceréis el poder de vuestro maestro, sino cuando haya curado las llagas de vuestro cuerpo y coronado vuestros días de beatitud y de alegria! ¡No conoceréis su amor sino cuando hayá adornado vues tro cuerpo con todas las glorias y le haya dado todo su resplandor y su blancura! Imitad, pues, al que se os dió como ejemplo: llegado al último grado de la abyección y de la miseria, tendido en un estercolero, dijo a Dios: "¡Señor, he conocido todos los goces de la opulencia, y me habéis reducido a la miseria más profunda; gracias, gracias, Dios mío, por haber que rido probar a vuestro servidor!" ¿Hasta cuándo vues tras miradas se pararán en los horizontes marcados por la muerte? ¿Cuándo querrá vuestra alma, en fin, lanzarse más allá de los límites de una tumba? Pero si hubiéseis de llorar y sufrir toda una vida, ¿qué es eso al lado de la eternidad de la gloria reservada al que haya sufrido la prueba con fe, amor y resignación? Buscad, pues, consuelos a vuestros males en el porve nir que Dios os depare y la causa de ellos en vuestro pasado; y vosotros los que más sufrís, consideráos como los felices de la tierra.

En el estado de desencarnados, cuando estábais en el espacio, elegísteis vuestra prueba, porque os creís teis bastante fuertes para soportarla; ¿por qué mur muráis ahora? Los que habéis pedido la fortuna y la gloria, fué para sostener la lucha de la tentación y vencerla. Los que habéis pedido luchar con el espíritu y ti cuerpo contra el mal y el físico, fué porque sabíais que cuanto más fuerte sería la prueba, más gloriosa sería la victoria, y que si salíais de ella triunfantes,

aun cuando vuestra carne se hubiese echado en un muladar, a su muerte dejaría escapar un alma resplandeciente de blancura, y purificada por el bautismo de la expiación y del sufrimiento.

¿Qué remedios podremos dar a los que son acosados por crueles obsesiones y males graves? Sólo uno hay infalible: la fe, levantar los ojos al cielo. Sí en el acceso de vuestros más crueles sufrimientos, vuestra voz canta al Señor, el ángel a vuestra cabecera os enseñará con su mano la señal de salvación y el lugar que debéis ocupar un día. . . La fe es el remedio cierto del sufrimiento; ella enseña siempre los horizontes del infinito, ante los cuales se borran esos pocos días del presente. No preguntéis, pues, qué remedio es menester emplear para curar tal úlcera o tal llaga, tal tentación o tal prueba; acordáos que el que cree, es fuerte como el remedio de la fe, y el que duda un segundo de su eficacia, es castigado al mismo tiempo, porque en el mismo instante siente las punzantes agonías de la aflicción.

El Señor ha marcado con su sello a todos los que creen en El. Cristo os dijo que con la fe se trasportan las montañas, y por mi parte os digo que al que sufre y tenga la fe por sostén, se le colocará bajo su égida y no sufrirá más; los momentos de más fuertes dolores serán para él las primeras notas de alegría en la eternidad. Su alma se desprenderá de tal modo del cuerpo, que mientras éste se retorcerá entre convulsiones, aquélla se cernirá en las celestes regiones cantando con los ángeles himnos de reconocimiento y de gloria al Señor.

¡Felices los que sufren y los que lloran! que sus almas estén alegres, porque serán premiados por Dios. (**San Agustín**. París, 1863).

La felicidad no es de este mundo

20. ¡Yo no soy feliz! ¡La felicidad no se ha hecho para mí! exclama generalmente el hombre en todas

las posicíones sociales. Esto, hijos míos, prueba mejor que todos los razonamientos posibles, la verdad de esta máxima del Eclesiastés: "La felicidad no es de este mundo". En efecto; ni la fortuna, ni el poder, ni tan siquiera la florida juventud, son condiciones esenciales de la dicha; diré más, tampoco lo es la reunión de esas tres condiciones tan envidiadas porque se oye sin cesar en medio de las clases más privilegladas y a las personas de todas edades quejarse amargamente de su condición de ser. Ante tal resultado, es inconce bible que las clases laboriosas y militantes envidien con tanta codicia, la posición de aquellos que la fórtuna parece haber favorecido. Allí, por más que se haga, cada uno tiene su parte de trabajo y de miseria, su parte de sufrimientos y de desengaños, por lo que nos será fácil sacar en consecuencia, que la tierra es un lugar de pruebas y de expiaciones. Así, pues, aquellos que predican que la tierra es la única morada del hombre, y que sólo en ella y en una sola existencia les será permitido alcanzar el más alto grado de félicidades que su naturaleza admite, aquéllos se engañan y engañan a los que les escuchan, atendido que está demostrado por una exp eriencia archisecular, que ese globo no encierra más que excepcionalmente las con diciones necesarias para la felicidad completa del indi viduo. En tesis general se puede afirmar que la felicidad es una utopía; en busca de la cual las generaciones se lanzan sucesivamente sin poder alcanzarla jamás, porque si el hombre sabio es una rareza en la tierra, tampoco se encuentra con mucha facilidad al hombre completamente feliz. Lo que constituye la dicha en la tierra es una cosa de tal modo efímera para aquél a quien la prudencia no guía, que por un año, un mes, una semana de completa satisfacción, todo el resto de su vida lo pasa entre amarguras y desengaños, y no tad, queridos hijos, que hablo aquí de los felices de la tierra, de aquellos que son envidiados por la mul titud.

Consecuentemente, sí la morada terrestre está afecta a las pruebas y a la expiación, es preciso admitir que hay en otra parte moradas más favorecidas, en las que el espíritu del hombre, aprisionado aun en la materia, posee en su plenitud los goces anexos a la vida humana. Por esto Dios ha sembrado en vuestros torbellinos esos hermosos planetas superiores, hacia los cuales vuestros esfuerzos y vuestras tendencias os harán subir un día, cuando estéis bastante purificados y perfeccionados. Con todo, no deduzcáis de mis palabras que la tierra esté destinada para siempre a ser un lugar penitenciario; no, ciertamente, porque por los progresos realizados, podéis deducir los progresos futuros, y por las mejoras sociales adquiridas, las nuevas y más fecundas mejoras. Tal es la inmensa tarea que debe realizar la nueva doctrina que los espíritus han revelado.

Así, pues, queridos míos, que os anime una santa emulación, y que cada uno de vosotros se despoje enérgicamente del hombre viejo. Os debéis todos a la vulgarización de este Espiritismo, que ha empezado ya vuestra propia regeneración. Es un debe el hacer participar a vuestros hermanos de los rayos de la luz sagrada. ¡A la obra, pues, mis queridos hijos! Que en esta reunión solemne todos vuestros corazones aspiren al objeto grandioso de preparar a las generaciones futuras un mundo en el que la felicidad no será una palabra vana. (**Francisco-Nicolás-Madaleine**, cardenal **Marlot**. París, 1863).

Pérdida de las personas queridas. - Muertes prematuras

21. Cuando la muerte viene a segar en vuestras familias llevándose sin contemplación a los jóvenes antes que a los viejos, decís muchas veces: "Dios no es justo, puesto que sacrifica al fuerte y lleno de esperanza, para conservar a los que han vivido muchos años llenos de desengaños; puesto que se lleva a los que son útiles y deja a los que no sirven para nada;

puesto que destroza el corazón de una madre, privándole de la inocente criatura que constituye toda su alegría".

Humanos, en este caso es cuando debéis elevaros por encima de las pequeñeces de la vida terrestre para comprender que el bien está muchas veces en donde vosotros creéis ver la ciega fatalidad del destino. ¿Por qué medís la justicia divina por el valor de la vuestra? ¿Podéis pensar que el Señor de los mundos quiera por un simple capricho, imponeros penas crueles? Nada se hace sin un fin inteligible, y cualquier cosa que suceda, todas tienen su razón de ser. Si escudriñáseis mejor todos los dolores que os atormentan, encontraríais siempre la razón divina, razón regeneradora, y vuestros miserables intereses serían una consideración secundaria que dejaríais para el último proyecto.

Creedme; la muerte a los veinte años es preferible a esos desarreglos vergonzosos que desolan familias honradas, rompen el corazón de una madre, y, antes de tiempo, hacen encanecer a los padres. La muerte prematura es muchas veces un gran beneficio que Dios concede al que se va, y que de este modo queda preservado de las miserias de la vida, o de las seducciones que pudiera haberle arrastrado a sú pérdida; el que muere en la flor de la edad, no es víctima de la fatalidad, sino que Dios juzga que le es útil el que no esté más tiempo en la tierra.

Es una terrible desgracia, decís vosotros, que una vida tan llena de esperanza, haya sido interrumpida. ¿De qué esperanza queréis hablar? ¿De las de la tierra, la que de él que se va hubiera podido brillar, hacer su carrera y su fortuna? ¡Siempre esas miras mezquinas que no pueden elevaros sobre la materia! ¿Sabéis vosotros cuál hubiera sido la suerte de esa vida tan llena de esperanza, según vosotros? ¿Quién os ha dicho que no hubiera sido llena de amargura? Entonces, para nada contáis las esperanzas de la vida futura, cuando preferís las de la vida efímera que arrastráis en la tie-

rra? ¿Pensáis, según esto, que vale más tener un rango entre los hombres, que entre los espíritus bienaventurados?

Regocijáos, en vez de quejaros, cuando Dios quiere llevarse a uno de sus hijos de ese valle de miserias. ¿Acaso no es egoísmo el desear que se quede sufriendo con vosotros? ¡Ah! este dolor se concibe en el que no tiene fe y que ve en la muerte una separación eterna. Pero vosotros, espiritistas, vosotros sabéis que el alma vive mejor desembarazada de su envoltura corporal; madres, vosotras sabéis que vuestros hijos muy queridos, están cerca de vosotras, sí, están muy cerca, sus cuerpos fluídicos os rodean, sus pensamientos os protegen, vuestro recuerdo los embriaga de alegría, pero también vuestros dolores infundados les afligen, porque denotan falta de fe y son contra la voluntad de Dios.

Vosotros que comprendéis la vida espiritual, escuchad los latidos de vuestro corazón llamando a esos seres queridos y estimados, y si rogáis a Dios para bendecirles, sentiréis en vosotros esos consuelos poderosos que secan las lágrimas, y esas aspiraciones prestigiosas que os enseñarán el porvenir prometido por el Soberano Señor. (**Sansón**, antiguo miembro de la Sociedad Espiritista de Paris. 1863).

Si hubiese sido un hombre de bien, hubiera muerto

22. Decís muchas veces, cuando habláis de un hombre malvado que escapa de un peligro: "Si hubiese sido un hombre de bien, hubiera muerto". ¡Pues bien! cuando decís esto, decís la verdad, porque, efectivamente, muchas veces sucede que Dios da a un espíritu, joven aun en el camino del progreso, una prueba más larga que a uno bueno, logrando éste como una recompensa debida a su mérito que su prueba sea todo lo corta posible. Así, pues, cuando os servís de ese axioma, no sospecháis que estás diciendo una blasfemia.

Si muere un hombre de bien que tiene por vecino a un perverso, os apresuráis a decir: "Mucho mejor hu biera sido que se hubiese muerto éste". Os engañáis mucho, porque el que se va, concluyó su tarea, y el que queda, puede muy bien ser que aun no la haya empezado. ¿Por qué quisiérais, pues, que el malo no tuviese tiempo de acabarla, y que el otro quedase estacionado en la tierra? ¿Qué diríais del preso que hubiese concluído su condena y se le retuviera en la cárcel mientras se diese libertad al que no la hubiere concluído? Sabed, pues, que la verdadera libertad consiste en desprender-se de los lazos del cuerpo, y que tanto tiempo como estéis en la tierra estáis en el cautiverio.

Acostumbráos a no vituperar lo que vosotros no podéis comprender, y creed que Dios es justo en todas las cosas; muchas veces lo que os parece un mal, es un bien; pero vuestras facultades son tan limitadas, que el conjunto de lo grande se substrae a vuestros sentidos obtusos. Esforzáos en salir con el pensamiento de vuestra estrecha esfera, y a medida que os elevéis, la importancia de la vida material disminuirá a vuestros ojos, porque sólo os parecerá un incidente de la dura ción infinita de vuestra existencia espiritual, la sola verdadera existencia. (**Fenelón**. Sens, 1861).

Los tormentos voluntarios

23. El hombre va incesantemente en busca de la felicidad que se le escapa, porque la felicidad perfecta no existe en la tierra. Sin embargo, en las vicisitudes que forman el cortejo inevitable de su vida, podría gozar, por lo menos, de una felicidad relativa; pero él la busca en las cosas perecederas y sujetas a las mismas vicisitudes, es decir, en los goces materiales, en vez de buscarla en los goces del alma, que son un goce anticipado de los placeres celestes imperecederos; en lugar de buscar la "paz del corazón", única felicidad real en la tierra, está ávido de todo lo que puede agitarle y turbarle, y, ¡cosa singular!, parece que se crea de in-

tento tormentos que estaría en su mano evitar. ¿Los hay, acaso, más grandes que los que causan la envidia y los celos? Para el envidioso y celoso, no hay reposo; ambos tienen una fiebre continua; lo que ellos no tienen y lo que poseen los demás, les causa insomnios; la prosperidad de sus rivales les da vértigos; su emulación sólo se ejerce para eclipsar a sus vecinos; todo su placer consiste en excitar en los insensatos como ellos, la rabia de los celos de que están poseídos. Pobres obcecados, que no piensan que mañana les será preciso dejar todos estos juguetes, cuya codicia envenena su vida. A éstos no se aplican estas palabras: "Bienaventurados los afligidos porque ellos serán consolados", porque sus cuidados no son de aquellos que tienen compensación en el Cielo. Por el contrario, !cuántos tormentos se ahorra el que sabe contentarse con lo que tiene, que ve sin envidia lo que no tiene, que no pretende parecer más de lo que es! Siempre es rico, porque si mira hacia abajo en vez de mirar hacia arriba, siempre verá gentes que aun tienen menos; vive tranquilo, porque no se crea necesidades quiméricas, y la calma en medio de los huracanes de la vida ¿no es acaso una felicidad? (**Fenelón**. Lyon, 1860).

La desgracia real

24. Todos hablan de la desgracia, todo el mundo la ha experimentado y cree conocer su carácter múltiple. Yo vengo a deciros que casi todos se engañaban, y la desgracia real de ninguna manera es lo que los hombres, es decir, los desgraciados, suponen. Ellos la ven en la miseria, en el hogar sin fuego, en el acreedor que apremia, en la cuna sin el ángel que sonreía en ella, en las lágrimas, en el féretro que se sigue con la frente descubierta y el corazón destrozado, en la angustia de la traición, en el orgullo del menesteroso que quisiera revestirse con la púrpura y que apenas oculta su desnudez bajo los harapos de la vanidad; todo esto, y aun muchas otras cosas, se llama desgracia en el

lenguaje humano. Si, ésa es la desgracia para los que no ven más que el presente; pero la verdadera desgracia consiste antes en las consecuencias de una cosa, que en la cosa misma.

Decidme si el acontecimiento más feliz por el momento, pero que tiene consecuencias funestas, no es, en realidad, más desgraciado que aquél que en un principio causa una viva contrariedad y acaba por producir un bien. Decidme si el huracán que destroza vuestros árboles, pero que purifica el aire disipando los miasmas insalubres que hubiesen causado la muerte, no es más bien una felicidad que una desgracia.

Para juzgar una cosa, es menester ver sus consecuencias; así es que para apreciar lo que es realmente feliz o desgraciado para el hombre, es preciso transportarse más allá de esta vida, porque allí es donde se hacen sentir las consecuencias; pues todo lo que llama desgracia según su corta vista, cesa con la vida y encuentra su compensación en la vida futura.

Voy a revelaros la desgracia bajo una nueva forma, bajo la forma bella y florida que acogéis y deseáis con todas las fuerzas de vuestras almas engañadas. La desgracia es la alegría, es el placer, el ruido, la vana agitación, la loca satisfacción de la vanidad, que acallan la conciencia, que comprimen la acción del pensamiento y que aturden al hombre sobre el porvenir; la desgracia es el opio del olvido que vosotros llamáis con todos vuestros deseos.

¡Esperad, vosotros los que lloráis! ¡Temblad, vosotros los que reis, porque vuestro cuerpo está satisfecho! No se engaña a Dios, no se esquiva el destino; y las pruebas más temibles que la jauría desencadenada por el hambre, acechan vuestro reposo engañador para sumergiros de repente en la agonía de la verdadera desgracia, de la que sorprende el alma debilitada por la indiferencia y el egoísmo.

Que el Espiritismo os aclare, pues, y coloque en su verdadero puesto la verdad y el error tan extrañamente desfigurados por vuestra ceguera. Entonces obraréis como los bravos soldados, que lejos de huir del peli gro, prefieren las luchas de los combates comprometidos a la paz que no puede darles ni gloria ni ascensos. ¿Qué le importa al soldado perder su armas en la re yerta, sus bagajes y sus vestidos, con tal que salga vencedor y con gloria? ¿Qué le importa al que tiene fe en el porvenir, dejar sobre el campo de batalla de la vida su fortuna y su envoltura carnal, con tal que su alma entre radiante en el reino celeste? (**Delfina de Girardin**. París, 1861).

La melancolía

25. ¿Sabéis por qué una vaga tristeza se apodera a veces de vuestros corazones y os hace encontrar la vida tan amarga? Es vuestro espíritu que aspira a la felicidad y a la libertad, y pegado al cuerpo que le sirve de prisión, hace vanos esfuerzos para salir de él. Pero viendo que son inútiles, cae en el desaliento, e influ yendo en el cuerpo, se apodera de vosotros la langui dez y el abatimiento y una especie de apatía, que hace que os consideréis desgraciados.

Creedme, resistid con energía esas impresiones que debilitan en vosotros la voluntad. Esas aspiraciones hacia una vida mejor, son innatas en el espíritu de to dos los hombres, pero no las busquéis en lá tierra, y ahora que Dios os envía a sus espiritus para instruiros en la felicidad que os reserva, esperad con paciencia al angel de la libertad que debe ayudaros a romper los lazos que tienen cautivo vuestro espíritu. Pensad que tenéis que cumplir durante vuestra prueba en la tierra una misión que no sabéis, ya consagrándoos a vuestra familia, ya llenando diversos deberes que Dios os ha confiado. Y si en el curso de esta prueba y cum pliendo vuestra tarea, véis caer sobre vosotros los cuidados, las inquietudes y los pesares, sed fuertes y va-

lerosos para soportarlos. Arrastradlos denodadamente porque son de corta duración y deben conduciros junto a los amigos que lloráis, que se alegrarán de vuestra llegada entre ellos, extendiéndoos los brazos para con duciros a un lugar en el que no tienen acceso los pesares de la tierra. (**Francisco de Genève**. Bordeaux).

Pruebas voluntarias. - El verdadero silicio

26. Preguntáis si os es permitido aligerar vuestras propias pruebas; esta pregunta tiene relación con esta otra: Al que se ahoga, ¿le es permitido el que procure salvarse? Al que se clave una espina, ¿sacársela? Al que está enfermo, ¿llamar al médico? Las pruebas tienen por objeto ejercitar la inteligencia, del mismo modo que la paciencia y la resignación; un hombre puede nacer en una posición penosa y embarazosa, pre cisamente para obligarle a buscar los medios de ven cer las dificultades. El mérito consiste en soportar sin murmurar las consecuencias de los males que no se pueden evitar, en perseverar en la lucha, en no desesperarse si no se sale bien del negocio; pero no en el abandono, que sería más bien pereza que virtud.

Naturalmente esta pregunta conduce a esta otra. Puesto que Jesús dijo: "Bienaventurados los afligidos", ¿hay mérito en proporcionarse aflicciones agra vando sus pruebas con sufrimientos voluntarios? A esto contestaré muy claro. Si hay un gran mérito cuando los sufrimientos y las privaciones tienen por objeto el bien del prójimo, porque es la caridad por el sacrificio; no, cuando no tienen otro objeto que uno mismo, porque eso es un egoísmo fanático. Aquí debe hacerse una gran distinción; en cuanto a vosotros, personalmente, contentáos con las pruebas que Dios os envía, y no aumentéis la carga, ya de por sí muy pesada a veces: aceptadlas sin murmurar y con fe; es todo lo que El os pide. No debilitéis vuestro cuerpo con priva ciones inútiles y maceraciones sin objeto porque tenéis

necesidad de todas vuestras fuerzas para cumplir vuestra misión de trabajo en la tierra. Torturar y martirizar voluntariamente vuestro cuerpo, es contravenir a la ley de Dios, que os da los medios de sostenerle y fortificarle; debilitarlo sin necesidad, es un verdadero suicidio. Usad, pero no abuséis, tal es la ley; el abuso de las mejores cosas, lleva consigo mismo el castigo en sus consecuencias inevitables.

Otra cosa es con respecto a los sufrimientos que uno se impone para el alivio del prójimo. Si sufrís frío y hambre para calentar y alimentar al que tiene necesidad y por lo cual vuestro cuerpo padece, este es un sacrificio que Dios bendice. Vosotros, los que dejáis vuestros perfumados tocadores para ir a las infectadas bohardillas a llevar el consuelo; vosotros, los que ensuciáis vuestras delicadas manos curando llagas; vosotros, los que os priváis de lesueño para velar a la cabecera del enfermo que es vuestro hermano en Dios; vosotros en fin, los que gastáis vuestra salud en la práctica de las buenas obras, ya tenéis vuestro silicio, verdadero silicio de bendición, porque los goces del mundo no han secado vuestro corazón, no os habéis dormido en el seno de las voluptuosidades enervadoras de la fortuna, sino que os habéis hecho los ángeles consoladores de los pobres desheredados.

Mas vosotros, los que os retiráis del mundo para evitar sus seducciones y vivir en el aislamiento ¿para qué servís en la tierra? ¿En dónde está vuestro valor en las pruebás, puesto que huís de la lucha y evitáis el combate? Si queréis un silicio, aplicadlo a vuestra alma y no a vuestro cuerpo; mortificad vuestro espíritu y no vuestra carne; azotad vuestro orgullo, recibid las humillaciones sin quejaros, martirizad vuestro amor propio; sed fuertes contra el dolor de la injuria y de la calumnia, más punzante que el dolor corporal. Ese es el verdadero silicio cuyas heridas os serán tomadas en cuenta, porque atestiguarán vuestro valor y vuestra

sumisión a la voluntad de Dios. (**Un Angel Guardián**. París, 1863).

27. "¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo cuando se puede, o por respeto a la ley de Dios, se les ha de dejar seguir su curso?"

Os hemos dicho y repetido muchas veces que estáis en esa tierra de expiación para acabar vuestras pruebas, y que todo lo que os sucede es consecuencia de vuestras existencias anteriores y el interés de la deuda que debéis pagar. Pero este pensamiento provoca en ciertas personas reflexiones que es necesario cortar, porque podrían tener funestas consecuencias.

Algunas piensan que desde el momento en que se está en la tierra para expiar, es menester que las pruebas sigan su curso. Los hay también que llegan a creer que no solamente no debe hacerse nada para atenuar las, sino que, por el contrario, es menester contribuir a hacerlas más provechosas recrudeciéndolas; esto es un gran error. Sí, vuestras pruebas deben seguir el curso que Dios les ha trazado; ¿pero conocéis acaso ese curso? ¿Sabéis hasta qué punto debén llegar; y si vuestro Padre misericordioso ha dicho al sufrimiento de tal o cual de vuestros hermanos "De aquí no pasarás?" ¿Sabéis si su Providencia os ha elegido, no como un instrumento de suplicio para agravar los sufrimientos del culpable, sino como el bálsamo de consuelo que debe cicatrizar las llagas que su justicia había abierto? No digáis, pues, cuando veáis herido uno de vuestros hermanos: es la justicia de Dios, y es preciso que siga su curso; sino decid lo contrario: veamos qué medios nuestro Padre misericordioso ha puesto a mi alcance para aliviar los sufrimientos de mi hermano: veamos si mis consuelos morales, mi apoyo material y mis consejos podrán ayudarle a sobrellevar esta prueba con más fuerzas, paciencia y resignación; veamos si quizá Dios ha puesto en mis manos los medios de hacer cesar ese sufrimiento, o si me ha sido también a mí como a

prueba, y tal vez como expiación, cortar el mal y reemplazarlo por la tranquilidad.

Ayudáos, pues, siempre, en vuestras pruebas respectivas, y no os miréis jamás como instrumentos de tormento; este pensamiento debe desagradar a todo hombre de corazón, mayormente a todo espiritista; porque el espiritista debe comprender mejor que los otros la extensión infinita de la bondad de Dios. El espiritista debe pensar que su vida entera ha de ser un acto de amor y de abnegación, y que cualquier cosa que haga para contrarrestar las decisiones del Señor, su justicia seguirá su curso. Puede, pues, sin miedo hacer todos los esfuerzos para endulzar la amargura de la expiación; pero sólo Dios es el que puede detenerla o prolongarla, según lo juzgue más conveniente.

¿No habría un orgullo muy grande en el hombre en creerse con derecho a exasperar la herida? ¿En aumentar la dosis de veneno en el pecho del que sufre, so pretexto de que tal es su expiación? ¡Oh! Contempláos siempre como un instrumento elegido para hacerla cesar. Resumamos: Todos vosotros estáis en la tierra para expiar, pero todos sin excepción debéis hacer todos vuestros esfuerzos para endulzar la expiación de vuestros hermanos, según la ley de amor y de caridad. (**Bernardino**, espíritu protector. Bordeaux, 1863).

28. "Un hombre está en la agonía, presa de crueles tormentos; se sabe que no hay esperanza de salvarle; ¿es permitido ahorrarle algunos instantes de agonía precipitando su fin?"

¿Quién puede daros el derecho de prejuzgar los destinos de Dios? ¿Acaso no puede conducir a un hombre al borde del sepulcro para sacarle de él, con el fin de hacerle volver en si y conducirle a otras meditaciones? En cualquier estado en que se encuentre un moribundo, nadie puede decir con certeza que haya llegado su última hora. ¿Acaso la ciencia no se ha engañado nunca en sus previsiones?

Sé muy bien que hay casos que con razón pueden llamarse desesperados; pero si no queda esperanza de vida y salud, ¿no hay innumerables ejemplos de que en el momento del último suspiro, el enfermo se reanima y recobra sus facultades por algunos instantes? Pues bien. Esa hora de gracia que se le concede, puede tener para él la mayor importancia, porque ignoráis las reflexiones que ha podido hacer su espíritu, en las convulsiones de la agonía y los tormentos que puede ahorrarle un rayo de arrepentimiento.

El materialista que sólo ve el cuerpo y nada le importa el alma, no puede comprender estas cosas; pero el espiritista que sabe lo que pasa más allá de la tumba conoce el precio del ultimo pensamiento. Mitigad los últimos sufrimientos tanto como podáis, pero guardáos de abreviar la vida, aun cuando no sea sino por un minuto, porque este minuto puede evitar muchas lágrimas en el porvenir. (**San Luis**. París, 1860).

29. "El que está hastiado de la vida, pero que no quiere quitársela, ¿es culpable si busca la muerte en un campo de batalla, con la idea de hacer útil su muerte?"

Que el hombre se dé la muerte o que se la haga dar, el objeto es siempre abreviar su vida y por consiguiente, hay suicidio de intención, si no de hecho. El pensamiento de que su muerte servirá para algo, es ilusorio; no es más que un pretexto para dar un colorido a su acción y excusarla a sus propios ojos. Si tuviera formalmente el deseo de servir a su país, procuraría vivir defendiéndole y no muriendo, porque una vez muerto, de nada le sirve. La verdadera abnegación consiste en no temer a la muerte cuando se trata de ser útil, en desafiar el peligro, en hacer anticipadamente y sin pensar, el sacrificio de la vida pero la "intención premeditada" de buscar la muerte exponiéndose al peligro, aun cuando sea para hacer un servicio, anula el mérito de la acción. (**San Luis**. París, 1860).

30. "Un hombre se expone a un peligro inminente para salvar la vida a uno de sus semejantes, sabiendo de antemano que él mismo sucumbirá, ¿puede mirarse esto como un suicidio?"

Desde el momento que no existe la intención de buscar la muerte, no hay suicidio, sino sacrificio y abnegación, aun cuando se tenga certeza de perecer. ¿Pero quién puede tener esta certeza? ¿Quién ha dicho que la Providencia no tenga un medio inesperado de salvación en el momento más crítico? ¿Acaso no puede salvar al mismo que esté a la boca de un cañón? Muchas veces se puede querer llevar la prueba de la resignación hasta su último límite; entonces una circunstancia inesperada desvía el golpe fatal. (**San Luis**. París, 1860).

31. "Aquellos que aceptan sus sufrimientos con resignación, por sumisión a la voluntad de Dios y con la mira de alcanzar la felicidad futura, ¿no trabajan sólo para ellos mismos y pueden hacer que sus sufrimientos sean provechosos a otros?"

Estos sufrimientos pueden ser provechosos a otro, material y moralmente. Materialmente, si por el trabajo, las privaciones y los sacrificios que ellos se imponen, han contribuído al bienestar material de su prójimo; moralmente, por el ejemplo que dan de sumisión a la voluntad de Dios. Este ejemplo del poder de la fe espiritista puede excitar a los desgraciados a la resignación, salvarles de la desesperación y de sus funestas consecuencias para el porvenir. (**San Luis**. París, 1860).

CAPÍTULO VI

El Cristo consolador

El yugo ligero. - Consolador prometido. - **Instrucciones de los espíritus**: Advenimiento del espíritu de Verdad

El yugo ligero

1. **Venid a mí todos los que estais trabajados y cargados y yo os aliviaré. - Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazón: y hallaréis reposo para vuestras almas. - Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera. (San Mateo, cap. XI, v. 28, 29 y 30).**

2. Todos los sufrimientos, miserias, desengaños, dolores físicos y pérdidas de seres queridos, encuentran su consuelo en la fe del porvenir y en la confianza en la justicia de Dios que Cristo vino a enseñar a los hombres. Para el que nada espera después de esta vida, o que simplemente duda, al contrario, las aflicciones caen sobre él con todo su peso y ninguna esperanza viene a endulzar su amargura. Esto es lo que hizo décir a Jesús "venid a mí, todos los que estáis trabajados, y cargados y yo os aliviaré".

Sin embargo, Jesús pone una condición a su asistencia y a la felicidad que promete a los afligidos, esta condición está en la ley que enseña; su yugo es la observancia de esta ley, pero aquél, es ligero y éste suave, puesto que impone por deber el amor y la caridad.

Consolador prometido

3. **Si me amáis, guardad mis mandamientos. - Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros. - El espíritu de la verdad a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis; porque morará con vosotros, y estará en vosotros. - Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mí nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiese dicho. (San Juan. cap. XIV, v. 15, 16, 17 y 26).**

4. Jesús promete otro Consolador; es el "Espíritu de la Verdad", que el mundo no conoce aún, porque no tiene la suficiente madurez para comprenderle y que el Padre enviará para enseñar todas las cosas y para recordar lo que Cristo dijo. Sí, pues, el Espíritu de Verdad debe venir más tarde a enseñar todas las cosas, es porque Cristo no lo dijo todo: si viene a recordar lo que Cristo dijo, es porque lo habrán olvidado o comprendido mal.

El Espiritismo viene en el tiempo señalado a cumplir lo que Cristo prometió; el Espíritu de Verdad preside a su establecimiento, llama a los hombres a la observancia de la ley y enseña todas las cosas haciendo comprender lo que Cristo sólo dijo en parábolas. Cristo dijo: "que oigan los que tengan oídos para oír", el Espiritismo viene a abrir los ojos y los oídos, porque habla sin figuras y sin alegorías; levanta el velo que dejó exprofeso sobre ciertos misterios, y viene, por fin, a traer un consuelo supremo a los desheredados de la tierra y a los que sufren, dando una causa justa y un objeto útil a todos los dolores.

Cristo dijo: "Bienaventurados los afligidos porque ellos serán consolados", pero ¿cómo se puede ser feliz, sufriendo sí no se sabe por qué se sufre? El Espiritismo enseña que la causa está en las existencias anteriores y en el destino de la tierra, donde el hombre expía su pasado; enseña también su objeto, indicando que los sufrimientos son como las crisis saludables

que conducen a la curacion y que son la depuración que asegura la felicidad en las existencias futuras. El hombre comprende que ha merecido sufrir y encuentra justo el sufrimiento; sabe que este sufrimiento ayuda a su adelantamiento y lo acepta sin murmurar, como el trabajador acepta el trabajo que debe valerle su salario. El Espiritismo le da una fe a toda prueba en el porvenir, y la duda punzante no tiene acceso en su alma; haciéndole ver las cosas de lo alto, la impor tancia de las vicisitudes terrestres se pierden en el vasto y espléndido horizonte que abraza; y la pers pectiva de la felicidad que le espera le da paciencia, resignación y valor para marchar hasta el término del camino.

De este modo el Espiritismo realiza lo que Jesús dijo del Consolador prometido: conocimiento de las cosas que hace, que el hombre sepa de dónde viene y a dónde va y por qué está en la tierra; recuerdo de los verdaderos principios de la ley de Dios y consuelo por la fe y la esperanza.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Advenimiento del Espíritu de Verdad

5. Vengo, comó en otro tiempo, entre los hijos descarriados de Israel, a traeros la verdad y a disipar las tinieblas. Escuchadme. El Espiritismo, como otras veces mi palabra, debe recordar a los incrédulos que sobre ellos reina la verdad inmutable, el Dios de bondad, el Dios grande que hace crecer la planta y levan tar las olas. Yo revelé la doctrina divina; yo, como un segador, até en haces el bien esparcido por la hu manidad, y dije: Venid a mí, vosotros los que sufrís.

Pero los hombres ingratos se desviaron del camino recto y ancho, que conduce al reino de mi Padre y se han extraviado en los ásperos senderos de la im-

piedad. Mi padre no quiere aniquilar la raza humana; quiere que, ayudándoos unos a otros, muertos y vivos, es decir, muertos según la carne, porque la muerte no existe, os socorráis, y que no ya lá voz de los profetas y de los apóstoles, sino la voz de aquellos que ya no existen, se haga oír para gritaros: ¡rogad y creed! porque la muerte es la resurrección, y la vida es la prueba elegida, durante la cual vuestras virtudes cultivadas deben crecer y desarrollarse como el cedro.

Hombres débiles que comprendéis las tinieblas de vuestras inteligencias, no alejéis la antorcha que la clemencia divina pone en vuestras manos para iluminar vuestro camino, y conduciros como niños perdidos al regazo de vuestro Padre.

Estoy demasiado conmovido de compasión por vuestras miserias, por vuestra inmensa debilidad, para no tender una mano caritativa a los desgraciados extraviados que, viendo el cielo, caen en el abismo del error. Creedme, amad, meditad las cosas que se os revelan; no mezcléis la zizaña con el buen grano, las utopías con las verdades.

¡Espiritistas! amaos: he aquí el primer mandamiento; instruíos: he aquí el segundo. Todas las virtudes se encuentran en el Cristianismo; los errores que se han arraigado en él son de origen humano; y he aquí que desde más allá de la tumba donde creíais encontrar la nada, hay voces que os gritan: ¡Hermanos! nada perece: Jesucristo es el vencedor del mal; sed vosotros los vencedores de la impiedad. (**El Espíritu de Verdad**. París, 1860.)

6. Vengo a enseñar y a consolar a los pobres desheredados; vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas; que lloren, porque el dolor fué consagrado en el Huerto de los Olivos; pero que esperen, porque los ángeles consoladores vendrán también a enjugar las lágrimas.

Trabajadores, trazad vuestro surco; por la mañana continuad el trabajo rudo de la víspera; el trabajo de

vuestras manos proporciona el pan terrestre a vuestro cuerpo, pero vuestras almas no están olvidadas: y yo, el divino jardinero, las cultivo en el silencio de vues tros pensamientos. Cuando haya sonado la hora del descanso, cuando el estambre se escape de vuestras manos y cuando vuestros ojos se cierren a la luz, sen tiréis brotar y germinar en vosotros mi preciosa se milla. Nada se pierde en el reino de mi Padre, y vues tros sudores y vuestras miserias forman el tesoro que debe haceros ricos en las esferas superiores, en donde la luz reemplaza a las tinieblas y en donde el más desnudo de vosotros puede que sea el más radiante de luz.

En verdad os digo, que los que llevan su carga y socorren a sus hermanos, son mis muy amados: instruíos en la preciosa doctrina que disipa el error de las revoluciones y que os enseña el objeto sublime de la prueba humana. Así como el viento barre el polvo, que el soplo de los espíritus disipe los celos contra los ricos del mundo, que a menudo son muy miserables, porque sus pruebas son más peligrosas que las vuestras. Estoy con vosotros, y mi apóstol os enseña. Bebed en el manantial vivo del amor, y preparaos, cautivos de la vida, a lanzaros un día libres y alegres en el seno del que os ha creado débiles para haceros perfectibles, y quiere que vosotros mismos modeléis vuestra blanda arcilla a fin de que seáis los artífices de vuestra inmortalidad. (**El Espíritu de Verdad**. París, 1861.)

7. Soy el gran médico de las almas y vengo a traeros los remedios que deben curarlas; los débiles, los que sufren y los enfermizos, son mis hijos predilectos, y vengo a salvarles. Venid, pues, a mí, todos los que sufrís y estáis cargados, y seréis aliviados y consolados; no busquéis en otra parte la fuerza y el con suelo, porque el mundo es impotente para daros estas cosas. Dios hace un llamamiento a vuestros corazones por medio del Espiritismo: escuchadle. Que la impie-

dad, la mentira, el error y la incredulidad, sean extirpados de vuestras almas doloridas; estos son monstruos que chupan vuestra más pura sangre, y os hacen llagas casi siempre mortales. En el porvenir, humildes y sumisos al Criador, practicaréis su ley divina. Amad y orad; sed dóciles a los espíritus del Señor, invocadle en el fondo de vuestro corazón, y entonces os enviará a su hijo muy querido para instruiros y deciros estas buenas palabras: Heme aquí; vengo a vosotros, porque me habéis llamado. (**El Espíritu de Verdad**. Bordeaux, 1861.)

8. Dios consuela a los humildes y da fuerza a los afligidos que se la piden. Su poder cubre la tierra, y en todas partes al lado de una lágrima, hay un bálsamo que consuela. El sacrificio y la abnegación son una continua oración y encierran una enseñanza profunda: la sabiduría humana reside en esas dos palabras. Que todos los espíritus que sufren puedan comprender esta verdad, en vez de clamar contra los dolores y los sufrimientos morales que son vuestro lote en la tierra. Tomad, pues, por divisa, estas dos palabras: "sacrificio y abnegación", y seréis fuertes, porque ellas resumen todos los deberes que imponen la caridad y la humildad. El sentimiento del deber cumplido os dará el reposo del espíritu y la resignación. El corazón late mejor, el alma se calma y el cuerpo no desfallece: porque el cuerpo sufre tanto más cuanto el espíritu está más profundamente herido. (**El Espíritu de Verdad**. Havre, 1863.)

CAPÍTULO VII

Bienaventurados los pobres de espíritu

Lo que ha de entenderse por pobres de espíritu. - El que se eleva será humillado. - Misterios ocultos a los sabios y a los entendidos. - **Instrucciones de los espíritus**: Orgullo y humildad. - Misión del hombre inteligente en la tierra.

Lo que ha de entenderse por pobres de espíritu

1. **Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 3).**

2. La incredulidad se ha ensañado en esta máxima, "Bienaventurado s los pobres de espíritu", como en muchas otras cosas, sin comprenderla. Por pobres de espíritu Jesús no entiende los hombres desprovistos de inteligencia, sino los humildes: dice que el reino de los cielos es para ellos, y no para los orgullosos.

Los hombres de ciencia y de genio, según el mundo, generalmente tienen tan alta opinión formada de sí mismos y de su superioridad, que miran las cosas divinas como indignas de su atención; sus miradas, concentradas en su persona, no pueden elevarse hasta Dios. Esta tendencia a creerse superiores a todo, les conduce muchas veces a negar lo que, no estando a sus alcances, podria rebajarles, y a negar hasta la Divinidad; o si consienten en admitirla, le disputan uno de sus más hermosos atributos: su acción providencial sobre las cosas de este mundo, persuadidos de que ellos solos bastan para gobernarlo bien. Tomando

su inteligencia por la inteligencia universal, y juzgándose aptos para comprenderlo todo, no creen posible nada de lo que no comprenden; cuando han pronunciado su sentencia, para ellos no tiene apelación. Si se niegan a admitir el mundo invisible y un poder extrahumano, no es porque no esté a sus alcances, sino porque su orgullo se subleva a la idea de una cosa que no pueden dominar, y les haría bajar de su pedestal. Este es el motivo porque sólo tienen sonrisas de desdén para todo lo que no es del mundo visible y tangible; se atribuyen sobrado genio y ciencia para creer en cosas buenas para los "cándidos", según ellos, teniendo por "pobres de espíritu", a todos los que las toman por lo serio.

Sin embargo, por más que digan, será preciso que entren como los otros en ese mundo invisible de que se ríen; entonces será cuando abrirán los ojos y conocerán su error. Dios, que es justo, no puede recibir con el mismo título al que ha desconocido su poder y al que se ha sometido humildemente a sus leyes, ni hacerles una parte igual. Diciendo que el reino de los cielos es para los humildes, Jesús entiende que no se admite a nadie "sin la sencillez de corazón y la humildad del espíritu; que el ignorante que poseerá estas cualidades, será preferido al sabio que cree más en sí que en Dios. En todas las circunstancias coloca la humildad en la categoría de las virtudes que aproximan a Dios y el orgullo entre los vicios que alejan de El, por una razón muy natural, porque la humildad equivale a un acto de sumisión a Dios mientras que el orgullo es rebelarse contra El. Vale, pues, más, para la futura felicidad del hombre, ser pobre de espíritu en el sentido del mundo, y rico en cualidades morales.

El que se eleva será humillado

3. **En aquella hora se llegaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos? -Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos. -Y**

dijo: En verdad os digo, que si no os volviéseis e hiciérais como niños, no entraréis en el reino de los cielos. - "Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos". - Y el que recibiere a un niño tal en mi nombre a mí recibe. (San Mateo, cap. XVIII, v. 1 a 5).

4. **Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Cebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. - El le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Dí que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a la izquierda. - Y respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Dícenle: podemos. -Díjoles: en verdad beberéis mi cáliz; mas el estar sentado a mí derecha o a mi izquierda, no me pertenece a mí darlo a vosotros, si no a los que está preparado por mi Padre. - Cuando los diez oyeron esto, se indignaron contra los dos hermanos. - Mas Jesús los llamó a sí, y dijo: ¿Sabéis que los príncipes de las gentes avasallan a sus pueblos, y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos? - No será así entre vosotros: mas entre vosotros, todo el que quiera ser mayor, será vuestro criado. - Y el que entre vosotros quiera ser primero, será vuestro siervo; - así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redención por muchos. (San Mateo, cap. XX, v. de 20 a 28).**

5. **Y aconteció: que entrando Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos a comer pan, ellos le estaban acechando. - Y observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: - Cuando fueres convidado a bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado más honrado que tú. - Y que venga aquél que te convidó a tí y a él y te diga: Da el lugar a éste, y que entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. - Mas cuando fueres llamado, ve y siéntate en el último puesto: pára que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo a la mesa -"Porque todo aquél que se ensalva, humillado será, y el que se humilla será ensalzado". (San Lucas, cap. XIV, v. 1 y de 7 a 11).**

6. Estas máximas son consecuencia del principio de humildad que Jesús no cesa de sentar como condición esencial de la felicidad prometida para los elegidos del Señor, y que ha formulado con estas palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de

ellos es el reino de los cielos". Tomó un niño como tipo de la sencillez de corazón, y dijo: "Cualquiera, pues, que se humillare como este niño", éste es el mayor en el reino de los cielos, es decir, el que no tendrá ninguna pretensión a la superioridad o a la infalibilidad.

El mismo pensamiento fundamental se encuentra en esta otra máxima: "Todo el que quiera ser mayor será vuestro criado", y en esta otra: "Porque aquél que se ensalza, humillado será, y el que se humilla, será ensalzado".

El Espiritismo viene a sancionar la teoría con el ejemplo, enseñándonos grandes en el mundo de los espíritus a aquellos que eran pequeños en la tierra, y a menudo, muy pequeños a aquellos que estaban en ella como grandes poderosos. Consiste en que los primeros se llevaron, al morir, sólo aquello que hace la verdadera grandeza en el Cielo, y no se pierde: las virtudes; mientras que los otros, tuvieron que dejar lo que constituía su grandeza en la tierra y no puede llevarse: la fortuna, los títulos, la gloria, el nacimiento; no teniendo otra cosa, llegan al otro mundo desprovistos de todo, como los náufragos que lo perdieron todo, hasta sus vestidos; sólo conservaron su orgullo, que hace su nueva posición más humillante porque ven superiores a ellos y resplandecientes de gloria, a los que pisotearon en la tierra.

El Espiritismo nos enseña otra aplicación de este principio en las encarnaciones sucesivas en las que aquéllos que estuvieron más elevados en una existencia, han bajado a la última clase en una existencia siguiente, si han sido dominados por el orgullo y la ambición. No busquéis, pues, el primer puesto en la tierra, ni procuréis poneros más altos que los otros, si no queréis veros obligados a bajar; buscad, por el contrario, el más humilde, y el más modesto, porque Dios sabrá daros uno más elevado en el Cielo, si lo merecéis.

Misterios ocultos a los sabios y a los entendidos

7. **En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Doy gloria a Tí, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos y las has descubierto a los párvulos. (San Mateo, cap. XI, v. 25).**

8. Puede parecer singular el que Jesús dé gracias a Dios por haber querido revelar estas cosas "a los sencillos y a los pequeños", que son los pobres de espí ritu, y haberlas ocultado a "los sabios y entendidos", más aptos en apariencia para comprenderlas. Se ha de entender por los primeros a los "humildes" que se humillan ante Dios y no se creen superiores a todo el mundo, y por los segundos, a los "orgullosos" envanecidos con su ciencia munda na que se creen pru dentes porque niegan y tratan a Dios de igual a igual cuando no lo desconocen; - porque en la antigüedad, "entendido" era sinónimo de sabio -; por esto Dios le ha dejado buscar los secretos de la tierra, y revela los del Cielo a los sencillos y a los humildes que se inclinan ante El.

9. Lo mismo sucede hoy con las grandes verdades reveladas por el Espiritismo. Ciertos incrédulos se ad miran de que los espíritus hagan tan pocos esfuerzos para convencerles; y es que éstos se ocupan de aque llos que buscan la luz de buena fe, y con humildad, con preferencia a aquellos que creen poseer toda la luz y que piensan, al parecer, que Dios debería tenerse por feliz si pudiese conducirles a El, probándoles que existe. El poder de Dios se ve tanto en las cosas más pequeñas como en las más grandes: no pone la luz debajo del celemín, puesto que la esparce a torrentes por todas partes: ciegos son, pues, los que no la ven. "Dios no quiere abrirles los ojos a la fuerza, puesto que les gusta tenerlos cerrados". Ya les vendrá su hora, pero antes, es menester que sientan las angustias de las tinieblas y "reconozcan a Dios y no a la ca sualidad en la mano que hiere su orgullo". Emplea

para vencer la incredulidad los medios que le convienen, según los individuos; no hay necesidad de que la incredulidad le prescriba lo que debe hacer y decirle: si quieres convencerme, es preciso que lo hagas de éste o del otro modo, en tal momento más bien que en tal otro, porque éste me conviene más. Que no se maravillen, pues, los incrédulos, si Dios y los espíritus que son los agentes de su voluntad, no se someten a sus exigencias. Que se pregunten qué es lo que dirían si el último de sus servidores quisiera imponérseles. Dios impone sus condiciones y no las recibe; escucha con bondad a los que se dirigen a El con humildad, y no a los que creen ser más que El.

10. Se dirá ¿No podría Dios advertirles personalmente con señales palpables, ante las cuales el incrédulo más endurecido habría de inclinarse? Sin duda que lo podría, pero entonces, ¿dónde estaría el mérito, y por otra parte, para qué serviría esto? ¿No vemos todos los días quien se niega a la evidencia, diciendo: si viese, no creería, porque yo "sé" que eso es imposible? Si se niegan a conocer la verdad, es porque su espíritu no está aún en disposición de comprenderla, ni su corazón para sentirla. "El orgullo es la catarata que obscurece su vista"; ¿para qué sirve presentar la luz a un ciego? Es, puesto, preciso, primero, curar la causa del mal; por esto, como un médico hábil, castiga primero el orgullo. No abandona a sus hijos extraviados, porque sabe que tarde o temprano se abrirán sus ojos; pero quiere que sea por su propia voluntad, y después de vencidos por los tormentos de la incredulidad, se echarán ellos mismos en sus brazos y, como el hijo pródigo, le pedirán gracia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Orgullo y humildad

11. ¡La paz del Señor sea con vosotros, queridos amigos! Vengo a animaros a seguir el buen camin.

A los pobres espíritus que en otro tiempo habitaban la tierra, Dios les da la misión de iluminaros. Bendito sea, por la gracia que nos concede de poder favorecer vuestro mejoramiento. ¡Que el Espíritu Santo me ilu mine y me ayude, para que mi palabra sea compren sible, y que me haga la gracia de que esté al alcance de todos! ¡Vosotros, encarnados, que estáis en pena y buscáis la luz, que la voluntad de Dios venga en mi ayuda para hacerla brillar a vuestros ojos!

La humildad es una virt ud muy olvidada entre vos otros; los grandes ejemplos que se os han dado se han seguido muy poco, y, sin embargo, sin humildad, ¿po déis, acaso, ser caritativos con vuestro prójimo? ¡Oh! no, porque ese sentimiento nivela a los hombres; él les dice que son hermanos, que deben ayudarse entre sí, y las conduce al bien. Sin humildad hacéis gala de virtudes que no tenéis, como si lleváis un vestido para ocultar las deformidades de vuestro cuerpo. Acordáos de "Aquel" que nos salvó; recordad su humildad, que tan grande le hizo y le elevó por encima de todos los profetas.

El orgullo es el terrible adversario de la humildad. Si Cristo prometió el reino de los cielos a los más pobres, fué porque los grandes de la tierra se figuran que los títulos y las riquezas son recompensas dadas a su mérito y que su esencia sea más pura que la del pobre; creen que esto se les debe, y por lo mismo cuando Dios se las quita le acusan de injusto. ¡Oh irrisión y ceguera! ¿Acaso Dios hace distinción entre vosotros por el cuerpo? La envoltura del pobre, ¿no es igual a la del rico? ¿Ha hecho el Criador dos especies de hombres? Todo lo que Dios ha hecho es grande

y sabio; no le atribuyáis las ideas que producen vuestros cerebros orgullosos.

¡Oh rico! mientras tú duermes bajo tus artesonados dorados al abrigo del frío, ¡no sabes cuántos millares de hermanos, que valen tanto como tú, están echados en la paja! El desgraciado que sufre hambre, ¿ no es, acaso, tu igual? A esta palabra tu orgullo se subleva, lo sé muy bien; tú consentirás en darle limosna, pero darle la mano y estrechársela, ¡nunca! "¡Qué dices! yo, de noble estirpe, grande de la tierra, ser igual a ese pordiosero andrajoso! ¡Vana utopía de los que se llaman filósofos! Si fuésemos iguales, ¿por qué Dios les hubiera colocado tan abajo y a mí tan alto?" En verdad que vuestros vestidos no se parecen mucho, pero desnudos los dos, ¿qué diferencia habrá entre vosotros? Dirás que la nobleza de la sangre, pero la química no ha encontrado diferencia entre la sangre de un gran señor y la de un plebeyo, entre la del amo y la del esclavo. ¿Quién te ha dicho que tú mismo no fuiste un miserable y desgraciado como él? ¿Qué no has pedido limosna? ¿Que no la pedirás un día al mismo que desprecias hoy? ¿Acaso son eternas las riquezas? No acaban con el cuerpo, envoltura perecedera de tu espíritu? ¡Oh!, vuelve a la humildad!, echa una mirada sobre la realidad de las cosas de este mundo, sobre lo que constituye tu grandeza y el abatimiento del otro; piensa que la muerte no te respetará más que a él, que tus títulos no te preservarán de ella, que puede herirte mañana, hoy, dentro de una hora, y si te sepultas con tu orgullo, ¡oh! entonces te compadezco, porque serás digno de piedad.

¡Orgullosos! ¿Qué erais vosotros antes de ser nobles y poderosos? Puede muy bien que fueseis más bajos que el último de vuestros criados. Doblad, pues, vuestras altivas frentes, que Dios puede humillar en el mismo momento que más las levantáis. Todos los hombres son iguales en la balanza Divina. Sólo las virtudes los distinguen a los ojos de Dios. Todos los

espíritus son de una misma esencia y todos los cuerpos están amasados de una misma pasta; vuestros títulos y vuestros nombres en nada la alteran, quedan en la tumba, y no son ellos los que dan la felicidad prometida a los elegidos; la caridad y la humildad son sus títulos de nobleza.

¡Pobre criatura! tú eres madre, tus hijos sufren, tienen frío, tienen hambre; vas abrumada bajo el peso de tu cruz a humillarte para buscarles un pedazo de pan. ¡Oh-! yo me inclino ante tí; ¡cuán noble, santa y grande eres a mis ojos! Espera y ruega; la felicidad aun no es de este mundo. A los pobres oprimidos y que confían en Dios, les da el reino de los cielos.

Y tú, mujer pobre y joven, entregada al trabajo y a las privaciones; ¿por qué lloras? que tu mirada, piadosa y serena, se eleve hacia Dios; a las avecillas les da el pasto; ten confianza en El; no te abandonará. El ruido de las fiestas y de los placeres del mundo hacen latir tu corazón; tú quisieras también adornar tu frente con flores y reunirte con los felices de la tierra: dices que podrías también ser rica como esas mujeres que ves pasar alegres y risueñas. ¡Oh! ¡cállate, hija mía! Si supieses cuántas lágrimas y dolores sinnúmero se ocultan bajo esos vestidos bordados, cuántos suspiros se ahogan bajo el ruido de esa orquesta alegre, preferirías tu humilde retiro y tu pobreza. Mantente pura a los ojos de Dios si no quieres que tu ángel guardián remonte hacia él, ocultando su rostro bajo sus blancas alas, y te deje con tus remordimientos, sin guía, sin sostén, en ese mundo en que te perderías esperando ser castigada en el otro.

Y todos vosotros, los que sufrís por la injusticia de los hombres, sed indulgentes con las faltas de vuestros hermanos, considerando que también las tenéis vosotros: esta es la caridad y también es la humildad. Si sufrís por las calumnias, doblad la frente bajo esta prueba. ¿Qué os importan las calumnias del mundo? Si vuestra conducta es pura, ¿acaso Dios no puede re-

compensaros? Sobrellevar con valor las humillaciones de los hómbres, es ser humilde y reconocer que sólo Dios es grande y poderoso.

¡Oh, Dios mio! ¿será preciso que Cristo vuelva otra vez a la tierra para enseñar a los hombres tus leyes que olvidan? ¿Deberá, quizás, echar otra vez del tem plo a los mercaderes que manchan tu casá que sólo es lugar de oración? ¿Y quién sabe? ¡oh hombres! si Dios os concediese esa gracia, se la negaríais como la otra vez. Le llamaríais blasfemo; porque abatiría el orgullo de los fariseos modernos; quizás le hiciéseis emprender de nuevo el camino del Gólgota.

Cuando Moisés estuvo sobre el monte Sinaí a reci bir los mandamientos de Dios, el pueblo de Israel, en tregado a sí mismo, abandonó a su verdadero Dios; hombres y mujeres dieron su oro y sus alhajas para hacer un ídolo que adoraban. Hombres civilizados; vosotros hacéis como ellos. Cristo os dejó su doctrina; os dió el ejemplo de todas las virtudes y habéis aban donado ejemplos y p receptos; cada uno de vosotros, teniendo sus pasiones os habéis hecho un Dios a vues tro gusto: según los unos, terrible y sanguinario; se gún los otros, indiferente a los intereses del mundo; el Dios que os habéis hecho es aún el becerro de oro que cada uno apropia a sus gustos y a sus ideas.

Meditad, ¡oh hermanos míos y amigos! Que la voz de los espíritus conmueva vuestros corazones; sed ge nerosos y caritativos sin ostentación, es decir, haced el bien con humildad; que cada uno destruya poco a poco los altares que habéis levantado al orgullo; en una palabra, sed verdaderos cristianos y alcanzaréis el reino de la verdad. No dudéis más de la bondad de Dios, cuando os envía tantas pruebas. Venimos a pre parar el camino para el cumplimiento de las profecías. Cuando el señor os dé una manifestación más resplandeciente de su clemencia, que el enviado celeste en cuentre en vosotros sólo una gran familia; que vuestros corazones afables y humildes sean dignos de oír

la palabra divina que os traerá; que el elegido no encuentre en su camino sino palmas dispuestas para vuestra vuelta al bien, a la caridad, a la fraternidad, y entonces vuestro mundo será el paraíso terrestre. Mas si sois insensibles a la voz de los espíritus enviados para purificar y renovar vuestra sociedad civilizada, rica en ciencia, y con todo, tan pobre en buenos sentimientos, entonces ¡oh! sólo nos quedará el recurso de llorar y gemir por vuestra suerte. Pero no, no sucederá de ese modo; volved a Dios, vuestro padre, y entonces todos nosotros, que habremos contribuido al cumplimiento de su voluntad entonaremos el cántico de acción de gracia para agradecer al Señor su inagotable bondad y para glorificarle por todos los siglos de los siglos. Así sea. (Lacordaire. Constantina, 1863.)

12. Hombres, ¿por qué os quejáis de las calamidades que vosotros mismos habéis amontonado sobre vuestras cabezas? Habéis desconocido la santa y divina moral de Cristo; no os maravilléis, pues, que la copa de la iniquidad se haya desbordado por todas partes.

El malestar se hace general, y ¿quién tiene la culpa sino vosotros mismos, que sin cesar procuráis destruiros unos a otros? No podéis ser felices sin mutua benevolencia. ¿Y puede existir la benevolencia con el orgullo? El orgullo: he aquí el origen de todos los males; trabajad para destruirlo, si no queréis ver cómo se perpetúan sus funestas consecuencias. Un sólo medio se os ofrece para estó, pero es infalible; es el tomar por regla invariable de vuestra conducta la ley de Cristo, ley que habéis rechazado o falseado en su interpretación.

¿Por qué tenéis en tan gran estima lo que brilla y encanta a la vista, más bien que lo que toca al corazon? ¿Por qué el vicio de la opulencia es el objeto de vuestras adulaciones, cuando sólo tenéis una mirada de desdén por el verdadero mérito en la obscuridad?

Cuando un rico pervertido, perdido de cuerpo y alma, se presenta en alguna parte, se le abren todas las puertas, todas las consideraciones son para él, mientras que se desdeña conceder un saludo de protección al hombre de bien que vive de su trabajo. Cuando la consideración que se concede a las personas se estima por el peso del oro que poseen o por el nombre que llevan, ¿qué interés puede tenerse en corregirse de sus defectos?

De otro modo sucedería si el vicio dorado fuese castigado por la opinión como lo es el vicio andrajoso: pero el orgullo es indulgente para todo lo que le adula. Siglo de codicia y de dinero, decís; sin duda que lo es, pero, ¿por qué habéis dejado que las necesidades materiales tomasen imperio sobre el buen sentido y la razón? ¿Por qué quiere cada cual sobreponerse a su hermano? Por eso la sociedad sufre hoy las consecuencias de todo esto.

No olvídéis que tal estado de cosas es siempre una señal de decadencia moral. Cuando el orgullo llega a los últimos límites, es indicio de una caída próxima porque Dios hiere siempre a los soberbios. Si algunas veces les deja suibir, es para darles lugar a reflexionar y enmendarse bajo los golpes que de tiempo en tiempo se dirigen a su orgullo para avisarles; pero en vez de humillarse, se rebelan, y entonces, cuando está llena la medida, les abate en seguida y su caída es tanto más terrible cuanto más alto han subido. ¡Pobre raza humana, cuyo egoísmo ha corrompido todos los senderos!, reanímate, sin embargo; Dios, en su misericordia infinita, envía un poderoso remedio a tus males, un socorro inesperado a tu necesidad. Abre los ojos a la luz; he aquí que las almas de los que no existen vienen a recordarte tus verdaderos deberes; ellas te dirán, con la autoridad de la experiencia, cuán poca cosa son las vanidades y las grandezas de vuestra pasajera existencia con respecto a la eternidad; te dirán que el más grande será el que fué más humilde entre los peque-

ños de la tierra; que el que ha amado más a sus her manos es también el que será más amado en el cielo; que los poderosos de la tierra si abusaron de su auto ridad, serán obligados a obedecer a sus servidores; que la caridad y la humildad, en fin, esas dos hermanas que se dan la mano, son los titulos más eficaces para obtener gracia ante el Eterno. (**Adolfo**, obispo de Argel. Marmande, 1862).

Misión del hombre inteligente en la tierra

13. No os déis importancia por lo que sabéis, porque ese saber tiene limites muy reducidos en el mundo que habitáis. Pero aun suponiendo que seáis los personajes inteligentes de ese globo, no tenéis por esto ningún derecho de envaneceros. Si Dios, en sus designios, os ha hecho nacer en un centro que hayáis podido desarrollar vuestra inteligencia, es que quiere que hagáis uso de ella para bien de todos, porque es una misión que os da, poniendo en vuestras manos el instrumento con cuya ayuda podéis desarrollar, cuando venga el caso, las inteligencias atrasadas y conducirlas a Dios. La naturaleza del instrumento ¿no indica, acaso, el uso que debe hacerse de él? La azada que el jardinero pone en las manos de su operario, ¿no le enseña que debe cavar? ¿Y qué diríais si este hombre, en lugar de trabajar, levantara la azada para herir a su amo? Diríais que es monstruo y que merece ser expulsado. ¡Pues bien! ¿No sucede lo mismo con aquél que se sirve de su inteligencia pará destruir la idea de Dios y de la Providencia entre sus hermanos? ¿No levanta también la azada contra el amo, que se la dió para la - borar el terreno? ¿Tiene derecho al salario prometido, o por el contrario, no merece ser despedido del jardín? Despedido, será, no lo dudéis, y arrastrará existencias miserables y humillantes, hasta que se haya doblado ante "Aquel" a quien lo debe todo.

La inteligencia es rica en méritos para el porvenir, pero con la condición de hacer de ella buen uso: si

todos los hombres que la poseen la empleasen según las miras de Dios, la misión de los espíritus sería fácil para hacer avanzar a la humanidad; desgraciadamente para muchos es objeto de orgullo y de perdición para ellos mismos. El hombre abusa de su inteligencia como de todas sus otras facultades, y, sin embargo, no le faltan lecciones que le adviertan que una mano pode rosa pueda quitarle lo que le ha dado. (**Fernando**, espíritu protector. Bordeaux, 1862).

CAPÍTULO VIII

Bienaventurados los limpios de corazón

Dejad a los niños venir a mí. - Pecado de pensamiento. Adul terio. - Verdadera pureza. Manos no lavadas. - Escándalos. Si tu mano te escandaliza, córtala. - **Instrucciones de los espíritus**: Dejad venir a mí a los niños. - Bienaventurados los que tienen cerrados los ojos.

Dejad a los ninos venir a mí

1. **Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios. (San Mateo, cap. V, v. 8).**

2. **Y le presentaban unos niños para que los tocase. Mas los discípulos reñían a los que les presentaban. - Y cuando los vió Jesús, lo llevó muy a mal, y les dijo: "Dejad a los niños venir a mí", y no se lo estorbeis, porque de los tales es el reino de Dios. - En verdad os digo que el que no recibiera el reino de Dios como niño, no entrará en él. - Y abrazándolos y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía. (San Mateo, cap. X, v. de 13 a 16).**

3. La pureza de corazón es inseparable de la sen cillez y de la humildad, y excluye todo pensamiento de egoísmo y orgullo; por esto Jesús toma la infancia como emblema de esa pureza, como la tomó también por el de la humildad.

Esta comparación podría no ser justa si se conside ra que el espíritu del niño puede ser muy viejo, y que trae, naciendo otra vez a la vida corporal, las imper fecciones de que no se ha despojado en las existencias precedentes; sólo un espíritu llegado a la perfección

podría dársenos como tipo de la verdadera pureza. Mas es exacta desde el punto de vista de la vida presente; porque el niño, no habiendo podido aún manifestar ninguna tendencia perversa, nos ofrece la imagen de la inocencia y del candor: así es que Jesús no dice de un modo absoluto que el reino de Dios "es para ellos", sino "para aquellos que se les parecen".

4. Puesto que el espíritu del niño ha vivido ya, ¿por qué desde el nacimiento no se manifiesta tal cual es? Todo es sabio en las obras de Dios. El niño necesita cuidados delicados que sólo la ternura de una madre puede prodigarle, y esa ternura aumenta con la debilidad y la ingenuidad del niño. Para una madre, su hijo es siempre un ángel, y así debía ser para cautivar su solicitud; no hubiera podido abandonarse a su cariño si en vez de la gracia sencilla hubiese encontrado bajo las facciones infantiles, un carácter viril y las ideas de un adulto, y menos aún si hubiese conocido su pasado.

Por otra parte, era preciso que la actividad del principio inteligente fuese proporcionada a la debilidad del cuerpo, porque no hubiera podido resistir a una actividad demasiado grande del espíritu, como se ve en los niños muy precoces. Por esto, desde que se aproxima la encarnación, el espíritu, entrando en turbación, pierde poco a poco la conciencia de sí mismo, y por espacio de cierto período, está en una especie de sueño, durante el cual todas sus facultades se hallan en estado latente. Este estado transitorio es necesario para dar al espíritu un nuevo punto de partida, y hacerle olvidar, en su nueva existencia terrestre, las cosas que hubieran podido estorbarle. Su pasado, sin embargo, reacciona sobre él y renace a más amplía vida, más fuerte, moral e intelectualmente, sostenido y secundado por la intuición que conserva de la experiencia adquirida.

Desde su nacimiento, sus ideas vuelven a tomar gradualmente su vuelo a medida que se desarrollan sus

órganos, pudiendo decirse que durante los primeros años, el espíritu es verdaderamente niño, porque las ideas que forman el fondo de su carácter están aún embotadas. Durante el tiempo en que sus instintos dor mitan, es más flexible, y por lo mismo más accesible a las impresiones que puedan modificar su naturaleza y hacerle progresar, y es más dócil al cuidado de los padres.

El espíritu reviste, pues, por una temporada el ro paje de inocencia, y Jesús dice la verdad cuando, a pesar de la interioridad del alma, toma al niño por emblema de la pureza y de la sencillez.

Pecado de pensamiento. Adulterio

5. **Oísteis que fué dicho a los antiguos: No adulterarás. - Pues yo os digo que todo aquél que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella. (San Mateo, cap. V, v. 27 y 28).**

6. La palabra **adulterio** no debe entenderse aquí en el sentido exclusivo de su propia acepción, sino en un sentido más general; Jesús la empleó muy a menudo por extensión para designar el mal, el pecado y cualquier mal pensamiento, como por ejemplo en este pa saje: **"Y quien se afrentare de mí y de mis palabras en medio de esta generación "adúltera y pecadora"; el Hijo del hombre también se afrentará de él cuando viniere en la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles". (San Lucas, cap. XI, v. de 37 a 40).**

La verdadera pureza no está sólo en los actos, tam bién está en el pensamiento, porque el que tiene el corazón puro, tampoco piensa en el mal; esto es lo que quiso decir Jesús. Condena el pecado hasta de pen samiento porque es una señal de impureza.

7. Ese principio, naturalmente nos conduce a esta cuestión: "¿Sufre uno las consecuencias de un mal pen samiento que no se ha ejecutado?"

Debemos hacer una distinción importante. A medida que el alma, que está en el camino del mal, adelanta en la vida espiritual, se instruye y se despoja poco a poco de sus imperfecciones, según su mayor o menor voluntad, en virtud de su libre albedrío. Todo mal pensamiento, es, pues, resultado de la imperfección del alma, pero según el deseo que ha concebido de purificarse, ese mal pensamiento viene a ser aún para ella una ocasión de adelantamiento, porque lo rechaza con energía; ese indicio de una mancha que se esfuerza en borrar, si se presenta la ocasión de satisfacer un mal deseo, no cederá, y después que haya resistido, se sentirá más fuerte y alegre por su victoria.

La que, por el contrario, no ha tenido buenas resoluciones, busca la ocasión, y si no llega a cumplir el acto malo, no es por voluntad, sino porque le ha faltado ocasión, y de este modo, es tan culpable como si lo cometiera.

En resumen: en la persona que ni siquiera concibe el pensamiento del mal, el progreso se ha cumplido; en la que tiene este pensamiento, pero que lo rechaza, el progreso está en camino de cumplirse; en aquella, en fin, que tiene ese pensamiento y se complace en el mal, está en todo su vigor; en la una está hecho el trabajo, en la otra está por hacer; Dios, que es justo, toma en cuenta todos esos matices en la responsabilidad de los actos y de los pensamientos del hombre.

Verdadera pureza. Manos no lavadas

8. **Entonces se llegaron a él unos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos traspasan la tradición de los ancianos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan.**

Y él respondiéndoles, dijo: Y vosotros, ¿por qué traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Pues Dios dijo: Honra al padre y a la madre. Y: Quien maldijere al padre y a la madre, muera de muerte. - Mas vosotros decís: cualquiera que dijera al padre, o a la madre: Todo don que yo ofreciere, a tí aprovechará. - Y no honrará a su padre o a su madre: y

habéis hecho vano el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra; mas el corazón de ellos lejos está de mí. - Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

Y habiendo convocado así a las gentes, les dijo: Oid y entended. No ensucia al hombre lo que entre en la boca; mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre.

Entonces, llegándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado, cuando han oído esta palabra? - Mas él respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi padre celestial, arrancada será de raíz. - Dejadlos; ciegos son, y guías ciegos. Y si un ciego guía a otro cíego, entrambos caerán en el hoyo.-Y respondiendo Pedro le dijo: Explícanos esa parábola. - Y Jesús dijo: ¿Aun vosotros también sois sin entendimiento? - ¿No comprendéis que toda cosa que entra en la boca, va al vientre, y es echado en lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto ensucia al hombre. Porque del corazón salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas son las que ensucian al hombre. Mas el comer con las manos sin lavar no ensucia al hombre. (San Mateo, capítulo XV, v. de 1 a 20).

9. **Y cuando estaba hablando le rogó un fariseo que fuese a comer con él. Y habiendo entrado se sentó a la mesa. Y el fariseo comenzó a pensar y decir dentro de sí, por qué no se habrá lavado antes de comer. Y el señor le dijo: Ahora vosotros los fariseos, limpiáis lo de fuera del vaso y del plato: mas vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. Necios: ¿el que hizo lo que está de fuera, no hizo también lo que está de dentro? (San Lucas, cap. XI, v. de 37 a 40).**

10. Los judíos habían descuidado los v erdaderos mandamientos de Dios, para observar la práctica de los reglamentos establecidos por los hombres y cuyos rígidos observadores se hacían de ella un cargo de con ciencia; el fondo, muy sencillo, había concluído por desaparecer bajo la complicación de la forma. Como era mucho más cómodo observar los actos exteriores que el reformarse moralmente "lavarse las manos que limpiarse el corazón", los hombres se engañaron a sí mismos, y se creían en paz con Dios, porque se con-

formaban a esas prácticas permaneciendo lo mismo que eran antes, porque se les enseñaba que Dios no pedía más. Por esto dijo el profeta; "Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres". Lo mismo ha sucedido con la doctrina moral de Cristo, que ha hecho que muchos cristianos, a ejemplo de los antiguos judíos, creen su salvación más asegurada con las prácticas exteriores que con las de la moral. A estas adiciones hechas por los hombres a la ley de Dios, son a las que Jesús hacía alusión cuando dijo: "Toda planta que mi padre celestial no ha plantado, será arrancada de raíz".

El objeto de la religión es conducir al hombre a Dios; así, pues, el hombre no llega a Dios hasta que es perfecto; toda religión que no hace al hombre mejor, no consigue su objeto, y aquélla en la cual cree apo yarse para hacer el mal, es o falsa, o falseada en su principio. Tal es el resultado de todas aquellas cuya forma altera el fondo. La creencia en la eficacia de las formas exteriores es nula si no impide el cometer asesinatos, adulterios, robos, calumniar y hacer daño a su prójimo de cualquier modo que sea. Hace supersticiosos, hipócritas o fanáticos, pero no hace hombres de bien.

No basta, pues, tener las apariencias de la pureza; ante todo es preciso tener la pureza del corazón.

Escándalos: Si tu mano es objeto de escándalo, córtala

11. **Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos, que en mí creen, mejor le fuera que colgasen a su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en lo profundo del mar.**

Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos, mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo.

Por tanto si tu mano o tu pie te escandaliza, córtale y échale de tí: porque más te vale entrar en la vida manco o cojo, que teniendo dos manos o dos pies y ser echado en el fuego eterno. -Y si tu ojo te escandaliza, sácale y échale de tí, porque mejor te es entrar en la vida con un solo ojo que tener dos

ojos, y ser echado en la gehenna del fuego. - Mirad que no tengáis en poco a uno de estos pequeñitos: porque os digo que sus ángeles en el cielo siempre ven la cara de mi Padre, que está em los cielos. (San Mateo, cap XVIII, v. de 6 a 10).

12. En el sentido vulgar, **escándalo** se dice de toda acción que choca con la moral o decoro de una manera ostensible. El escándalo no está en la misma acción, sino en la publicidad que pueda tener. La palabra escándalo implica siempre cierta idea de publicidad. Muchas personas se contentan con evitar el **escándalo**, porque resentiría su orgullo y su consideración perdería entre los hombres; pues con tal que sus torpezas queden ignoradas, esto les basta, y su conciencia queda tranquila. Estos son, según las palabras de Jesús: "Sepulcros blanqueados por fuera, mas llenos de podredumbre por dentro, vasos limpios por fuera y sucios por dentro".

En el sentido evangélico la acepción de la palabra escándalo, empleada con tanta frecuencia, es mucho más general; por esto no se comprende esta acepción en ciertos casos. No es sólo lo que lastima la conciencia de otro: es todo aquello que resulta de los vicios y de las imperfeccfones de los hombres, toda acción mala de individuo a individuo con publicidad o sin ella. El escándalo en este caso, "es resultado efectivo del mal moral".

13. "Es menester que vengan escándalos en el mundo", dijo Jesús, porque siendo los hombres imperfectos en la tierra se inclinan a hacer mal, y porque malos árboles, dan malos frutos. Es necesario, pues, entender por estas palabras, que el mal es una consecuencia de la imperfección de los hombres, y que no tengan una obligación de hacerlo.

14. "Es necesario que venga el escándalo", porque estando los hombres en expiación en la tierra, se castigan ellos mismos por el contacto de sus vicios, cuyas

primeras víctimas son y cuyos inconvenientes acaban por comprender. Cuando estén cansados de sufrir el mal, buscarán el remedio en el bien. La reacción de esos vicios, sirve, pues, a la vez de castigo a los unos y de prueba a los otros; así es como Dios hace salir el bien del mal y como los mismos hombres utilizan las cosas malas o escorias.

15. Si es así, se dirá, el mal es necesario y durará siempre, porque si desapareciese, Dios quedaría privado de un poderoso medio para castigar a los culpables; luego es inútil tratar de mejorar a los hombres. No; si no hubiese ya culpables, no habría necesidad de castigos. Supongamos a la humanidad transformada en hombres de bien; nadie procurará hacer daño a su prójimo, y todos serán felices porque serán buenos. Tal es el estado de los mundos adelantados, de los que el mal está excluído; tal será el de la tierra cuando haya progresado bastante. Pero mientras ciertos mundos adelantan, se forman otros poblados por espíritus primitivos, y que sirven, además de habitación, de destierro o lugar de expiación para los imperfectos rebeldes, obstinados en el mal y que son arrojados de los mundos que han llegado a ser felices.

16. "Mas ay de aquel por quien viene el escándalo"; es decir, que el mal, siendo siempre el mal, el que ha servido, sin saberlo, de instrumento para la justicia divina, cuyos malos instintos se han utilizado no ha dejado por eso de hacer mal y debe ser castigado. Así es, por ejemplo, que un hijo ingrato es un castigo o una prueba para un padre que le sufre, porque este mismo padre ha podido ser un mal hijo que hizo sufrir a su padre y es castigado con la pena del talión; pero el hijo tampoco tiene excusa y deberá ser castigado a su vez en sus propios hijos o de otro modo.

17. "Si vuestra mano es una causa de escándalo, cortadla"; figura enérgica que sería absurdo tomar li-

teralmente, y que sencillamente significa que es menester destruir en sí mismo toda causa de escándalo, es decir, de mal; arrancar de su corazón todo sentimiento impuro y todo principio vicioso, es decir, repito, que más le valdría a un hombre no haber tenido la mano, que no que le hubiese servido de instrumento para una mala acción; estar privado de la vista, que no que sus ojos le hubiesen despertado malos pensamientos. Jesús no dijo nada absurdo para cualquiera que comprenda el sentido alegórico y profundo de sus palabras; pero muchas cosas no pueden comprenderse sin la clave que da el Espiritismo.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Dejad a los niños venir a mí

18. Cristo dijo: "Dejad a los niños venir a mí" Estas palabras profundas, en su sencillez, no se concretan al simple llamamiento de los niños, si que también al de las almas que gravitan en los mundos o estados inferiores en donde la desgracia ignora la esperanza. Jesús llamaba a El la infancia intelectual de la criatura formada; a los débiles, a los esclavos, a los viciosos; nada podía enseñar a la infancia física, prisionera de la materia, sometida al yugo del instinto y que no pertenecía al orden superior de la razón y de la voluntad que se ejercen alrededor de ella y por ella.

Jesús quería que los hombres fuesen a El con la confianza de aquellos pequeños seres de vacilante paso, cuyo llamamiento le conquistaba el corazón de todas las mujeres que son madres: de este modo sometía las almas a su tierna y misteriosa autoridad.

Fué la antorcha que despeja las tinieblas, el clarín de la mañana que toca a despertar; fué el iniciador del Espiritismo, que debe a su vez llamar a él, no a los niños sino a los hombres de buena voluntad. La acción

viril está subyugada; ya no se trata de creer instintivamente, y obedecer maquinalmente; es menester que el hombre siga la ley inteligente que le revela su universalidad.

Pero, queridos mios, estamos ya en los tiempos en que los errores explicados serán verdades; nosotros os enseñaremos el sentido exacto de las parábolas, la correlación poderosa que une lo que fué y lo que es. En verdad os digo, la manifestación espiritista dilata el horizonte y aquí está su enviado que va a resplandecer como el sol en la cima de los montes. (**Juan Evangelista**. París, 1863).

19. "Dejad venir a mí a los niños", porque yo poseo la leche que fortifíca a los débiles. Dejad venir a mí a aquéllos que temerosos y débiles tienen necesidad de apoyo y de consuelo. Dejad venir a mí a los ignorantes, para que yo les ilustre; dejad venir a mí a todos los que sufren, a la multitud de afligidos y desgraciados, porque yo les enseñaré el gran remedio para aliviar los males de la vida; yo les daré el secreto para curar sus heridas. ¿Cuál será, amigos mios, ese bálsamo soberano que posee la virtud por excelencia, ese bálsamo que se aplica a todas las llagas del corazón y las cierra? ¿Es el amor; es la caridad? Si tenéis ese fuego divino, ¿qué temeréis? Diréis en todos los instantes de vuestra vida: Padre mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía, y si os place el probarme por el dolor y las tribulaciones, bendito seáis, porque es por mi bien, yo lo sé; que vuestra mano pese sobre mí. Si os conviene, Señor, tened piedad de vuestra frágil criatura; si dais a su corazón los goces permitidos, bendito seáis también; pero haced que el amor divino no duerma en nuestra alma, sino que sin cesar haga subir a vuestros pies la voz de su reconocimiento...

Si tenéis amor, tendréis todo lo que podáis desear en vuestra tierra, poseeréis la perla por excelencia, que ni los acontecimientos, ni las fechorías de los que os aborrecen y os persiguen podrán arrebataros. Si tenéis

amor, habréis colocado vuestros tesoros, en donde la polilla y el orín no pueden alcanzarlos, y veréis borrar-se insensiblemente de vuestra alma todo lo que puede manchar la pureza; sentiréis que el peso de la materia se aligera de día en día, y, semejante al pájaro que cruza los aires y no se acuerda ya de la tierra, subiréis sin César, subiréis siempre hasta que vuestra alma em briágada pueda saturarse de su elemento de vida en el seno del Señor. (**Un Espíritu protector.** Bordeaux, 1861)

Bienaventurado. loe que tienen loe ojos cerrados (1)

20. Mis buenos amigos, me habéis llamado, ¿para qué? ¿Es para hacerme poner las manos sobre la po bre paciente que está aquí y curarla? ¡Ah! ¡ Qué sufrimiento, buen Dios! Ha perdido la vista y ha quedado en la obscuridad. ¡Pobre hija!, que ruegue y espere; yo no sé hacer milagros sin la voluntad de Dios. Todas las curaciones que yo he podido obtener y de que ha béis tenido noticia, debéis atribuirlas al Padre de todos. En vuestras aflicciones, levantad siempre los ojos al Cielo y decid desde el fondo de vuestro corazón: "¡Padre mío. curadme, pero haced que mi alma se cure antes que las enfermedades del cuerpo; que mi alma sea cas tigada si es ne cesario, para que mi alma elevada hacia vos tenga la blancura de cuando la creásteis!" Después de esta oración, mis buenos amigos, que Dios misericordioso escuchará siempre, se os dará la fuerza y el valor, y quizá también esta curación que vosotros ha bréis pedido temerosamente, en recompensa de vuestra abnegacion.

Pues que estoy aquí, en una reunión en la que ante todo se trata de estudios, os diré que los que están pri vados de la vista, deberían considerarse como los bien - aventurados a la expiación. Acordáos que Cristo dijo

---

(1) Esta comunicación fué dada a propósito de una persona ciega, por lo que se evocó al espíritu de J. B. Vianney. cura de Ars.

que era menester arrancar vuestro ojo si era malo, y que valía más que lo echarais al fuego que ser la causa de vuestra condenación. ¡Ah! ¡Cuántos hay en vuestra tierra que un día maldecirán en las tinieblas el haber visto la luz! ¡Oh! sí, qué felices son aquellos que en su expiación son castigados por la vista; su ojo no será objeto de escándalo y de pecado: pueden entregarse completamente a la vida de las almas y pueden ver más que vosotros que véis claro... Cuando Dios me permite ir a abrir los párpados a alguno de esos pobres enfermos y volverles la luz, me digo: alma querida, ¿por qué no conoces todas las delicias del espíritu que vive en la contemplación y en el amor? Tú no solicitarías ver imágenes menos duras y menos apacibles que las que te es dado entrever en tu ceguedad.

¡Oh!, sí, bienaventurado el ciego que quiere vivir con Dios; más feliz que vosotros que estáis aquí, siente la felicidad, la toca, vé las almas y puede lanzarse con ellas a las esferas de los espíritus, que aún los predestinados de la tierra no ven; el ojo abierto siempre está dispuesto a hacer faltar al alma; el ojo cerrado, por el contrario, siempre está dispuesto a hacerla elevar a Dios. Creedme, mis buenos y queridos amigos, la ceguera de los ojos muchas veces es la verdadera luz del corazón, mientras que la vista es a menudo el ángel de las tinieblas que conduce a la muerte.

Ahora, algunas palabras para ti, querida enferma; espera y ten valor; si te dijera hija mía, tus ojos van a abrirse, ¡cómo te alegrarías! ¿y quién sabe si esta alegría no te perdería? Ten confianza en la bondad de Dios que ha hecho la felicidad y ha permitido la tristeza! Haré por tí todo lo que me será permitido; pero a tu vez, ruega y sobre todo, piensa en lo que acabo de decirte.

Antes de que me aleje, todos los que estáis aquí, recibid mi bendición. (**Vianney**, cura de Ars. París, 1863).

21. **Observación**. Cuando una aflicción no es consecuencia de los actos de la vida presente, es preciso buscar su causa en una vida anterior. Lo que se llaman caprichos de la suerte, no son otra cosa que efectos de la justicia de Dios. Dios no castiga arbitrariamente: quiere que entre la falta y la pena haya siempre correlación. Si en su bondad ha echado un velo a nuestros actos pasados, nos pone sin embargo en su camino, diciendo: "El que ha herido por la espada, perecerá por la espada"; palabras que pueden traducirse de este modo: "Siempre somos castigados por donde hemos pecado". Si alguno, pues, es castigado por la pérdida de la vista, es porque la vista ha sido causa de su falta. También puede ser que haya sido causa de la pérdida de la vista de otro; puede que alguno haya quedado ciego por el exceso del trabajo que se le ha impuesto, o por consecuencia de malos tratamientos, falta de cuidados, etc., y entonces sufre la pena del Talión. El mismo, en su arrepentimiento, pudo escoger esta expiación, aplicándose estas palabras de Jesús: "Si vuestro ojo es motivo de escándalo, arrancadle".

CAPÍTULO IX

Bienaventurados los mansos y los pacíficos.

Injurias y violencias. - Instrucciones de los espíritus: La afabilidad y la dulzura. - La paciencia. - Obediencia y resignación. - La cólera.

Injurias y violencias

1. **Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra**. (**San Mateo, cap. V, v. 4).**

2. **Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados (Id., v. 9).**

3. **Oísteis que fué dicho a los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará a juicio. - Mas yo os digo, que todo aquél que se enoja con su hermano, obligado será a juicio. Y quien dijera a su hermano Racca, obligado será a concilio. Y quien dijere insensato, quedará obligado a la gehenna del fuego. (Id., v. 21 y 22).**

4. Por estas máximas Jesús elevó a ley la dulzura, la moderación, la mansedumbre, la afabilidad y la paciencia; por consiguiente, condena la violencia, la cólera, y aun toda expresión inconveniente con respecto a sus semejantes. "Racca", era entre los hebreos una palabra de desprecio que significaba "un cualquiera", y se pronunciaba escupiendo y volviendo la cabeza. Aun va más lejos, puesto que amenaza con el fuego del infierno al que diga a su hermano "insensato".

Es evidente que en ésta, como en cualquiera otra circunstancia, la intencion agrava o atenúa la falta; pero, ¿cómo puede tener bastante gravedad una simple palabra para merecer una reprobación tan severa? - Consiste en que toda palabra ofensiva es expresion de un sentimiento contrario a la ley de amor y de caridad, que debe arreglar las relaciones de los hombres y mantener entre ellos la concordia y la unión; que es un golpe dirigido a la benevolencia recíproca y a la fraternidad; que da pábulo al odio y a la animosidad; en fin, que después de la humildad hacia Dios, la caridad hacia el prójimo es la primera ley de todo cristiano.

5. Pero, ¿qué entiende Jesús por estas palabras: "Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la Tierra". El, que dice que hemos de renunciar a los bienes de este mundo y promete los del Cielo?

Esperando los bienes del Cielo, el hombre tiene necesidad de los de la tierra para vivir; sólo que le encarga que no dé a estos últimos más importancia que a los primeros.

Con estas palabras quiere decir que hasta aquel día, los bienes de la tierra serán acaparados por los violentos con perjuicio de los mansos y pacíficos que a éstos les falta muchas veces lo necesario mientras que los otros tienen lo superfluo, promete que se les hará justicia "así en la tierra como en el Cielo", porque son llamados hijos de Dios. Cuando la ley de amor y de caridad sea la ley de la humanidad, ya no habrá egoísmo: el débil y el pacífico ya no serán explotados ni pisoteados por el fuerte y el violento. Tal será el estado de la Tierra cuando, según la ley del progreso y la promesa de Jesús, venga a ser un mundo feliz por la expulsión de los malos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La afabilidad y la dulzura

6. La benevolencia para con sus semejantes, fruto del amor al prójimo, produce la afabilidad y la dulzura que son su manifestación. Sin embargo, no siempre debemos fiarnos de las apariencias; la educación y las costumbres del mundo pueden dar el barniz de estas cualidades. ¡Cuántos hay cuya fingida bondad sólo es una máscara para el exterior, un hábito cuyo corte calculado disimula las deformidades ocultas! El mundo está lleno de esas gentes que tienen la sonrisa en los labios y el veneno en el corazón; "que son dulces con tal que nadie les incomode, pero que muerden a la menor contrariedad; cuya lengua dorada, cuando hablan cara a cara, se cambia en dardo envenenado cuando están ausentes". A esa clase pertenecen también esos hombres que son benignos fuera de casa y que dentro, tiranos domésticos, hacen sufrir a su familia y a sus subordinados el peso de su orgullo y de su despotismo; parece que quieren desquitarse de la opresión que se impusieron fuera; no atreviéndose a presentarse como autoridad a los extraños que les reducirían a sus verdaderos límites, quieren a lo menos, hacerse temer de los que no pueden resistirles; su vanidad consiste en poder decir: "Aquí yo mando y se me obedece", sin pensar que podrían añadir con mucha más razón: "Y me aborrecen".

No basta que de los labios salga la miel; si ninguna parte toma el corazón, es ser hipócrita. Aquel cuya afabilidad y dulzura no son fingidas, no se contradice nunca, y lo mismo es en el mundo que en la intimidad: sabe, además, que si engaña a los hombres con las apariencias, no puede engañar a Dios. (**Lázaro**. París, 1861).

La paciencia

7. El dolor es una bendición que Dios envía a los elegidos; no os aflijáis, pues, cuando sufrís, sino por el contrario, bendecid a Dios Todopoderoso que os ha señalado el dolor en la tierra para la gloria en el cielo.

Sed pacientes; la paciencia también es una caridad, y vosotros debéis practicar la ley de caridad enseñada por Cristo, enviado de Dios. La caridad que consiste en la limosna que se da a los pobres, es la más fácil de todas: pero hay una mucho más penosa, y por consecuencia mucho más meritoria: es "la de perdonar a aquellos que Dios ha colocado a nuestro paso para ser instrumentos de nuestros sufrimientos y poner nuestra paciencia a prueba".

La vida es difícil, ya lo sé; se compone de mil frioleras que son alfilerazos que acaban por herir; pero es menester mirar los deberes que se nos han impuesto, los consuelos y las compensaciones que por otra parte tenemos, y entonces veremos que las bendiciones son mucho más numerosas que los dolores. La carga parece menos pesada cuando miramos a la altura que cuando doblamos la frente hacia el suelo.

Animo, amigos, Cristo es vuestro modelo; sufrió más que ninguno de vosotros, y nada tenía que echarse en cara, mientras que vosotros tenéis que expiar vuestro pasado y fortificaros para el porvenir. Sed, pues, pacíficos; sed cristianos; esta palabra lo enseña todo. (**Un Espíritu amigo**. Havre, 1852).

Obediencia y resignación

8. La doctrina de Jesús enseña por todas partes la obediencia y la resignación, dos virtudes compañeras de la dulzura, muy militantes, aunque los hombres las confunden sin razón con la negación del sentimiento y de la voluntad. "La obediencia es el consentimiento de la razón, y la resignación es el consentimiento del

corazón"; las dos son fuerzas activas, porque llevan la carga de las pruebas que la insensata rebeldía vuelve a dejar caer. El cobarde no puede ser resignado, de la misma manera que el orgulloso y el egoísta no pueden ser obedientes. Jesús fué la encarnación de estas virtudes, despreciadas por la materialista antigüedad. Llegó el momento en que la sociedad romana perecía en el des fallecimiento de la corrupción, y aquél vino a hacer brillar en el seno de la humanidad agobiada los triun fos del sacrificio y del desprendimiento carnal.

Cada época lleva de este modo el sello de la virtud o del vicio que debe salvarla o perderla. La virtud de vuestra generación es la actividad intelectual; su vicio es la indiferencia moral. Digo sólo actividad, porque el genio se eleva de repente y descubre de una sola ojea da los horizontes que la multitud verá después de él, mientras que la actividad es la reunión de los esfuerzos de todos para alcanzar un objeto menos brillante, pero que prueba la elevación intelectual de una época. Sometéos al impulso que venimos a dar a vuestros es píritus; obedeced a la gran ley del progreso, que es la palabra de vuestra generación. ¡Desgraciado el espíritu perezoso cuyo entendimiento se embota! ¡Desgraciado! porque nosotros, que somos los guias de la huma nidad que marcha, les daremos con el látigo y forzaremos su voluntad rebelde con el doble esfuerzo del freno y la espuela; toda resistencia orgullosa deberá ceder tarde o temprano; pero felices aquellos que son humildes, porque prestarán oído dócil a las enseñanzas. (**Lázaro**. París, 1863).

La cólera

9. El orgullo os conduce a creeros más de lo que sois, a no poder sufrir una comparación que pueda rebajaros, a veros, por el contrario, de tal modo por enci ma de vuestros hermanos, sea como genio, sea como posición social, sea también como ventajas personales,

que el menor paralelo os irrita y os resiente; ¿y qué sucede entonces? Que os entregáis a la cólera.

Buscad el origen de esos accesos de demencia pasajera que os asimilan al bruto, haciéndoos perder la sangre fría y la razón; buscad y encontraréis casi siempre por base el orgullo resentido. ¿Acaso no es el orgullo resentido por una contradicción el que os hace desechar las observaciones justas, el que os hace rechazar con cólera los más sabios consejos? Aun la impaciencia que causan las contrariedades, a menudo pueriles, son ocasionadas por la importancia que se da a la personalidad ante la cual se cree que todo debe doblarse.

En su frenesí, el hombre encolerizado la pega con todo, con la naturaleza bruta, con los objetos inanimados, que rompe porque no le obedecen. ¡Ah! si en esos momentos pudiera mirarse con sangre fría, se horrorizaría de sí mismo, se contemplaría muy ridículo! Con esto puede juzgar de la impresión que debe producir a los demás. Aun cuando no fuese más que por respeto a sí mismo, debería esforzarse en vencer una inclinación que le hace objeto de piedad.

Si pensase que la cólera no remedia nada, que altera su salud y aun compromete su vida, vería que es la primera víctima de ella; pero otra consideración debería sobre todo detenerle, y es la de pensar que hace desgraciados a todos los que le rodean; si tiene corazón, ¿no es un remordimiento para él hacer sufrir a los seres que más ama? ¡Y qué sentimiento tan mortal, si en un acceso de arrebato cometiese un acto que tuviera que reprocharse toda la vida!

En conclusión, la cólera no excluye ciertas cualidades del corazón; pero impide hacer mucho bien y puede contribuir a que se haga mucho ma!; esto debe bastar para excitar a que se hagan esfuerzos para dominarla. El espiritista, además, es inducido por otro motivo, cual es el de que es contraria a la caridad y la humildad cristianas. (**Un Espíritu protector**. Bordeaux, 1863).

10. Según la idea muy falsa de que uno no puede reformar su propia naturaleza, el hombre se cree dispensado de hacer esfuerzos para corregirse de los defectos en los que se complace voluntariamente, o que exigirían demasiada perseverancia; así es, por ejemplo, que el hombre inclinado a la cólera se excusa casi siempre con su temperamento, achaca la falta a su organismo, acusando de este modo a Dios, de sus propios defectos. Esto es también una consecuencia del orgullo que sc encuentra mezclado en todas sus imperfecciones.

Sin duda hay temperamentos que se prestan más que otros a los actos violentos, como hay músculos más flexibles que se prestan mejor a movimientos de fuerza, pero que no creáis que ésta sea la causa primera de la cólera y estad persuadidos de que un espíritu pacífico, aun cuando estuviese en un cuerpo bilioso, siempre será pacífico, y que un espíritu violento, en un cuerpo linfático, no será más dócil; sólo que la violencia tomará otro carácter, no teniendo un organismo propio para secundar su violencia, la cólera se concentrará, y en otro caso será expansiva.

El cuerpo no da la cólera al que no la tiene, así como tampoco los otros vicios; todos los vicios y todas las virtudes son inherentes al espíritu; sin esto, ¿en dónde estaría el mérito y la responsabilidad? El hombre contrahecho no puede enderezarse porque el espíritu no toma parte en esto, pero puede modificar lo que es del espíritu cuando tiene para ello una firme voluntad. ¿No os prueba la experiencia, espiritista, hasta dónde puede llegar el poder de la voluntad, por las transformaciones verdaderamente milagrosas que veis operarse? Decid, pues, que "el hombre sólo es vicioso porque quiere serlo"; pero que el que quiere corregirse, siempre puede hacerlo. De otro modo la ley del progreso no existiría para el hombre. (**Hanhemann**. París, 1863).

CAPÍTULO X

Bienaventurados los misericordiosos

Perdonad para que Dios os perdone. - Reconciliarse con sus enemigos. - El sacrificio más agradable a Dios. - La paja y la viga en el ojo. - No juzguéis para que no o. juzguen. - El que esté sin pecado le arroje la primera piedra - **Instrucciones de los espíritus**: Perdón de las ofensas. - La indulgencia. - ¿Es permitido el reprender a los otros, observar sus imperfecciones y divulgar su mal a otro?

Perdonad para que Dios os perdone

1. **Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (San Mateo, cap. V, v. 7).**

2. **Porque si perdonareis a los hombres sus pecados os perdonará también vuestro Padre celestial vuestros pecados. -Mas si no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados. (Id., cap. VI, v. 14 y 15).**

3. **Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, vé, y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás a tu hermano. - Entonces, Pedro, llegándose a El, dijo: ¿Señor, cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces - Jesús le dice: No te digo hasta siete, si no hasta setenta veces siete veces. (Id., cap. XVIII, v. 15, 21 y 22).**

4. La misericordia es el complemento de la dulzu ra, porque el que no es misericordioso no puede ser benigno y pacífico; la misericordia consiste en el olvido y el perdón de las ofensas. El odio y el rencor denotan un alma sin elevación de grandeza, pues el olvido de las ofensas es propio de almas elevadas que están fuera

del alcance del mal que se las quiere hacer; la una siempre está ansiosa, es de una susceptibilidad sombría y llena de hiel; la otra está serena, llena de mansedumbre y de caridad.

Desgraciado del que dice: yo no perdonaré nunca, porque si no es condenado por los hombres, ciertamente lo será por Dios. ¿Con qué derecho reclamará el perdón de sus propias faltas, si él mismo no perdona las de los otros? Jesús nos enseña que la misericordia no debe tener límites, cuando dice que debe perdonar-se al hermano, no siete veces, sino setenta veces siete veces.

Mas hay dos modos muy diferentes de perdonar; el primero, es grande, noble, verdaderamente generoso, sin segunda intención, que maneja con delicadeza el amor propio y la susceptibilidad del adversario, aun que este último tuviera toda la culpa; el segundo, es cuando el ofendido, o el que cree estarlo impone al otro condiciones humillantes y hace sentir el peso de un perdón, que irrita en vez de calmar; si le tiende la mano, no es por benevolencia, sino con ostentación, a fin de poder decir a todo el múndo: ¡Mirad si soy generoso! En tales circunstancias, es imposible que la reconciliación sea sincera de una y otra parte. No, ésta no es la generosidad, es uno de los modos de satisfacer el orgullo. En toda contienda, el que se manifiesta más conciliador, el que prueba más desinterés, más caridad y más verdadera grandeza de alma, ese se captará siempre la simpatía de las personas imparciales.

Reconciliarse con sus enemigos.

5. **Acomódate luego con tu contrario mientras que estás con él en el camino: no sea que tu contrario te entregue al juez y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí basta que pagues el último cuadrante. (San Mateo, cap. V, v. 25 y 26).**

6. En la práctica del perdón y en la del bien en general, más que un efecto moral hay también un efecto

material. Se sabe que la muerte no nos libra de nuestros enemigos; los espíritus vengativos persiguen muchas veces con un odio más allá de la tumba, a aquellos a quienes han conservado rencor; por esto el proverbio que dice: "Muerto el perro acabada la rabia", es falso en cuanto se aplica al hombre. El espíritu malo espera que aquel a quien quiere mal esté encadenado a su cuerpo y menos libre, para atormentarle más fácilmente y perjudicarle en sus intereses o en sus afectos más íntimos. En este hecho ha de verse la causa de la mayor parte de las obsesiones; sobre todo de aquellas que presentan cierta gravedad, como la subyugación y la posesión. El obsesado y el poseído son casi siempre víctimas de una venganza anterior, a la que probablemente dieron lugar con su conducta. Dios lo permite para castigarles del mal que ellos mismos han hecho, o si no lo han hecho, por haber faltado a la indulgencia y a la caridad no perdonando. Conviene, pues, desde el punto de vista de su futura tranquilidad, reparar lo más pronto posible los daños que se han podido causar al prójimo, perdonar a sus enemigos con el fin de desvanecer, antes de morir, todo motivo de disensiones y toda causa fundada de animosidad ulterior; por este medio, de un enemigo encarnizado en este mundo, puede uno hacerse un amigo en el otro; al menos el buen derecho está en su parte, y Dios no deja a merced de la venganza ajena al que ha perdonado. Cuando Jesús recomienda reconciliarse lo más pronto posible con su adversario, no es sólo con la mira de apaciguar las discordias durante la existencia actual, si que también con la de evitar que se perpetúen en las existencias futuras. Él dijo: no saldréis de allí hasta que paguéis el último óbolo, es decir, satisfecha completamente la justicia de Dios.

El sacrificio más agradable a Dios

7. **Por tanto, si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí: - Deja**

allí tu ofrenda delante del altar y ve primeramente a reconcilarte con tu hermano y entonces ven a ofrecer tu ofrenda. (San Mateo, cap. V, v. 23 y 24).

8. Cuando Jesús dijo: "Id a reconciliaros con vuestro hermano antes de presentar vuestra ofrenda al altar", enseñó que el sacrificio más agradable al Señor es el del resentimiento propio, que antes de presentarse para ser perdonado, es preciso que perdone él mismo, y que si ha hecho algún daño a sus hermanos, es preciso que se haya reparado; sólo entonces será agradable la ofrenda, porque procederá de un corazón puro de todo mal pensamiento. Materializa este precepto porque los judíos ofrecían sacrificios materiales y debían conformar sus palabras a sus usos. El cristiano no ofrece dones materiales: ha espiritualizado el sacrificio, pero el precepto tiene por ello más fuerza; ofrece su alma a Dios, y esta alma debe estar purificada; "entrando en el templo del Señor, debe dejar fuera todo sentimiento de odio y de animosidad, todo mal pensamiento contra su hermano"; sólo entonces es cuando su plegaria será llevada por los ángeles a los pies del Eterno. Esto es lo que enseña Jesús con estas palabras: Dejad vuestra ofrenda al pie del altar; id primero a reconciliaros con vuestro hermano, si queréis ser agradables al Señor.

La paja y la viga en el ojo

9. **"Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano y no ves la viga en tu ojo?" - ¿O cómo dices a tu hermano: Deja, sacaré la pajita de tu ojo; y se está viendo una viga en el tuyo? - Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano. (San Mateo, capítulo VII, v. 3, 4 y 5).**

10. Una de las extravagancias de la humanidad es el ver el mal del otro antes de ver el propio. Para juzgarse uno mismo, sería preciso poderse mirar en un espejo, transportarse de algún modo fuera de sí y

considerarse como otra persona, preguntándose: ¿Qué pensarías si vieses hacer a otro lo que tú haces? Incon testablemente el orgullo es el que hace al hombre di simular sus propias faltas, tanto en lo moral como en lo físico. Esta extravagancia es esencialmente contraria a la caridad, porque la verdadera caridad es mo desta, sencilla e indulgente; la caridad, orgullosa es un contrasentido, puesto que esos dos sentimientos se neutralizan uno a otro. En efecto, ¿cómo un hombre, bastante vano para creer en la importancia de su personalidad y en la supremacía de sus cualidades, puede tener al mismo tiempo bastante abnegación para hacer resaltar en otro el bien que podía eclipsarle, en lugar del mal que podría realzarle? Si el orgullo es el origen de muchos de nuestros vicios, es también la negación de muchas virtudes; se la encuentra en el fondo y como móvil de casi todas las acciones. Por esto Jesús se empeñó en combatirlo como el principal obstáculo del progreso.

No juzguéis para que no os juzguen. El que esté sin pecado le arroje la primera piedra

11. **No queráis juzgar para que no seáis juzgados. - Pues con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midiéreis, os volverán a medir. (San Mateo, capítulo VII, v. 1 y 2).**

12. **Y los Escribas y los Fariseos le trajeron una mujer, sorprendida en adulterio; y la pusieron en medio. -Y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterío. - Y Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas tales. ¿Pues tú, qué dices? - Y esto lo decían tentándole para poderle acusar: Mas Jesús, inclinado hacía abajo, escribía con el dedo en tierra. - Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero. - E inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en tíerra. - Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros: y quedó Jesús solo, y la mujer que estaba en pie en medio. Y enderezándose Jesús, la dijo: Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?-Dijo ella: Ninguno,**

Señor. Y dijo Jesús. Ni yo tampoco te condenaré. Vete y no peques ya más. (San Juan, cap. VIII, v. 3 a 11).

13. "El que esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero", dijo Jesús. Esta máxima hace un deber de la indulgencia, porque no hay nadie que no tenga necesidad de que se la tenga a él. La indulgen cia nos enseña que no debemos juzgar a los otros con mas severidad que nos juzgamos a nosotros mismos, ni condenar en otro lo que en nosotros perdonamos. Antes de echar en cara una falta a alguien, miremos si podía recaer sobre nosotros la misma reprobación.

La reprobación de la conducta de otro puede tener dos móviles: reprimir el mal o desacreditar a la per sona cuyos actos se critican; este último motivo no tiene nunca excusa, porque es maledicencia y maldad. Lo primero puede ser laudable, y es un deber en ciertos casos, porque de ello debe resultar un bien, y por que sin esto, el mal nunca se reprimiría en la socie dad; por otra parte, el hombre ¿no debe, acaso, favo recer el progreso de su semejante? No es, pues, pre ciso tomar este principio en el sentido absoluto: "No juzguéis si no queréis ser juzgados", porque la letra mata y el espíritu vivifica.

Jesús no podía impedir la reprobación del mal, puesto que él mismo nos dió el ejemplo y lo hizo en términos enérgicos; pero quiso decir que la autoridad de la reprobación está en razón de la autoridad moral del que la pronuncia; hacerse culpable de lo que uno recrimina a otro, es abdicar esta autoridad; es, ade más, apropiarse el derecho de represión. La conciencia íntima, por lo demás, niega todo respeto y toda sumisión voluntaria, al que e stando investido de algún poder, viola las leyes, y los principios que está encargado de aplicar: "No hay autoridad legítima a los ojos de Dios, sino aquella que se apoya en el ejemplo que da del bien"; esto es lo que resulta igualmente de las palabras de Jesús.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Perdón y olvido de las ofensas

14. ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano? Le perdonarás no siete veces, sino setenta veces siete veces. Aquí tenéis una máxima de Jesús que debe llamar vuestra atención, y hablar muy alto a vuestro corazón. Fijáos en esas palabras de misericordia de la oración tan sencilla, tan reasumida y tan grande en sus aspiraciones que Jesús da a sus discípulos, encontraréis siempre el mismo pensamiento. Jesús, el justo por excelencia, responde a Pedro: Tú perdonarás, pero sin límites; tú perdonarás siempre que ofensa te sea hecha; tú enseñarás a tus hermanos ese olvido de sí mismo que le hace invulnerable contra el ataque, los malos procederes y las injurias; tú serás benigno y humilde de corazón no midiendo nunca tu mansedumbre; tu harás, en fin, lo que desees que el Padre celeste haga por tí; ¿ no tiene El que perdonarte muy a menudo, y cuenta, acaso, el número de veces que su perdón desciende a borrar tus faltas?

Escuchad, pues, esa respuesta de Jesús y, como Pedro, aplicáosla; perdonad, sed indulgentes, caritativos, generosos y hasta pródigos de vuestro amor. Dad, porque el Señor os dará; perdonad, porque el Señor os perdonará; bajáos, porque el Señor os levantará; humilláos, porque el Señor os hará sentar a su derecha.

Id, amigos míos, estudiad y comentad estas pala bras que os dirijo de parte de Aquél que desde lo alto de los esplendores celestes, tiene siempre la vista di rigida hacia vosotros, y continúa con amor la tarea in grata que empezó hace dieciocho siglos. Perdonad, pues, a vuestros hermanos, como tenéis necesidad de que os perdonen a vosotros mismos. Si sus actos os han perjudicado personalmente, mayor motivo tenéis para

ser indulgentes, porque el mérito del perdón es pro porcionado a la gravedad del mal, y no habría ningu no en perdonar los daños de vuestros hermanos si sólo os hubiesen hecho pequeñas heridas.

Espiritistas, no olvidéis nunca que tanto en pala bras como en acciones, el perdón de las injurias no debe ser una palabra vana. Si os llamáis espiritistas, sedlo pues; olvidad el mal que os han podido hacer y no penséis sino en una cosa: el bien que podáis hacer. El que ha entrado en este camino, no debe separarse de él ni con el pensamiento, porque sois responsables de vuestros pensamientos, que Dios conoce. Haced, pues, que estén despojados de todo sentimiento de rencor; Dios sabe lo que mora en el fondo del corazón de cada uno. Feliz, pues, aquel que todos los días puede dormirse, diciendo: "Nada tengo contra mi prójimo". (**Simeón, Bordeaux**, 1862).

15. Perdonar a sus enemigos es pedir perdón para si mismo; perdonar a sus amigos es darles una prueba de amistad; perdonar las ofensas es reconocer que uno se vuelve mejor. Perdonad, pues, amigos míos, a fin de que Dios os perdone, porque sois duros, exigentes, inflexibles, y si además tenéis rigor por una ligera ofensa, ¿cómo queréis que Dios olvide, cuando todos los días tenéis gran necesidad de indulgencia? ¡Oh! desgraciado aquel que dice: "Yo no perdonaré nunca", porque pronuncia su propia condenación. ¿Quién sabe, además, si descendiendo en tí mismo, no has sido tú el agresor? ¿Quién sabe, si en esa lucha que empieza por un alfilerazo y concluye por un rompimiento, tú empezaste por dar el primer golpe? ¿Si tal vez te ha escapado una palabra ofensiva? ¿Si no has usado de toda la moderación necesaria? Sin duda tu adversario no tiene razón en manifestarse dema siado susceptible, pero esto es una razón para que seas indulgente, y no merezca los reproches que le diriges. Admitamos que tú hayas sido realmente el ofendido

en alguna circunstancia; ¿quién te dice que tú mismo no hayas envenenado el asunto con las represalias, y que hayas hecho degenerar en querella formal lo que fácilmente hubiera podido quedar en olvido? Si depen día de ti el impedir las consecuencias, y no lo has hecho, eres culpable. Admitamos, en fin, que no tengas ningún cargo que hacerte; entonces tendrás mucho más mérito eu demostrate clemente.

Mas hay que dos modos muy diferentes de perdonar: hay el perdón de boca y el de corazón. Muchas per sonas dicen que perdonan a su adversario, mientras que interiormente experimentan un placer secreto del mal que les sucede, diciendo para sí: esto es lo que él merece. Otros dicen "yo perdono" y añaden: "pero no me reconciliaré nunca; no lo volveré a ver en mi vida". ¿Acaso es esto el perdón según el Evangelio? No; porque, el verdadero perdón, el perdón cristiano, es aquel que echa un velo sobre lo pasado, el único que os será tomado en cuenta, porque Dios no se con tenta con las apariencias; sondea el fondo de los co razones y los pensamientos más secretos; no se le contenta con palabras y vanos simulacros. El olvido c ompleto y absoluto de las ofensas es propio de almas grandes; el rencor siempre es una señal de bajeza y de inferioridad. No olvidéis que el verdadero perdón se reconoce en los actos mucho más que en las palabras. (**Pablo**, apóstol, Lyon, 1861).

La indulgencia

16. Espiritistas, hoy queremos hablaros de la in dulgencia, de este sentimiento tan dulce, tan fraternal que todo hombre debe tener para con sus herma nos, pero que muy pocos practican.

La indulgencia no ve los defectos de los otros, o si los ve se guarda de hablar de ellos o de divulgarlos; por el contrario, los oculta con el fin de que sólo él los conozca; y si la malevolencia los descubre, siempre

tiene a mano una excusa para paliarlos, es decir, una excusa plausible, formal y nada tiene de aquellas que queriendo atenuar la falta, la hacen resaltar con pér fida maestría.

La indulgencia nunca se ocupa de los actos malos de los demás a menos que no sea para hacer un favor, y aun así tiene cuidado de atenuarlos tanto como le es posible. No hace observaciones que choquen; ni tiene reproches a mano, sino consejos, lo más a menudo disfrazados. Cuando criticáis, ¿qué consecuencias deben sacarse de vuestras palabras? Vosotros los que vituperáis, ¿no habréis hecho tal vez lo que reprocháis, valdréis, acaso, más que el culpable? ¡Oh, hombres! ¿cuándo juzgaréis por vuestros propios corazones, vuestros propios pensamientos, vuestros propios actos, sin ocuparos de lo que hacen vuestros hermanos? ¿Cuando no abriréis vuestros ojos severos sino para vosotros mismos?

Sed, pues, severos para con vosotros e indulgentes para con los demás. Pensad en el que juzga sin ape lación que ve los pensamientos secretos de cada co razón y que por consiguiente, excusa muy a menudo las faltas que vosotros vituperáis, o condena lo que excusáis, porque conoce el móvil de todos los actos y porque vosotros, que gritáis tan alto ¡anatema!, quizás habéis cometido faltas más graves.

Sed indulgentes, amigos mios, porque la indulgencia atrae, calma, corrige; mientras que el rigor desalienta, aleja e irrita. (**José**, espíritu protector, Bordeaux 1863).

17. Sed indulgentes para con las faltas de los otros, cualesquiera que sean; sólo debéis juzgar con severi dad vuestras acciones, y el Señor usará de indulgencia con vosotros, así como vosotros la habréis usado para con los demás.

Sostened a los fuertes animándoles a la perseveran cia; fortificad a los débiles enseñándoles la bondad de

Dios, que toma en cuenta el menor arrepentimiento; mostrad a todos el ángel del arrepentimiento extendiendo sus blancas alas sobre las faltas de los humanos, velándolas de este modo a los ojos de aquél que no puede ver lo que es impuro. Comprended toda la misericordia infinita de vuestro Padre, y no os olvidéis jamás de decirle con vuestro pensamiento; y sobre todo con vuestros actos: "Perdonad nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido". Comprended bien el valor de esas sublimes palabras: no sólo su letra es admirable, sí que también la enseñanza que encierra. ¿Qué solicitáis del Señor cuando le pedís que os perdone? Es sólo el olvido de vuestras ofensas, olvido que os deja en la nada, porque Dios se contenta con olvidar vuestras faltas, no castiga, "pero tampoco recompensa". La recompensa no puede ser el precio del bien que no se ha hecho y aun menos del mal causado, aun cuando este mal fuese olvidado. Pidiéndole el perdón de vuestras infracciones, me pedís el favor de sus gracias para no volver a caer en la falta y la fuerza necesaria para entrar en el buen camino, camino de sumisión y de amor en el que podéis añadir la reparación al arrepentimiento.

Cuando perdonéis a vuestros hermanos, no os contentéis con correr el velo del olvido sobre sus faltas; este velo es a menudo muy transparente a vuestros ojos; cuando les perdonéis, ofrecedles al mismo tiempo vuestro amor; haced por ellos lo que quisiérais que vuestro Padre celeste hiciere por vosotros. Reemplazad la cólera que mancha por el amor que purifica. Predicad con vuestro ejemplo esa caridad activa, infatigable, que Jesús os ha enseñado: predicadla como El mismo lo hizo todo el tiempo que vivió en la tierra visible a los ojos del cuerpo, y como la ha predicado también sin cesar desde que sólo es visible a los ojos del espíritu. Seguid a ese divino modelo; no os apartéis de sus pasos; ellos os conducirán al lugar de re-

fugio en donde encontraréis el reposo después de la lucha. Cargáos, como él, con vuestra cruz, y subid penosamente, pero con ánimo, vuestro calvario; en la cumbre está la glorificación. (**Juan**, obispo de Bordeaux, 1862).

18. Queridos amigos, sed severos para con vosotros mismos e indulgentes para con las debilidades de los otros; también esto es una práctica de la santa caridad que muy pocas personas observan. Todos vosotros tenéis malas inclinaciones que vencer, defectos que corregir, costumbres que modificar, todos vosotros tenéis una carga más o menos pesada que depositar para subir a la cumbre de la montaña del progreso. ¿Por qué, pues, veis tanto para el prójimo, y sois tan ciegos para vosotros mismos? ¿Cuándo, pues, cesaréis de advertir en el ojo de vuestro hermano una arista de paja que le hiere, sin mirar en el vuestro la viga que os ciega, y os hace marchar de precipicio en precipicio? Creed en vuestros hermanos los espíritus: Todo hombre bastante orgulloso para creerse superior en virtud y en mérito a sus hermanos encarnados es insensato y culpable, y Dios le castigará en el día de su justicia. El verdadero carácter de la caridad, es la modestia y la humildad que consiste en no ver superficialmente los defectos para dedicarse a hacer volver lo que hay en el bueno y virtuoso; porque si el corazón humano es un abismo de corrupción, existe siempre en algunos de sus pliegues más escondidos, el gérmen de buenos sentimientos, chispa brillante de la esencia espiritual.

¡Espiritismo, doctrina consoladora y bendita; felices los que te conocen y se aprovechan de las saludables enseñanzas de los espíritus del Señor! Para ellos el camino es claro, y durante todo el viaje pueden leer estas palabras que les indican el medio de llegar al fin: caridad práctica, caridad de corazón, caridad para el prójimo como para sí mismo, en una palabra, caridad para todos y amor de Dios sobre todas las cosas,

porque el amor de Dios resume todos los deberes y porque realmente es imposible amar a Dios sin practicar la caridad, de la que hace una ley para con todas sus criaturas. (**Dufétre**, obispo de Nevers, Bordeaux).

19. "Si nadie es perfecto, ¿se sigue de esto que nadie tiene el derecho de corregir a su vecino?"

Seguramente que no, puesto que cada uno de vosotros debe trabajar para el progreso de todos, y sobre todo de aquellos cuya tutela se os ha confiado; pero hay una razón para hacerlo con moderación, con un fin útil, y no como se hace la mayor parte de las veces por el placer de denigrar. En este último caso la censura es una maldad; en el primero es un deber que la caridad manda cumplir con toda prudencia posible, y aun la censura que se quiere hacer a otro, debe uno hacérsela a sí mismo al propio tiempo y preguntarse si también la merece. (**San Luis**. París, 1860).

20. "¿Es uno reprensible por observar las imperfecciones de los otros cuando no puede resultar ningún provecho para ellos, aun cuando no las divulgue?"

Todo depende de la intención; ciertamente no está prohibido ver el mal cuando el mal existe, y aun habría inconveniente en ver por todas partes el bien; esta ilusión perjudicaria al progreso. Lo malo es hacer recaer esta observación en detrimento del prójimo, desacreditándole, sin necesidad, en la opinión. Sería también reprensible haciéndolo para complacerse a sí mismo en sus sentimientos de malevolencia y de alegría al encontrar a los otros en falta. Lo contrario sucede cuando echando un velo sobre el mal para el público, se limita uno a observarlo para su provecho personal, es decir, para estudiarse y evitar lo que se censura en los otros. Por lo demás, esta observación, ¿no es acaso, útil, al moralista? ¿Cómo pintaría los males de la humanidad si no estudiase los modelos? (**San Luis**, París, 1860).

21. "¿Hay casos en que sea útil el descubrir el mal de otro?"

Esta pregunta es muy delicada, y aquí es cuando debe recurrirse a la caridad bien comprendida. Si las imperfecciones de una persona sólo dañan a ella misma, nunca hay utilidad en hacerlas conocer; pero si pueden ocasionar perjuicio a otro es menester preferir el interés del mayor número al interés de uno solo. Según las circunstancias, descubrir la hipocresía y la mentira, puede ser un deber, porque vale más que un hombre caiga que no que muchos vengan a ser su ludibrio y sus víctimas. En tal caso, se han de pesar las ventajas y los inconvenientes. (**San Luis**. París, 1860).

CAPÍTULO XI

Amar al prójimo como a sí mismo

El mayor mandamiento. - Hacer por los otros lo que quisiéra mos que los otros hicieran por nosotros. - Parábola de los acreedores y deadores. - Dad al César lo que es del César.
Instrucciones de los espíritus: La ley de amor. - El egoís mo - La fe y la caridad. - Caridad para con los criminales. - ¿Debe exponerse la vida por un malhechor?

El mayor mandamiento

1. **Mas los fariseos cuando oyeron que había hecho callar a los Saduceos, se juntaron en consejo. - Y le preguntó uno de ellos que era doctor de la ley, tentándole:**

Maestro: ¿Cuál es el grande mandamiento en la ley? - Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma y de todo tu entendimiento. - Este es el mayor y el primer mandamiento.-Y el segundo, semejante es a éste. "Amarás a tu prójimo como a tí mismo".

De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (San Mateo, cap. XXIII, v. 34 a 40).

2. **"Y así todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos". Porque ésta es la ley y los profetas. (Id., cap. VII, v. 12). - Y lo que queréis que hagan a vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros a ellos. (San Lucas, cap. VI, v. 31).**

3. **Por esto el reino de los cielos es comparado a un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos.-Y habiendo comenzado a tomar las cuentas, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos.-Y como no tenía con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él y su mujer, y sus hijos y cuanto tenía y que se le pagase. - Entonces el siervo,**

arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. - Y compadecido el Señor de aquel siervo, le dejó libre y le perdonó la deuda. - Mas luego que salió aquel siervo, halló uno de sus consiervos, que le debía cien denarios, y trabando de él, le quería ahogar diciendo: Paga lo que me debes. - Y arrojándose a sus pies su compañero, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. - Mas él no quiso; sino que fué y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase todo lo que debía.

Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho: y fueron a contar a su Señor todo lo que había pasado. - Entonces le llamó su Señor y le dijo: Siervo mato, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste. - ¿Pues no debías tu también tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y enojado su Señor, lo hizo entregar a los atormentadores hasta que pagase todo lo que debía.

Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis de vuestros corazones cada uno a su hermano. (San Mateo, cap. XVIII, v. de 23 a 25).

4. "Amar a tu prójimo como a tí mismo, hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hiciesen por nosotros", es la expresión más completa de la caridad, porque resume todos los deberes para con el prójimo. No se puede tener guía más segura sobre este particular que el tomar por medida de lo que debe hacerse con los otros lo que deseamos que a nosotros se nos haga. ¿Con qué derecho se exigiría a nuestros semejantes mejores procederes de indulgencía, de be nevolencia, y de afecto, que los que se tiene con ellos? La práctica de estas máximas se dirige a la destruc ción del egoísmo; cuando los hombres las tomen por regla de su conducta y por base de sus instituciones, comprenderán la verdadera fraternidad y harán rei nar entre ellos la paz y la justicia; no habrá ya ni odios ni disensiones, sino unión, concordia y benevo lencia mutua.

Dad al César lo que es del César

5. **Entonces los Fariseos se fueron, y consideraron entre sí cómo le sorprenderían en lo que hablase. - Y le envían sus**

discípulos juntamente con los Herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna; porque no miras a la persona de los hombres. - Dinos, pues, ¿qué te parece; es lícito dar tributo al César, o no?

Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? -Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario - Y Jesús les dijo: ¿cúya es esta figura e inscripción? - Dícenle: del César. Entonces les dijo: "Pues pagad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Y cuando esto oyeron, se maravillaron, y dejándole, se retiraron. (San Mateo, cap. XXII, v. de 15 a 22. - San Marcos, cap. XII, v. de 13 a 17).

6. La cuestión propuesta a Jesús fué motivada por la circunstancia de que teniendo los judíos horror al tributo impuesto por los romanos, lo habían hecho cuestión religiosa, formándose un partido numeroso para negárselo: el pago del tributo era, para ellos, pues, una cuestión irritante de actualidad, sin lo cual la pregunta hecha a Jesús: "¿No es libre el pagar o dejar de pagar el tributo al César?" no hubiera tenido ningún sentido. Esta pregunta era un lazo; porque según su respuesta, esperaban excitar contra él, ya sea a la autoridad romana, ya a los judíos disidentes. Pero ,"Jesús, conociendo su malicía", elude la dificul tad dándoles una lección de justicia, diciendo que a cada uno debe dársele lo que le corresponde. (Véase la introducción, art. **Publicanos**).

7. Esta máxima: "Dad al César lo que es del Cé sar" no debe entenderse de una manera restrictiva y absoluta. Como todas las enseñanzas de Jesús, es un principio general resumido bajo una forma práctica y usual, y deducido de una circunstancia particular: Ese principio es consecuencia del que dice que debe mos obrar respecto a los otros como quisiéramos que éstos obrasen con respecto a nosotros; condena todo perjuicio material y moral causado a otro, toda viola ción de sus intereses, y prescribe el respeto a los de-

rechos de cada uno, como cada uno desea que se le respeten los suyos; se extiende al cumplimiento de los deberes contraídos con la familia, la sociedad, la autoridad, lo mismo que con los individuos.

INSTRUCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La ley de amor

8. El amor resume toda la doctrina de Jesús, porque es el sentimiento por excelencia, y los sentimientos son los instintos elevados a la altura del progreso realizado. El hombre en su origen sólo tiene instintos; más adelantado y corrompido, sólo tiene sensaciones; pero instruído y purificado, tiene sentimientos, y el punto exquisito del sentimiento es el amor; no el amor en el sentido vulgar de la palabra, sino ese sol interior que condensa y reúne en su ardiente foco todas las aspiraciones y todas las revelaciones sobrehumanas. La ley de amor reemplaza a la personalidad por la fusión de los seres, y aniquila las miserias sociales. ¡Feliz aquel que, elevándose sobre su humanidad, quiere con grande amor a sus hermanos doloridos! ¡Feliz aquel que ama, porque no conoce ni la carestía del alma ni la del cuerpo; sus pies son ligeros y vive como transportado fuera de sí mismo! Luego que Jesús hubo pronunciado esta divina palabra: amor, hizo con ella estremecer a los pueblos, y los mártires, embriagados de esperanza, descendían al circo.

El Espiritismo, a su vez viene a pronunciar la segunda palabra del alfabeto divino; estad atentos, por que esa palabra levanta la piedra de las tumbas vacías, y la "reencarnación", triunfando de la muerte revela al hombre ofuscado su patrimonio intelectual; ya no le conduce a los suplicios, sino a la conquista de su ser elevado y transfigurado. La sangre ha rescatado al espíritu y el espíritu debe rescatar hoy al hombre de la materia.

He dicho que el hombre en su principio sólo tiene instintos; aquel, pues, en quien dominan los instintos está más próximo al punto de partida que al fin. Para adelantar hacia éste, es preciso vencer los instintos en provecho de los sentimientos, es decir, perfeccionar éstos sofocando los gérmenes latentes de la materia. Los instintos son la germinación y los embriones del sentimiento; llevan consigo el progreso, como la be llota encierra la encina; y los seres menos avanzados son los que permanecen avasallados por sus instintos. El espíritu debe ser cultivado como un campo: toda la riqueza futura depende del trabajo presente, y más que bienes terrestres os traerá la gloriosa elevación; entonces será cuando, comprendiendo la ley de amor que une a todos los seres, buscaréis en ella los suaves goces del alma, que son los preludios de los goces ce lestes. (**Lázaro.** París, 1862).

9. El amor es de esencia div ina, y desde el pri mero hasta el último poseéis en el fondo del corazón la chispa de ese fuego sagrado. He aquí un hecho que podéis haber observado muchas veces: el hombre más abyecto, más vil y más criminal, siente por un ser o por un objeto cualquiera un afecto vivo y ardiente a prueba de todo lo que tendiera a disminuirlo, que toma a menudo proporciones sublimes.

He dicho por un ser o por un objeto cualquiera por que hay entre vosotros individuos que prodigan los tesoros de amor de que su corazón rebosa, a los ani males, a las plantas y aun a los objetos materiales; especie de misántropos, que se quejan de la humanidad en general, que se resisten a la inclinación natu ral de su alma y que buscan a su alrededor afecto y simpatía. Esos rebajan la ley de amor al estado de instinto. Pero por más que hagan, no podrán sofocar el gérmen vivo que Dios, al crearlos, depositó en su corazón: este germen se desarrolla y engrandece con la moralidad y la inteligencia, aunque muchas veces comprimido por el egoísmo, es origen de santas y dul -

ces virtudes que constituyen los afectos sinceros y duraderos, y os ayudan a subir el camino, escarpado y árido de la existencia humana.

Hay algunas personas a quienes repugna la prueba de la reencarnación, en el sentido de que otras parti cipen de las simpatías afectuosas a que están celosas. ¡Pobres hermanos! vuestro afecto os hace egoístas; vuestro amor está limitado a un círculo íntimo de pa rientes o amigos, y todos los otros os son indiferentes. Pues bien, para practicar la ley de amor tal como Dios la entiende, es preciso que lleguéis por grados a amar a todos vuestros hermanos indistintamente. La tarea será larga y difícil, pero se cumplirá: Dios lo quiere, y la ley de amor es el primero y más importante pre cepto de vuestra nueva doctrina, porque aquella es la que debe un día matar al egoísmo, bajo cualquier forma que se presente; porque además del egoísmo per sonal, hay también el egoísmo de familia, de casta, de nacionalidad. Jesús dijo: "Ama a tu prójimo como a tí mismo", ¿pero, cuál es el límite de tu prójimo? ¿Es, acaso, la familia, la secta, la nación? No, es la humanidad entera. En los mundos superiores, el amor mu tuo armoniza y dirige a los espíritus avanzados que los habitan; y vuestro planeta, destinado a un progre so próximo para su transformación social, verá prac ticar por sus habitantes esta sublime ley, reflejo de la Divinidad.

Los afectos de la ley de amor son el mejoramiento moral de la raza humana y la felicidad durante la vida terrestre. Los más rebeldes y más viciosos deberán re formarse cuando vean los beneficios producidos por esta práctica: No hagáis a los otros lo que no quisiéreis que os hicieran a vosotros, pero hacedles, por el con trario, todo el bien que podáis.

No creáis en la esterilidad y endurecimiento del corazón humano; a pesar suyo, cede al amor verdadero; es un imán al que no se puede resistir, y el contacto de ese amor vívifica y fecunda los gérmenes de esa vir-

tud que está en vuestro corazón en estado latente. La tierra, morada de prueba y de destierro, será entonces purificada por ese fuego sagrado, y verá practicar la caridad; la humildad, la paciencia, la adhesión, la abnegación, la resignación, el sacrificio, todas las virtudes hijas del amor. No os canséis, pues, de escuchar las palabras de Juan Evangelista; ya lo sabéis: cuando las dolencias y la vejez suspendieron el curso de sus predicaciones, sólo repetía estas dulces palabras: "Hijitos míos, amáos unos a otros".

Queridos y estimados hermanos, aprovecháos de las lecciones; su práctica es difícil, pero el alma saca de ellas un bien inmenso. Creedme, haced el esfuerzo sublime que os pido: "Amáos" muy pronto veréis la tierra transformada en Elíseo, donde las almas de los justos vendrán a gozar del reposo. (**Fenelón**. Bordeaux, 1861).

10. Mis queridos condiscípulos: los espíritus que están aquí presentes os dicen por mi voz: Amad bien, con el fin de ser amados. Este pensamiento es tan justo, que encontraréis en él todo lo que consuela y calma las penas de cada día; o más bien, practicando esta sabia máxima, os elevaréis de tal modo sobre la materia, que os espiritualizaréis antes de separaros de vuestro cuerpo terrestre. Habiendo los estudios espirituales desarrollado en vosotros la comprensión del porvenir, tenéis una seguridad: el adelantamiento hacia Dios con todas las promesas que corresponden a las aspiraciones de vuestra alma; también debéis elevaros lo bastante para juzgar sin los lazos de la materia, y no condenar a vuestro prójimo antes de haber dirigido vuestro pensamiento a Dios.

Amar, en el sentido profundo de la palabra, es ser real, probo, concienzudo, para hacer a los otros lo que quisiéramos para nosotros mismos; es buscar alrededor de sí el sentido íntimo de todos los dolores que abruman a nuestros hermanos, para llevarles un alivio; es mirar la gran familia humana como la suya, porque esta

familia la volveréis a encontrar en cierto período en los mundos más avanzados, y los espíritus que la compo nen son, como vosotros, hijos de Dios designados para elevarse hasta el infinito. Por esto no podéis rehusar a vuestros hermanos lo que Dios os ha dado liberalmente, porque por vuestra parte estaríais muy contentos de que vuestros hermanos os diesen lo que os hiciera falta. En tódo sufrimiento dadles, pues, una palabra de esperanza y de apoyo, a fin de que seáis todo amor, todo justicia.

Creed que estas sabías palabras: "Amad bien para ser amados", seguirán su curso; son revolucionarias y siguen una senda segura, invariable. Mas vosotros que me escucháis, habéis triunfado; sois infinitamente me jores que hace cíen años: habéis cambiado de tal modo, con ventaja vuestra, que aceptáis sin réplica una multitud de ideas nuevas sobre la libertad y fraternidad, que en otro tiempo hubiérais rechazado, pues de aquí a cien años aceptaréis con la misma facilidad las que aun no han podido entrar en vuestro cerebro. Hoy que el movimiento espiritista ha dado un gran paso, veis con que rapidez las ideas de justicia y de renovación, contenidas en los dictados de los espíritus, son aceptadas por la mitad del mundo inteligente; es porque esas ideas responden a todo lo que hay de divino en vos otros; es porque estáis preparados por una semilla fecunda: la del siglo último, que ha plantado en la socie dad las grandes ideas del progreso; y como todo se encadena bajo el dedo del Todopoderoso, todas las lec ciones recibidas y aceptadas se encerrarán en este cam bio universal del amor al prójimo. Por él los espíritus encarnados, juzgando mejor y sintiendo mejor, se ten derán la mano desde los confines de vuestro planeta, y se reunirán para entenderse y amarse y para destruir todas las injusticias y todas las causas de mala inteli gencia entre los pueblos.

¡Gran pensamiento de renovación por el Espiritismo, también descrito en el "Libro de los Espíritus!" tú pro-

ducirás el gran milagro del siglo venidero, el de la reunión de todos los intereses materiales y espirituales de los hombres por la aplicación de esta máxima bien comprendida: "Amad bien con el fin de ser amados". (**Sansón**, antiguo miembro de la Sociedad Espiritista de París, 1863).

El egoísmo

11. El egoísmo, esa plaga de la humanidad, debe desaparecer de la tierra cuyo progreso moral detiene; al Espiritismo le está reservada la tarea de hacerla subir en la jerarquía de los mundos. El egoísmo es, pues, el objeto hacia el cual todos los verdaderos creyentes deben dirigir sus armas, sus fuerzas, su valor; digo su valor, porque éste es más necesario para vencerse a sí mismo que para vencer a los otros. Que cada uno ponga todo su cuidado en combatir su egoísmo, porque este monstruo devorador de todas las inteligencias, ese hijo del orgullo, es el origen de todas las miserias de la tierra. El es la negación de la caridad, y por consiguiente, el más grande obstáculo para la felicidad de los hombres.

Jesús os ha dado el ejemplo de la caridad y Poncio Pilatos el del egoísmo, porque cuando el Justo va a recorrer las santas estaciones de su martirio, Pilatos se lava las manos diciendo: ¡Qué me importa! Dijo a los judíos: Este hombre es justo, ¿por qué queréis crucificicarle? Y sin embargo, lo deja conducir al suplicio.

A ese antagonismo de la caridad y del egoísmo, a la invasión de esa lepra del corazón humano, debe el cristiano el que no haya cumplido toda su misión. A vosotros, nuevos apóstoles de la fe a quienes los espíritus superiores iluminan, incumbe la tarea y el deber de extirpar ese mal para dar al cristianismo toda su fuerza y limpiar el camino de los abrojos que impiden su marcha. Echad fuera de la tierra el egoísmo para que pueda ascender en la escala de los mundos, porque ya es tiempo de que la humanidad vista la toga viril; y para esto

es menester primero arrojar a aquél de vuestro corazón. (**Emanuel**. París, 1861).

12. Si los hombres se amasen con un mutuo amor, la caridad se practicaría mejor; pero para esto sería preciso que os esforzáseis en desembarazaros de esa co raza que cubre vuestros corazones, a fin de ser más sensibles para los que sufren. El rigor mata los buenos sentimientos. Cristo no se negaba a nadie; el que a El se dirigía, cualquiera que fuese, no era rechazado: la mujer adúltera y el criminal eran socorridos por El; no temía nunca rebajar su propia consideración. ¿Cuándo, pues, lo tomaréis por modelo de todas vuestras ac clones? "Sí la caridad reinase sobre la tierra, el malo no tendría imperio; huiría avergonzado, se ocultaría, porque por doquiera se encontraría el mal; estad bien penetrados de esto.

Empezad por dar el ejemplo vosotros mismos, sed caritativos para todos indistintamente, esforzáos en no tildar a los que os miran con desdén y dejad a Dios el cuidado de toda justicia, porque todos los días en su reino separa el buen grano de la cizaña.

El egoísmo es la negación de la caridad, y sin la caridad no puede haber sosiego en la sociedad; digo más, ninguna seguridad. Con el egoísmo y el orgullo que se dan la mano, el mundo sería siempre un juego favorable al más astuto, una lucha de intereses en la que son pisoteados los más santos afectos, en que ni aun son respetados los lazos sagrados de la familia. (**Pascal**. Sens, 1862).

La fe y la caridad

13. Os dije últimamente, mis queridos hijos, que la caridad sin la fe, no bastaría para mantener entre los hombres un orden social capaz de hacerles felices. Debería haber dicho que la caridad es imposible sin la fe. Podréis muy bien encontrar, en verdad, rasgos generosos aun en la persona que no tiene religión, pero

esa caridad austera que sólo se ejerce por abnegación, por el sacrificio constante de todo interés egoísta, sólo la fe puede inspirarla, porque sólo ella puede hacernos llevar con ánimo y perseverancia la cruz de esta vida.

Sí, hijos mios; en vano el hombre, ávido de goces, quisiera engañarse sobre su destino en la tierra, sosteniendo que le es permitido el ocuparse sólo de su felicidad. Ciertamente Dios nos creó para ser felices en la eternidad; sin embargo, la vida terrestre debe únicamente servir para nuestro perfeccionamiento moral, el cual se adquiere más fácilmente con la ayuda de los órganos y del mundo material. Sin contar las vicisitudes ordinarias de la vida, la diversidad de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones y de vuestras necesidades, son también un medio de perfeccionaros, ejercitándose en la caridad. Porque sólo a costa de concesiones y de sacrificios mutuos podréis mantener la armonía entre elementos tan diversos.

Sin embargo, tendríais razón afirmando que la felicidad está destinada al hombre en la tierra, si la buscáseis, no en goces materiales, sino en el bien. La historia de la cristiandad habla de los mártires que iban al suplicio con alegría; hoy, en vuestra sociedad, no hay necesidad, para ser cristiano, ni del holocausto, ni del martirio, ni del sacrificio de la vida, sino única y sencillamente del sacrificio de vuestro egoísmo, de vuestro orgullo y de vuestra vanidad. Triunfaréis si la caridad os inspira y si la fe os sostiene. (**Espíritu protector**, Cracovia, 1861).

Caridad para con los criminales

14. La verdadera caridad es una de las más sublimes enseñanzas que Dios haya dado al mundo. Entre los verdaderos discípulos de su doctrina, debe existir una fraternidad completa. Debeis amar a los desgraciados y a los criminales, como a criaturas de Dios a las cuales se concederá el perdón y la miseri-

cordia, si se arrepienten como a vosotros mismos, por las faltas que cometéis contra su ley. Pensad que vosotros sois más reprensibles, más culpables que aque llos a quienes rehusáis el perdón y la conmiseración, porque muchas veces ellos no conocen a Dios como vosotros lo conocéis, y se les harán menos cargos que a vosotros.

No juzguéis, ¡oh!, no juzguéis queridos amigos mióS, porque el juicio que vosotros forméis os será aplicado aún con más severidad, y tenéis necesidad de indulgencia por los pecados que cometéis sin cesár. ¿No sabéis que hay muchas acciones que son crímenes a los ojos de Dios, a los ojos del Dios de pureza, y que el mundo sólo considera como faltas ligeras?

La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que hacéis, ni tampoco en las palabras de consuelo con que podéis acompañarla, no; no es esto sólo lo que Dios exige de vosotros. La caridad subli me enseñada por Jesús consiste también en la bene - volencia concedida siempre y en todas las cosas a vuestro prójimo. Podéis también ejercitar esa sublime virtud con muchos seres que no tienen necesidad de limosnas y a quienes las palabras de amor, de con suelo y de valor conducirán al Señor.

Se acercan los tiempos, os repito, en que la gran fraternidad reinará en este globo; la ley de Cristo es la que regirá los hombres; ella sola será el freno y la esperanza, y conducirá a las almas a la morada de los bienaventurados. Amáos, pues, como hijos de un mismo padre; no hagáis diferencia entre los otros des graciados, porque Dios es quien quiere que todos sean iguales; no despreciéis a nadie; Dios permite que estén entre vosotros grandes criminales con el fin de que os sirvan de enseñanza. Muy pronto, cuando los hombres sean conducidos a la práctica de las verdaderas leyes de Dios, ya no habrá necesidad dé esas enseñanzas, "y todos los espíritus impuros y rebeldes

serán dispersados en mundos inferiores en armonia con sus inclinaciones"

Debéis a éstos de quienes hablo el socorro de vuestras oraciones: es la verdadera caridad. No es necesario que digáis de un criminal: "Es un miserable; es menester purgar la Tierra; la muerte que se le impone es demasiado benigna para un ser de su especie". No, no es así como debéis hablar. Contemplad a Jesús, vuestro modelo; ¿qué diría si viese junto a El a ese desgraciado? Le compadecería; le consideraría como a un enfermo muy desdichado, y le tendería la mano. Vosotros no podéis hacerlo en realidad, pero al menos podéis rogar por él y asistir a su espíritu durante los pocos instantes que debe pasar en la Tierra. El arrepentimiento puede conmover su corazón, si rogáis con fe. Es vuestro prójimo, como el mejor de entre los hombres; su alma descarriada y rebelde, es creada como la vuestra, para perfeccionarse; ayudadle, pues, a salir del cenegal, y rogad por él. (**Elisabeth de Francia**. Havre, 1862).

15. "Un hombre está en peligro de muerte; para salvarle es menester exponer la propia vida; pero se sabe que ese hombre es un malhechor, y que si se escapa, podrá cometer nuevos crímenes. Sin embargo de esto, ¿debe uno exponerse para salvarle?"

Esta es una cuestión muy grave y que naturalmente se presenta a la inteligencia. Contestaré según mi adelantamiento moral, puesto que estamos en el punto de saber si uno debe exponer su vida aunque sea por un malvado. La abnegación es ciega: se socorre a un enemigo: debe, pues, socorrerse a un enemigo de la sociedad, a un malhechor, en una palabra. ¿Creéis que sólo se arrebata a la muerte a este desgraciado? Quizá le arrancaréis a toda su vida pasada. Porque, acordáos de que en esos rápidos instantes que le roban los últimos minutos de la vida, el hombre perdido

vuelve sobre su vida pasada, o más bien, esa vida se le presenta delante. Quizá la muerte llegue demasiado pronto para él; la reencarnacíon podrá ser terrible; ¡lanzáos, pues, hómbres! vosotros a quienes la ciencia espiritista ha iluminado, lanzáos, arrancadle a su condenación, y acaso entonces ese hombre que hubiera muerto blasfemando, se echará en vuestros brazos. Con todo, no hay necesidad de pensar si lo hará o no; pero marchad a su socorro, porque salvándole, obede céis a la voz del corazón, que os dice: "¡Puedes salvarle, sálvale!" (**Lamennais**. París, 1862).

CAPÍTULO XII

Amad a vuestros enemigos

Volver bien por mal - Los enemigos desencarnados. - Si alguno te hiere la mejilla derecha, preséntale también la otra. - **Instrucciones de los espíritus**: La venganza - El odio. - El duelo.

Volver bien por mal

1. **Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. - Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian: - para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sóbre justos y pecadores. -Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? - Y si saludareis tan solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿no hacen esto mismo los gentiles?**

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. de 43 a 47 y 20).

2. **Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? porque los pecadores también aman a los que les aman a ellos. - Y si hiciéreis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? porque los pecadores también hacen esto. -Y si presta-reis a aquellos, de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores prestan unos a otros para recibir otro tanto. -"Amad, pues, a vuestros enemigos: haced bien y dad prestado"; sin esperar por esto nada: y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altisimo porque El es bueno aun por los ingratos y malos. - Sed, pues, misericor-**

diosos, como también vuestro padre es misericordioso. (San Lucas, cap. VI, v. 32 a 36).

3. Si el amor del prójimo es el principio de la ca ridad, amar a sus enemigos es su aplicación sublime, porque esta virtud es una de las más grandes victorias contra el egoísmo y el orgullo.

Sin embargo, generalmente se equivocan sobre el sentido de la palabra "amor" en esta circunstancia; Jesús no entendió, por esas palabras, que se deba amar a su enemigo con el cariño que se tiene a un hermano o a un amigo; la ternura supone confianza, y no se puede tener confianza en aquél que se sabe que es capaz de hacernos mal, y no se pueden tener con él las expansiones de la amistad, porque se sabe que seria capaz de abusar de ellas; entre las personas que desconfían unas de otras, no pueden existir los arran ques de simpatía que existen entre aquellos que son de una misma comunión de pensamientos; en fin, no puede tenerse el mismo placer encontrándose con un enemigo que con su amigo.

Este sentimiento es también el resultado de una ley física: la de la asimilación y de la repulsión de los fluidos: el pensamiento malévolo dirige una corriente fluidica cuya impresión es penosa; el pensamiento benévolo nos envuelve en una emanación agradable y de aquí resulta la diferencia de sensaciones que se experimentan al aproximarse un amigo o un enemigo. Amar a sus enemigos, no puede, pues, significar que no debe hacerse ninguna diferencia entre ellos y los amigos; este precepto parece difícil y aun imposible de practicar, porque se cree falsamente que prescribe que demos a ambos el mismo puesto en el corazón. Si la pobreza de las lenguas humanas obliga a servirse de la misma palabra para expresar diversos grados de sentimiento, la razón debe establecer la diferencia según los casos.

Amar a sus enemigos, no es tenerles un af ecto que no está en la naturaleza, porque el contacto de un

enemigo hacer latir el corazón de múy diferente modo que el de un amigo; es no tenerle ni odio, ni rencor, ni deseo (le venganza; es perdonarle "sin segunda in tención y sin condición" el mal que nos hace, sin PO ner ningún obstáculo a la reconciliación; es desearles bien en vez de quererles ni al, alegrarse en vez de aflí girse (leí bien que les acontece, tenderles una mano caritativa en caso (le necesidad, abstenerse "en pala bras y en acciones" de todo lo que puede perjudicarles; es' en fin, volverles siempre bien por mal, "sin intención de humillarles". Cualquiera que haga esto, llena las condiciones del mandamiento: "Amad a vuestros enemigos".

4. Amar a sus enemigos es un despropósito para los incrédulos; aquel para quien la vida presente es el todo, sólo ve en su enemigo un ser pernicioso que turba su reposo y del que só!0 la muerte puede desem barazarle. De aquí viene el deseo de venganza. No tiene ningún interés en perdonar si no es para satis facer su orgullo a los ojos del mundo; aun perdonar, en ciertos casos, le parece una debilidad indigna de él; si no se venga, no deja por eso de conservar rencor y un secreto deseo de perjudicarle.

Para el creyente, pero sobre todo para el espiritista, la manera de ver es muy diferente, porque dirige sus miradas al pasado y al porvenir, entre los que la vida presente sólo es un punto; sabe que por el mismo des tino de la tierra, debe esperar encontrar en ella hom bres malvados y perversos, que las maldades a que está expuesto forman parte de las pruebas que debe sufrir, y el punto de vista elevado en que se coloca hace que las vicisitudes le sean menos amargas, ya provengan de los hombres o de las cosas; "si no mur mura de las pruebas, tampoco debe murmurar de los que son instrumentos de aquellas"; si en vez de que jarse da gracias a Dios porque le prueba, "debe también dai gracias a la mano que le proporciona ocasión de manifestar su paciencia y su resignación". Este

pensamiento le dispone naturalmente al perdón; sien te, además, que cuanto más generoso es, más se en grandece a sus propios ojos y se encuentra fuera del alcance de los tiros malévolos de su enemigo.

El hombre que ocupa un puesto elevado en el mun do, no se considera ofendido por los insultos de aquél a quien mira como inferior, lo mismo sucede con el que se eleva en el mundo moral sobre la humanidad material; comprende que ci odio y el rencor le envilecerían y le rebajarían ; luego, para ser superior a su adversario, es preciso que tenga el alma más grande, más noble y más generosa.

Los enemigos desencarnados

5. El espiritista tiene aún otros motivos de indul gencia para con sus enemigos. En primer lugar, sabe que la maldad no es el estado permanente de los hom bres; que es una imperfección momentánea, y de que de la misma manera que el niño se corrige de sus defectos, el hombre malo reconocerá un día sus malas obras y se volverá bueno. Sabe también que la muerte sólo le libra de la presencia material de su enemigo, pero que éste puede perseguirle con su odio aun des pués de haber dejado la tierra; que de este modo la venganza no consigue su objeto, sino que, al contrario, tiene por efecto el producir una irritación más grande y que puede continuarse de una existencia a otra. Pertenecía al Espiritísmo probar por la experiencia y la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, por la expresión "Ahogar en sangre la ira", es radicalmente falsa y que la verdad es que la sangre conserva a el odio hasta más allá de la tumba, dando, por conseguinte, una razón de ser efectiva y una utilidad prática del perdón y a la sublime máxíma de Cristo: "Amad a vuestros enemigos". No hay corazón, por perverso que sea, que no se conmueva con los buenos procederes, aun sin darse cuenta de

ello; con los buenos procederes se quita, por lo menos, todo pretexto de represalias; de un enemigo puede hacerse un amigo antes y después de la muerte. Con los malos procederes se le irrita, y "entonces es cuando él mismo sirve de instrumento a la justicia de Dios para castigar al que no ha perdonado".

6. Pueden, pues, tenerse enemigos entre los desencarnados y entre los encarnados; los enemigos del mundo invisible, manifiestan su malevolencia por las obsesiones y las subyugaciones, a las que están sujetas tantas gentes, y que son una variedad en las pruebas de la vida; tanto estas pruebas como las otras ayudan al adelantamiento y deben ser aceptadas con resignación y como consecuencia de la naturaleza inferior del globo terrestre; si no hubiese hombres malos en la tierra no habría tampoco espíritus malos a su alrededor. Si, pues, debemos indulgencia para con los enemigos encarnados, debe tenerse la misma para con los que están desencarnados.

En otro tiempo se sacrificaban víctimas sangrientas para apaciguar a los dioses infernales, que eran los espíritus malos. A los dioses infernales han sucedido los demonios, que son la misma cosa. El Espiritismo viene a probar que esos demonios no son más que las almas de los hombres perversos que aun no se han despojado de los instintos materiales: "que no se apaciguan sino por el sacrificio de su odio, es decir, por la caridad"; que la caridad no tiene sólo por efecto el impedir que hagan el mal, sino el de conducirles al camino del bien y contribuir a su salvación. Así es que la máxima: "Amad a vuestros enemigos", no está circunscrita al círculo estrecho de la tierra y de la vida presente, sino que entra en la grande ley de la solidaridad y de la fraternidad universal.

Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra

7. **Hábéis oído que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente. - Mas yo os digo que no resistáis al mal, antes "si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra". - Y aquel que quiere ponerte a pleito, y tomarte la túníca, déjale también la capa. - Y al que te precisare a ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil más. - Da al que te pidiere; y al que te quiere pedir prestado, no le vuelvas la espalda. (San Mateo, capítulo V, v. de 38 a 42).**

8. Las preocupaciones del mundo sobre lo que se llama entre los hombres punto de honor, dan esa sus ceptibilidad sombría, nacido del orgullo y de la exal tación de la personalidad que conduce al hombre a vol ver injuria por injuria, herida por herida, lo que parece justo a aquel cuyo sentido moral no se eleva sobre las pasiones terrestres; por esto la ley mosaica decía: Ojo por ojo, diente por diente; ley en armonía con el tiempo en que vivía Moisés. Cristo vino y dijo: Volved bien por mal. Dijo más: "No os resistáis al mal que os quieran hacer; "sí os hieren en una mejilla presentadles la otra". Para el orgulloso, esta máxima parece una cobardía, porque no comprende que se necesita más valor para soportar un insulto que para vengarse, y esto siempre por la razón de que su vista no alcanza más allá del presente. ¿Pero se ha de tomar literalmen te esta máxima? No, lo mismo que la que dice que nos arranquemos el ojo si nos es ocasión de escándalo. Lle vada adelante con todas sus consecuencias, seria con denar toda represión, aun cuando fuese legal, y dejar el campo libre a los malos quitándoles todo miedo; si no se pusiera un freno a sus agresiones, muy pronto serían víctimas suyas todos los buenos. El mismo ins tinto de conservación, que es una ley de la naturaleza, dice que no debe uno presentar voluntariamente el cuello al asesino. Con estas palabras, pues, Jesús no prohibió la defensa; sino que "condenó la venganza". Diciendo que se presenta una mejilla cuando se ha

herido la otra, es decir, bajo otra forma, que no debe volverse nunca mal por mal, que el hombre debe aceptar con humildad todo lo que tiende a rebajar su or gullo; que es más glorioso para él ser herido que herir, sobrellevar con paciencia una injusticia que cometerla él mismo; que vale más ser engañado que engañar y ser arruinado que arruinar a los demás. Es, al mismo tiempo, la condenación del duelo que no es otra cosa que un alarde de orgullo. La fe en la vida futura y en la justicia de Dios, que nunca deja el mal impune, puede sólo dar la fuerza para soportar con paciencia los tiros dirigidos a nuestros intereses y a nuestro amor propio y por esto decimos sin cesar: Dirigid vuestras miradas al porvenir, pues cuanto más os elevéis con el pensamiento sobre la vida material, menos os atormentarán las cosas de la tierra.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La venganza

9. La venganza es el último resto abandonado por las costumbres bárbaras que tienden a borrarse de entre los hombres, así como el duelo es uno de los últimos vestigios de las costumbres salvajes, entre las cuales se retorcía la humanidad al principio de la era cristiana. Por esto la venganza es un indicio cierto del estado atrasado de los hombres que se entregan a ella, y de los espíritus que la inspiran aún. Así, pues, amigos míos, ese sentimiento nunca debe hacer vibrar el co razón del que se llama y se afirma espiritista. Vengar-se, ya lo sabéis, es tan contrario a esta prescripción de Cristo. "¡ Perdonad a vuestros enemigos!", que el que rehusa perdonar, no sólo no es espiritista, sino que tampoco es cristiano. La venganza es una inspiración tanto más funesta, cuanto que la falsedad y la bajeza son sus asiduas compañeras; en efecto; el que se aban dona a esa fatal y ciega pasión, casi nunca se venga

a cara descubierta. Cuando es el más fuerte, se echa como una fiera sobre el que llama su enemigo, apenas la vista de éste inflama su pasión, su cólera y su odio. Pero lo más a menudo, reviste una apariencia hipócrita: disimulando en lo más íntimo de su corazón los malos sentimientos que le animan, toma caminos extraviados, sigue en la sombra a su enemigo, que no abriga desconfianza, y espera el momento propicio para herirle sin peligro; se oculta de él espiándole sin cesar: le tiende lazos odiosos, y cuando tiene ocasión, derrama el veneno en su copa. Cuando su odio no llega a tales extremos, entonces le ataca en su honor y en sus afectos, no retrocede ante la calumnia, y sus insinuaciones pérfidas, hábilmente sembradas por todas partes, van engrandeciéndose siguiendo su camino. Así es que, cuandu aquél a quien persigue se presenta en las reuniones por donde ha pasado su aliento envenenado, se maravilla de encontrar semblantes fríos en donde otras veces los encontraba amigos y benévolos; queda estupefacto cuando las manos que buscaban la suya se niegan a apretarla; en fin, queda anonadado cuando sus más queridos amigos y compañeros se desvían y huyen de él. ¡Ah! el cobarde que se venga de ese modo, es cien veces más culpable que el que va derecho a su enemigo y le insulta cara a cara.

¡Atrás, pues, esas costumbres salvajes! ¡Atrás esos usos de otro tiempo! Todo espiritista que pretendiese hoy tener aún el derecho de vengarse, sería indigno de figurar por más tiempo en la falange que ha tomado por divisa: "¡Sin caridad, no hay salvación !" Pero no, no debo abrigar la idea de que un miembro de la gran familia espiritista pueda nunca, en lo sucesivo, ceder al impulso de la venganza más que para perdonar. (**Julio Olivier**. París, 1862).

El odio

10. Amáos unos a otros y seréis felices. Procurad, sobre todo, amar a los que os inspiran indiferencia, odio o desprecio. Cristo, vuestro modelo, os dió ese ejemplo de abnegación; misionero de amor, amó hasta dar su sangre y su vida. El sacrificio que os obliga a amar a los que os ultrajan y os persiguen, es penoso; pero esto es precisamente lo que os hace superiores; si los aborreciéseis como ellos os aborrecen, no valdríais más que ellos; es la hostia sin mancha ofrecida a Dios en el altar de vilestros corazones, hostia de agradable aroma cuyos perfumes suben hasta El. Aunque la ley de amor quiera que indistintamente se ame a todos los hermanos, no endurece el corazón contra los malos procederes; por el contrario, la prueba es más penosa, lo sé, puesto que durante mí última existencia terrestre, experimenté ese tormento; pero Dios existe y castiga en esta vida y en la otra a los que faltan a la ley de amor. No olvídéis, queridos hijos, que el amor os aproxima a Dios y que el odio os aleja de El. (**Fenelón**, Bordeaux, 1861).

El duelo

11. Sólo es grande aquel que, considerando la vida como un viaje que debe conducirle a un fin, hace poco caso de las asperezas del camino, y no se deja desviar un instante de la senda recta; dirigiendo sin cesar la vista hacia el término de la carrera, poco importa que los abrojos y las espinas del sendero amenacen arañar-le; le rozan sin alcanzarle y no obstante, no deja de seguir su curso. Exponer su vida para vengar una injuria, es retroceder ante las pruebas de la vida; es siem pre un crimen a los ojos de Dios, y si no fuéseis engañados, como lo sois, por vuestras preocupaciones, sería una ridícula y suprema locura a los ojos de los hombres.

En el homicidio por el duelo, hay crimen, y vuestra legislación misma lo reconoce; nadie tiene derecho en ningún caso de atentar a la vida de su semejante; crimen a los ojos de Dios, que os ha trazado vuestra línea de conducta; en esto, más que en otra cosa, sois jueces en vuestra causa propia. Acordáos que se os perdonará del mismo modo que vosotros perdonareis; por el perdón os acercáis a la Divinidad; porque la clemencia es hermana del poder. Mientras que una gota de sangre humana se derrame en la tierra por la mano de los hombres, el verdadero reino de Dios aún no habrá llegado, reino de paz y de amor que debe para siempre jamás desterrar de vuestro globo la animosidad, la discordia y la guerra. Entonces la palabra duelo ya no existirá en vuestro lenguaje, sino como un leja no y vago recuerdo de un pasado que ya no existe; los hombres no conocerán entre ellos otro antagonismo que la noble rivalidad del bien. (**Adolfo**, obispo de Argel. Marmande, 1861).

12. Sin duda que el duelo puede, en ciertos casos, ser una prueba de valor físico y del desprecio de la vida; pero incontestablemente es prueba de una cobardía mo ral como el suicidio. El suicida no tiene el valor de afrontar las vicisitudes de la vida, y el duelista no tiene el de afrontar las ofensas. ¿No os ha dicho Cristo que hay más honor y valor en presentar la mejilla izquier da al que ha herido la derecha, que en vengarse de una injuria? ¿No dijo también a Pedro en el jardín de los Olivos: "Vuelve tu espada en la vaina, porque el que matará por la espada perecerá?" Con estas palabras ¿no ha condenado Jesús para siempre el duelo? En efecto, hijos míos, ¿qué síguifica ese valor nacido de un temperamento violento, sanguinario y colérico, que ruge, a la primera ofensa? ¿En dónde está, pues, la grandeza de alma del que, a la menor injuria, quiere lavarla con sangre? ¡Pero que tiemble! porque siem pre en el fondo de su conciencia oirá una voz que le dirá: ¡Caín, Caín! ¿qué has hecho de tu hermano? Me

ha sido preciso verter sangre para salvar mi honor, contestará; pero la voz repetirá: ¡Tú has querido salvar ese honor ante los hombres por algunos instantes que te restan de vida en la tierra, y no has pensado en salvarte ante Dios! ¡Pobre loco! ¡Cuánta sangre, pues, no os pediría Cristo por todos los ultrajes que recibió! No solamente lo habéis herido con espina y lanza, no sólo lo habéis atado a un patíbulo infaman te, sino que, aun en medio de su agonía, pudo oir las burlas que se le prodigaban. ¿Qué reparación os ha pedido después de tantos ultrajes? El último grito del Cordero fué una oración por sus verdugos. ¡Oh! perdonad como El, y rogad por los que os ofenden.

Amigos, acordaos de este precepto: "A maos unos a otros", y entonces, al golpe dado por el odio contes taréis con una sonrisa, y al ultraje, con el perdón. Sin duda el mundo se alzará furioso y os tratará de cobar des; levantad entonces lá cabeza bien alta, y mostrad que vuestra frente no temería tampoco en cargarse de espinas, a ejemplo de Cristo, pero que vuestra mano no quiere ser cómplice de un asesinato, que autoriza, di - gámoslo así, uná falsa honra que no es otra cosa que orgullo y amor propio. ¿Dios, al crearnos, os dió el derecho de vida y muerte a los unos sobre los otros? No, sólo ha dado ese derecho a la naturaleza para re formarse y reconstruirse; pero a vosotros, ni siquiera os ha dado el permiso de disponer de vosotros mismos. Como el suicída, el duelista será marcado con sangre cuando comparezca ante Dios, y al uno y al otro el soberano Juez prepara rudos y largos castigos. ¡Si amenazó con su justicia al que dice a su hermano: **Racca**, cuanto más severa será la pena para el que com parezca ante El con las manos teñidas en sangre de su hermano! (**San Agustín**. París, 1862).

13. El duelo es, como lo que en otro tiempo se llamaba juicio de Dios, una de esas instituciones bár baras que rigen aun en la sociedad. ¿Qué diríais vos otros, sin embargo, si viéseis sumergir a los dos anta-

gonistas en agua hirviendo o sometidos al contacto de un hierro candente, para dirimir la querella y dar la razón al que resistiría mejor la prueba? ¿Calificaríais de insensatas esas costumbres? El duelo es aún peor que todo esto. Para el duelista diestro es un asesinato cometido a sangre fría y con toda la premeditación necesaria, porque está seguro del golpe que dirigirá; para el adversario casi cierto de sucumbir en razón de su debilidad y de su inexperiencia, es un suicidio co metido con la más fría reflexión. Ya sé que muchas veces se procura evitar esta alternativa igualmente criminal, sometiéndose a la suerte. ¿Pero entonces, no se vuelve, acaso, bajo otra forma, "al juicio de Dios" de la Edad Media? Y aun en aquella época, era mucho menos culpable; el nombre mismo de "juicio de Dios" indica una fe sencilla, es verdad, pero en fin, una fe en la justicia de Dios, que no podrá dejar sucumbir a un inocente; mientras que en el duelo, se somete a la fuerza brutal, de tal modo, que muy a menudo el ofendido es el que sucumbe.

¡Oh, estúpido amor propio, tonta vanidad y loco orgullo! ¿Cuándo, pues, seréis reemplazados por la caridad cristiana, el amor al prójirno y la humildad, cuyo ejemplo y precepto dió Cristo? Sólo entonces desaparecerán esas monstruosas preocupaciones que aun gobiernan a los hombres y que las leyes son im potentes para reprimir; porque no basta prohibir el mal y prescribir el bien, es menester que el principio del bien y del horror al mal estén en el corazón del hombre. (**Un espíritu protector**. Bordeaux, 1861)

14. ¿Qué opinión formarán de mí, decís a menudo, si rehuso la reparación que se me ha pedido, o si no la pido al que me ha ofendido? Los locos como vos otros, los hombres atrasados, os vituperarán; pero los ilustrados con la antorcha del progreso intelectual y moral, dirán que obráis según la verdadera prudencia. Reflexionad un poco: por una palabra, muchas veces dicha sin pensar, o muy inofensiva de parte de uno

de vuestros hermanos, vuestro orgullo se resiente, le contestáis de un modo picante, y de aquí viene una provocación. Antes de llegar al momento decisivo, ¿os preguntáis si obráis como cristiano? ¿Qué cuenta daréis a la sociedad si la priváis de uno de sus miembros? ¿Pensáis, acaso, en el remordimiento de haber quitado un esposo a la esposa, un hijo a su madre, un padre a sus hijos? Ciertamente que el que ha hecho una ofensa, debe una reparación; ¿pero, no es mucho más honroso para él darla espontáneamente, confesando su error, que exponer la vida de aquél que tiene derecho a quejarse? En cuanto al ofendido, convengo que alguna vez puede ser gravemente maltratado, ya en su persona, ya con relación a los individuos que nos atañen de cerca; no sólo el amor propio es el herido, también lo es el corazón y sufre; pero además de que es una estupidez jugarse la vida con un miserable capaz de una infamia, ¿por ventura, muerto éste no subsiste la afrenta cualquiera que sea? La sangre derramada, ¿no da más publicidad a un hecho, que si es falso, debe caer por su propio peso, y si es verdad, no debe ocultarse en el silencio? No queda, pues, sino la satisfacción de saciarse en la venganza cumplida. Triste satisfacción! ¡ay! que a menudo produce esta vida en recuerdos dolorosos. Y si es el ofendido el que sucumbe, ¿dónde está la reparación?

Cuando la caridad sea la regla de conducta de los hombres, atemperarán sus actos y sus palabras a esta máxima: No hagáis a los otros lo que no quisiérais que os hicieran a vosotros; entonces desaparecerán todas las causas de disensiones, y con ellas, los duelos y las guerras, que son los duelos de pueblo a pueblo. (**Francisco Javier**, Bordeaux, 1861).

15. El hombre de mundo, el hombre feliz, que, por una palabra que hiere, por una causa ligera juega la vida que ha recibido de Dios, y juega la vida de su semejante que pertenece a Dios, es más culpable cien veces que el miserable que empujado por la ambición,

por la necesidad algunas veces, se introduce en una casa para robar lo que ambiciona y mata a aquellos que se oponen a su designios. Este último es casi siem pre un hombre sin educación, que no tiene más que nociones imperfectas del bien y del mal; mientras que el duelista pertenece casi siempre a la clase más ilus trada; el uno mata brutalmente, el otro con método y finura, lo que hace que la sociedad le excuse. Aún añado que el duelista es infinitamente más culpable que el desgraciado que, cediendo a un sentimiento de venganza, mata en un momento de exasperación. El duelista no puede excusarse de que le arrastra la pa sión, porque entre el insulto y la reparación háy siem pre tiempo para reflexionar; otra, pues, fríamente y con designios premeditado; todo está calculado y estudiado para matar con más seguridad a su adversario. Es verdad que también expone su vida, y esto es lo que rehabilita el duelo a los ojos del mundo, porque se ve en ello un acto de valor y un desprecio de la propia vida, ¿pero hay verdadero valor cuando está seguro de si mismo? El duelo, resto del tiempo de la barbarie, en que el derecho del más fuerte era la ley, desaparecerá cuando se haga más sana apreciación del verdadero punto de honor, a medida que el hombre ten ga una fe más viva en la vida futura. (**San Agustín**. Bordéaux, 1861).

16. **Observación**. Los duelos van siendo cada día más raros, y si de tiempo en tiempo vemos aún dolorosos ejemplos, el número no puede compararse con el de otros tiempos. Antiguamente un hombre no salía de su casa sin prevenirse para un encuentro, y tomaba todas las precauciones en consecuencia. Una señal ca racterística de las costumbres del tiempo y de los pue blos, es el uso de llevar habitualmente, ostensible u ocultamente, armas ofensivas y defensivas; la abolición de este uso atestigna la suavidad de las costumbres, y es curioso seguir la gradación desde la época en que los caballeros no cabalgaban nunca sino cubiertos de

hierro y armados de lanza, hasta el uso de una simple espada, que vino a ser más bien un distintivo del blasón que un arma agressiva. Otro rasgo de las costum bres es que en otro tiempo los combates singulares tenían lugar en medio de la calle, ante la multitud, que se separaba para dejar el campo libre, y que hoy se ocultan; en en día, la muerte de un hombre es un acon tecimiento que conmueve; antes no se hacía caso de ello. El Espiritismo barrerá esos últimos vestigios de la barbarie inculcando a los hombres el espíritu de caridad y fraternidad.

CAPÍTULO XIII

No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha

Hacer bien sin ostentación. - Los infortunios ocultos. - Dinero la viuda. - Convidar a los pobres y estropeados. - Obligar sin esperanza de recompensa. **- Instrucciones de los espíritus**: La caridad material y la caridad moral. - La be neficencia. - La piedad. - Los huérfanos. - Favores pagados con ingratitudes. - Beneficencia exclusiva.

Hacer bien sin ostentación

1. **Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos. - Y así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas, y en las calles para ser honrados de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón. - "Mas tú cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha"; - para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto; te premiará. (San Mateo, cap. VI, v. de 1 a 4.)**

2. **Y como descendió del monte, le siguieron muchas gentes. - Y vino un leproso, y le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. - Y extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: Quiero. Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. - Y le dijo Jesús: "Mira que no lo digas a nadie; mas ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece la ofrenda que mandó Moisés, en testimonio a ellos". (San Mateo, cap. VIII, v. 1 a 4.)**

3. Hacer bien sin ostentación es un gran mérito; ocultar la mano que da es aún más meritorio; es señal incontestable de una gran superioridad moral, porque

es menester ver las cosas de más alto que lo que se ven vulgarmente, es preciso hacer abstracción de la vida presente e identificarse con la vida futura; en una palabra, es menester colocarse sobre la Humanidad para renunciar a la satisfacción que procura el testimonio de los hombres y esperar la aprobación de Dios. El que aprecia más el sufragio de los hombres que el de Dios, prueba que tiene más fe en los hombres que en Dios, y que la vida presente es más apreciable para él que la vida futura; o lo que es lo mismo, que no cree en la vida futura; si dice lo contrario, obra como si no creyese en lo que dice.

¡Cuántos hay que sólo se obligan con la esperanza de que el obligado publicará por todas partes el bien que se le ha hecho; que a la luz del día darán una gran cantidad y en la obscuridad no darán ni un ochavo! Por esto dijo Jesús: "Los que hacen bien con ostentación han recibido ya la recompensa"; en efecto, el que busca su glorificación en la tierra por el bien que ha hecho, él mismo se ha pagado; Dios ya no le debe nada; sólo le falta recibir el castigo de su orgullo.

"Que la mano izquierda no sepa lo que da la derecha", es una figura que caracteriza admirablemente la beneficencia modesta; pero si hay modestia real, hay también modestia aparente, el simulacro de la modestia: hay personas que ocultan la mano que da, teniendo cuidado de hacer que se vea un poco, mirando si alguno les ve ocultarla. ¡Indigna parodia de las máximas de Cristo! Si los bienhechores orgullosos son despreciados entre los hombres, ¡qué no será ante Dios! Estos también han recibido su recompensa en la Tierra. Se les ha visto; están satisfechos de haber sido vistos; esto es todo lo que tendrán.

¿Cuál será, pues, la recompensa de aquel que hace pagar caros sus beneficios a la persona obligada, que le impone de cierto modo muestras de reconocimiento y que le hace sentir su posición encomiando el precio de los sacrificios que se impone por él? ¡Oh! para éste,

ni siquiera hay la recompensa terrestre, porque está privado de la dulce satisfacción de oir bendecir su nom bre, y este es el primer castigo de su orgullo. Las lá grimas que enjugan en provecho de su vanidad, en vez de subir al Cielo, vuelven a caer sobre el corazón del afligido, y lo ulceran. El bien que hace es sin pro vecho para él, puesto que lo echa en cara; porque todo beneficio reprochado, es una moneda falsa y sin valor.

El beneficio sin ostentacíón tiene doble mérito, por que además de ser una caridad material, es una cari dad moral; modera la susceptibilidad del obligado; le hace aceptar el bien sin que sufra su amor propio y salvando su dignidad de hombre, porque habrá quien acepte un servicio y no reciba una limosna; así, pues, convertir el servicio en limosna por el modo como se hace, es humillar a aquel que lo recibe, y hay siempre orgullo y maldad cuando se humílla cualquiera La ver dadera caridad, por el contrarío, es delicada e ingenio sa para disimular el beneficio, a fin de evitar hasta las menores apariencias que hieren porque todo agravio moral aumenta el sufrimiento que nace de la necesidad; sabe encontrar palabras dulces y afables que ponen al obligado en buena condición en presencia de su bienhechor; mientras que la caridad orgullosa, le confunde: Lo suprime de la verdadera generosidad, es cuando el bienhechor cambiando de papel encuentra el medio de parecer él mismo obligado en presencia de aquel a quien hace el servicio. Esto es lo que quieren decir estas palabras. No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

Los infortunios ocultos

4. En las grandes calamidades, la caridad se conmueve y se ven generosos rasgos para reparar los desastres; pero al lado de esos desastres generales, millares de desastres particulares hay que pasan desapercibidos, como personas que yacen sobre inmundicias

sin quejarse. Estos son aquellos infortunios prudentes y ocultos que la verdadera generosidad sabe descubrir sin esperar que vengan a pedir asistencia.

¿Quién es esa mujer de maneras distinguidas, que va con sencillez aunque cuidada, seguida de una joven vestida también modestamente? Entra en una casa de sórdida apariencia, en la que es conocida sin duda, porque en la puerta la saludan con respeto. ¿Dónde va? Sube hasta la bohardilla, y allí yace una madre de familia en una cama, rodeada de sus hijos; a su lle gada, la alegría brilla en aquellas caras demacradas; es que va a calmar todos sus dolores; lleva consigo lo necesario, sazonado con dulces y consoladoras palabras, que hacen aceptar el bien sin vergüenza, porque estos desgraciados no son pordioseros de profesión; el padre está en el hospital, y durante este tiempo, la madre no puede acallar a todas las necesidades. Gra cias a ella, esos pobres niños no sufrirán frío ni ham bre, irán a la escuela bien abrigaditos, y el seno de la madre no se agotará para los más pequeños. Si hay uno de ellos enfermo, ningún cuidado material le re pugnará. De allí se va al hospital a llevar al padre algunos consuelos y tranquilizarle sobre la suerte de su familia. Al extremo de la calle espera un carruaje, verdadero almacén de todo lo que ella lleva a sus protegidos, que visita sucesivamente; no les pregunta por su creencia ni por su opinión, porque para ella todos los hombres son hermanos e hijos de Dios. Concluído su paseo, se dice: He empezado bien mi jornada. ¿Cuál es su nombre? ¿dónde vive? Nadie lo sabe; para los desgraciados es un nombre que nada descubre, pero es el ángel de consuelo, y por la noche un concierto de bendición se eleva por ella hacia el Criador; cató licos, judíos, protestantes, todos la bendicen.

¿Por qué ese porte tan sencillo? Es porque no quie re insultar a la miseria con su lujo. ¿Por qué se hace acompañar por su joven hija? Para enseñarle cómo se

debe practicar la beneficencia. Su hija hace también caridad, pero su madre la dice: "¿Qué puedes dar tú, hija mía, si no tienes nada tuyo? Si yo te entrego alguna cosa para pasar a la mano de los otros, ¿qué mérito tendrás? En realidad seré yo la que haré la caridad, y tú la que tendrás el mérito; esto no es justo. Cuando vamos a visitar a los enfermos, tú me ayudas a asistirlos; pues el procurarles cuidados, ya es dar alguna cosa. ¿No te parece esto suficiente? Nada hay más sencillo; aprende a hacer obras útiles confeccionando vestidos para estos niños, de este modo tú darás alguna cosa que te pertenezca". Este es el modo como esa madre, verdaderamente cristiana, forma a su hija según la práctica de las virtudes enseñadas por Cristo. ¿Es espiritista? ¡Qué importa que no lo sea!

Para la sociedad, es la mujer del mundo, porque su posición lo exige; pero se ignora lo que hace, porque no quiere otra aprobación que la de Dios y su conveniencia. Sin embargo, una circunstancia imprevista conduce un día a su casa a uno de sus protegidos que le devolvía la labor; éste la reconoció y quiso bendecir a su protectora. "¡Chitón!, le dijo; no lo digas a nadie". Así hablaba Jesús.

El dinero de la viuda

5. **Y estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, estaba mirando como echaban las gentes el dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. - Y vino una pobre viuda y echó dos pequeñas piezas del valor de un cuadrante. - Y llamando a sus discípulos les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los otros que echaron en el arca; - porque todos han echado de aquello que les sobraba, mas ésta de su pobreza, echó lo que tenía, todo su sustento. (San Marcos, cap. XII, v. de 41 a 44. - San Lucas, cap. XXI, v. de 1 a 4.)**

6. Muchas personas sienten no poder hacer tanto bien como desearían por falta de recursos y si desean

la fortuna, es, según dicen, para hacer de ella un buen uso; la intención es laudable sin duda, y quizás muy sincera en algunas; ¿pero puede asegurarse que sea en todos completamente desinteresada? ¿No los hay que deseando hacer bien a los otros, estarían muy satisfechos empezando por hacérselo a sí mismos, darse algunos goces más, procurarse un poco lo superfluo que les falta, y dar el resto a los pobres? Esta segunda intención, que puede muy bien que ellos no manifiesten, pero que se encontraría en el fondo de su corazón si se buscase, anula el mérito de la intención porque la verdadera caridad se acuerda de los otros antes que de sí mismo. Lo sublime de la caridad, en este caso, es buscar por su propio trabajo, por el empleo de sus fuerzas, de su inteligencia y de su talento, los recursos que le faltan para realizar sus intenciones generosas; éste sería el sacrificio más agrádable al Señor. Pero, desgraciadamente, la mayor parte más bien sueñan medios fáciles para enriquecerse de una vez y sin pena corriendo en pos de quimeras, como los descubrimientos de tesoros, una suerte aleatona y favorable, el recobro de herencias inesperadas, etc. ¿Qué diremos de aquellos que esperan encontrar entre los espíritus auxiliares para que les ayuden en las pesquisas de esa naturaleza? Seguramente que estos no conocen ni comprenden el objeto sagrado del Espiritismo y mucho menos la misión de los espíritus a quienes Dios permite comunicarse con los hombres; pero también son castigados con los desengaños. (**Libro de los Mediuns, números 294 y 295**.)

Aquellos cuya intención es pura de toda idea personal, deben consolarse de no poder hacer tanto bien como quisieran, con el pensamiento de que el óbolo del pobre que da lo que tiene privándose, pesa más en la balanza de Dios que el oro del rico, que da sin privarse de nada. Sin duda la satisfacción sería grande en poder socorrer largamente la indigencia; pero si no se tiene para dar, es preciso someterse y hacer

aquello que se pueda. Adcmás, ¿sólo con oro pueden enjugarse las lágrimas y será preciso que nos estemos inactivos porque no poseemos? El que quiere since ramente hacerse útil a sus hermanos, encuentra mil ocasiones; que las busque y las encontrará sino de un modo de otro, porque no hay uno solo que teniendo el libre goce de sus facultades, no pueda hacer algún servicio, dar un consuelo, aliviar un sufrimiento físico o moral, o hacer una diligencia útil; a falta de dinero ¿acaso no tiene cada uno su trabajo, su tiempo, su reposo del que puede dar una parte? También es este el óbolo del pobre, el dinero de la viuda.

Convidar a los pobres y estropeados

7. **Y decía también al que le había convidado: Cuando das una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos: no sea que te vuelvan ellos a convidar y te lo paguen. - Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos. - Y serás bienaventurado, porque no tienen con que corresponderte: mas se te galardonará en la resurrección de los justos.**

Cuando uno de los que comían a la mesa oyó esto, dijo: Bienaventurado el que comerá pan en el reino de Dios! (San Lucas, cap. XIX, v. de 12 a 15).

8. "Cuando deis un festín, dijo Jesús, no convidéis a vuestros amigos, sino a los pobres y estropeados". Estas palabras absurdas si se toman literalmente, son sublimes, si se busca en ellas la idea. Jesús no pudo haber querido decir, que en lugar de los amigos era menester reunir a la mesa los pobres de la calle; su lenguaje era casi siempre figurado, y a hombres inca paces de comprender los delicados ma tices del pensamiento, les eran necesarias imágenes fuertes que produjesen el efecto de los colores muy vivos. El fondo de su pensamiento se revela en estas palabras: "Y serás bienaventurado, porque no tienen con que corresponderte"; es decir, que no debe hacerse el bien para que se devuelva, sino por el sólo placer de ha-

cerlo. Para poner una comparación más comprensible, dijo: Convidad a vuestros festines a los pobres, porque sabéis que aquellos con nada podrán pagároslo; y por "festines" es menester entender, no la comida propia mente dicha, sino la participación en la abundancia de que gozáis.

Sin embargo, estas palabras pueden también tener su aplicación en un sentido más literal. ¿Cuántas gen tes hay que sólo convidan a su mesa a los que pueden, como ellos dicen, hacerles honor, o que pueden convi darles a su vez? Otros, por el contrario, encuentran satisfacción en recibir a aquellos parientes o amigos que son menos felices, ¿pues quién es el que no los tiene entre los suyos? Algunas veces es prestarles un graúde servicio sin demostrarlo. Aquellos, sin ir a reclutar a los ciegos ni a los estropeados, practican la máxima de Jesús, si lo hacen por benevolencia, sin ostentación, y si saben disimular la buena obra con una sincera cordialidad.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La caridad material y la caridad moral

9. "Amémonos unos a otros y hagamos a los demás lo que quisiéramos que se hiciera por nosotros." Toda la religión, toda la moral, se encuentran encerradas en estos dos preceptos; si se siguieran en la Tierra, seríais perfectos; ya no habría odios ni disen - siones; diré más; ya no habría pobreza, porque de lo superfluo de las mesas de los ricos se alimentarían muchos pobres y no veríais ya en los sombríos barrios que yo habitaba, durante mi última encarnación, a esas pobres mujeres llevando consigo a sus desfallecidos hijitos, faltos de todo.

¡Ricos! Pensad un poco en esto; ayudad en cuanto podáis al desgraciado; dad para que Dios os vuelva

un día el bien que habréis hecho, para que encontréis al salir de vuestra envoltura terrestre, un acompañamiento de espíritus reconocidos que os recibirán en el umbral de un mundo más feliz. ¡Si pudieseis saber la alegría que tuve volviendo a encontrar allí a los que yo pude favorecer en mi última vida...!

Amad, pues, a vuestro prójimo, amadle como a vos otros mismos, porque ahora ya lo sabéis; ese desgra ciado que rechazáis, quizá es un hermano, un padre, un amigo que rechazáis lejos de vosotros, y entonces, ¡cuál será vuestra desesperación al reconocerle en el mundo de los espíritus!

Deseo que comprendáis bien lo que puede ser la "caridad moral", la que todos pueden practicar, la que no "cuesta nada" material, y sin embargo, la que es más difícil de poner en práctica.

La caridad moral consiste en sobrellevarnos unos a otros, y es lo qúe menos hacéis en este mundo en donde estáis encarnados por el momento. Creedme, hay un gran mérito en saberse callar para dejar hablar a otro más ignorante, y esto es también una especie de caridad. Saber ser sordo cuando una palabra bur lona se escapa de una boca acostumbrada a ridiculi zar; no ver la sonrisa desdeñosa con que os reciben ciertas gentes, que muchas veces, sin razón, se creen superiores a vosotros mientras que en la vida espiritista, "la sola verdadera", les falta quizá mucho para alcanzaros; aqui tenéis un mérito no de humildad sino de caridad, porque el dejar de notar las faltas de otro, es la caridad moral.

Sin embargo, esta caridad no debe impedir la otra, pero sobre todo, pensad en no despreciar a vuestro semejante, acordáos de lo que ya os he dicho; preciso es tener presente que, en el pobre desechado, quizás rechazáis a un espíritu que os ha sido querido y que se encuentra momentáneamente en una posición infe rior a la vuestra. He vuelto a ver a uno de los pobres de nuestra tierra a quien había podido, por mi dicha,

favorecer algunas veces, y al que a mi vez "imploro ahora".

Acordáos que Jesús dijo que somos hermanos, y pensad siempre en ello antes de rechazar al leproso o al mendigo. Adiós, pensad en los que sufren y rogad. (**Sor Rosalía**. París, 1860.)

10. Amigos míos: he oído decir a muchos de vosotros: ¿Cómo puedo hacer yo caridad? muchas veces aun no tengo lo necesario.

La caridad, amigos míos, se hace de muchos mo dos; podéis hacer la caridad en pensamientos, en pa labras, y en acciones. En pensamientos, rogando por los pobres desamparados que murieron sin que pudie ran ver la luz; una oración de corazón les alivia. En palabras, dirigiendo a vuestros compañeros de todos los días algunos consejos buenos; decir a los hombres irritados por la desesperación, por las privaciones y que blasfeman del nombre del Todopoderoso: "Yo era como vosotros; yo sufría, era desgraciado; pero he creído en el Espiritismo, y mirad que feliz soy ahora". A los ancianos que os dirán: "Es inútil, estoy al fin de mi carrera y moriré como he vivido", decidles a estos: "Dios hace a todos igual justicia; acordáos de los trabajadores de la última hora". A los niños que viciados ya por las compañías que les rodean: vagan por las calles muy expuestos a caer en las malas ten taciones, decidles: "Dios nos ve, hijos míos", y no temáis en repetirles a menudo esas dulces palabras; ellas concluirán por germinar en su joven inteligencia, y en lugar de pilluelos, habréis hechó hombres honrados. También esto es una caridad.

Muchos de vosotros decís también: "¡Bah! somos tan numerosos en la tierra, que Dios no puede vernos a todos". Escuchad bien esto, amigos míos: ¿Cuando estáis en la cumbre de una montaña, acaso vuestra mirada no abraza los millares de granos de arena que la cubren? ¡Pues bien! Dios os ve del mismo modo;

os deja vuestro libre albedrío, así como vosotros dejáis esos granos de arena ir a la voluntad del viento que los dispersa; sólo que Dios, en su misericordia infinita, ha puesto en el fondo de vuestro corazón un centinela y un vigilante que se llama "conciencia". Escuchadla; os dará buenos consejos. Algunas veces la embotáis oponiéndola al espíritu del mal; entonces se calla, pero creed que la pobre, abandonada, se hará oir tan pronto como la habréis dejado apercibir una sombra de remordimiento. Escuchadla, interrogadla, y muchas veces encontraréis consuelos en los consejos que os dé.

Amigos míos, a cada regimiento nuevo, el general entrega una bandera, y os doy esta máxima de Cristo: "Amáos unos a otros". Practicad esta máxima, agru páos alrededor de este estandarte y recibiréis de El la felicidad y el consuelo. (**Un espíritu protector**. Lyon. 1810.)

La beneficencia

11. La benefi cencia, amigos míos, os dará en este mundo los más puros y más dulces goces; los goces del corazón que no son turbados por el remordimiento, ni por la indiferencia. ¡Oh! si pudiéseis comprender todo lo que encierra de grande y suave la generosidad de las almas bellas, sentimiento que hace que se mire a otro como a sí mismo, y que uno se despoja con gus to para vestir a su hermano. ¡Que Dios os permita, mis queridos amigos, poderos ocupar en la dulce mi sión de hacer felices a los otros! No hay fiestas en el mundo que puedan comparar a esas fiestas alegres, cuando, representantes de la divinidad, volvéis la cal ma a las pobres familias que sólo conocen la vida de las vicisitudes y amarguras, cuando súbitamente véis a esos rostros ajados brillar de esperanza, porque no tenían pan; a esos desgraciados, y sus tiernos hijos, que ignorando que vivir es sufrir, gritaban, lloraban y repetían esas palabras que penetraban como un cuchillo agudo en el corazón maternal. ¡Tengo ham-

bre....! ¡Oh! comprended cuán deliciosas son las im presiones de aquel que ve renacer la alegría allí en donde un momento antes no veía otra cosa que deses peración. ¡Comprended cuáles son vuestras obligacio nes hacia vuestros hermanos! Marchad, marchad al encuentro del infortunio; marchad a socorrer sobre todo las miserias ocultas, porque éstas son las más dolorosas. Marchad, queridos míos, y acordáos de es tas palabras del Salvador: "Cuando vistáis a uno de estos pequeños, pensar que a mí es a quien lo hacéis!"

¡Caridad!, palabra sublime que resume todas las virtudes, tú eres la que debe conducir los pueblos a la felicidad; practicándote se crearán goces infinitos para el porvenir, y durante su destierro en la tierra, tú serás su consuelo, el principio de los goces que disfrutarán más tarde cuando se abracen todos juntos en el seno del Dios de amor. Tú eres, virtud divina, la que me has procurado los solos momentos de felicidad que he tenido en la Tierra. Que mis hermanos encarnados pue dan creer la voz del amigo que les habla y les dice: En la caridad debéis buscar la paz del corazón, el con - tentamiento del alma, el remedio contra las aflicciones de la vida.¡ Oh! cuando estéis a punto de acusar a Dios, echad una mirada por debajo de vosotros, y ve réis cuántas miserias hay que consolar; ¡cuántos pobres niños sin familia; cuántos ancianos sin tener una mano amiga para socorrerles y cerrarles los ojos cuan do la muerte los llama! ¡Cuánto bien puede hacerse! Oh, no os quejéis; por el contrario, dad gracias a Dios, y prodigad a manos llenas vuestra simpatía, Vuestro amor, vuestro dinero a todos aquellos que desheredados de los bienes de este mundo, languide cen en el sufrimiento y en el aislamiento. Aquí en la tierra recogeréis goces muy dulces, y más tarde...¡Dios sólo lo sabe! (**Adolfo**, obispo de Argel. Bordeaux, 1861).

12. Sed buenos y caritativos, esta es la llave de los cielos que tenéis en vuestras manos, toda la felicidad

eterna está encerrada en esta máxima; Amáos unos a otros. El alma no puede elevarse en las regiones espirituales sino por abnegación y amor al prójimo; sólo encuentra felicidad y consuelo en los impulsos de la caridad; sed buenos, sostened a vuestros hermanos, dejad a un lado la horrible plaga del egoísmo; llenando este deber, se os abrirá el camino de la felicidad eterna. Por lo demás, ¿quién de entre vosotros no ha sentido latir su corazón, dilatarse su alegría interior al oir contar un bello sacrificio o una obra verdaderamente caritativa? Si sólo buscaseis el deleite que proporciona una buena acción, estaríais siempre en el camino del progreso espiritual. Los ejemplos no faltan; sólo las buenas voluntades son raras. Mirad la multitud de hombres de bien cuya piadosa memoria os recuerda la Historia.

¿No os ha dicho Cristo todo lo que concierne a estas virtudes de caridad y de amor? ¿por qué dejáis a un lado esas divinas enseñanzas? ¿por qué se cierran los oídos a sus divinas palabras y el corazón a todas sus dulces máximas? Yo quisiera que se fijase más la atención y hubiese más fe en las lecturas evangélicas, pues se abandona ese libro y se ha hecho de él una palabra vacía, una carta cerrada: se echa al olvido ese código admirable, y vuestros males provienen del abandono voluntario que hacéis de ese resumen de leyes divinas. Leed, pues, esas páginas ardientes del afecto de Jesús, y meditadlas.

Hombres fuertes, ceñios; hombres débiles, haced armas de vuestra dulzura, de vuestra fe y tened más persuasión, más constancia en la propagación de vuestra nueva doctrina; sólo hemos venido a daros ánimo para estimular vuestro celo y vuestras virtudes, sólo para esto nos permite Dios que nos manifestemos a vosotros; pero si se quisiera, no habría necesidad de otra cosa que de la ayuda de Dios y de su propia voluntad; las manifestaciones espiritistas sólo se han hecho para los ojos cerrados y corazones indóciles.

La caridad es la virtud fundamental que debe sostener todo el edificio de las virtudes terrestres; sin ellas, las otras no existen. Sin la caridad no hay esperanza en una vida mejor, no hay interés moral que nos guíe; sin caridad no hay fe, porque la fe sólo es un rayo puro que hace brillar a un alma caritativa.

La caridad es el áncora eterna de salvación en todos los globos; es la más pura emanación del mismo Criador: es su propia virtud que El da a la criatura. ¿Cómo fuera posible desconocer a esta suprema bondad? Con este pensamiento, ¿cuál seria el corazón con suficiente perversidad para rehusar y rechazar ese sentimiento enteramente divino? ¿Cuál sería el hijo bastante malo para sublevarse contra esta dulce caricia: la caridad?

Yo no me atrevo a hablar de lo que he hecho, porque los espíritus tienen también el pudor de sus obras; pero creo que la que he empezado, es una de las que deben contribuir más al alivio de vuestros semejantes. Veo que los espíritus muchas veces piden por misión continuar mi tarea; veo a mis buenas y queridas hermanas en su piadoso y divino misterio; las veo practicar la virtud que os recomiendo, con toda la alegría que procura esa existencia de abnegación y sacrificios: para mí es una felicidad grande el ver tan honrado su carácter, estimada su misión y dulcemente protegida. Hombres de bien, de buena y grande voluntad, uníos para continuar la grande obra de propagación de la caridad: vosotros hallaréis la recompensa de esta virtud en su mismo ejercicio: proporciona todos los goces espirituales desde la vida presente. Uníos, amáos unos a otros según los preceptos de Cristo. Amén. (**San Vicente de Paul**. París, 1858.)

13. Yo me llamo la caridad, soy el camino principal que conduce a Dios; seguidme, porque soy el objeto al que debéis todos aspirar.

Esta mañana he hecho mi paseo habitual, y con el corazón lastimado vengo a deciros: ¡Oh! amigos míos,

qué miserias, qué lágrimas y cuánto tenéis que hacer para sacarlas todas! He procurado vanamente consolar a las pobres madres; las he dicho al oído: ¡Animo! ¡hay buenos corazones que velan por vosotras, no os abandonarán, paciencia! Dios está aquí, sois sus amadas, sois sus elegidas. Parece que me oyen y vuelven a mí sus grandes ojos extraviados, pues leía en su pobre rostro que su cuerpo, ese tirano del espíritu, tenía hambre, y que si mis palabras serenaban un poco su corazón, no llenaban su estómago. Repetía otra vez, ¡ánimo, ánimo!, y entonces una pobre madre, joven aun, que amamantaba a su hijito, lo ha tomado en sus brazos y lo ha levantado como rogándome que protegiese a aquel pobre pequeño ser que sólo sacaba de su seno estéril un alimento insuficiente.

En otra parte, amigos míos, he visto a pobres ancianos sin trabajo y en breve sin asilo, presa de todos los sufrimientos de la necesidad, y avergonzados de su miseria, no atreverse, no habiendo mendigado nunca, a implorar la piedad de los viandantes. Con el corazón conmovido de compasión, yo que nada tengo, me he puesto a mendigar para ellos, y voy por todas partes estimulando la beneficencia e inspirando buenos sentimientos a los corazones generosos y compasivos. Por esto vengo hoy, amigos míos, y os digo: allá hay desgraciados cuya artesa está sin pan, su hogar sin fuego y su cama sin abrigo. No os digo lo que debéis hacer, dejo la iniciativa a vuestros corazones; si yo os trazara vuestra línea de conducta, no tendríais el mérito de vuestra buena acción, sólo os digo: Soy la caridad, y os tiendo la mano para vuestros hermanos que sufren.

Mas si pido, también doy, y doy mucho; ¡os convido al gran banquete, y os facilito el árbol en que os saciaréis todos! ¡Mirad qué hermoso es y cuán cargado está de flores y de frutos! Id, id; coged todos los frutos de ese hermoso árbol, que es la beneficencia. En el lugar que ocupaban las ramas que habréis cogido,

pondré todas las buenas acciones que haréis y llevaré este árbol a Dios para que lo cargue de nuevo, porque la beneficencia es inagotable. Seguidme, pues, amigos míos, a fin de que os cuente en el número de los que se alisten a mi bandera; no tengáis miedo; yo os con duciré al camino de la salvación; porque soy la **Caridad**. (**Caritá**, **martirizada en Roma**. Lyon, 1861).

14. Hay varias clases de caridad, y que muchos de vosotros confundís con la limosna, y sin embargo, hay una gran diferencia. La limosna, amigos míos, algunas veces es útil porque alivia a los pobres, pero siempre es humillante para el que la hace y para el que la recibe. La caridad, por el contrario, ata al bienhechor y al obligado, y además, ¡se disfraza de tantos modos! Se puede ser caritativo aun con sus allegados, con sus amigos, siendo indulgentes los unos con los otros, perdonándose sus debilidades, teniendo cuidado de no ajar el amor propio de nadie; vosotros, espiritistas, podéis serlo en vuestro modo de obrar con aquellos que no piensan como vosotros, iniciando en la doctrina a los que ven menos, sin chocar, sin contradecir sus convic ciones, conduciéndoles suavernente a vuestras reunio nes en donde podrán escucharnos y en las que sabremos encontrar fácilmente la parte sensible del corazón por donde deberemos penetrar. Este es uno de los módos de hacer caridad.

Escuchad ahora la caridad con los pobres, con esos desheredados de la tierra, pero recompensados por Dios, si saben aceptar sus miserias sin murmurar, y esto depende de vosotros. Voy a hacerme comprender por medio de un ejemplo.

Yo veo muchas veces a la semana una reunión de mujeres: las hay de todas edades: ya sabéis que para nosotros todas son hermanas. ¿Qué es lo que hacen? Trabajan aprisa, aprisa; sus dedos son ágiles; ved cómo sus rostros están radiantes y cómo sus corazones laten unidos! Pero, ¿cuál es su objeto? Ven que se

acerca el invierno, que será rudo para las familias pobres; las hormigas no han podido reunir durante el verano el grano necesario para su provisión, y la mayor parte de los efectos están empeñados; las pobres madres se inquietan y lloran pensando en sus hi jitos que este invierno tendrán frío y hambre. ¡Pero paciencia, pobres mujeres! Dios ha inspirado a otras más afortunadas que vosotras; se han reunido, y os confeccionan vestidos; después uno de estos días, cuan do la nieve haya cubierto la tierra y cuando murmuréis diciendo: "Dios no es justo", porque esta es la palabra ordinaria de los que sufren, veréis aparecer uno de los hijos de esas buenas trabajadoras que se han constituído en las obreras de los pobres: sí, para vosotras trabajan de este modo, y vuestra murmuración se cambiará en bendición, porque en el corazón de los desgraciados el amor sigue de muy cerca al odio.

Como todas esas trabajadoras necesi tan ánimo, veo que las comunicaciones de los espíritus les llegan de todos lados; los hombres que forman parte de esa sociedad, ayudan con su concurso, haciendo una de esas lecturas que tanto gustan; y nosotros, para recompensar el celo de todos y de cada uno en particular, prometemos a esas obreras laboriosas buena clientela que les pagará al contado en bendiciones, única moneda aceptada en el cielo, asegurándoles, además, y sin miedo de adelantarnos demasiado, que no les faltará. (**Caritá**. Lyon, 1861).

15. Queridos amigos; todos los días oigo decir en tre vosotros: "Soy pobre, no puedo hacer caridad"; y veo también que os falta la indulgencia para vuestros semejantes; nada les perdonais, y os constituís en jueces, a menudo severos, sin preguntaros si estaríais satisfechos de que hicieran otro tanto con vosotros. ¿Acaso la indulgencía no es también caridad? Los que sólo podéis hacer la caridad indulgente, hacedla al menos, pero hacedla con grandeza. Por lo que hace a la

caridad material, voy a contaros una historia del otro mundo.

Dos hombres acaban de morir: Dios había dicho: "Durante la vida de esos hombres, se pondrá en un saco cada una de sus buenas acciones, y a su muerte, se pesarán los sacos". Cuando estos hombres llegaron a su última hora, Dios se hizo llevar los dos sacos; el uno era grande, ancho, bien lleno, resonaba el metal que lo llenaba; el otro era pequeño, y tan delgado, que se veían los escasos cuartos que contenía; cada uno de estos hombres reconoció el suyo. Este es el mio, dijo el primero, lo reconozco, he sido rico y he dado mucho. Este es el mío, dijo el otro, yo siempre he sido pobre, ¡ay de mí!; casi no tenía nada para distribuir. Pero, ¡oh sorpresa!, puestos los dos sacos en la balanza, el más grande se volvió ligero y el más pequeño pesó tanto, que hizo caer mucho la balanza de su parte. Entonces Dios dijo al rico: Tú has dado mucho, ver dad es, pero has dado por ostentación y para ver figu rar tu nombre en todos los templos del orgullo, y dando, no te has privado de nada; ve a la izquierda y puedes estar contento si tu limosna se toma en cuenta por alguna cosa. Después dijo al pobre: Tú has dado muy poco, amigo mío; peró cada uno de los cuartos que están en la balanza, representa una privación para ti; si no has hecho limosna, has hecho caridad, y lo mejor es que la has hecho naturalmente, sin pensar que se tomaria en cuenta; tú has sido indulgente, no has juzgado a tu semejante, y aun le has disimulado todas sus acciones; pasa a la derecha y ve a recibir tu recompensa". (**Un espíritu protector**. Lyon, 1861).

16. La mujer rica y feliz que no tiene necesidad de emplear su tiempo en los trabajos de su casa, ¿no po dría consagrar algunas horas a los trabajos útiles para sus semejantes? Que con lo superfluo de sus goces compre con qué cubrir a los desgraciados que tiritan de frío; que haga con sus delicadas manos groseros pero calientes vestidos; que ayude a la madre a cubrir

al niño que va a nacer; si su hijo tiene algunos encajes menos, el del pobre estará más caliente. Trabajar para los pobres es trabajar en la vida del Señor.

Y tú, pobre trabajadora que no tienes lo superfluo, pero que en tu amor a tus hermanos quieres dar un poco de lo que posees, da algunas horas de tu jornal, de tu tiempo que es tu solo tesoro; confecciona esas cosas elegantes que tientan a los ricos, vende el trabajo de tu velada, y podrás de este modo procurar a tus hermanos tu parte de alivio: quizás tendrás algunos adornos menos, pero darás zapatos a los que van descalzos.

Y vosotras, mujeres entregadas a Dios, trabajad también en su obra, pero que vuestros trabajos delicados y costosos no se hagan sólo para adornar vuestras capillas, para llamar la atención sobre vuestra destreza y paciencia; trabajad, hijas mías, y que el precio de vuestras obras se consagre al alivio de vuestros hermanos en Dios; los pobres son sus hijos muy queridos, y trabajar para ellos, es glorificarle. Sed para ellos la Providencia que dice: A las aves del Cielo, Dios da el pasto. Que el oro y la plata que tejen vuestros dedos, se cambien en vestidos y alimentos para los necesitados. Haced esto, y vuestro trabajo será bendecido.

Y todos vosotros que podéis producir, dad, dad vuestro genio, dada vuestras inspiraciones, dad vuestro corazón, que Dios os bendecirá. Poetas, literatos que sólo sois leídos por las gentes del mundo, satisfaced sus ocios, pero que el producto de algunas de vuestras obras se consagre al consuelo de los desgraciados; pintores, escultores, artistas de todas clases, que vuestra inteligencia venga también en ayuda de vuestros hermanos, porque vosotros gozaréis del mismo modo y ellos tendrán algunos sufrimientos menos.

Todos vosotros podéis dar; a cualquiera clase que pertenezcáis, tenéis alguna cosa que podéis distribuir; de cualquiera cosa que Dios os haya dado, debéis una

parte al que le falte lo necesario; porque en su puesto, estaríais muy contentos de que otro repartiese lo suyo con vosotros. Vuestros tesoros de la tierra serán un poco menores, pero vuestros tesoros en el cielo serán mas abundantes; allí recogeréis un céntuplo de lo que habréis sembrado en buenas obras en la tierra. (**Juan**. Bordeaux, 1861).

La piedad

17. La piedad es la virtud que más se aproxima a los ángeles, es la hermana de la caridad que os conduce hacia Dios. ¡Ah! dejad que vuestro corazón se enternezca al aspecto de las miserias y de los sufri mientos de vuestros semejantes; vuestras lágrimas son bálsamo que derramáis sobre sus heridas, y cuan do por una dulce simpatía, conseguís volverles la esperanza y la resignación, ¡qué satisfacción no experimen táis! Es verdad que este encanto tiene cierta amar gura, porque nace al lado de la desgracia; pero si no tiene la acritud de los goces mundanos, ni las punzan tes decepciones del vacío que éstas dejan en pos de sí, tiene una suavidad penetrante que alegra el alma. La piedad, la piedad bien sentida, es amor; el amor es afec to; el afecto es el olvido de sí mismo, y este olvido es la abnegación en favor del desgraciado, es la virtud por excelencia, es la que practicó toda su vida el di vino Mesías, y que enseñó en su doctrina tan sublime y tan santa; cuando esta doctrina llegue a su pureza primitiva, cuando sea admitida por todos los pueblos, dará la felicidad a la Tierra, haciendo, al fin, reinar en ella la concordia, la paz y el amor.

El sentimiento más propio para haceros progresar dominando vuestro egoísmo y vuestro orgullo, el que dispone vuestra alma a la humildad, a la beneficencia, y al amor a vuestro prójimo, ¡es la piedad!, esa piedad que conmueve hasta vuestras entrañas ante los sufrimientos de vuestros hermanos, y que os hace tender-

les una mano caritativa y os arranca simpáticas lágrimas. No sofoquéis nunca en vuestros corazones, pues, esa pasión celeste; no hagáis como esos egoístas endurecidos que se alejan de los afligidos, porque la vista de su miseria turbaría un instante su alegre existencia; temed el quedar indiferentes cuando podáis ser útiles. La tranquilidad comprada a precio de una indiferencia culpable, es la tranquilidad del mar Muerto, que oculta en el fondo de sus aguas el fango fétido y la corrupción.

¡La piedad, sin embargo, está lejos de causar la turbación y el fastidio de que se espanta el egoísta! Sin duda el alma experimenta, al contacto de la desgracia de otro y concentrándose en, si misma, un estremecimiento natural y profundo, que hace vibrar todo vuestro ser y os afecta penosamente; pero la compensación es grande cuando conseguís volver el valor y la esperanza a un hermano desgraciado a quien enternece la presión de una mano amiga, y cuya mirada, húmeda a la vez de emoción y de reconocimiento, se vuelve dulcemente hacia vosotros antes de fijarse en el cielo para darle graciás por haberle mandado un consolador en su apoyo. La piedad es la melancólica, pero celeste precursora de la caridad, la primera entre las virtudes, cuya hermana es y cuyos beneficios prepara y ennoblece. (**Miguel**. Bordeaux, 1862).

Los huérfanos

18. Hermanos míos, amad a los huérfanos; si supiérais cuán triste es el estar solo y abandonado, sobre todo en edad temprana! Dios permite que haya huérfanos para inducirnos a servirles de padre. ¡Qué divina caridad la de ayudar a una pobre criatura abandonada, la de impedir que sufra hambre y frío, la de dirigir su alma con el fin de que no se pierda en el vicio! El que tiende la mano al niño abandonado, es agradable a Dios porque comprende y practica su ley.

Pensad también que el hijo que socorréis, os ha sido con frecuencia muy amado en otra encarnación, y si pudiéseis acordaros, no sería caridad, sino un deber. Así, pues, amigos míos, todo ser que sufre es vuestro hermano y tiene derecho a vuestra caridad, no a esa caridad que hiere el corazón, no a esa limosna que quema la mano del que la recibe, porque vuestros óbolos rehusarían, si la enfermedad y la desnudez no les esperasen en la bohardilla que habitan! Dad con delicadeza; añadir al beneficio el más precioso de todos: una buena palabra, una caricia, una sonrisa de amigo; evitad ese tono de protección que atormenta el cora zón, y pensad que haciendo bien, trabajáis para vos otros y los vuestros. (**Un espíritu familiar**. París, 1860).

19. "¿Qué debemos pensar de las personas que ha biéndoseles pagado sus beneficios con ingratitudes, ya no hacen bien por miedo de encontrar ingratos?".

Estas personas tienen más egoísmo que caridad, por que hacer el bien sólo para recibir muestras de reconocimiento es no hacerlo con desinterés, y el bien desinteresado es el bien agradable a Dios. También hay orgullo, porque se complacen en la humildad del obligado que viene a poner el reconocimiento a sus pies. El que busca en la Tierra la recompensa del bien que hace, no la recibirá en el cielo; pero Dios tendrá buena cuenta del que no la busca en la tierra.

Es necesario ayudar a los débiles siempre, aunque antes se sepa que aquellos a quienes se hace bien, no quedarán agradecidos. Sabed que si aquellos a quienes se hace el servicio olvidan el favor, Dios os lo tomará más en cuenta que si fuéseis recompensados por el re conocimiento de vuestro obligado. "Dios permite que algunas veces os paguen con ingratitudes para probar vuestra perseverancia en hacer el bien".

Por otra parte, ¿qué sabéis vosotros si este favor ol vidado por el momento, reportará más tarde buenos

frutos? Por el contrario, estad seguros de que es una semilla que germinará con el tiempo. Desgraciadamente vosotros sólo véis el presente, y trabajáis para vosotros y no para los demás. Las buenas obras aca ban por ablandar los corazones más endurecidos; puede que sean desconocidas en la tierra; pero cuando el espíritu esté desembarazado de su velo carnal, se acordará, y este recuerdo será su castigo; entonces le pe sará su ingratitud, querrá reparar su falta y pagar su deuda en otra existencia, aceptando a menudo una vida de abnegación hacia su bienhechor. Este es el modo cómo, sin vosotros saberlo; habréis contribuído a su adelantamiento moral y reconoceréis más tarde toda la verdad de esta máxima. Una buena obra nunca se pierde. Pero habréis trabajado también para vosotros, porque tendréis el mérito de haber hecho el bien con desinterés, sin dejaros desanimar por los desengaños.

¡Ah! amigos míos, si conociéseis todos los lazos que en la vida presente os unen a vuestras existencias an teriores, si pudiéseis abrazar la multitud de relaciones que unen los seres unos a otros para su progreso mu tuo, admiraríais mucho más aun la sabiduría y la bondad del Criador , que os permite volver a vivir para llegar hasta El. (**Guía protector**. Sens, 1862).

20. "La beneficencia, ¿es bien entendida cuando es exclusiva entre las personas de una misma opinión, de una misma creencia, o de un mismo partido?".

No; es menester, sobre todo, abolir el espíritu de secta y de partido; porque todos los hombres son her manos. El verdadero cristiano sólo ve hermanos en sus semejantes, y antes de socorrer al que está necesitado, no consulta ni la creencia ni su opinión, cualquiera que ella sea. ¿Seguiría acaso el precepto de Jesucristo, que dice que también debemos amar a nuestros ene migos, si rechazase a ún desgraciado, porque éste tu-

viese otra fe que la suya? Que lo socorra, pues, sin pedirle cuenta de su conciencia, porque si es un enemigo de la religión, es el medio de hacérsela amar; rechazán dole se la haría aborrecer. (**San Luis**. París, 1860).

CAPÍTULO XIV

Honra a tu padre y a tu madre

Piedad filial. - ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? - Parentesco corporal y parentesco espiritual - **Instrucciones de los espíritus**: La ingratitud de los hijos.

Piedad filial

1. **Bien sabes los mandamientos. No hagas adulterios. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No hagas engaño. "Honra a tu padre y a tu madre". (San Marcos, cap. X, v. 19; San Lucas, cap. XVIII, v. 20; San Mateo, cap. XIX, v. 19).**

2. **Honra a tu padre y a tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará. (Decálogo, Exodo, cap. XX, v. 12).**

3. El mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre", es una consecuencia de la ley general de caridad y de amor al prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar a su padre y a su madre; pero la palabra "honra" encierra un deber más respecto a ellos: el de la piedad filial. Dios ha querido manifestar con esto que al amor es preciso añadir el respeto, las consideraciones, la sumisión y la condescendencia, lo que implica la obligación de cumplir respecto a ellos de una manera aun más rigurosa todo lo que la caridad manda con respecto al prójimo. Este deber se extiende naturalmente a las personas que están en lugar de los padres, y que por ello tienen tanto más mérito cuanto menos obligatoria es su abnegación. Dios castiga siem-

pre de un modo riguroso toda violación de este mandamiento.

Honrar a su padre y a su madre no es sólo respetar-les; es también asistirles en sus necesidades, procurarles el descanso en su vejez y rodearles de solicitud como lo han hecho con nosotros en nuestra infancia.

Sobre todo con respecto a los padres sin recursos es como se demuestra la verdadera piedad filial. ¿Cumplen, acaso, este mandamiento aquellos que creen hacer un gran esfuerzo dándoles lo justo para que no se mueran de hambre, cuando ellos no se privan de nada, relegándoles en la peor habitación de la casa por no dejarles en la calle, cuando ellos reservan para sí lo mejor y más cómodo? Gracias aun si no lo hacen de mal grado y no les obliguen a comprar el tiempo que les queda de vida, cargándoles con las fatigas domésticas. ¿Está bien que los padres viejos y débiles sean los servidores de los hijos jóvenes y fuertes? ¿Acaso su madre les regateó su leche cuando estaban en la cuna? ¿Ha escaseado sus vigilias cuando estaban enfermos, y sus pasos para procurarles aquello que les faltaba? No; no es sólo lo estrictamente necesario lo que los hijos deben a sus padres pobres; deben también darles las pequeñas dulzuras de lo superfluo, los agasajos, los cuidados exquisitos que sólo son el interés de lo que ellos han recibido y el pago de una deuda sagrada. Esta es la verdadera piedad filial aceptada por Dios.

Desgraciado, pues, aquél que olvida lo que debe a losque le han sostenido en su debilidad, a los que con la vida material le dieron la vida moral, a los que muchas veces se impusieron duras privaciones para asegurar su bienestar; desgraciado el ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono; será herido en sus más caros afectos, "algunas veces desde la vida presente", y más ciertamente en otra existencia, en la que sufrirá lo que ha hecho sufrir a los otros.

Es verdad que ciertos padres olvidan sus deberes y no son para sus hijos lo que deben ser; pero a Dios co-

rresponde castigarlos y no a sus hijos; éstos no deben reprocharles, porque ellos mismos han merecido que así sucediera. Si la caridad eleva a ley el devolver bien por mal, ser indulgente con las imperfecciones de otro, no maldecir a su prójimo, olvidar y perdonar los agravios, y hasta amar a los enemigos, ¡cuánto mayor es esta obligación con respecto a los padres! Los hijos, pues, deben tomar por regla de conducta para con estos últimos, todos los preceptos de Jesús concernientes al prójimo, y decir que todo proceder vituperable con los extraños, lo es más con los allegados, y lo que sólo puede ser una falta en el primer caso, puede llegar a ser un crimen en el segundo, porque entonces a la falta de caridad se agrega la ingratitud.

4. Dios dijo: "Honra a tu padre y a tu madre para que seas de larga vida sobre la Tierra, que el Señor tu Dios te dará". ¿Por qué, pues, promete como recom pensa la vida en la Tierra y no la vida celeste? La ex plicación está en esas palabras: "Que Dios te dará", suprimidas en la fórmula moderna del Decálogo, lo que desnaturaliza el sentido. Para comprender estas palabras, es menester referirse a la situación y a las ideas de los hebreos en la época en que fueron dichas; éstos no comprendían aún la vida futura, porque su vida no se extendía más allá de la vida corporal; de bían, pues, conmoverse más por lo que veían, y por esto Dios les habla en un lenguaje a sus alcances, y como a los niños, les da en perspectiva lo que puede satisfacerles. Entonces estaban en el desierto; la tierra que Dios les "dará" era la Tierra Prometida, objeto de sus aspiraciones; no deseaban nada más, y Dios les dijo que vivirían mucho tiempo en ella, es decir, que la poseerían mucho tiempo si observaban sus manda mientos.

Mas al adve nimiento de Jesús, sus ideas estaban más desarrolladas; habiendo llegado el momento de darles un pasto menos grosero, les inició en la vida espiritual, diciéndoles: "Mi reino no es de este mun-

do; allí, y no en la tierra, recibiréis la recompensa de vuestras buenas obras". En estas palabras, la tierra prometida material se transforma en patria celeste; así es que cuando les recuerda la observancia del man damiento "Honra a tu padre y a tu madre", no les promete la tierra; sino el cielo. (Cap. II y III).

Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos

5. **Y vinieron a la casa y concurrió de nuevo tanta gente, que ni aun podían tomar alimento. - Y cuando le oyeron los suyos, salieron para echarle mano, porque decían: "se ha puesto enajenado".**

Y llegaron su madre y sus hermanos, y quedándose de la parte de afuera, le enviaron a llamar. - Y estaba sentado alrededor de él un crecido número de gente, y le dijeron: Mira, tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. - Y les respondió diciendo: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?" - Y mirando a los que estaban sentados alrededor de sí: He aquí, les dijo, mi madre y mis hermanos. - Porque el que hiciere la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. (San Marcos, cap. III, v. 20 y 21, y de 31 a 35; San Mateo, cap. XII, v. de 46 a 50).

6. Ciertas palabras parecen extrañas en boca de Jesús, y contrastan con su bondad y su inalterable benevolencia para todos. Los incrédulos que han dejado de hacer de esto un arma diciendo que se contradecía El mismo. Un hecho irrecusable es que su doctrina tiene por base esencial, por piedra angular, la ley de amor y de caridad; no podía, pues, destruir por un lado lo que establecía por otro; de donde es menester sacar esta rigurosa consecuencia: que si ciertas máximas están en contradicción con el principio, es porque las palabras que se le atribuyen han sido mal vertidas, mal comprendidas, o que no son suyas.

7. Nos maravillamos, con razon, de ver en esta circunstancia a Jesús mostrar tanta indiferencia por los suyos, y de algún modo negar a su madre.

Por lo que toca a sus hermanos, se sabe que nunca tuvieron simpatía por él; espíritus poco avanzados, no habían comprendido su misión; su conducta, a sus ojos, era extravagante, y sus enseñanzas no les habían conmovido, puesto que no hubo ningún discipulo entre ellos: parece que aun participan, hasta cierto punto, de las prevenciones de sus enemigos; por lo demás, es cierto que le acogían más como extraño que como hermano, cuando se presenta a su familia, y San Juan dice positivamente (cap. VII, v. 5): "que no creían en él".

En cuanto a su madre, nadie podría negar su ternura por su hijo; pero también es preciso convenir que parece que no se formó una idea bastante justa de su misión, porque no se la vió seguir sus enseñanzas, ni darle testimonio, como lo hizo Juan Bautista: la solicitud materna era en ella el sentimiento dominante. Con respecto a Jesús, el suponer que negó a su madre, sería desconocer su carácter; tal pensamiento no podía animar al que dijo: "Honra a tu padre y a tu madre". Es, pues, preciso buscar otro sentido a sus palabras, casi siempre veladas, bajo la forma alegórica.

Jesús no descuidaba ninguna ocasión de dar una enseñanza: aprovechó, pues, la que le ofreció la llegada de su familia, para establecer la diferencia que existe entre el parentesco corporal y el espiritual.

Parentesco corporal y parentesco espiritual

8. Los lazos de la sangre no establecen necesariamente los lazos entre los espíritus. El cuerpo procede del cuerpo, pero el espíritu no procede del espíritu, porque éste existía antes de la formación del cuerpo; el padre no es el que crea el espíritu de su hijo, pues no hace más que darle una envoltura corporal; pero debe procurar su desarrollo intelectual y moral para hacerlo progresar.

Los espíritus que se encarnan en una misma familia, sobre todo entre próximos parientes, muchas veces

son espíritus simpáticos unidos por relaciones anteriores, que se manifiestan por su afecto durante la vida terrestre; pero puede suceder también que estos espíritus sean completamente extraños unos de otros, divididos por antipatías igualmente anteriores, y que igualmente se traducen por su antagonismo en la tierra para servirles de prueba. Los verdaderos lazos de la familia no son, pues, los de la consanguinidad, sino los de la simpatía y de la comunión de pensamientos que unen a los espíritus "antes, durante y después" de su encarnación. De donde se sigue que dos seres de padres diferentes, pueden ser más hermanos por el espíritu que si lo fueran por la sangre; pueden atraerse, buscarse, gozar juntos, mientras que dos hermanos consanguíneos pueden recházarse, como se ve todos los días; problema moral que sólo el Espiritismo podía resolver por la pluralidad de las existencias. (Cap. IV, nº 13)

Hay, pues, dos clases de familia: "las familias por lazos espirituales y las familias por lazos corporales"; las primeras son duraderas, se fortifican por la purificación y se perpetúan en el mundo de los espíritus através de las diversas emigraciones del alma; las segundas son frágiles como la materia, se extinguen con el tiempo y muchas veces se disuelven moralmente desde la vida actual. Esto es lo que ha querido hacer comprender Jesús, diciendo a sus discípulos: Esta es mi madre y éstos son mis hermanos, mi familia por los lazos del espíritu, porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.

La hostilidad de sus hermanos está claramente expresada en lo que relata San Marcos, puesto que dice: Se propusieron cogerle bajo el pretexto de que estaba "enajenado". Al anunciarle su llegada, conociendo sus sentimientos con respecto a El, era natural que dijera, hablando de sus discípulos desde el punto de vista espiritual: "Aquí están mis verdaderos hermanos; su ma-

dre se encontraba con ellos, generaliza la enseñanza, lo que no implica de ninguna manera que pretendiese que su madre según el cuerpo, no le era nada según el espíritu, y que no tuviese por ella sino indiferencia; su conducta, en otras circunstancias, ha probado suficientemente lo contrario.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La ingratitud de los hijos y los lazos de familia

9. La ingratitud es uno de los frutos más inmediatos del egoísmo; subleva siempre los corazones honrados; pero la de los hijos con respecto a sus padres, tiene aún un carácter más odioso; desde este punto de vista nos detendremos más particularmente para analizar las causas y los efectos. Aquí, como por todas partes, el Espiritismo viene aclarando uno de los problemas del corazón humano.

Cuando el espíritu deja la tierra, lleva consigo las pasiones o las virtudes inherentes a su naturaleza, y en el espacio, va perfeccionándose o quedándose estacionado hasta que quiere ver la luz. Algunos, pues, han partido llevándose consigo odios poderosos y deseos de venganza no satisfecha; pero a algunos de aquellos más avanzados que los otros, les es permitido entrever un lado de la verdad; reconocen el funesto efecto de sus pasiones, y entonces es cuando toman buenas resoluciones; comprenden que para ir a Dios sólo hay una palabra de pase: "caridad"; pues no hay caridad sin olvido de los ultrajes y las injurias; no hay caridad con odios en el corazón y sin perdón.

Entonces, por un esfuerzo inaudito, miran a los que detestaron en la tierra; pero a su vista se despierta su animosidad; se rebelan a la idea de perdonar aún más que a la de renunciarse a sí mismos, y sobre todo, a la de amar a aquellos que talvez destruyeron su fortuna,

su honor y su familia. Sin embargo, el corazón de esos desgraciados está conmovido; titubean y vacilan agitados por estos sentimientos contrarios; si la buena resolución vence, ruegan a Dios e imploran a los buenos espíritus para que les den fuerza en el momento más decisivo de la prueba.

En fin, después de algunos años de meditación y de oraciones, el espíritu aprovecha una carne que se prepara en la familia de aquél que ha detestado, y pide a los espíritus encargados de transmitir las órdenes supremas el ir a cumplir en la tierra los destinos de esa carne que acaba de formarse. ¿Cuál será, pues, su conducta en esta familia? Dependerá de mayor o menor persistencia en sus buenas resoluciones. El contacto incesante de los seres que aborreció, es una prueba terrible bajo la cual sucumbe algunas veces, si su voluntad no es muy fuerte. De este modo, según la buena o la mala resolución que les dominará, será amigo o enemigo de aquellos entre los cuales está llamado a vivir. Así se explican los odios, las repulsiones instintivas que se notan en ciertos niños y que ningún acto anterior parece justificar; nada, en efecto, en esta existencia ha podido provocar esta antipatía; para que uno pueda encontrar la causa, es preciso mirar lo pasado.

¡Oh, espiritistas! comprended hoy el gran papel de la Humanidad; comprended que cuando producís un cuerpo, el alma que se encarna en él viene del espacio para progresar; sabed vuestros deberes; y poned todo vuestro amor en aproximar esta alma a Dios; esta es la misión que os está confiada, y por la que recibiréis la recompensa si la cumplís fielmente. Vuestros cuidados, la educación que la daréis, ayudarán a su perfeccionamiento y a su bienestar futuro. Pensad que a cada padre y a cada madre, Dios preguntará: ¿Qué habéis hecho del niño confiado a vuestro cuidado? Si se ha quedado atrasado por vuestra falta, vuestro castigo será el verle entre los espíritus que sufren, dependien-

do de vosotros el que hubiese sido feliz. Entonces vosotros mismos, abatidos por los remordimientos, procuraréis reparar vuestra falta, solicitaréis una nueva en carnación para vosotros y para él, en la cual le rodearéis de mejóres cuidados, y él, lleno de reconocimiento, os rodeará con su amor.

No desechéis, pues al hijo que en la cuna rechaza a su madre, ni al que paga con ingratitudes; no es la casualidad la que os ha hecho así, ni la que os lo ha dado. Una intuición imperfecta del pasado se revela, y de esto podéis juzgar que el uno o el otro ha aborrecido mucho o ha sido muy ofendido: que el uno o el otro ha venido para perdonar o expiar. ¡Madres! abrazad, pues, al hijo que os causa tristeza, y decios: Uno de nosotros dos es culpable. Mereced los goces divinos que Dios concede a la maternidad, enseñando a este niño, que está en la tierra para perfeccionarse, a amar y bendecir. Mas ¡ay! muchos de entre vosotros, en lugar de echar fuera los malos principios innatos de las existencias anteriores por medio de la educación, entretenéis y desarrolláis estos mismos principios por una culpable debilidad o por indolencia; pero más tarde vuestro corazón ulcerado por la ingratitud de vuestros hilos, será para vosotros, desde esta vida, el principio de vuestra expiación.

La tarea no es tan difícil como podríais creerlo, no exige la ciencia del mundo; lo mismo puede cumplirla el sabio que el ignorante, y el Espiritismo viene a facilitarla, haciendo conocer la causa de las imperfecciones del corazón humano.

Desde la cuna, el hijo manifiesta los instintos buenos o malos que trae de su existencia anterior; es preciso aplicarse a estudiarlos; todos los males tienen su principio en el egoísmo y en el orgullo; vigilad pues, las menores señales que revelan el germen de estos vicios, y dedicáos a combatirlos sin esperar que echen raíces profundas; haced como el buen jardinero que

arranca los malos vástagos a medida que los ve apuntar en el árbol. Si dejáis desarrollar el egoísmo y el orgullo, no os admiréis si más tarde os pagan con ingratitudes. Cuando los padres han hecho todo cuanto han podido para el adelantamiento moral de sus hijos, si no pueden conseguir su objeto, no pueden hacerse cargos, y su conciencia puede estar tranquila; pero al pesar muy natural que experimentan por el mal éxito de sus esfuerzos, Dios reserva un grande, un inmenso consuelo, por la "certeza" de que sólo es un atraso, y que les será permitido acabar en otra existencia la obra empezada en ésta, y que un día el hijo ingrato les recompensara con su amor. (Cap. XIII, número 19).

Dios no ha hecho las pruebas superiores a las fuerzas del que las pide; no permite sino las que se puedan cumplir; si no se llena el objeto, no es la posibilidad la que le falta, sino la voluntad, porque ¿cuántos hay que en lugar de resistir a las malas tentaciones, se entregan y complacen en ellas? Para estos están reservados los llantos y el crujir de dientes en sus existencias posteriores; pero admirad la bondad de Dios, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento. Llega un día en que el culpable se cansa de sufrir o en que su orgullo al fin se ha dominado, y entonces es cuando Dios abre sus brazos paternales al hijo pródigo que se echa a sus pies. "Las grandes pruebas, escuchadme bien, son casi siempre indicio de un fin de sufrimientos y de un perfeccionamiento del espíritu, cuando son aceptadas por amor a Dios".

Este es un momento supremo, y entonces es cuando sobre todo conviene no desfallecer murmurando, si no se quiere perder el fruto y tener que empezar otra vez. En lugar de quejaros, dad gracias a Dios, que os ofrece la ocasión de vencer para daros el premio de la victoria. Entonces, cuando al salir del torbellino del mundo terrestre entréis en el de los espíritus, seréis allí aclamado como el soldado que sale victorioso de la pelea.

De todas las pruebas, las más poderosas son las que afectan al corazón; hay quien soporta con valor la miseria y las privaciones materiales y sucumbe bajo el peso de la tristeza doméstica, mortificado por la ingratitud de los suyos. ¡Oh! esto es una aguda agonía! Pero, ¿quién puede mejor, en estas circunstancias, reanimar el valor moral, sino el conocimiento de las causas del mal y la certeza de que, si hay grandes trastornos, no hay desesperaciones eternas, porque Dios no puede querer que su criatura sufra siempre? ¿Qué cosa hay más consoladora y que dé más valor, que el pensamiento de que depende de sí mismo y de sus propios esfuerzos abreviar el sufrimiento, destruyendo en sí las causas del mal? Pero, para esto, es preciso no concretar las miradas a la Tierra y no ver sólo una existencia; es preciso elevarse, dominar el infinito del pasado y del porvenir; entonces la gran justicia de Dios se revela a vuestras miradas y esperáis con paciencia, porque os explicáis lo que os parecen monstruosidades en la Tierra; las heridas que recibís en ella sólo os parecen rasguños. Con este golpe de vista echado al conjunto, los lazos de familia aparecen bajo su verdadera luz; éstos no son ya los lazos frágiles de la materia que reúnen sus miembros, sino lazos duraderos del espíritu que se perpetúan y consolidan purificándose, en lugar de romperse con la encarnación.

Los espíritus a quienes la semejanza de gustos, la identidad del progreso moral y el afecto conducen a reunirse, forman familias; estos mismos espíritus en sus emigraciones terrestres, se buscan para agruparse como lo hacen en el espacio; de aquí nacen las familias unidas y homogéneas, y si en sus peregrinaciones se separan momentáneamente, se encuentran después felices por su nuevo progreso. Pero como no deben trabajar sólo para sí, Dios permite que los espíritus menos adelantados vengan a encarnarse entre ellos, para tomar consejos y buenos ejemplos en provecho de su adelantamiento; algunas veces ponen la disensión entre ellos;

pero esta es la prueba, esta es la tarea. Acogedles, pues, como a hermanos, ayudadles, y más tarde, en el mundo de los espíritus, la familia se felicitará por haber salvado del naufragio a los que a su vez podrán salvar a otros. (**San Agustín**. París, 1862).

CAPÍTULO XV

Sin caridad no hay salvación

Lo que es menester hacer para salvarse. Parábola del buen samaritano. - El mayor de los mandamientos. - Necesidad de la caridad según San Pablo. - Fuera de la Iglesia no hay salvación. - Sin la verdad no hay salvación. - **Instrucciones de los espíritus**: Sin caridad no hay salvación.

Lo que es menester hacer para salvarse. Parábola del buen samaritano

1. **Y cuando viniere el hijo del hombre ea su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su majestad.-Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. - Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda.**

Entonces dirá el Rey a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me dísteis de beber: era huésped, y me hospedásteis. - Desnudo, y me cubrísteis: enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me vinísteis a ver.

Entonces le responderán los justos, y dirán: Señor ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped y te hospedamos: o desnudo y te vestimos, o cuándo te vimos huésped o en la cárcel y te fuimos a ver? - Y respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicísteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicísteis.

Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartáos de mí, malditos al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me

dísteis de comer, tuve sed y no me dísteis de beber. - Era huésped, y no me hospedásteis; desnudo y no me cubrísteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.

Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y no te servimos? - Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo: que en cuanto no lo hicísteis a uno de estos pequeñitos ni a mí lo hicísteis.

E irán éstos al suplicio eterno: y los justos a la vida eterna (San Mateo, cap. XXV, v. de 31 a 46).

2. **Y se levantó un doctor de la ley, y le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? - Y él le dijo: ¿En la ley, qué has escrito? ¿Cómo lees? El respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma, y de toda tus fuerzas, y de todo su entendimiento, y a tu prójimo como a tí mismo. - Y le dijo: Bien has respondido, haz eso y vivirás.**

Mas él, queriéndose justificar a si mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Y Jesús, tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y dió en manos de unos ladrones; los cuales le despojaron: y después de haberlo herido le dejaron medio muerto y se fueron. - Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió, pasó de largo. - Y así mismo un levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole pasó también de largo. - Mas un samaritano que iba por su camino, se llegó cerca de él, y cuando le vió, se movió a compasión. - Y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó a una venta, y tuvo cuidado de el. - Y otro día sacó dos denarios y los dió al mesonero y le dijo: Cuídamele: y cuanto gastares de más yo te lo daré cuando vuelva.

¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? - Aquél, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dijo entonces, Jesús, y haz tú lo mismo. (San Lucas, cap. X, v. de 25 a 37).

3. Toda la moral de Jesús se resume en la caridad y en la humildad, es decir, en las dos virtudes contrarias al egoísmo y al orgullo. En todas sus enseñanzas, manifiesta que estas virtudes son el camino de la eterna felicidad. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, es decir, los humildes, porque de ellos es el

reino de los cielos; bienaventurados los que tienen el corazón puro; bienaventurados los que son mansos y pacíficos; bienaventurados los que son misericordiosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; haced a los otros lo que quisiérais que hiciesen con vosotros; amad a vuestros enemigos; perdonad las ofensas, si queréis que os perdonen; haced el bien sin ostentación; juzgaos vosotros mismos antes de juzgar a los otros. Humildad y caridad, esto es lo que no cesa de recomendar y de lo que El mismo da el ejemplo: orgullo y egoísmo, esto es lo que no cesa de combatir pero hace aún más que recomendar la caridad, la plantea con claridad y en términos explícitos como condición absoluta de la felicidad futura.

En el cuadro que presenta Jesús del juicio final, es menester, como en otras muchas cosas, atender a la parte figurada y a la alegórica. A los hombres a quienes hablaba, aun incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, debía presentar imágenes materiales, penetrantes y capaces de impresionar para que fuesen mejor aceptadas no debía apartarse mucho de las ideas que aceptaban; en cuanto a la forma, reservando siempre para el porvenir la verdadera interpretación de sus palabras y de los puntos sobre los cuales no podía explicarse con claridad. Mas al lado de la parte accesoria y figurada del cuadro, hay una idea dominante, la de la felicidad que espera al justo y de la desgracia reservada al malo.

En este juicio supremo, ¿cuáles son los considerandos de la sentencia? ¿Sobre qué se informa? ¿Pide, acaso, el juez, si se ha llenado tal o cual formalidad, observando más o menos tal o cual práctica exterior? No; sólo se informa de una cosa: de la práctica de la caridad, y pronuncia diciendo: Vosotros que habéis socorrido a vuestros hermanos, pasad a la derecha; vosotros que habéis sido duros para ellos, pasad a la izquierda. ¿Se informa, acaso, de la ortodoxia de la fe? ¿Hace una distinción entre el que cree de un modo

y el que cree de otro? No, porque Jesús coloca al sa maritano, considerado como hereje, pero que tiene el amor al prójimo, sobre el ortodoxo que falta a la ca ridad. Jesús no constituye a la caridad en una de las condiciones para la salvación, sino en condición única; si se hubiesen de cumplir otras, las hubiera expre sado. Si colocó la caridad en primera línea entre las virtudes, es porque implícitamente encierra todas las otras: la humildad, la mansedumbre, la benevolencia, la indulgencia, la justicia, etc., y porque es la negación absoluta del orgullo y del egoísmo.

El mayor de los mandamientos

4. **Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a consejo.-Y le preguntó uno de ellos, que era doctor de la ley, tentándole: Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley? - Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma y de todo tu entendimiento. - Este es el mayor y primer mandamiento. - Y el segundo semejante es a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. - De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (San Mateo, cap. XXII, v. de 34 a 40).**

5. Caridad y humildad: tal es, pues, el sólo cami no de la salvación; egoísmo y orgullo, tal es el de la perdíción. Este principio está formulado en términos precisos en estas palabras: "Amaréis a Dios de toda vuestra alma y a vuestro prójimo como a vosotrós mismos"; "toda la ley y los profetas están encerrados en estos dos mandamientos". Y para que no haya equi vocación sobre la interpretación del amor de Dios y del prójimo, añade: "Y el segundo semejante es a éste"; es decir, que no se puede verdaderamente amar a Dios, sin amar a su prójimo, ni amar a su prójimo sin amar a Dios; pues todo lo que se hace contra el prójimo, se hace contra Dios. No pudiendo amar a Dios, sin practicar la caridad con el prójimo, todos los deberes del hombre están resumidos en esta máxima: "Sin caridad no hay salvación".

Necesidad de la caridad, según San Pablo

6. **Si yo hablara lenguas de hombres y ángeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe. - Y si tuviese profecía, y supiese todos los misterios y cuanto se pudiese saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviese caridad, nada soy. Y si distribuyese todos mi bienes en dar de comer a pobres y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviese caridad, nada me aprovecha.**

La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. - No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal. - No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad: Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad. Mas de éstas, la mayor es la caridad. (San Pablo: 1ª epístola a los Corintios, capítulo XIII, v. de 1 a 7 y 13.)

7. San Pablo ha comprendido de tal modo esta gran verdad, que dice: "Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena o campana que retiñe. Y si tuviese profecia y supiese todos los misterios y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy. - Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la es peranza y la caridad." Coloca de este modo sin equí voco, la caridad sobre la fe; es porque la caridad está al alcance de todo el mundo, del ignorante y del sabio, del rico y del pobre, y es independiente de toda creencia particular.

Hace más; define la verdadera caridad, la mani fiesta; no sólo en la beneficencia, sino en el conjunto de todas las cualidades del corazón, en la bondad y en la benevoleñcia con respecto al prójimo.

Fuera de la Iglesia no hay salvación. Sin la verdad no hay salvación

8. En tanto que la máxima: "Sin caridad no hay salvación", se apoya en un principio universal y prepara a todos los hijos de Dios al acceso en la felicidad suprema, el dogma: "Fuera de la Iglesia no hay salvación", no se apoya en la fe fundamental en Dios y en la inmortalidad del alma, fe común a todas las religiones, sino "en la fe especial en dogmas particulares". Es exclusivo y absoluto; en vez de unir a los hijos de Dios, los divide; en lugar de excitar el amor de sus hermanos, mantiene y sanciona la irritación entre los sectarios de los diferentes cultos, que se consideran recíprocamente como malditos en la eternidad, aun cuando fuesen parientes o amigos en este mundo; desconociendo la grande ley de igualdad ante la tumba, los separa también en el campo del reposo. La máxima: "Sin caridad no hay salvación", es la consagración del principio de la igualdad ante Dios y de la libertad de conciencia; con esta máxima por regla, todos los hombres son hermanos, y cualquiera que sea el modo de adorar a Dios, se tienden la mano y ruegan unos por otros. Con el dogma: "Fuera de la Iglesia no hay salvación", se lanzan el anatema, se persiguen y viven como enemigos; el padre no ruega por el hijo, ni el hijo por su padre, ni el amigo por el amigo; sino que se creen recíprocamente condenados para siempre. Este dogma es, pues, esencialmente contrario a las enseñanzas de Cristo y a la ley envangélica.

9. "Sin la verdad no hay salvación", sería el equivalente de: "Fuera de la Iglesia no hay salvación", y enteramente exclusivo, porque no hay una sola secta que no pretenda tener el privilegio de la verdad. ¿Qué hombre es el que puede vanagloriarse de poseerla por completo, cuando el círculo de los conocimientos se ensancha sin cesar y cuando las ideas se rectifican todos los días? La verdad absoluta es sólo patrimonio

de los espíritus del orden más elevado, y la humani dad terrestre no podía pretenderla, porque no le es dado el saberlo todo; sólo puede aspirar a una verdad relativa y proporcionar a su adelantamiento. Si Dios hubiese hecho de la posesión de la verdad absoluta la condición expresa de la felicidad futura, este sería un decreto de proscripción general; mientras que la caridad aun en su más alta acepción, puede ser prac ticada por todos. El Espiritismo, de acuerdo con el Evangelio, admitiendo que puede uno salvarse, cualquiera que sea su creencia, con tal que observe la ley de Dios, no dice: "Fuera del Espiritismo no hay salvación"; y como no pretende enseñar aún toda la ver dad, tampoco dice: "Sin la verdad no hay salvación", máxima que dividiría en vez de unir y perpetuaría el antagonismo.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Sin caridad no hay salvación

10. Hijos míos, en la máxima: "Sin caridad no hay salvación", están contenidos los destinos de los hom bres en la tierra y en el cielo; en la tierra, porque a la sombra de ese estandarte, vivirán en paz; en el cielo, porque los que la hayan practicado encontrarán gracia ante el Señor. Esta divisa es la antorcha celes te, la columna luminosa que guía al hombre en el desierto de la vida para conducirle a la Tierra prome tida; brilla en el cielo como una aureola santa en la frente de los elegidos, y en la tierra está grabada en el corazón de aquellos a quienes Jesús dirá: Id, a la derecha, vosotros, los bendecidos por mi Padre. Les reconoceréis por el perfume de caridad que esparcen a su alrededor. Nada expresa mejor el pensamiento de Jesús, nada resume mejor los deberes del hombre, que esa máxima de orden divino: el Espiritismo no podía probar mejor su origen que dándola por regla, porque

es el reflejo del más puro cristianismo; con semejante guía el hombre no se extraviará nunca. Aplicáos, pues, amigos míos, a comprender su sentido profundo y sus consecuencias, y a buscar en ellas vosotros mismos todas las aplicaciones. Someted todas vuestras acciones a la prueba de la caridad, y vuestra conciencia os contestará: no solamente os evitará el hacer mal, sino que os hará hacer bien, porque no basta una virtud negativa, sino que es necesario la acción de la voluntad; para no hacer mal, basta muchas veces la inercia y la indiferencia.

Amigos míos, dad gracias a Dios que ha permitido que pudiéseis gozar de la luz del Espiritismo, no porque los que la poseen pueden ser los únicos que se salven, sino porque, ayudándoos a comprender mejor las enseñanzas de Cristo, hace de vosotros mejores cristianos. Haced, pues, que al veros se pueda decir, que verdadero espiritista y verdadero cristiano, son una sola cosa y una misma cosa: porque todos los que practican la caridad, son los discípulos de Jesús, cualquiera que sea el culto a que pertenezcan. (**Pablo**, apóstol. París, 1860.)

CAPÍTULO XVI

No se puede servir a Dios y a las riquezas

Salvación de los ricos. Guardaos de la avaricia. - Jesús en casa de Zacheo. - Parábola del mal rico. - Parábola de los talentos. - Utilidad providencial de la fortuna. - Pruebas de la ri queza y de la miseria. - Desigualdad de las riquezas. **Instrucciones de los espíritus**: La verdadera propiedad. - Em pleo de la fortuna. -Desprendimiento de los bienes terrestres. - Transmisión de la fortuna.

Salvación de los ricos

1. **Ningún siervo puede servir a dos señores: porque aborrecerá al uno, y amará al otro: o al uno se llegará y al otro despreciará: no podéis servir a Dios y a las riquezas. (San Lucas, cap. XVI, v. 13.)**

2. **Y vino uno, y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna - El dijo: ¿Por qué me preguntas de bien? Sólo uno es bueno, que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. - El dijo: ¿Cuáles? - Y Jesús le dijo: No matarás. No adularás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a tí mismo.**

El mancebo le dice: Yo he guardado todo eso desde mi juventud, ¿qué me falta aún? - Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: y ven y sígueme.

Y cuando oyó el mancebo estas palabras se fué triste; porque tenía muchas posesíones. -Y dijo Jesús a sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos. - Y además os digo: "Que más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico

en el reino de los cielos" (1). (San Mateo, cap. XIX, v. de 16 a 24. - San Lucas, cap. XVIII, v. de 18 a 25. - San Marcos, capítulo X, v. de 17 a 25.)

Guardaos de la avaricia

3. **Y uno del pueblo le dijo: Maestro, dí a mi hermano que parta conmigo la herencia. - Mas El le respondió: ¿Hombre, quién me ha puesto por juez, o repartidor entre vosotros? - Y le dijo: Mirad y guardáos de toda avaricia. Porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee.**

Y les contó una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico había llevado abundantes frutos. - Y él pensaba entre sí mismo, y decía: ¿Qué haré, porque no tengo en donde encerrar mis frutos? - Y dijo: esto haré, derribaré mis graneros, y los haré mayores: y allí recogeré todos mis frutos, y mis bienes. - Y diré a mi alma: Alma: muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: descansa, come, bebe, ten banquetes. - Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te vuelven a pedir el alma. - Lo que ha allegado, ¿para quién será?

Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios. (San Lucas, cap. XII, v. de 13 a 21.)

Jesús en casa de Zacheo

4. **Y habiendo entrado Jesús, pasaba por Jerícó. - Y he aquí un hombre llamado Zacheo: y éste era uno de los principales entre los publicanos, y rico. - Y procuraba ver a Jesús, quien fuese: y no podía por la mucha gente porque era pequeño de estatura. - Y corriendo delante se subió en un árbol cobrahigo para verle, porque por allí había de pasar. - Y cuando llegó Jesús a aquel lugar, alzando los ojos le vió y le dijo: Zacheo desciende presto, porque es menester hoy hospedarme en tu casa. Y él descendió apresurado, y le recibió gozoso. - Y viendo esto todos, murmuraban, diciendo que había ido a posar en casa de un pecador. (**Véase Introducción, artículo **Publicanos).**

---

(1) Esta figura atrevida puede parecer un poco forzada, porque no se ve la relación que existe entre un camello y una aguja. Esto proviene de que en hebreo, la misma palabra significa "cable y camello". En la traducción se le da esta última acepción; es probable que fuese la primera la que estaba en el pensamiento de Jesús: al menos es más natural.

Mas Zacheo, presentándose al Señor, le dijo: Señor, la mitad de cuanto tengo doy a los pobres: y si en algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más. -Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salud a esta casa, porque él también es hijo de Abraham. - Pues el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que había perecido. (San Lucas, cap. XIX, v. de 1 a 10.)

Parábola del mal rico

5. **Había un hombre rico, que se vestía de púrpura, y de lino finísimo: y cada día tenía convites espléndidos. - Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, lleno de llagas. - Deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venían los perros y le lamían las llagas. - Y aconteció que cuando murió aquel pobre lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fué sepultado en el Infierno. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. - Y él levantando el grito dijo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía a Lázaro que moje la extremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.**

Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pues ahora es él aquí consolado y tú atormentado.

Fuera de que hay tina cima impenetrable entre nosotros y vosotros: de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no pueden, y ni de ahí pasar acá.

Y dijo: Pues te ruego, Padre, que lo envíes a casa de mi padre. - Porque tengo cinco hermanos para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormento. - Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés, y a los profetas; óiganlos. Mas él dijo: No, padre Abraham, mas si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. - Y Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés, y a los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare. (San Lucas, capítulo XVI, v. de 19 a 31.)

Parábola de los talentos

6. **Porque así es como un hombre que al partirse lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. - Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, a cada uno según su capacidad, y se partió luego. - El que había recibido los cinco talentos, se fué a negociar con ellos, y ganó otros cinco. - Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. - Mas el**

que había recibido uno, fué y cavo en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. -Después de largo tiempo, vino el Señor de aquellos siervos y los lamó a cuentas. - Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado de más. - Su Señor le lijo: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuíste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor. - Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. - Su Señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuíste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. - Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recta condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparcíste. - Y temiendo, me fuí, y escondí tu talento en tierra; he aquí tienes lo que es tuyo. - Y respondiendo su Señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido. - Pues debiste haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío. - Quitadle, pues, el talento, y dádselo al que tiene diez talentos. - Porque será dado a todo el que tuviere, y tendrá más: mas al que no tuviere, le será quitado aún lo que parece que tiene. Y al siervo inútil, echadlo en las tinieblas exteriores, allí será el llorar y el crugir de dientes. (San Mateo, cap. XXV, v. de 14 a 30.)

Utilidad providencial de la fortuna

7. Si la riqueza fuera un obstáculo absoluto para la salvación de los que la poseen, como pudiera inferirse de ciertas palabras de Jesús interpretadas según la letra y no según el espíritu, Dios, que la da, hubiera puesto en manos de algunos un instrumento de perdición sin recursos; idea que repugna a la razón. La riqueza es, sin duda, una prueba muy resbaladiza, más peligrosa que la miseria por sus consecuencias, por las tentaciones que da, y la fascinación que ejerce, es el supremo excitante del orgullo, del egoísmo y de la vida sensual; es el lazo más poderoso que une al hombre a la tierra y que desvía sus pensamientos del Cielo; produce tal vértigo, que se ve muchas veces que el que

pasa de la miseria a la fortuna olvida muy pronto su primera posición a los que le han protegido y a los que le han ayudado, y se vuelve insensible, egoísta y vano. Pero de que haga el camino difícil, no se sigue que lo haga imposible y que no pueda haber un medio de salvación entre las manos de aquel que sepa servirse de ella, así como ciertos venenos pueden volver la salud si se emplean a propósito y con discernimiento.

Cuando Jesús dijo al joven que le preguntaba sobre los medios de ganar la vida eterna: "Vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme", no entendió sentar en principio absoluta que cada uno debe despojarse de lo que posee, y que la salvación sólo se alcanza a este precio, sino manifestar que el "apego a los bienes terrestres" es un obstáculo para la salvación. Aquel joven, en efecto, se creía en paz porque había observado ciertos mandamientos, y sin embargo, retrocede ante la idea de abandonar sus bienes. Su deseo de obtener la vida eterna, no es tan grande que quiera hacer este sacrificio.

La proposición que le hizo Jesús era una prueba decisiva para poner en claro el fondo de su pensamiento; podía, sin duda, ser un perfecto hombre de bien según el mundo, no hacer daño a nadie, no murmurar de su prójimo, no ser vano ni orgulloso, honrar a su padre y a su madre; pero no tenía la verdadera caridad porque su virtud no llegaba hasta la abnegación. Esto es lo que Jesús quiso demostrar haciendo una aplicación del principio, "Sin caridad no hay salvación".

La consecuencia de estas palabras tomadas en su acepción rigurosa, sería la abolición de la fortuna como perniciosa a la felicidad futura y como origen de una multitud de males en la Tierra; sería, además, la condenación del trabajo que puede procurarla, consecuencia absurda que conduciría al hombre a la vida salvaje, y que por lo mismo, estaría en contradicción con la ley del progreso, que es una ley de Dios.

Si la riqueza es el origen de muchos males, si excita tantas malas pasiones y si provoca también tantos crímenes, no debe culparse a la cosa, sino al hombre que abusa de ella, como abusa de todos los dones de Dios; con el abuso hace pernicioso lo que podría serle más útil, lo cual es consecuencia del estado de inferioridad del mundo terrestre. Si la riqueza debiera haber producido el mal, Dios no la hubiera puesto en la tierra; al hombre toca el hacer salir de ella el bien. Si no es un instrumento directo del progreso moral, es, sin contradicción, un poderoso elemento de progreso intelectual.

En efecto, el hombre tiene por misión trabajar para la mejora material del globo; debe desmontarlo, sanearlo y disponerlo para que un día reciba toda la población que corresponde a su extensión; para alimentar a esa población que crece sin cesar, es preciso aumentar la producción; si la producción de una comarca es insuficiente; es necesario buscarla más lejos. Por esto mismo las relaciones de pueblo a pueblo se hacen necesarias, y para hacerlas más fáciles, es menester destruir los obstáculos materiales que los separan y hacer las comunicaciones más rápidas. Para los trabajos que son obra de los siglos, el hombre ha tenido que sacar los materiales hasta de las entrañas de la tierra; ha buscado en la ciencia los medios de ejecutarlos con más seguridad y con más rapidez; pero para llevarlos a cabo, le son necesarios los recursos. La necesidad le ha hecho crear la riqueza, como le ha hecho descubrir la ciencia. La actividad indispensable para estos mismos trabajos aumenta y desarrolla su inteligencia, y esta inteligencia, que al principio se concentra en la satisfacción de sus necesidades materiales, le ayudará más tarde a comprender las grandes verdades morales. Siendo la riqueza el primer medio de ejecución, sin ella no habría grandes trabajos, no habría actividad, no habría estimulante, no habría descubrimientos. Con razón, pues, está considerada como un elemento del progreso.

Desigualdad de riquezas

8. La desigualdad de riquezas es uno de los problemas que en vano se quieren resolver, si sólo se atiende a la vida actual. La primera cuestión que se presenta, es esta: ¿Por qué todos los hombres no son igualmente ricos? No lo son por una razón muy sencilla: "porque no son igualmente inteligentes, activos y laboriosos para adquirir, ni sobrios y previsores para conservar". Además, está matemáticamente demostrado que la fortuna igualmente repartida, daría a cada uno parte mínima e insuficiente; que suponiendo hecha esta repartición, el equilibrio se rompería en poco tiempo por la diversidad de caracteres y de aptitudes; que suponiéndola posible y duradera, teniendo cada uno apenas lo necesario para vivir, daría por resultado el agotamiento de todos los grandes trabajos que concurren al progreso y al bienestar de la Humanidad; que suponiendo que se diese a cada uno lo necesario, no habría ya el aguijón que empuja a los grandes descubrimientos y a las empresas útiles. Si Dios lo concentra en ciertos puntos, es porque desde allí se esparza en cantidad suficiente, según las necesidades.

Admitido esto, preguntará alguno por qué Dios lo ha concedido a personas incapaces de hacerla fructificar para el bien de todos. Esta es también una prueba de la sabiduría y de la bondad de Dios. Dando al hombre el libre albedrío, ha querido que llegase por su propia experiencia a diferenciar el bien del mal, y que la práctica del bien fuese el resultado de sus esfuerzos y de su propia voluntad. No debe ser conducido fatalmente ni al bien ni al mal, pues sin esto sólo seria un instrumento pasivo e irresponsable, como los animales. La fortuna es un medio para probarle moralmente; pero como al mismo tiempo es un poderoso medio de acción para el progreso, no quiere que quede por mucho tiempo improductiva, y por esto "la cambia de puesto incesantemente". Cada uno debe poseerla para en-

sayarse a servirse de ella, y probar el uso que de la misma saber hacer; pero como hay la imposibilidad material de que todos la tengan a un mismo tiempo, y como por otra parte, si todos la poseyesen, nadie tra bajaría y el mejoramiento del globo sufriría las consecuencias, "cada uno" la posee a su vez: el que hoy no la tiene, la tuvo ya o la tendrá en otra existencia, y el que no la tiene ahora, podrá obtenerla mañana. Hay ricos y pobres, porque siendo Dios justo, cada uno debe trabajar cuando le toca su turno; la pobreza es para los unos la prueba de la paciencia y de la resigna ción, y la riqueza es para los otros la prueba de la caridad y de la abnegación.

Nos lamentamos con razón al ver el miserable uso que ciertas gentes hacen de la fortuna, las innobles pasiones que provoca la codicia, y preguntamos: ¿Dios es justo dando la riqueza a semejantes gentes? Cierto es que si el hombre sólo tuviera una existencia, nada justificaría semejante repartición de los bienes de la tierra; pero si en lugar de limitar su vista a la vida presente, se considera el conjunto de las existencias, se verá que todo se equilibra con justicia. El pobre, pues, no tiene motivo de acusar a la Providencia, ni de envidiar a los ricos; y los ricos tampoco lo tienen para glorificarse por lo que poseen. Si abusan de ella, no será con los decretos ni con las leyes suntuarias como podrá remediarse el mal, porque las leyes pue den cambiar momentáneamente el exterior, pero no pueden cambiar el corazón; por esto sólo pueden tener una duración temporal, y siempre son seguidas de una reacción desmedida. El origen del mal está en el egoísmo y en el orgullo; los abusos de toda la naturaleza cesarán por sí mismos cuando los hombres se sometan a la ley de la caridad.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La verdadera propiedad

9. El hombre no posee en propiedad sino lo que puede llevarse de este mundo. Lo que encuentra cuando llega y lo que deja cuando se va, lo goza mientras permanece en él; pero puesto que está obligado a abandonarlo, sólo tiene el usufructo y no la posesión real. ¿Qué posee pues? nada de lo que puede ser de uso para el cuerpo, y si todo lo que es para uso del alma: la inteligencia, los conocimientos, las cualidades morales, esto es lo que trae y lo que se lleva, lo que ninguna persona puede quitarle, y lo que le servirá en el otro mundo más aún que en éste; de él depende el ser más rico cuando se va que cuando llega, porque de lo que haya adquirido en bien, depende su posición futura. Cuando un hombre va a un país lejano, arregla su pacotilla de los objetos que tienen salida en el país; pero no se carga con aquellos que le serían inútiles. Haced, pues, lo mismo para la vida futura, y haced provisión de todo lo que podrá serviros.

Al viajero que llega a una posada, se le da buena habitación si puede pagarla; al que tiene poca cosa, se le da una menos cómoda; en cuanto al que no tiene nada, duerme en la paja. Esto sucede al hombre: cuando llega al mundo de los espíritus, su colocación está subordinada a su haber, pero no se paga con oro. Nadie le preguntará ¿Cuánto teníais en la tierra? ¿Qué rango ocupábais? ¿Eráis príncipe o artesano? Pero se le preguntará: ¿Con qué volvéis? No se le tomará cuenta del valor de sus bienes ni de sus títulos, sino del número de sus virtudes; pues con esta cuenta, el artesano puede ser más rico que el príncipe. En vano alegará que antes de su partida ha pagado su entrada con oro, pues se le dirá: Aquí no se compran los puestos sino que se ganan con el bien que se ha hecho:

con la moneda terrestre podéis haber comprado cam pos, casas, palacios; pero aquí se paga todo con las cualidades del corazón. ¿Sois ricos de estas cualida des? Sed bienvenido, y podéis ir a la primera clase en donde os esperan todas las felicidades; ¿Sois pobre de ellas? Id a la última en la que seréis tratado en razón de vuestro haber. (**Pascal**, Génova, 1860.)

10. Los bienes de la Tierra pertenecen a Dios que los da según su voluntad, no siendo el hombre más que un usufructuario, el administrador más o menos íntegro e inteligente. Vale tan poco la propiedad indi vidual del hombre, que Dios burla a menudo todas las previsiones, y la fortuna escapa al que cree poseerla con los mejores títulos.

Puede que digáis que así se comprende en cuanto a la fortuna hereditaria, pero que no es lo mismo con la que uno adquiere por su trabajo. Sin ninguna duda que si hay una fortuna legítima, es la que se adquiere honrosamente, porque una propiedad "no se adquiere legítimamente sino cuando para poseerla no se ha hecho daño a nadie". Se pedirá cuenta a un maravedí mal adquirido en perjuicio de otro. Pero de que un hombre deba su fortuna a sí mismo, ¿se sigue que pueda llevarse más cuando muere? Los cuidados que toma para transmitirla a sus descendientes, ¿no son superfluos muchas veces? Porque si Dios no quiere que hereden, nada podrá prevalecer contra su voluntad. ¿Puede, acaso, usar y abusar impunemente de ella durante su vida sin tener que dar cuenta? No permi tiéndole adquirirla, Dios ha podido recompensarle du rante esta vida sus esfuerzos, su valor, su perseveran-cia; pero si sólo la hace servir para satisfacción de sus sentidos o de su orgullo, si viene a ser una causa de pecado entre sus manos, más le hubiera valido no poseerla; pierde por un lado lo que ha ganado por otro, anulando el mérito de su trabajo; y cuando deje la tierra, Dios le dirá que ya recibió su recompensa. (**M., Espíritu protector**, Bruxelles, 1861.)

Empleo de la fortuna

11. No podéis servir a Dios y a las riquezas; acordáos bien de esto, vosotros a quienes domina el amor del oro, que venderíais el alma para poseer tesoros porque pueden elevaros sobre los demás hombres y daros los goces de las pasiones; no, ¡vosotros no podéis servir a Dios y a las riquezas! Si, pues, sentís vuestra alma dominada por la codicia de la carne, dáos prisa a sacudir el yuyo que os abruma, porque Dios, justo y severo os dirá "¿Qué has hecho ecónomo infiel, de los bienes que te he confiado? Este poderoso móvil de las buenas obras, sólo lo has hecho servir para tu satisfacción personal".

¿Cuál es, pues, el mejor empleo de la fortuna? Buscad en esas palabras: "Amaos los unos a los otros", la solución de este problema; ahí está el secreto para emplear bien las riquezas. El que está animado del amor al prójimo tiene trazada su línea de conducta, pues el empleo agradable a Dios, es la caridad; no esa caridad fría y egoísta que consiste en repartir a su alrededor lo superfluo de una existencia dorada, sino esa caridad llena de amor que busca a la desgracia y la levanta sin humillarla. Rico, dá de tu superfluo; haz más aún: dá un poco de lo que te es necesario, porque esto aun es superfluo, pero dá con prudencia. No rechaces el llanto por temor de ser engañado; busca el origen del mal; consuela primero, infórmate después y mira si el trabajo, los consejos, el mismo afecto, serán más eficaces que la limosna. Difunde a tu alrededor., con la caridad, el amor a Dios, el amor al trabajo, el amor al prójimo. Coloca tus riquezas en un fondo que nunca te faltará y te dará grandes intereses: las buenas obras. La riqueza de la inteligencia debe servirte tanto como la del oro; difunde a tu alrededor los tesoros de la instrucción, y esparce entre tus hermanos los tesoros de tu amor y ellos fructificarán. (**Chéverus**. Bordeaux, 1861).

12. Cuando considero cuán breve es la vida, me afecto dolorosamente por vuestra incesante preocupación, cuyo objeto es vuestro bienestar material; mientras que dais tan poca importancia y consagráis poco o ningún tiempo a vuestro perfeccionamiento moral, que debe aseguraros una eternidad. Se creería, al ver la actividad que desplegáis, que se trata de una cuestión del más alto interés para la humanidad, mientras que casi siempre se trata sólo de poneros en disposición de satisfacer necesidades exageradas: la vanidad ha de entregaros a excesos. ¡Qué penas, qué cuidados, qué tormentos no os dais, qué noches sin sueño, para aumentar una fortuna a menudo más que suficiente! Para colmo de vuestra ceguedad, no es raro ver a los que tienen un amor inmoderado a la fortuna y a los goces que procura, suietos a un trabajo penoso, valerse de una existencia llamada de sacrificios y de méritos, como si trabajasen para los otros y no para ellos mismos. ¡Insensatos! vosotros creéis realmente que os serán tomados en cuenta los cuidados y los esfuerzos cuyo móvil son el egoísmo, la ambición o el orgullo, mientras que descuidáis vuestro porvenir, lo mismo que los deberes que la solidaridad fraternal impone a todos los que gozan de la ventaja de la vida social. Vosotros sólo os habéis acordado de vuestro cuerpo; su bienestar y sus goces eran el último objeto de vuestra solicitud egoísta; por el que muere habéis descuidado vuestro espíritu, que vivirá siempre. Ese señor tan querido y acariciado se ha vuelto vuestro tirano; manda a vuestro espíritu, que se ha hecho ya su esclavo. ¿Era este el objeto de la existencia que Dios os había dado? (**Un espíritu protector**. Cracovia, 1861.)

13. Siendo el hombre el depositario, el gerente de los bienes que Dios pone en sus manos, se le pedirá una cuenta severa del empleo que haya hecho de ellos, en virtud de su libre albedrío. El mal uso consiste en hacerlos sólo servir para su satisfacción personal; al contrario, el uso es bueno siempre que resulta un bien

cualquiera para otro; el mérito es proporcionado al sacrificio que uno se impone. La beneficencia sólo es un modo de emplear la fortuna; consuela la miseria actual, apacigua el hambre, guarda del frío y da un asilo a aquél que no lo tiene; pero un deber también imperioso y meritorio consiste en precaver la miseria; ésta es, sobre todo, la misión de las grandes fortunas, por los trabajos de todas clases que pueden hacer ejecutar, y aun cuando redundase en su provecho legítimo, no existiría menos el bien porque el trabajo desarrolla la inteligencia y eleva la dignidad del hombre, siempre ávido de poder decir que gana el pan que come, mientras que la limosna humilla y degrada. La fortuna concentrada en una mano debe ser como un manantial de agua viva que esparce la fecundidad y el bienestar a su alrededor. ¡Oh, vosotros, ricos, si la empleáis según las miras del Señor, vuestro corazón será el primero que apagará su sed en este benéfico manantial de beneficencia; vosotros tendréis en la vida los inefables goces del alma, en vez de los goces materiales del egoísta que dejan el vacío en el corazón! Vuestro nombre será bendecido en la tierra, y cuando la dejéis el soberano Señor os dirigirá la palabra de la parábola de los talentos: "Oh, buen fiel servidor, participad de los goces de vuestro Señor". En esta parábola, el servidor que esconde en la tierra el oro que le ha sido confiado, ¿no es, acaso, la imagen de los avaros entre cuyas manos la fortuna es improductiva? Aun cuando Jesús habla de las limosnas, es porque en aquel tiempo y en aquel país en que vivía, no se conocían los trabajos que las artes y la industria han creado después, y en las cuales puede ser la fortuna empleada útilmente para el bien general. A todos aquellos que pueden dar poco o mucho, les diré pues: Haced limosna cuando sea necesario, pero tanto como sea posible, convertidla en salario, a fin de que el que la reciba no se avergüence. (**Fenelón**, Argel, 1860.)

Desprendimiento de los bienes terrestres

14. Vengo, hermanos míos y amigos, a traeros mi óbolo para ayudaros a marchar con valor por el camino del mejoramiento en que habéis entrado. Nos otros nos debemos unos a otros; sólo por una unión sincera y fraternal entre espíritus y encarnados es posible la regencración.

Vuestro amor a los bienes terrestres es una de las mayores trabas para vuestro adelantamiento moral y espiritual, y por esta pasión de poseer rompéis vuestras facultades amadoras, concentrándolas todas en las cosas materiales. Sed sinceros. ¿La fortuna da, por ven tura, una felicidad inalterable? Cuando vuestras arcas están llenas, ¿no hay siempre un vacio en vuestro corazón? En el fondo de este cesto de flores, ¿no hay siempre un reptil oculto? Comprendo que el hombre que por un trabajo asiduo y honroso ha ganado la for tuna, experimente una satisfacción muy justa, sin em bargo; pero de esta satisfacción muy natural y que Dios aprueba, hasta una pasión que absorbe todos los otros sentimientos y paraliza los impulsos del corazón, hay mucha distancia, tanta distancia como de la sór dida avaricia a la prodigalidad exagerada; dos vicios entre los cuales Dios ha colocado la caridad, santa y saludable virtud, que enseña al rico a dar sin ostentación para que el pobre reci ba sin bajeza.

Ya venga la fortuna de vuestra familia, ya la hayáis ganado con vuestro trabajo, hay una cosa que nunca debéis olvidar, y es que todo viene de Dios y todo vuelve a Dios. Nada os pertenece en la tierra, ni si quiera vuestro propio cuerpo; la muerte os despoja de él como de todos los bienes materiales; vosotros sois depositarios y no propietarios; no os engañéis acerca de esto; Dios os ha prestado y debéis volvérselo, y lo que os presta es con la condición de que al menos lo superfluo ha de ir a parar a los que no tienen lo necesario.

Uno de vuestros amigos os presta una suma; por poco que seáis honrados procuraréis devolvérsela y

le quedaréis agradecido. ¡Pues bien! esta es la posi ción de todo hombre rico; Dios es el amigo celeste que le ha prestado la riqueza; El sólo pide el amor y el reconocimiento; pero exige que a su vez el rico dé a los pobres, que son sus hijos, con el mismo título que El.

El bien que Dios os ha confiado excita en vuestros corazones una ardiente y loca codicia; ¿habéis refle xionado, cuando os apasionáis sin moderación a una fortuna perecedera y pasajera como vosotros, que ven drá día en que deberéis dar cuenta al Señor de lo que recibís de El? ¿Olvidáis que por la riqueza estáis re vestidos del carácter sagrado de ministros de la ca ridad en la tierra para ser dispensadores inteligentes? ¿Quiénes sois, pues, vosotros, que usáis sólo en provecho vuestro lo que se os ha confiado, sino depositarios infieles? ¿Qué resulta de este olvido voluntario de vúestros deberes? La muerte inflexible e inexorable viene a romper el velo bajo el cual os ocultáis, y os fuerza a dar vuestras cuentas al mismo amigo que os había obligado, y que en este momento para vosotros toma el carácter de juez.

En vano procuráis haceros ilusión en la tierra, dando el colorido de virtud a lo que muchas veces sólo es egoísmo; llamando economía y previsión a lo que sólo es ambición y avaricia; o generosidad a lo que sólo es prodigalidad en provecho vuestro. Un padre de familia, por ejemplo, se abstendrá de hacer caridad, economi zará, amontonará oro sobre oro, y esto, dice, para dejar a sus hijos lo mejor posible y evitarles el que sucum ban en la miseria; es muy justo y paternal, convengo en ello, y no puede vituperársele por esto; pero, ¿es éste siempre el sólo móvil que le guía? ¿No es muchas veces un compromiso con su conciencia para justifi car a sus propios ojos y a los ojos del mundo su apego personal a los bienes terrestres? Sin embargo, admiti do que el amor paternal sea el único móvil, ¿es éste un motivo para olvidar a los hermanos ante Dios? Cuando aquél tiene lo superfluo, ¿dejará a los hijos

en la miseria porque tendrán un poco menos de este superfluo? ¿No es esto darles una lección de egoísmo y endurecer su corazón? ¿No es ahogar en ellos el amor al prójimo? Padres y madres, estáis en un grande error si creéis por esto aumentar el afecto de vuestros hijos para con vosotros; enseñándoles a ser egoístas para los otros les enseñáis a serlo con vosotros mismos.

Cuando un hombre ha trabajado mucho y con el sudor de su frente ha acumulado bienes, le oiréis decir a menudo que cuando el dinero se ha ganado se conoce mejor su valor; no hay verdad más grande. Pues bien: que este hombre que confiesa conocer tod0 el valor del dinero, haga caridad según sus medios, y tendrá más mérito que aquel que, nacido en la abundancia, ignora las rudas fatigas del trabajo. Pero si este hombre que recuerda sus penas, sus trabajos, es egoísta y duro para los pobres, es mucho más culpable que los otros; porque cuando más se conocen los dolores ocultos de la miseria, tanto más debemos dedicarnos a consolar a los demás.

Desgraciadamente hay siempre en el hombre que posee, un sentimiento tan fuerte como el apego a la fortuna: el orgullo. No es raro ver al hombre que ha medrado aturdir al desgraciado que implora su asis tencia con la narración de sus trabajos y de su saber, en vez de acudir a su socorro y decirle: "Haced lo que yo he hecho". Según él, la bondad de Dios no ha in tervenido para nada en su fortuna; sólo atribuye el mérito a sí mismo; su orgullo pone una venda a sus ojos y un tapón a sus oídos; no comprende que con toda su inteligencia y su destreza, Dios puede confun dirle con una sola palabra.

Despilfarrar su fortuna no es el desprendimiento de los bienes terrestres, sino el descuido y la indiferencia; el hombre depositario de esos bienes no tiene más derecho de disiparlos que de emplearlos en su solo provecho; la prodigalidad no es la generosidad, sino muchas veces una forma del egoísmo; tal habrá que

eche el oro a manos llenas para satisfacer su capricho, y no daría un escudo para hacer un servicio. El desprendimiento de los bienes terrestres consiste en apreciar la fortuna en su justo valor, en saber servirse de ella para los otros y no sólo para sí, en no sacrificar a ella los intereses de la vida futura, en perderla sin murmurar, si le place a Dios el quitársela. Si por reveses imprevistos venís a ser otro Job, decid como él: "Señor, vos me la dísteis, vos me la habéis quitado que se haga vuestra voluntad". Este es el verdadero desprendimiento. En primer lugar sed sumisos; tened fe en Aquél que habiéndoosla dado y quitado, puede volvérosla; resistid con valor el abatimiento y la desesperación que paralizan vuestras fuerzas; no olvídéis jamás que Dios os castigará y que al lado de la mayor prueba coloca siempre un consuelo. Pero pensad, sobre todo, que hay bienes infinitamente más preciosos que los de la tierra, y este pensamiento os ayudará a desprenderos de estos últimos. El poco valor que se da a una cosa hace que sea menos sensible su pérdida. El hombre que tiene apego a los bienes de la Tierra es como el niño que sólo ve el momento presente; el que no hace caso de ellos es como el adulto que ve las cosas más importantes, porque comprende estas palabras proféticas del Salvador: "Mi reino no es de este mundo".

El Señor no ordena que uno se despoje de lo que posee para reducirse a una mendicidad voluntaria porque entonces vendría a ser una carga para la sociedad; obrar de este modo sería comprender mal el desprendimiento de los bienes terrestres; es un egoísmo por otro estilo, porque es descargarse de la responsabilidad que la fortuna hace pesar sobre el que la posee. Dios la da a quien mejor le parece para administrarla en provecho de todos; el rico tiene, pues, una misión, misión que puede hacer agradable y provechosa para él; desechar la fortuna cuando Dios se la da, es también renunciar al beneficio del bien que puede hacerse administrándola con prudencia. Saber pasar sin ella

cuando no se tiene, saberia emplear útilmente cuando se tiene, saberla sacrificar cuando es necesario, es obrar según las miras del Señor. Aquél a quien Dios le conceda lo que en el mundo se llama una buena fortuna, exclame: ¡Dios mio, vos me enviáis una nueva carga; dadme fuerza para cumplirla según vuestra santa voluntad!

Así es, amigos míos, como yo intento enseñaros el desprendimiento de los bienes terrestres; por lo tanto os diré: Sabed contentaros con poco. Si sois pobres, no envidiéis a los ricos porque la fortuna no es necesaria para la felicidad; si sois ricos, no olvidéis que estos bienes se os han confiado y que deberéis justificar su empleo como en una cuenta de tutela.

No seáis depositarios infieles haciéndolos servir para la satisfacción de vustro orgullo y de vuestra sensualidad; no os creáis con el derecho de disponer únicamente para vosotros de lo que sólo es un préstamo y no un don. Si no sabéis devolver, no tenéis el derecho de pedir, y acordáos que el que da a los pobres paga la deuda que ha contraído con Dios. (**Lacordaire**. Constantina, 1863.)

15. "El principio en virtud del cual el hombre es sólo el depositario de la fortuna de la cual Dios le permite gozar durante su vida, ¿le quita el derecho de transmitirla a sus descendientes?"

El hombre puede transmitir perfectamente, después de su muerte, aquello que ha usufructuado durante su vida, porque el efecto de este derecho está siempre subordinado a la voluntad de Dios, que puede, cuando quiere, impedir a sus descendientes gozar de él; este es el motivo porque se ven destruir las fortunas que parecen más sólidas. La voluntad del hombre para sostener su fortuna en su línea es, pues, impotente; lo que no le quita el derecho de transmitir el préstamo que ha recibido, puesto que Dios se lo quitará cuando lo crea conveniente. (**San Luis**. París, 1860.)

CAPÍTULO XVII

Sed perfectos

Caracteres de la perfección. - El hombre de bien. - Los buenos espiritistas. - Parábola de la semilla. - **Instrucciones de los espíritus**: El deber. - La virtud. - Los superiores y los inferiores. - El hombre en el mundo. - Cuidad del cuerpo y del espíritu.

Caracteres de la perfección

1. **Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen: y rogad por los que os persiguen y calumnian. - Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? - Y si saludáreis tan solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? -"Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto". (San Mateo, cap. V, v. 44, 46, 47 y 48.)**

2. Puesto que Dios posee la perfección infinita en todas las cosas, esta máxima: "Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto", tomada literalmente supondría la posibilidad de alcanzar la perfección absoluta. Si le fuese dable a la criatura el ser también perfecta como el Criador, sería igual a El, lo que es inadmisible. Pero los hombres a quienes se dirigía Jesús no hubieran comprendido esta diferencia, y por eso se limita a presentarles un modelo y les dice que se esfuercen en conseguirlo.

Es, pues, preciso entender por estas palabras la perfección relativa de la que la Humanidad es susceptible y que más la aproxima a la Divinidad. ¿En qué consiste esta perfección? Jesús lo dijo: "Amad a vuestros

enemigos, haced bien a los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian". El enseña con esto que la esencia de la perfección es la caridad en su más alta acepción, porque abraza la práctica de todas las demás virtudes.

En efecto, si se observan los resultados de todos los vicios y aun los simples efectos, se reconocerá que no hay uno siquiera que no áltere más o menos el sentimiento de la caridad, porque todos tienen su prin cipio en el egoísmo y en el orgullo, que son su negación, porque todo aquello que excita el sentimiento de la personalidad, destruye, o al menos debilita, los ele mentos de la verdadera caridad, que son la benevo lencia, la indulgencia, la abnegación, y el afecto. El amor al prójimo llevado hasta el amor de sus enemigos, no pudiéndose unir con ningún defecto contrario a la caridad, es, por lo mismo, indicio de mayor o menor superioridad moral; de donde se sigue que el grado de la perfección está en razón de la extensión de este amor; por esto Jesús, después de haber dado a sus discípulos las reglas de caridad en lo que tienen de más sublime, les dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro padre celestial es perfecto".

El hombre de bien

3. El verdadero hombre de bien es el que prac tica la ley de justicia, de amor y de caridad en su más grande pureza. Si pregunta a su conciencia sobre sus propios actos, mira si ha violado esta ley; si no ha hecho daño, si ha hecho todo el bien "que ha podido", si ha despreciado voluntariamente alguna ocasión de ser útil, si alguien tiene quejas contra él; en fin, si ha hecho a otro lo que hubiera querido que hicie ran por él.

Tiene fe en Dios, en su voluntad, en su justicia y en su sabiduría; sabe que nada sucede sin su permiso, y se somete en todas las cosas a su voluntad.

Tiene fe en el porvenir; por esto coloca los bienes espirituales sobre los temporales.

Sabe que todas las vicisitudes de la vida, todos los dolores, todos los desengaños, son pruebas o expiaciones y las acepta sin murmurar.

El hombre penetrado del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace bien por hacer bien, sin esperanza de recompensa; devuelve bien por mal, toma la defensa del débil contra el fuerte, y sacrifica siempre su interés a la justicia.

Encuentra su satisfacción en los beneficios que hace, en los servicios que presta, en las felicidades que reparte, en las lágrimas que enjuga y en los consuelos que da a los afligidos. Su primer impulso es pensar en los otros antes que pensar en sí, buscar el interés de los otros antes que el suyo propio. El egoísta, al contrario, calcula los provechos y las pérdidas de toda acción generosa.

Es bueno, humano y benévolo para con todo el mundo, sin excepción "de razas ni de creencias", porque mira a todos los hombres como hermanos.

Respeta en los demás todas las convicciones sinceras, y no anatematiza a los que no piensan como él.

En todas las circunstancias la caridad es su guía; dice que el que causa perjuicio a otro con palabras malévolas, que hiere la susceptibilidad de otro por su orgullo y desdén, que no retrocede ante la idea de causar una pena, una contrariedad, aun cuando sea ligera, pudiendo evitarlo, falta al deber de amor al prójimo y no merece la clemencia del Señor.

No tiene odio, ni rencor, ni deseo de venganza; a ejemplo de Jesús, perdona y olvida las ofensas y sólo se acuerda de los beneficios; porque sabe que él será perdonado, así como él mismo habrá perdonado.

Es indulgente para con las debididades de otro; porque sabe que él mismo necesita de indulgencia y se acuerda de aquellas palabras de Cristo: "Que el que esté sin pecado arroje la primera piedra".

No se complace en buscar los defectos de otro ni en ponerlos en evidencia. Si la necesidad le obliga, busca siempre el bien que puede atenuar el mal.

Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar para combatirlas. Todos sus esfuerzos consisten en poder decir al día siguiente, que hay en él alguna cosa mejor que en la víspera.

Nunca procura hacer valer su imaginación ni su talento a expensas de otro; por el contrario, busca todas las ocasiones de hacer resaltar lo que es ventajoso para los demás.

No está envanecido por su fórtuna, ni por sus ventajas personales, porque sabe que todo lo que se le ha dado, puede perderlo.

Usa, pero no abusa de los bienes concedidos, porque sabe que es un depósito del cual deberá dar cuenta y que el empleo más perjudicial que pudiese hacer de ellos para sí mismo, es hacerlos servir para satisfacción de sus pasiones.

Si el orden social ha colocado a los hombres bajo su dependencia, les trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales delante de Dios; usa de su autoridad para moralizarles y no para abrumarles por su orgullo, evitando lo que puede hacer más penosa su posición subalterna.

El subordinado, por su parte, comprende los deberes de su posición y procura cumplirlos religiosamente. (Cap. XVII, nº 9).

El hombre de bien, en fin, respeta en su semejante todos los derechos que dan las leyes de la naturaleza como quisiera que se respetaran en él.

Esta no es la relación de todas las cualidades que distinguen al hombre de bien; pero cualquiera que se esfuerce en poseerlas, está en camino de poseer las demás.

Los buenos espiritistas

4. El Espiritismo bien comprendido, pero, sobre todo, bien sentido, conduce forzosamente a los resul-

tados expresados más arriba, que caraterizan al verdadero espiritista como al verdadero cristiano, siendo los dos una misma cosa. El espiritismo no viene a crear una moral nueva; facilita a los hombres la inteligencia y la práctica de la de Cristo, dando una fe sólida e ilustrada a los que dudan o vacilan.

Pero muchos de los que creen en las manifestaciones no comprenden ni sus consecuencias, ni su objeto moral; o, si los comprenden, no se las aplican a si mismos. ¿En qué consiste esto? ¿es un defecto de precisión de la doctrina? No, porque no contiene ni alegorías ni figuras que puedan dar lugar a falsas interpretaciones; su esencia es la misma caridad, y esto es lo que constituye su fuerza, porque se dirige a la inteligencia. Nada tiene de misterioso, y sus iniciados no están en posesión de ningún secreto oculto para el vulgo.

Para comprenderla, ¿es preciso una inteligencia privilegiada? No, porque se ven hombres de una capacidad notoria que no la comprenden, mientras que las inteligencias vulgares, y aun de jóvenes apenas salidos de la adolescencia, comprenden sus matices más delicados con admirable precisión. Esto depende de que la parte de algún modo "material" de la ciencia, sólo requiere vista para observar, mientras que la parte "esencial" requiere cierto grado de sensibilidad que se puede llamar la "madurez del sentido moral", madurez independiente de la edad y del grado de instrucción, porque es inherente al desarrollo, en un sentido especial, del espíritu encarnado. En los unos, los lazos de la materia son aún muy tenaces para permitir al espíritu desprenderse de las cosas de la tierra; la niebla que los rodea les quita la vista del infinito; por esto no dejan fácilmente ni sus gustos, ni sus costumbres, ni comprenden nada mejor de lo que ellos poseen; la creencia en los espíritus es para ellos un simple hecho, pero modifica muy poco o nada sus tendencias instintivas; en una palabra, sólo ven un rayo de luz insuficiente para conducirles y darles una aspi-

ración poderosa y capaz de vencer sus inclinaciones. Se fijan en los fenómenos más que en la moral, que les parece venal y monótona; piden sin cesar a los espíritus que les inicien en nuevos misterios, sin preguntar si se han hecho dignos de entrar en los secretos del Criador. Estos son los espiritistas imperfectos, de los cuales algunos se quedan en el camino o se alejan de sus hermanos en creencias, porque retroceden ante la obligación de reformarse, o reservan sus simpatías para los que participan de sus debilidades o de sus prevenciones. Sin embargo, la acepción del principio de la doctrina es el primer paso que les hará el segundo más fácil en otra existencia.

El que puede con razón calificarse de verdadero y sincero espiritista está en un grado superior de adelantamiento moral; el espíritu, que domina más completamente la materia, le da una percepción más clara del porvenir; los principios de la doctrina hacen vibrar en él las fibras que permanecen mudas en los primeros; en una palabra, "tienen el corazón enternecido"; su fé es también a toda prueba. El primero es como el músico que se conmueve por ciertos acordes, mientras el otro sólo comprende los sonidos. "Se reconocé el verdadero espiritista por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones", mientras el uno se complace en un horizonte limitado, el otro, que comprende alguna cosa mejor, se esfuerza en ir más allá y lo consigue siempre cuando para ello tiene una firme voluntad.

Parábola de la semilla

5. **En aquel día saliendo Jesús de la casa, se sentó a la orilla del mar. - Y se llegaron a El muchas gentes por manera que entrando en un barco se sentó, y toda ella estaba de pie en la ribera.**

Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí que salió un sembrador a sembrar. - Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron.

Otras cayeron en lugares pedregosos, en donde no tenían mucha tierra; y nacieron luego porque no tenían tierra profunda. - Mas en saliendo el sol, se quemaron y se secaron, porque no tenían raíz.

Y otras cayeron sobre las espinas; y crecieron las espinas y las ahogaron. - Y otras cayeron en tierra buena; y rendían fruto, una a ciento, otra a sesenta, y otra a treinta.

El que tenga orejas para oir, oiga. (San Mateo. cap. XIII, v. de 1 a 9).

Vosotros, pues, oíd la parábola del que siembra.

Cualquiera que oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el malo y arrebata lo que se sembró en su corazón: éste es el que fué sembrado junto al camino.

Mas el que fué sembrado sobre las piedras, éste es el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo. - Pero no tiene en sí raíz, antes es de poca duración. Y cuando le sobreviene tribulación y persecución por la palabra, luego se escandaliza.

Y el que fué sembrado entre las espinas, éste es el que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo y el engaño de las riquezas, ahogan la palabra, y queda infructuosa.

Y el que fué sembrando en tierra buena, éste es el que oye la palabra, y la entiende y lleva fruto; y una lleva a ciento y otra a sesenta y otra a treinta. (San Mateo, cap. XIII, v. de 18 a 23).

6. La parábola de la semilla representa perfectamente los cambios que existen en la manera de aprovecharse de las enseñanzas del Evangelio. ¡Cuántas personas hay, en efecto, para las cuales es sólo una letra muerta, que, semejante a la semilla que cayó en las piedras, no produce ningún fruto!

Encuentra una aplicación no menos justa en las diferentes categorías de los espiritistas. ¿Acaso no es este el emblema de aquéllos que sólo se concretan a fenómenos materiales, y no sacan de ellos ninguna consecuencia porque sólo ven un objeto de curiosidad? ¿De aquéllos que sólo buscan la brillantez en las comunicaciones de los espíritus y no las toman con interés sino cuando satisfacen su imaginación, pero que después de haberlas oido están tan fríos e indi-

ferentes como antes? ¿Que encuentran los consejos muy buenos y los admiran, pero los aplican a los de más y no a ellos mismos? ¿De aquellos, en fin, para quienes estas instrucciones son como la semilla que cayó en tierra buena y produce frutos?

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

El deber

7. El deber es la obligación moral, primero con respecto a sí mismo, y en seguida con respecto a los otros. El deber es la ley de la vida, se encuentra en los más ínfimos detalles, lo mismo que en los actos elevados. Yo hablo sólo de deber moral, y no del que imponen las profesiones.

En el orden de sentimientos, el deber es muy difícil de cumplir, porque es el antagonismo de las seducciones del interés y del corazón, sus victorias no tienen testigos y sus derrotas no tienen represión. El deber intimo del hombre está abandonado a su libre albedrío: el aguijón de la conciencia, esta guardiana de la probidad interior, le advierte y le sostiene, pero a menudo permanece impotente ante los sofismas de la pasión. El deber del corazón fielmente observado, ele va al hombre; pero este deber ¿cómo se precisa? ¿En dónde empieza? ¿En dónde se para? "Empieza, pre cisamente, en el punto en que amenazáis la felicidad o el reposo de vuestro prójimo y termina en el límite que no quisiérais ver traspasar para vosotros".

Dios ha criado a todos los hombres iguales para el dolor; pequeños o grandes, ignorantes o ilustrados, sufren por las mismas causas, a fin de que cada uno juzgue sanamente el mal que puede hacer. No existe el mismo criterio para el bien, es infinitamente variado en sus expansiones. "La igualdad ante el dolor es una sublime previsión de Dios, que quiere que sus hijos instruídos, por la experiencia común, no cometan el mal arguyendo la ignorancia de sus efectos".

El deber es el resumen práctico de todas las experiencias morales; es una bravura del alma que desafía las agonías de la lucha; es austero y flexible y pronto a doblarse a las diversas complicaciones, permaneciendo inflexible ante las tentaciones. "El hombre que cumple su deber, ama a Dios más que a las criaturas y a las criaturas más que a sí mismo"; es, a la vez, juez y esclavo de su propia causa.

El deber es el más hermoso florón de la razón, y depende de ella como el hijo depende de su madre. El hombre debe amar el deber, no porque preserve de los males de la vida, a los cuales la humanidad no puede sustraerse, sino porque da al alma el vigor necesario para su desarrollo.

El deber engrandece y radia bajo una forma más elevada en cada una de las etapas superiores a la humanidad; la obligación moral no cesa nunca en la criatura de Dios; debe reflejar las virtudes del Eterno, que no acepta un bosquejo imperfecto, porque quiere que la hermosura de su obra resplandezca ante él. (**Lázaro**. París, 1863).

La virtud

8. La virtud, en su más alto grado, encierra el conjunto de todas las cualidades esenciales que constituyen el hombre de bien. Ser bueno, caritativo, laborioso, sobrio y modesto, son las cualidades del hombre virtuoso. Desgraciadamente estas cualidades están muchas veces acompañadas de pequeñas flaquezas morales que las quitan el brillo y las atenúan. El que hace gala de su virtud, no es virtuoso, puesto que le falta la caridad principal: la modestia, y puesto que tiene el vicio más contrario: el orgullo. La virtud, verdaderamente digna de este nombre, no pretende adquirir fama; se adivina, pero se oculta en la obscuridad, y huye de la admiración de la multitud. San Vicente de Paul era virtuoso; el digno cura de Ars era virtuoso, y también muchos otros poco conocidos del mundo, pero

conocidos de Dios. Todos esos hombres de bien ignoraban ellos mismos que fuesen virtuosos; se dejaban llevar por la corriente de sus santas inspiraciones y practicaban el bien con un desinterés completo y un entero olvido de sí mismos.

A esa virtud, comprendida y practicada de este modo, os convido, hijos míos; a esta virtud verdaderamente cristiana y verdaderamente espiritista, os exhorto a que os consagréis; pero alejad de vuestros corazones el pensamiento del orgullo, de la vanidad y del amor propio que paralizan todas estas hermosas cualidades. No imitéis a ese hombre que se presenta como modelo y él mismo pregona sus propias cualidades a todos los oídos complacientes. Esta virtud de ostentación, oculta, muy a menudo, una multitud de pequeñas torpezas y odiosas falsedades.

En principio, el hombre que se exalta a sí mismo, que levanta una estatua a su propia virtud, sólo por este hecho aniquila todo el mérito efectivo que puede tener. Pero ¿qué diré de aquel cuyo valor consiste en parecer lo que no es? Yo quiero admitir que el hombre que hace bien, sienta en el fondo de su corazón una satisfacción íntima, pero desde que esta satisfacción se manifiesta, fuera para recoger elogios, degenera en amor propio.

¡Oh, todos vosotros a quienes la fe espiritista ha calentado con sus rayos, y que sabéis cuán lejos está el hombre de la perfección, no caigáis nunca en semejante falta! La virtud es una gracia que yo deseo a todos los sinceros espiritistas, pero les diré: Más vale menos virtud con la modestia, que mucha con el orgullo. Por el orgullo las humanidades sucesivas se perdieron y por la humildad deberán redimirse un día. (**Francisco-Nicolás-Madaleine**. París, 1863).

Los superiores y los inferiores

9. La autoridad, lo mismo que la fortuna, es una delegación de la que se pedirá cuenta al que está re-

vestido de ella; no creáis que se la haya dado para procurarle el vano placer de mandar, ni como lo creen falsamente la mayor parte de los poderosos de la tierra, como un derecho, una propiedad. Dios, sin em bargo, les prueba muy bien que no es ni lo uno ni lo otro, puesto que se la retira cuando le place. Si fuese un privilegio unido a la persona, sería inalienable. Nadie puede, pues, decir que una cosa le pertenece, cuando se le puede quitar sin su consentimiento. Dios la da a titulo de **misión** o de prueba, cuando así le conviene, y la retira del mismo modo.

Cualquiera que sea depositario de la autoridad, sea cual fuere su extensión, desde el señor sobre su ser vidor, hasta el soberano sobre su pueblo, no puede negar que tiene el encargo de almas; él responderá de la buena o mala dirección que habrá dado a sus subordinados, y las faltas que éstos podrán cometer, los vicios a los cuales serán arrastrados a consecuencia de esta dirección o de los **malos ejemplos**, recaerán sobre él, mientras que recogerá los frutos de su solici tud para conducirles al bien. Todo hombre tiene en la tierra una posición grande o pequeña; cualquiera que sea, siempre se la ha dado para el bien; es, pues, faltar si la falsea en su principio.

Si Dios pregunta al rico: ¿Qué has hecho de la for tuna que debía ser entre tus manos un manantial que esparciese la fecundidad a tu alrededor?, preguntará también al que posee una autoridad cualquiera: ¿Qué uso has hecho de esa autoridad? ¿Qué males has evitado? ¿Qué progresos has becho hacer? Si te he dado subordinados, no ha sido para que de ellos hicieras esclavos de tu voluntad, ni instrumentos dóciles de tus caprichos o de tu avaricia; te hice fuerte y te con fié a los débiles para sostenerles y ayudarles a subir hacia mí.

El Superior que está penetrado de las palabras de Cristo, no desprecia a ninguno de aquellos que están a sus órdenes, porque sabe que las distinciones socia-

les no existen delante de Dios. El Espiritismo le enseña que si hoy le obedecen, le han podido mandar o le mandarán más tarde, y entonces será tratado como él haya tratado a los otros.

Si el superior tiene deberes que cumplir, el inferior los tiene también por su parte, que no son menos sagrados. Si este último es espiritista, su conciencia le dirá aún mejor que no está dispensado de ellos, aun cuando su jefe no cumpla los suyos; porque sabe que no debe devolver mal por mal, y que las faltas de los unos no autorizan las de los otros. Si sufre por su posición, dice que seguramente lo ha merecido, porque él mismo ha podido abusar en otro tiempo de su autoridad, y porque debe resistir a la vez los inconvenientes de lo que ha hecho sufrir a los otros. Si se ve forzado a sufrir esta posición por no encontrar otra mejor, el Espiritismo le enseña a resignarse como una prueba de su humildad necesaria a su adelantamiento. Su creencia le guía en su conducta; obra como quisiera que sus subordinados obrasen con él, si fuera el jefe. Por esto mismo es más escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones, porque comprende que todo descuido en el trabajo que se le ha confiado, es un perjuicio para el que le remunera y a quien debe su tiempo y sus cuidados; en una palabra, está solícito, por el cumplimiento del deber que le da su fe, y la certeza de que toda desviación del camino derecho, es una deuda que será preciso purgar tarde o temprano. (**Francisco-Nicolás-Madaleine**, cardenal **Morlot**. París, 1863).

El hombre en el mundo

10. Un sentimiento de piedad debe siempre animar el corazón de aquellos que se reunen bajo el amparo del Señor e imploran la asistencia de buenos espíritus. Purificad, pues, vuestros corazones: no permitáis que tome raíces en él ningún pensamiento mundano o fútil; elevad vuestro espíritu hacia aquellos a quienes llamáis, a fin de que, encontrando en vosotros las dis-

posiciones necesarias, puedan esparcir con profusion la semilla que debe germinar en vuestros corazones, y producir en ellos frutos de caridad y de justicia.

Sin embargo, no creáis que excitándoos sin cesar a la oración y a la evolución mental, os induzcamos a vivir místicamente, colocándoos fuera de las leyes de la sociedad en donde estáis condenados a vivir. No; vivid con los hombres de vuestra época como deben vivir las personas, y sacrificáos a las necesidades aun a las frivolidades del día; pero sacrificáos con un sentimiento de pureza que pueda santificarías.

Estáis llamados a estar en contacto con genios de naturaleza diferente, con caracteres opuestos; no choquéis con ninguno de aquellos con quienes os encontraréis. Sed alegres, sed felices, pero con la alegría que da una buena conciencia y con la felicidad del heredero del cielo que cuenta los días que le aproximan a su herencia.

La austeridad de conducta y de corazón no consiste en revestirse de un aspecto severo, ni rechazar los placeres que vuestras condiciones humanas permiten; basta dedicar todos los actos de vuestra existencia al Criador que os ha dado esta vida, basta que cuando empecéis o acabéis una obra, dirijáis vuestro pensamiento al Criador y pidáis, por un impulso del alma, ya sea su protección para salir bien, ya sea su bendición pbr la obra concluída. No hagáis nada nunca sin remontaros al orígen de todas las cosas; no hagáis jamás nada sin que la memoria de Dios venga a purificar y santificar vuestros actos.

La perfección es completa, como ha dicho Cristo, con la práctica de la caridad absoluta; pero los deberes de la caridad se extienden a todas las posiciones sociales, desde el más pequeño hasta el más grande. El hombre que viviese solo, no tendría con quién ejercer la caridad; únicamente en el contacto de sus semejantes y en las luchas más penosas, encuentra esta ocasión. El que se aisla, pues, se priva voluntaria-

mente del más poderoso medio de perfección; no teniendo en quién pensar, su vida es la del egoísta. (Cap. V, núm. 26).

No os imaginéis, pues, que para vivir en comunicación constante con nosotros, para vivir a la vista del Señor, sea preciso revestir el silicio y cubrirse de ceniza; no, no, lo repito; sed felices según las felicidades de la humanidad, pero que en vuestra felicidad no entre nunca, ni un pensamiento, ni un acto que pueda ofenderle o hacer bajar la frente de los que os aman y dirigen. Dios es amor y bendice a los que aman santamente. (**Un Espíritu protector**. Bordeaux, 1863).

Cuidad el cuerpo y el espíritu

11. La perfección moral, ¿consiste en la maceración del cuerpo? Para resolver esta cuestión me apoyo en los principios elementales, y empiezo por demostrar la necesidad de cuidar el cuerpo, que, según las alternativas de salud y de enfermedad, influye de una manera muy importante en el alma, que es preciso considerar como una cautiva de la carne. Para que esta prisionera viva, se recree y conciba aún las ilusiones de la libertad, el cuerpo debe estar sano, dispuesto, animoso. Sigamos la comparación. Los dos están en perfecto estado, ¿qué deben hacer para mantener el equilibrio entre sus aptitudes y sus necesidades tan diferentes?

Tenemos dos sistemas a la vista: el de los ascetas, que quieren echar por el suelo el cuerpo y el de los materialistas, que quieren rebajar el alma; dos violencias, que casi tan insensata es la una como la otra. Al lado de esos grandes partidos hormiguea la numerosa tribu de los indiferentes, que sin convicción y sin pasión, aman con tibieza y gozan con cconomía. ¿En dónde está, pues, la prudencia? ¿En dónde está, pues, la ciencia de vivir?

En ninguna parte; y este gran problema quedaría enteramente por resolver, si el Espiritismo no viniese en ayuda de los que buscan, demostrándoles las relaciones que existen entre el cuerpo y el alma, y diciendo que, puesto que son necesarios el uno a la otra, es preciso cuidarlos a los dos. Amad, pues, vuestra alma, pero cuidad también el cuerpo, instrumento del alma; desconocer las necesidades que están indicadas por la misma naturaleza, es desconocer la ley de Dios. No le castiguéis por las faltas que vuestro libre albedrío le ha hecho cometer y de las que tampoco tiene responsabilidad, como no la tiene el caballo mal dirigido por los daños que causa. ¿Seréis, acaso, más perfectos, si martirizando vuestro cuerpo no sois menos egoístas, orgullosos y poco caritativos con vuestro prójimo? No, la perfección no consiste en esto; está enteramente en las reformas que haréis sufrir a vuestro espíritu; suavizadle, sometejlle, humilladle, mortificadle; éste es el medio de hacerle dócil a la voluntad de Dios y el único que conduce a la perfección. (Georges. Espíritu protector. París, 1863).

CAPÍTULO XVIII

Muchos son los llamados y pocos los escogidos

Parábola del festín de las bodas. - La puerta estrecha. - Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! no entrarán todos en el reino de los cielos. - Se pedirá mucho al que haya recibido mu - cho. - **Instrucciones de los espíritus**: Se dará al que ya tiene. - Se conoce al cristiano por sus obras.

Parábola del festin de las bodas

1. **Y respondiendo Jesús, les volvió a hablar otra vez en parábolas, diciendo: semejante es el reino de los cielos a cierto rey, que hizo bodas a su hijo. - Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, mas no quisieron ir. - Envió de nuevo otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí preparado mi banquete; mis toros y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto: venid a las bodas. - Mas ellos le despreciaron, y se fueron unos a su granja, y otros a su tráfíco. - Y los otros echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron. - Y el rey cuando los oyó, se irritó; y enviando a sus ejércitos acabó con aquellos homicidas y puso fuego a su ciudad.**

Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habían sido convidados no fueron dignos. - Pues id a la salida de los caminos y a cuantos halláreis, llamadlos a las bodas; y habiendo salido sus siervos a los caminos, congregaron a cuantos hallaron, malos y buenos; y se llenaron las bodas de convidados.

Y entró el rey para ver a los que estaban a la mesa, y vió allí an hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. - Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestidura de boda. Mas él enmudeció. - Entonces el rey dijo a sus ministros: Atado de pies y manos arrojarle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. - Porque

muchos son los llamados y pocos los escogidos. (San Mateo, cap. XXII, v. de 1 a 14).

2. El incrédulo se burla de esta parábola que le parece de una sencillez pueril, porque no comprende que se pusiesen tantas dificultades para asistir a un festín, y aun menos que los convidados llevasen la resistencia hasta el extremo de matar atrozmente a los enviados del Señor de la casa. "Las parábolas, dice, son sin duda figuras, pero es preciso que no traspasen los límites de lo verosímil".

Lo mismo puede decirse de todas las alegorías y de las fábulas más ingeniosas, si no se las despoja de su envoltura para buscar en ellas el sentido oculto. Jesús sacaba las suyas de los usos más vulgares de la vida, y las adaptaba a las costumbres y al carácter del pueblo al cual hablaba; la mayor parte tienen por objeto hacer penetrar en las masas la idea de la vida espiri tual; muchas veces el sentido sólo parece ininteligible porque no se aparta de este punto de vista.

En esta parábola, Jesús compara el reino de los cie los en donde todo es alegría y felicidad, a un festín. Por los primeros convidados hace alusión a los He breos que Dios había llainado los primeros al conoci miento de su ley. Los enviados del maestro, son los profetas que venían a exhortarles para que siguieran el camino de una verdadera felicidad; pero sus palabras eran poco escuchadas, sus, advertencias eran despre ciadas y aun muchos fueron muertos alevosamente co mo los servidores de la parábola. Los convidados que se excusan diciendo que tienen que cuidar sus campos y sus negocios, son el emblema de las gentes de mun do, que absortos por las cosas terrestres, son indiferentes para las celestes.

Era una creencia entre los judíos de entonces, que su nación debía adquirir la supremacía sobre todas las otras. En efecto, Dios, ¿no había prometido a Abra ham que su posteridad cubriría toda la tierra? Pero siempre tomando la forma por el fondo, creían en una

dominación efectiva y material. Antes de la venida de Cristo, a excepción de los hebreos, todos los pueblos eran idólatras y politeístas. si; algunos hombres superiores al vulgo concibieron la idea de la unidad divina, esta idea quedó en el estado de sistema personal pero en ninguna parte fué aceptada como verdad fundamen tal, sino por los pueblos iniciados que ocultaban sus conocimientos bajo un velo misterioso e impenetrable para las masas. Los hebreos fueron los primeros que practicaron públicamente el monoteísmo, y a ellos trans mitió Dios su ley, primero por Moisés, y después por Jesús; de este pequeño foco salió la luz que debía esparcirse por todo el mundo, triunfar del paganismo y dar a Abraham una posteridad **espiritual** "tan nume-rosa como las estrellas del firmamento". Pero los ju díos, rechazando la idolatría, habían rechazado la ley moral, para dedicarse a la práctíca más fácil de las formas exteriores. El mal llegó a su colmo; la nación esclavizada estaba destrozada por las fracciones y di-vidida por las sectas; la misma incredulidad había penetrado hasta el santuario. Entonces apareció Jesús, enviado para llamarlos a la observancia de la ley y abrirles los tiuevos horizontes de la vida futura; convi dados los **primeros** al gran banquete de la fe universal, rechazaron la palabra del celeste Mesías, y le hicieron perecer; así perdieron el fruto que hubieran podido recoger de su primera iniciativa.

Sería injusto, sin embargo, acusar al pueblo entero de este estado de cosas; la responsabilidad incumbe principalmente a los fariseos y a los saduceos, que per dieron la nación por el orgullo y fanatismo de unos y por la incredulidad de los otros. A éstos sobre todo, compara Jesús con los convidados que rehusaron la comida de las bodas. Después añade: "El Señor, viendo esto, hizo convidar a todos áquellos que se encon-traron en las encrucijadas de las calles, buenos y malos".

Entendía decir con esto que la palabra iba a ser predicada a todos los otros pueblos, paganos e idó latras, y que aceptándola éstos, serían admitidos al festín en el puesto de los primeros convidados.

Pero no basta ser convidado; no hasta llevar el nom bre de cristiano ni sentarse a la mesa para tomar parte en el celeste banquete: es menester, ante todo y con expresa condición, estar revestido con la ropa nupcial, es decir, tener la pureza de corazón y practicar la ley según el espíritu; y esta ley está completa en estas palabras: "Sin caridad no hay salvación". Pero entre todos aquellos que oyen la palabra divina, ¡cuán pocos hay que la guarden y se aprovechen de ella! ¡Cuán pocos se hacen dignos de entrar en el reino de los cielos! Por esto dijo Jesús: "Serán muchos los llamados, y pocos los escogidos".

La puerta estrecha

3. **Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y muchos los que entran por él. - ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida: y pocos son los que atinan con él. (San Mateo, cap. VII, v. 13 y 14).**

4. **Y le dijo un hombre: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él le dijo: Porfiad a entrar por la puerta angosta: porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Y cuando el padre de familia hubiera entrado, y cerrado la puerta, vosotros estaréis fuera y comenzaréis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, ábrenos: y él os responderá diciendo: no sé de donde sois vosotros. - Entonces comenzaréis a decir: Delante de tí comimos y bebimos, y en nuestras plazas enseñaste. - Y os dirá: No sé de donde sois vosotros: apartáos de mí todos los obradores de la iniquidad.**

Allí será d llorar, y el crugir de dientes: y cuando veréis a Abraham y a Isaac y a Jacob, a todos los profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois arrojados fuera. - Y vendrá de Oriente y de Occidente, y de Aquilón y Austro y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. -- Y he aquí que son postreros los que serán primeros, y que son primeros los que serán postreros. (San Lucas, cap. XIII, v. de 23 a 30).

5. La puerta de la perdición es ancha, porque las malas pasiones son numerosas y el camino del mal es frecuentado por el mayor número. La de la salvación es estrecha, porque el hombre que quiere penetrar por ella debe hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo para vencer sus malas tendencias, y pocos se resignan a ello; éste es el complemento de la máxima: Muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Tal es el estado actual de la humanidad terrestre, porque siendo la tierra un mundo de expiación, el mal domina; cuando sea transformada, el camino del bien será más frecuentado. Estas palabras, deben, pues, entenderse en sentido relativo y no en sentido absoluto. Si tal debiese ser el estado normal de la humanidad, Dios hubiera condenado voluntariamente a la perdición la inmensa mayoría de sus criaturas; suposición inadmisible desde el momento que se reconoce que Dios es la justicia y la bondad por excelencia.

Pero, ¿de qué maldades se hubiera hecho culpable esta humanidad para merecer una suerte tan triste en su presente y en su porvenir, si toda estuviese relegada en la tierra y si el alma no hubiera tenido otras existencias? ¿Por qué tantos inconvenientes sembrados en su camino? ¿Por qué esta puerta tan estrecha en la que sólo puede penetrar el más pequeño número, si la suerte del alma está fijada para siempre después de la muerte? Así es que con la unidad de existencia, se está incesantemente en contradicción consigo mismo y con la justicia de Dios. Con la anterioridad del alma y la pluralidad de mundos, el horizonte se ensancha; se esclarecen los puntos más obscuros de la fe; el presente y el porvenir son solidarios del pasado, y sólo entonces es cuando puede comprenderse todo el fondo, toda la verdad y toda la sabiduría de las máximas de Cristo.

Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor!

6. **No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos; si no el que hace la voluntad de mi padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. -Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor! ¡Señor! ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? - Y entonces yo les dire claramente: Nunca os conocí: Apartáos de mí los que obráis la iniquidad. (San Mateo, cap. VII, v. 21, 22 y 23).**

7. **Pues todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será a un barón sabio, que edificó su casa sobre la peña. Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó: Porque estaba cimentada sobre peña. - Y todo el que oye es tas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco, que edificó su casa sobre arena. - Que descendió lluvía, vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó y fué su ruina grande. (San Mateo, cap. VII, v. de 24 a 27. San Lucas, cap. VI, v. de 46 a 49).**

8. **Por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos. Mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 19).**

9. Todos los que confiesan la misión de Jesús, di cen: ¡Señor! ¡Señor! ¿Pero de qué sirve llamarle Maestro o Señor, si no se siguen sus preceptos? ¿Son acaso, cristianos los que le honran por actos exteriores de devoción, y veneran al propio tiempo al orgullo, al egoísmo, a la ambición y a todas sus pasiones? ¿Son, acaso, sus discípulos aquellos que pasan días rogando, y, sin embargo, no son ni mejores, ni más carita tivos, ni más indulgentes para sus semejantes? No, porque, como los fariseos, tienen la oración en los labios y no en el corazón. Con la forma pueden imponer a los hombres, pero no a Dios. En vano dirán a Jesús: "Señor, hemos profetizado, es decir, enseñado en vues tro nombre, - hemos comido y bebido con vos"; él responderá: "No sé quiénes sois; apartaos de mí los

que obráis la iniquidad, vosotros que desmentís vuestras palabras con vuestras acciones, que calumniáis a vuestro prójimo, que despojáis a las viudas y cometéis adulterio; apartaos de mí, vosotros cuyo corazón destila la ira y la hiel, vosotros que derramáis la sangre de vuestros hermanos en mi nombre, que hacéis correr las lágrimas en vez de enjugarlas. Para vosotros habrá lágrimas y crujir de dientes, porque el reino de Dios es para aquellos que son dulces, humildes y caritativos. No esperéis doblar la justicia del Señor con la multiplicidad de vuestras palabras y de vuestras genuflexiones; el sólo camino que tenéis abierto para encontrar gracia ante El es la práctica sincera de la ley de amor y de caridad".

Las palabras de Jesús son eternas, porque son la verdad. No sólo son la salvaguardia de la vida celeste, si que también la prenda de la paz, de la tranquilidad y de la estabilidad en las cosas de la vida terrestre; por esto todas las instituciones humanas, políticas, sociales, religiosas, que se apoyen en esas palabras, serán estables como la casa que se construye sobre la peña; los hombres las conservarán porque encontrarán en ellas su felicidad; pero aquellas que fueren su violación, serán como la casa construída en la arena; el viento de las revoluciones y el torrente del progreso las arrastrarán.

Se pedirá mucho al que ha recibido mucho

10. **Porque aquel siervo que supo la voluntad de su Señor y no se apercibió, y no hizo conforme a su voluntad, será muy bien azotado. - Mas el que no supo e hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado. Porque a todo aquél a quien mucho fué dado, mucho le será demandado; y al que mucho encomendaron, más le pedirán, (San Lucas, cap. XII, v. 47 y 48).**

11. **Y Jesús dijo: Yo vine a este mundo para juicio: para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos. - Y lo oyeron algunos de los fariseos, que estaban con El. Y le dijeron: ¿pues qué, nosotros somos también ciegos? - Jesús les**

dijo: Si fuéseis ciegos no tendríais pecado: mas ahora porque decís vemos, por eso permanece vuestro pecado. (San Juan, capítulo IX, v. 39, 40 y 41.)

12. Estas máximas, sobre todo, encuentran su ex plicación en la enseñanza de los espíritus. Cualquiera que conozca los preceptos de Cristo, seguramente es culpable si no los practica; pero como que el Evan gelio que los contiene no está esparcido sino en las sectas cristianas, entre éstas, ¡cuántas personas hay que no le comprenden! Resulta de esto que las mismas palabras de Jesús son perdidas para el mayor número.

La enseñanza de los espiritus que reproduce estas maximas bajo diferentes formas, que las desarrolla y comenta para ponerlas al alcance de todos, tiene de particular que no está circunscripta, y que todos los letrados e iletrados, creyentes e incrédulos, cristianos o no, puedan recibirla, puesto que los Espíritus se co munican por todas partes; ninguno de los que la reci ben directa o indirectamente pueden pretextar ignorancia; no pueden excusarse ni con su falta de instruc ción ni con la obscuridad de su sentido alegórico. Aquel, pues, que no saca provecho de ella para su mejoramiento, que la admira como cosa interesante y curiosa, sin que su corazón se conmueva, que no es ni menos vano ni menos orgulloso, ni menos egoísta ni menos apasio nado por los bienes materiales, ni mejor para su pró jimo, es tanto más culpable cuantos más medios tiene de conocer la verdad.

Los médiums que obtienen comunicaciones buenas son aún más reprensibles si persisten en el mal; por-que muchas veces escriben su propia condenación y porque, si no les cegara el orgullo, reconocerían que los espíritus se dirigen a ellos mismos. Pero en lugar de tomar para ellos las lecciones que escriben, o que ven escribir, su sólo pensamiento es aplicarlas a los otros, realizando de este modo estas palabras de Jesús: "Veis una paja en el ojo de vuestro vecino y no veis una viga en el vuestro". (Capítulo X, nº 9).

Por estas otras palabras: "Si fuéseis ciegos no ten dríais pecado", Jesús entiende que la culpabilidad está en razón de las luces que uno posee; así, pues, los fariseos que tenían la pretensión de ser y que en efecto eran la parte más ilustrada de la nación, eran, por lo mismo, más reprensibles a los ojos de Dios que el pueblo ignorante. Lo mismo sucede hoy.

A los espiritistas, pues, se les pedirá mucho, por que han recibido mucho; pero también se dará mucho a los que se habrán aprovechado.

El primer pensamiento de todo espiritista sincero debe ser el de buscar en los consejos dados por los espíritus, si hay alguna cosa que le concierne.

El Espiritismo viene a aumentar el nú mero de los "llamados"; por la fe que da, también multiplicará el número de los "escogidos".

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Se dará al que ya tiene

13. **Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? - El respondió y dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos: mas a ellos no les es dado. - Porque al que tiene se le dará y tendrá más: mas al que no tiene, aún lo que tiene, se le quitará. - Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo, ni oyen ni entienden. (San Mateo, cap. XIII, v. de 10 a 14.)**

14. **Y les decía: Atended a lo que vais a oir. Con la medida con que midiéreis os medirán a vosotros y se os añadirá: - Porque al que tiene se dará. Y al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará. (San Marcos, cap. IV, v. 24 y 25.)**

15. "Porque al que tiene se le dará y tendrá más; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará". Meditad estas grandes lecciones, que muchas veces os han parecido paradojas. El que ha recibido es aquel

que posee el sentido de la palabra divina; ha recibido porque ha procurado hacerse digno, y porque el Señor, en su amor misericordioso, anima los esfuerzos que se dirigen al bien. Estos esfuerzos, sostenidos y perseverantes, atraen las gracias del Señor; es un imán que atrae a El las mejoras progresivas y las gracias abundantes que os hacen fuertes para subir al monte santo, en cuya cúspide está el descanso después del trabajo.

"Se quitará al que nada tiene, o que tiene poco". Tomad esto como una oposición figurada. Dios no retira a sus criaturas el bien que se ha dignado hacerlas. ¡Hombres ciegos y sordos!, abrid vuestras inteligencias, y vuestros corazones, mirad por vuestro espíritu, oíd por vuestra alma y no interpretéis de una manera tan groseramente injusta las palabras de aquel que ha hecho resplandecer a vuestros ojos la justicia del Señor. No es Dios el que quita al que ha recibido poco, sino el mismo espíritu que, pródigo e indolente, no sabe conservar lo que tiene y aumentar, fecundándolo, el óbolo caído en su corazón.

El que no cultiva el campo que el trabajo de su padre le ha ganado y él hereda, ve cubrir este campo de hierbas parásitas. ¿Es, acaso, su padre el que le vuelve a tomar las cosechas que no ha querido preparar? Si ha dejado perder el grano destinado al campo para fructificar por falta de cuidado, ¿debe acusar a su padre si no produce nada? No, no; en vez de acusar al que todo lo había preparado para él, de volverle a quitar lo que le dió, que acuse al verdadero autor de sus miserias, y entonces, arrepentido y activo, se ponga a la obra con ánimo; que rompa la tierra ingrata por el esfuerzo de su voluntad, que la trabaje hasta el corazón con la ayuda del arrepentimiento y de la esperanza, que eche con confianza el grano que tendrá elegido, bueno entre los malos, que lo rocíe con su amor y con su caridad, y Dios, el Dios de amor, dará al que ya ha recibido. Entonces verá sus esfuerzos coronados de éxito, y un grano producirá ciento y otro mil. Ani-

mo, obreros; tomad vuestro rastrillo y vuestros arados, trabajad vuestros corazones y arrancad de ellos la cizaña; sembrad el grano que el Señor os ha confiado, y el rocío de amor le hará producir frutos de caridad. (**Un espíritu amigo**. Bordeaux, 1862).

Se conoce al cristiano por sus obras

16. "Los que me dicen: Señor, Señor, no entrarán todos en el reino de los cielos, mas sólo aquel que hace la voluntad de mi padre, que está en los cielos".

Escuchad estas palabras del maestro todos los que rechazáis la doctrina espiritista como una obra del demonio. Abrid vuestros oídos; el momento de escuchar ha llegado.

¿Basta llevar la librea del Señor para ser un fiel servidor? ¿Basta decir: "Soy cristiano", para seguir a Cristo? Buscad a los buenos cristianos y los encontraréis en sus obras. "Un buen árbol no puede dar mal fruto, ni un mal árbol puede dar buen fruto. Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y echado al fuego". Estas son las palabras del Maestro; discípulos de Cristo, comprendedlas bien. ¿Cuáles son los frutos que debe dar el árbol del cristianismo, árbol poderoso cuyo ramaje copudo cubre con su sombra una parte del mundo, pero que no ha abrigado aún a todos los que deben agruparse a su alrededor? Los frutos del árbol de la vida son frutos de vida, de esperanza y de fe. El cristianismo, tal como lo ha hecho desde muchos siglos, predica siempre esas divinas virtudes, procura esparcir sus frutos, pero ¡cuán pocos lo cogen! El árbol es siempre bueno, pero los jardineros son malos. Han querido cultivarlo a su modo, han querido modelarlo según sus necesidades, y lo han achicado y mutilado; sus ramas estériles no darán malos frutos, pero no dan ninguno. El viajero que tiene sed y se para bajo su sombra para coger el fruto de la esperanza que debe darle la fuerza y el valor, sólo ve ramas áridas que

hacen presentir la tempestad. En vano pide el fruto de vida al árbol de la vida; las hojas caen secas, ¡el hombre las ha manoseado tanto, que las ha quemado!

¡Abrid, pues, vuestros oídos y vuestros corazones, queridos míos! Cultivad este árbol de vida cuyos frutos dan la vida eterna. El que lo ha plantado os invita a cuidarlo con amor, y vosotros le veréis aún dar con abundancia sus frutos divinos. Dejadlo tal como Cristo os lo dió; no lo mutiléis; su sombra inmensa quiere extenderse por todo el universo; no recortéis sus ramas; sus frutos bienhechores caen en abundancia para sostener al viajero sediento que quiere llegar al fin; no recojáis estos frutos para encerrarles y dejarles podrir y que no sirvan para nadie. "Muchos son los llamados y pocos los escogidos"; es que hay acaparadores para el pan de la vida, como los hay muchas veces para el pan material. No seáis de este número; el árbol que da buenos frutos debe esparcirse por todas partes. Marchad, pues, a buscar a aquellos que están sedientos; conducidles bajo las ramas del árbol y compartid con ellos el abrigo que os ofrece. "No se cogen uvas", hermanos míos; alejaos, pues, de aquellos que os llaman para presentaros los abrojos del camino, y seguid a aquellos que os conducen a la sombra del árbol de la vida.

El divino Salvador, el justo por excelencia, lo ha dicho y sus palabras no faltarán. "Aquellos que me dicen: ¡ Señor, Señor!, no entrarán todos en el reino de los cielos, sino sólo aquellos que hacen la voluntad de mi padre, que está en los cielos".

Que el Señor de bendición os bendiga; que el Dios de luz os ilumine; que el árbol de la vida derrame sobre vosotros sus frutos con abundancia. Creed y rogad. (**Simeón**. Bordeaux, 1863).

CAPÍTULO XIX

La fe transporta las montañas

Poder de la fe. - La fe religiosa. - Condición de la fe inaltera ble. - Parábola de la higuera seca. - **Instrucciones de los espíritus**. - La fe madre de la esperanza y de la caridad. - La fe divina y la fe humana.

Poder de la fe

1. **Y cuando llegó donde estaba la gente, vino a El un hombre, e hincadas las rodillas delante de El, le dijo: Señor, apiádate de mi hijo, que es lunático y padece mucho: pues muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. - Y lo he presentado a tus discípulos y no le han podido sanar. - Y respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y depravada! ¿hasta cuando estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Traédmelo acá. - Y Jesús lo increpó, y salió de él el demonio, y desde aquella hora fué sano el mozo. - Entonces se llegaron a Jesús los discípulos aparte y le dijeron: ¿Por qué nosotros no le pudimos lanzar? - Jesús les dijo: Por vuestra poca fe. Porque en verdad os digo, que si tuviéreis fe cuanto un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá y se pasará; y nada os será imposible. (San Mateo, cap. XVII, v. de 14 a 19.)**

2. En el sentido propio, es cierto q ue la confianza en nuestras propias fuerzas nos hace capaces de eje cutar cosas materiales que no se pueden hacer cuando dudamos de nosotros mismos, pero aquí es menester entender estas palabras sólo en el sentido moral. Las montañas que levantan la fe, son las dificultades, las resistencias, en una palabra, la mala voluntad que hay entre los hombres, aun en el momento en que se

trata de las cosas mejores; las preocupaciones de la rutina, el interés material, el egoísmo, el ciego fana tismo y las pasiones orgullosas, son otras tantas mon tañas que interceptan el camino de cualquiera que tra baja para el progreso de la humanidad. La fe robusta de la perseverancia, la energía y los recursos que hacen vencer los obstáculos, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; la que vacila de la incertidumbre y la perplejidad, de la cual se aprovechan aquellos a quienes se quiere combatir; no busca los medios de vencer porque creen no poder vencer.

3. En otra acepción se llama fe a la confianza que se tiene en el cumplimiento de una cosa, la certeza de alcanzar un objeto; da una especie de lucidez, que hace ver en el pensamiento el término hacia el cual uno se dirige y los medios de llegar a él por manera que aquel que la posee marcha, por decirlo así, con seguridad. En ambos casos puede hacer alcanzar grandes cosas.

La fe sincera y verdadera es siempre serena; da la paciencia que sabe esperar, porque teniendo su punto de apoyo en la inteligencia y en la comprensión de las cosas, está cierta de llegar al fin; la fe dudosa siente su propia debilidad; cuando está estimulada por el interés, se vuelve furibunda, y cree suplir la fuerza por la violencia. La calma en la lucha es siempre una señal de fuerza y de confianza; la violencia, por el contrario, es una prueba de debilidad y duda de sí mismo.

4. Guardaos de confundir la fe con la presunción. La verdadera fe se aviene con la humildad; el que la posee pone su confianza en Dios más que en sí mis mo, porque sabe que, simple instrumento de la volun tad de Dios, nada puede sin El, y por esto los buenos Espíritus vienen en su ayuda. La presunción más bien es orgullo que fe, y el orgullo es siempre castigado, más o menos tarde, por los desengaños y las desgracias que sufre.

5. El poder de la fe recibe una aplicación directa y especial en la acción magnética; por ella el hombre obra sobre el flúido, agente universal; modifica sus cualidades y le da una impulsión, por decirlo así, irresistible. Por esto el que tiene una gran fuerza fluídica normal, unida a una fe ardiente, puede, por la sola voluntad dirigida al bien, operat esos fenómenos extraños de curaciones y otros que en otro tiempo pasaban por prodigios y, sin embargo, sólo son consecuencia de una ley natural. Tal es el motivo porque Jesús dijo a sus apóstoles: si no habéis curado, es porque no teníais fe.

La fe religiosa. Condición de la fe inalterable

6. Desde el punto de vista religioso, la fe es la creencia en los dogmas particulares que constituyen las diferentes religiones; todas las religiones tíenen sus artículos de fe. Bajo este aspecto, la fe puede ser "razonada y ciega". La fe ciega, no examinando nada, acepta sin comprobación lo mismo lo falso que lo verdadero, y choca a cada paso contra la evidencia y la razón; empujada hasta el exceso, produce el "fanatismo". Cuando la fe se apoya en el error, se pierde tarde o temprano; la que tiene por base la verdad, está asegurada para el porvenir, porque nada tiene que temer del progreso de las luces, toda vez que "lo que es verdad en la obscuridad, lo es también en pleno día". Todas las religiones pretenden estar en la exclusiva posesión de la verdad; "preconizar la fe ciega sobre un punto de creencia, es confesar su impotencia en demostrar que se tiene razón".

7. Se dice vulgarmente que "la fe no se impone"; de aquí viene que muchas gentes digan que si no tienen fe, no es por culpa suya. Sin duda que la fe no se obliga, y lo que es más justo aún, "no se impone". No, no se impone, pero se adquiere, y no hay nadie a quien se rehuse el poseerla, aun entre los más refrac-

tarios. Hablamos de verdades espirituales fundamen tales, y no de tal o cual creencia particular. No es la fe la que debía ir a ellos, sino ellos ir al encuentro de la fe, y si la buscan con sinceridad la encontrarán. Tened, pues, por seguro, que los que dicen: "Quisiéramos creer, pero no podemos", lo dicen de boca y no con el corazón, porque diciendo esto se tapan los oídos; sin embargo, las prueban abundan a su alrededor; ¿por qué rehusan verlas? En los unos es indiferencia; en los otros es miedo de verse obligados a cambiar de costumbres; en la mayor parte es el orgullo que rehu sa conocer un poder superior, porque les sería preciso inclinarse ante él.

En algunas personas, la fe parece de algún modo innata; sólo una chispa básta para desarrollarla. Esta facilidad en asimilarse las verdades espirituales es una señal evidente del progreso anterior; en los otros, al contrario, sólo penetra con dificultad, señal muy evi dente de una naturaleza muy atrasada. Los primeros han creído ya y comprendido; traen, volviendo a "na cer", la intuición de lo que fueron; su educación está hecha; los segundos tienen que aprenderlo todo; su educación está por hacer; ella se hará, y si no se concluye en esta existencia se concluirá en la otra.

Respecto a la resistencia del incrédulo, es menester convenir que es menos por su culpa que por la manera como se presentan las cosas. A la fe es preciso una base, y esta base es la inteligencia perfecta de lo que se debe creer; para creer no basta "ver", es necesario, sobre todo, "comprendér". La fe ciega no es de este siglo, pues hoy el mayor número de incrédulos, porque quiere imponerse y exige la abdicación de una de las más preciosas prerrogativas del hombre: el razonamiento y el libre albedrío. Contra esta fe se parapeta el incrédulo y tiene razón de decir que no se impone: no admitiendo aquellas pruebas, deja en el Espíritu un vacío, de donde nace la duda. La fe razonada, la

que se apoya en los hechos y en la lógica, no deja en pos de sí ninguna obscuridad; se cree porque se está cierto, y no se está cierto hasta que se ha comprendido; esta es la razón porque es inalterable, "porque no hay fe inalterable sino la que puede mirar frente a frente a la razón en todas las edades de la humanidad".

A este resultado conduce el Espiritismo, y por esto triunfa de la incredulidad, siempre que no encuentra oposición sistemática e interesada.

Parábola de la higuera seca

8. **Y otro día, como salieron de Betania, tuvo hambre. - Y viendo a lo lejos una higuera que tenía hojas, fué allá por si hallaría alguna cosa en ella; y cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, porque no era tiempo de higos. - Y respondiendo le dijo: Nunca más coma nadie de ti para siempre. Y lo oyeron sus discípulos. Y al pasar por la mañana, vieron que la higuera se había secado de raíz. - Y se acordó Pedro y le dijo: Maestro, cata ahí la higuera que maldijiste cómo se ha secado. - Y respondiendo Jesús les dijo: "Tened fe en Dios. - En verdad os digo, que cualquiera que dijera a este monte: Levántate y échate en el mar; y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho. (San Marcos, cap. XI, v. 12, 13, 14 y 20 a 23.)**

9. La higuera seca es el símbolo de las gentes que sólo son buenas en la apariencia, pero que en realidad no producen nada bueno; oradores que tienen más brillo que solidez, sus palabras tienen el barniz de la superficie, agradan al oído, pero cuando se les analiza nada sustancial se encuentra para el corazón; después de haberlos escuchado se pregunta uno qué partido se ha sacado de sus oraciones.

Es también el emblema de todos los que tienen los medios de ser útiles y no lo son; de todas las utopías, de todos los sistemas vacíos, de todas las doctrinas sin bases sólidas. Lo que falta la mayor parte de las veces es la fe, la fe fecunda, la fe que remueve las fibras del corazón; en una palabra, la fe que transporta las mon tañas. Son árboles que tienen hojas, pero no dan fru-

tos; por esto Jesús les condena a la esterilidad, porque vendrá un día que se secarán de raíz; es decir, que todos los sistemas, todas las doctrinas que no hayan producido ningún bien para la humanidad, caerán en la nada, y todos los hombres voluntariamente inútiles por falta de haber puesto en práctica todos los recur sos que tenían, serán tratados como la higuera que Jesús secó.

10. Los médiums son los intérpretes de los espíri tus, supliendo los órganos materiales que a éstos faltan para transmitirnos sus instrucciones; por esto están dotados de facultades a este efecto. En estos tiempos de renovación social, tienen una misión particular; son arboles que deben dar el pasto espiritual a sus hermanos, multiplicándose para que el pasto sea abundante; los hay en todas partes, en todas las comarcas, en todas las clases de la sociedad, entre los ricos y los pobres, entre los grandes y entre los pequeños, a fin de que no haya desheredados, y para probar a los hombres que "todos son llamados". Mas si desvían de su objeto pro videncial la facultad preciosa que se les ha conferido, si la hacen servir para cosas fútiles y perniciosas, si la ponen al servicio de intereses mundanos, si en vez de frutos saludables los dan malsanos, si rehusan el ser provechosos para los otros, sí ellos mismos no se apro vechan mejorándose, son como la higuera estéril; Dios les retirará un don que es inútil en sus manos, la semilla que ellos no saben hacer fructificar, y les dejará que sean presa de los malos espíritus.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La fe, madre de la esperanza y de la caridad

11. La fe, para ser provechosa, debe ser activa, no ha de embotarse. Madre de todas las virtudes que conducen a Dios, debe velar con atención el desarrollo de las hijas que da a luz.

La esperanza y la caridad son una consecuencia de la fe; estas tres virtudes son una trinidad inseparable. ¿No es, acaso, la fe, la que da la esperanza de que se verán cumplidas las promesas del Señor? Porque si no tenéis fe, ¿qué esperaréis? ¿No es la fe la que da el amor? Porque si no tenéis fe, ¿qué reconocimiento tendréis y, por consiguiente, qué amor?

La fe, divina aspiración de Dios, despierta todos los nobles instintos que conducen el hombre al bien; es la base de la regeneración. Es menester que esta base sea fuerte y duradera, porque si la menor duda la hace vacilar, ¿qué será del edificio que construyáis encima? Levantad, pues, este edificio sobre cimientos sólidos; que vuestra fe sea más fuerte que los sofismas y las burlas de los incrédulos, porque la fe que no desafía al ridículo de los hombres, no es la verdadera fe.

La fe sincera es atractiva y contagiosa; se comunica a los que la tenían o que no querían tenerla; encuentra palabras persuasivas que se dirigen al alma, mientras que la fe aparente sólo tiene palabras sonoras que dejan frío e indiferente; predicad con el ejemplo para dar de ella fe a los hombres; predicad con el ejemplo de vuestras obras para hacerles ver el mérito de la fe; predicad con vuestra esperanza indestructible para hacerles ver la confianza que fortifica y que pone en situación de desafiar todas las vicisitudes de la vida.

Tened, pues, fe en todo lo que ella tiene de bueno y hermoso, en su pureza y en su razonamiento. No admitáis la fe sin comprobación, hija ciega de la obscuridad. Amad a Dios, pero sabed por qué le amáis; creed en sus promesas, pero sabed por qué creéis en ellas seguid nuestros consejos, pero hacéos cargo del fin que os señalamos y de los medios que os manifestamos para conseguirlo. Creed y esperad sin desfallecer nunca; los milagros son obra de la fe. (**José, espíritu protector**. Bordeaux, 1862).

La fe divina y la fe humana

12. La fe en el hombre es el sentimiento innato de sus destinos futuros; es la conciencia que tiene de sus facultades inmensas, cuyo germen ha sido depositado en él, primero en estado latente y que debe hacer des arrollar y aumentar, después por su voluntad de acción.

Hasta el presente la fe no ha sido comprendida sino por el lado religioso, porque Cristo la preconizó como palanca poderosa y porque en El se ha visto el jefe de una religión. Pero Cristo, que hizo milagros ma teriales, ha enseñado por estos mismos milagros lo que el hombre puede cuando tiene fe, es decir, la "volun tad de querer" y la certeza de que esta voluntad puede cumplirse. Los apóstoles, a su ejemplo, ¿no hicieron también milagros? Pues ¿qué eran estos milagros sino efectos naturales cuya causa era desconocida a los hom bres de entonces, pero que en gran parte se explican hoy y se comprenderán completamente por el estudio del Espiritismo y del magnetismo?

La fe es humana o divina, según como el hombre aplica sus facultades a las necesidades terrestres o a sus aspiraciones celestes y futuras. El hombre de genio que persigue la realización de alguna grande empresa, consigue su objeto si tiene fe, porque siente en él que debe y puede realizarló, y esta certeza le da una fuerza inmensa. El hombre de bien que creyendo en su porvenir celeste quiere llenar su vida de nobles y bellas acciones, saca de la fe, con la certeza de la felicidad que le espera, la fuerza necesaria, y también con esto se realizan los milagros de la caridad, de afecto y de abnegación. En fin, con la fe no hay malas inclinacio nes que no lleguen a vencerse.

El magnetismo es una de las más grandes pruebas del poder de la fe puesta en acción: por la fe cura y produce esos fenómenos extraños que en otro tiempo se calificaban de milagros.

Lo repito, la fe es "humana y divina"; si todos los encarnados estuviesen bien persuadidos de la fuerza que tienen en sí y quisieran poner su voluntad al servicio de esta fuerza, serían capaces de llevar a cabo lo que hasta el presente se han llamado prodigios, y que sencillamente sólo son desarrollo de las facultades humanas. (**Un espíritu protector**. París, 1863).

CAPÍTULO XX

Los obreros de la última hora

Instrucciones de los espíritus: Los últimos serán los primeros. - Misión de los espiritistas. - Los obreros del Señor.

1. **Semejante es el reino de los cielos a un hombre padre de familia que salió muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña. - Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por día, les envió a su viña. - Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza, que estaban ociosos. - Y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. - Y ellos fueron. Volvió a salir cerca de la hora de sexta y de nona, e hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros, que se estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? - Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado a jornal. Díceles: Id también vosotros a mi viña.**

Y al venir la noche, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. - Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora de vísperas, recibió cada uno su denario. - Y cuando llegaron los primeros, creyeron que les daría más; pero no recibió sino un denario cada uno. -Y tomándole, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor.

Mas él respondió a uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? - Toma lo que es tuyo y vete, pues yo quiero dar a este postrero tanto como a tí. - ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno?

Así "serán los postreros, primeros: y los primeros, postreros; Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos". (San Mateo, cap. XX, v. de 1 a 16. Véase también: Parábola del festín de las bodas, cap. XVIII, núm. 1.**)**

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Los últimos serán los primeros

2. El obrero de la última hora tiene derecho al salario; pero es menester que su buena voluntad le haya tenido a disposición del Señor que debía emplearle, y que este retraso no sea fruto de su pereza o de su mala voluntad. Tiene derecho al salario, porque desde el alba, esperaba impacientemente al que le llamase a la obra; era trabajador, sólo le faltaba trabajo.

Pero si hubiese rehusado el trabajo todas las horas del día, si hubiese dicho: "Tomemos paciencia, el reposo me es agradable; cuando suene la última hora, será tiempo de pensar en el salario del día: ¿por qué tengo necesidad de molestarme por un amo que no conozco, a quien no quiero? cuanto más tarde, será mejor". Este, amigos míos, no hubiera encontrado el salario del obrero, sino el de la pereza.

¡Qué será, pues, de aquel que, en lugar de permanecer simplemente en la inacción, haya empleado las horas destinadas al trabajo del día en cometer actos culpables, que haya blasfemado de Dios, vertido la sangre de sus hermanos, puesto la turbación en las familias, arruinado a los hombres de buena fe, abusado de la inocencia, que se haya, en fin, arrastrado en todas las ignominias de la humanidad!; ¿que será, pues, de aquél? ¿Le bastará decir en la última hora: Señor, yo he empleado mal el tiempo; tomadme hasta concluir el día, aun cuando haga poco, muy poco de mi tarea, y dadme el salario del trabajador de buena voluntad? No, no; le dirá el Señor: no tengo trabajo para tí por ahora, tú has malgastado el tiempo; has olvidado lo que

has aprendido; no sabes trabajar en mi viña. Empieza otra vez a aprender, y cuando estés mejor dispuesto, vendrás a mí, te abriré mi vasto campo y podrás tra bajar en él todas las horas del día.

Buenos espiritistas, queridos míos, vosotros sois to dos trabajadores de la última hora. Muy orgalloso fuera el que dijese: He empezado la obra a la aurora y no la concluiré hasta el anochecer. Todos vosotros habéis venido cuando se os ha llamado, un poco más temprano o un poco más tarde para la encarnación cuya cadena lleváis; ¡pero cuántos siglos han pasado desde que el Señor os ha llamado a su viña sin que hayáis querido entrar en ella! Este es el momento de tomar el salario; emplead bien esta hora que os queda, y no olvidéis que vuestra existencia, tan larga como os parece, sólo es un momento fugitivo en la inmensidad de los tiempos que forman para vosotros la eternidad. (**Constantino, espíritu protector**. Bordeaux, 1863).

3. Jesús era aficionado a la sencillez de los símbolos, y en su varonil lenguaje, los obreros llegados a la primera hora son los profetas, Moisés, y todos los iniciadores que marcaron las etapas del progreso continuadas a través de los siglos por los apóstoles, los mártires, los Padres de la Iglesia, los sabios, los filó sofos, en fin, los espiritistas. Estos, llegados los últi mos, han sido anunciados y predkhos desde la aurora del Mesías, y recibirán la misma recompensa; ¿qué digo?, más alta recompensa. Ultimos venidos, los espiritistas aprovechan los trabajos intelectuales de sus an tecesores, porque el hombre debe heredar del hombre, pues sus trabajos y sus resultados son colectivos: Dios bendice la solidaridad. Muchos de ellos vuelven a vivir hoy, o volverán a vivir mañana para acabar la obra que empezaron en otro tiempo; más de un patriarca, más de un profeta, más de un discipulo de Cristo , más de un propagador de la fe cristiana, se encuentran entre ellos, pero más esclarecidos, más adelantados,

trabajando no ya a la base sino al coronamiento del edificio; su salario será, pues, proporcionado al mérito de la obra.

La reencarnación, este hermoso dogma, eterniza y precisa la filiación espiritual. El espíritu llamado a dar cuenta de su mandato terrestre, comprende la continuidad de la tarea interrumpida, pero siempre vuelta a tomar; ve, siente que ha cogido al vuelo el pensamiento de sus antecesores; vuelve a entrar en la lid, maduro por la experiencia, para adelantar otra vez, y todos los obreros de la primera y de la última hora, fijos los ojos en la profunda justicia de Dios, ya no murmuran, sólo le adoran.

Tal es uno de los verdaderos sentidos de esta parábola que encierra, como todas las que Jesús dirigió al pueblo, el germen del porvenir; y también bajo todas las formas, bajo todas las imágenes, encierra la revelación de esa magnífica unidad que armoniza todas las cosas en el universo, de esa solidaridad que reune a todos los seres del presente, del pasado y del porvenir. (**Henri Heine**. París, 1863).

Misión de los espiritistas

4. ¿Oís ya rugir la tempestad que debe acabar con el viejo mundo y sumergir en la nada las iniquidades terrestres? ¡Ah! bendecid al Señor, vosotros que habéis puesto vuestra fe en su soberana justicia y como nuevos apóstoles de la creencia revelada por las voces proféticas superiores, id a predicar el dogma nuevo de la **reencarnación** y de la elevación de los espíritus, según cumplieron bien o mal su misión y soportado sus pruebas terrestres.

¡No tembléis ya! Las lenguas de fuego están sobre vuestras cabezas. ¡Verdaderos adeptos del Espiritismo, vosotros sois los elegidos del Señor! Id y predicad la palabra divina. Ha llegado la hora en que debéis sacrificar, para su propagación, vuestras costum-

bres, vuestros trabajos y vuestras ocupaciones fútiles. Id y predicad. Los espíritus de lo alto, están con vosotros. Ciertamente hablaréis a personas que no querrán escuchar la voz de Dios, porque esta voz les recuerda sin cesar la abnegación; vosotros predicaréis el desinterés a los avaros, la abstinencia a los viciosos y la mansedumbre a los tiranos domésticos y a los déspotas, palabras perdidas, ya lo sé; pero ¡qué importa! es preciso rociar con vuestros sudores el terreno que debéis sembrar, porque no fructificará y no producirá sino con los esfuerzos reiterados del azadón y del arado evangélico. Id y predicad.

Sí, todos vosotros, hombres de buena fe, que creéis en vuestra inferioridad mirando los mundos diseminados por el infinito, marchad en cruzada contra la injusticia y la iniquidad. Id y destruid ese culto del becerro de oro que cada día se hace más invasor. Marchad, Dios os conduce. Hombres sencillos e ignorantes, vuestras lenguas se desatarán y hablaréis como no habla ningún orador. Id y predicad, y las poblaciones atentas recogerán felices vuestras palabras de consuelo, de fraternidad, de esperanza y de paz.

¡Qué importan los tropiezos que se opondrán a vuestro paso! Sólo los lobos caerán en la trampa del lobo, porque el pastor sabrá defender sus ovejas contra los carniceros sacrificadores.

Id, hombres grandes ante Dios, que más felices que Santo Tomás, creéis sin poder ver y aceptáis los hechos de la mediumnidad, aun cuando vosotros no la hayáis podido obtener de vosotros mismos; id, el espíritu de Dios os conduce.

Marcha, pues, adelante, falange impotente por tu fe, y los numerosos batallones de incrédulos desaparecerán ante ti como la niebla de la mañana a los primeros rayos del sol naciente.

La fe es la virtud que levantará las montañas, os dijo Jesús, pero más pesadas que las más escarpadas montañas están en el corazón de los hombres la impureza y todos los vicios de ella. Marchad, pues,

con valor para levantar esa montaña de iniquidades que las generaciones futuras no deben conocer sino por la leyenda, como vosotros no conocéis tampoco sino muy imperfectamente el período de los tiempos anteriores a la civilización pagana.

Sí, los cataclismos morales y filosóficos van a estallar en todas las partes del globo; la hora se acerca y la luz divina aparecerá sobre los dos mundos.

Id, pues, y llevad la palabra divina: a los grandes que la desdeñarán, a los sabios que pedirán pruebas, a los pequeños y a los sencillos que la aceptarán, porque sobre todo entre estos mártires del trabajo, en esta expiación terrestre, encontraréis el favor y la fe. Id, éstos recibirán con cánticos de acción de gracias, cantando las alabanzas de Dios, el consuelo santo que les llevaréis, y se inclinarán dándole gracias por la parte que les corresponde de sus miserias terrestres.

¡Que vuestra falange se arme, pues, de resolución y de valor! ¡A la obra! El arado está preparado; la tierra espera, es preciso trabajar.

Id y dad gracias a Dios por la tarea gloriosa que os ha confiado, pero pensad que entre los llamados al Espiritismo, muchos se han estacionado; mirad, pues, vuestro camino, y seguid la senda de la verdad.

P. Si muchos de los llamados al Espiritismo se han estacionado, ¿cómo conoceremos a los que están en el buen camino? - R. Los reconoceréis en los principios de verdadera caridad que profesarán y practicarán: los reconoceréis en el número de afligidos que habrán consolado; los reconoceréis en su amor hacia el prójimo, por su abnegación, por su desinterés personal; los reconoceréis, en fin, en el triunfo de sus principios, porque Dios quiere el triunfo de su ley; los que siguen su ley son sus elegidos y él les dará la victoria, pero destruirá a los que falsean el espíritu de esa ley y hacen de ella su comodín para satisfacer su vanidad y su ambición. (**Erasto**, ángel guardián del médium. París, 1863).

Los obreros del Señor

5. Tocáis el tiempo del cumplimiento de las cosas anunciadas para la transformación de la humanidad; ¡felices serán los que hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro móvil que la caridad! Los jornales de trabajo serán pagados al céntuplo de lo que hayan esperado. ¡Felices los que habrán dicho a sus hermanos: "Hermanos, trabajemos juntos y unamos nuestros esfuerzos, a fin de que el Señor, cuando llegue, encuentre la obra concluida", porque el Señor Les dirá: "Venid a mí, vosotros que sois buenos servidores, vosotros que habéis hecho callar vuestros celos y vuestras discordias para no dejar la obra en sufrimiento!" Pero desgraciados aquellos que por sus disensiones habrán retardado la obra de segar, por que el huracán vendrá y serán arrebatados por el tor bellino. Entonces exclamarán: "¡Gracia! ¡gracia!". Pero el Señor les dirá: "¿Por qué pedís gracia, vos-otros que no habéis tenido piead de vuestros hermanos, y que habéis rehusado tenderles la mano, vos otros que habéis abatido al débil en vez de sostenerle? ¿Por qué pedís gracia, vosotros que habéis buscado vuestra recompensa en los goces de la tierra y en las satisfacciones de vuestro orgullo? Vosotros habéis recibido ya vuestra recompensa tal como la quisísteis; no pidáis más: las recompensas celestes son, para los que no hayan pedido las recompensas de la tierra.

Dios hace en este momento la enumeración de sus fieles servidores, ha señalado con su dedo a aquellos que sólo tienen la apariencia de la abnegación, a fin de que no usurpen el salario de los servidores valero sos, porque a los que no retrocederán ante su tarea les va a confiar los puestos más difíciles en la grande obra de la regeneración por el Espiritismo, y estas palabras se cumplirán: "Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros en el reino de los cielos" (**El Espíritu de Verdad**. París, 1862).

CAPÍTULO XXI

Habrá falsos Cristos y falsos profetas

Por el fruto se conoce el árbol. - Misión de los profetas. - Prodigios de los falsos profetas. - No creáis a todos los espíritus. - **Instrucciones de los espíritus**: Los falsos profetas. -Caracteres del verdadero profeta. - Los falsos pro fetas de la erraticidad. - Jeremías y los falsos profetas.

Por el fruto se conoce el árbol

1. **Porque no es buen árbol el que cría frutos malos. Ni mal árbol el que lleva buenos frutos. - Pues cada árbol es conocido por su fruto. Porque ni cogen higos de espino, ni vendimian uvas de zarzas. - El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca bien: Y el hombre malo, del mal tesoro saca mal. Porque de la abundancia del corazón habla la boca. (San Lucas, cap. VI, v. 43, 44 y 45).**

2. **"Guardáos de los falsos profetas", que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores. - Por sus frutos luego los conoceréis, "¿por ventura cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?" Así todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el mal árbol lleva malos frutos. - "No puede el árbol bueno llevar malos frutos ni el árbol malo llevar buenos frutos". - Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y metido al fuego. - Así, pues, por los frutos de ellos les conoceréis. (San Mateo, cap. VI. v. de 15 a 20).**

3. **Y respondiendo Jesús, les dijo: Guardáos que no os engañe alguno. - Porque vendrán muchos en mi nombre, y dirán: Yo soy el Cristo: y a muchos engañarán.**

Y se levantarán muchos falsos profetas, y enganarán a muchos. Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la

caridad de muchos. - Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.

Entonces si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí o allí; no lo creáis. - "Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios", de modo, que si puede ser, caigan en error aun los escogidos. (San Mateo, capítulo XXIV, v. 4, 5, 12, 13, 23 y 24. - San Marcos, capítulo XIII, v. 5, 6, 21 y 22).

Misión de los profetas.

4. Se atribuye vulgarmente a los profetas el don de revelar el porvenir, de manera que las palabras "Profecías y predicciones", han venido a ser sinóni mas. En el sentido evangélico, la palabra profeta tie ne una significación más extensa; se llama así a todo enviado de Dios con misión de instruir a los hombres y revelarles las cosas ocultas y los misterios de la vida espiritual. Un hombre puede, pues, ser profeta sin ha cer predicciones, y ésta era la idea de los judíos en tiempos de Jesús; por esto cuando fué conducido ante el gran sacerdote Caifás, los Escribas y los Ancianos, estando reunidos le escupieron al rostro, le dieron pu ñetazos y bofetones, diciendo: "Cristo, profetízanos y dí quién te ha pegado". Sin embargo, sucedió que los profetas tuvieron la ciencia anticipada del porvenir, sea por intuición, sea por revelación providencial, a fin de dar advertencias a los hombres; habiéndose realizado estos acontecimientos, el don de pronosticar el porvenir ha sido mirado como uno de los atributos de la cualidad de profeta.

Prodigios de los falsos profetas

5. "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes para seducir a los mismos elegidos". Estas palabras dan el verdadero sentido de la palabra prodigio. En la acepción telógica, los prodigios y los milagros son fenómenos excepcionales, fuera de la ley de la natu-

raleza. Siendo obras de Dios sólo las leyes de la naturaleza, puede derogarlas sin duda si le place, pero el simple buen sentido dice que no puede haber dado a los seres inferiores y perversos un poder igual al suyo, y aun menos el derecho de deshacer lo que ha hecho. Jesús no puede haber consagrado tal principio. Si, pues, según el sentido que se da a estas palabras, el espíritu del mal tiene el poder de hacer prodigios tales que los mismos elegidos sean engañados, resultaría que, pudiendo hacer lo que Dios hace, los prodigios y los milagros no son privilegio exclusivo de los enviados de Dios, y nada prueban puesto que nada distingue los milagros de los santos, de los milagros del demonio. Es, pues, preciso buscar un sentido más racional a estas palabras.

A los ojos del vulgo ignorante, todo fenómeno cuya causa no se conoce pasa por sobrenatural, maravilloso y milagroso; una vez conocida la causa, se reconoce que el fenómeno, por extraordinario que parezca, no es otra cosa que la aplicación de una ley de la naturaleza. Así es que el círculo de los hechos sobrenaturales se estrecha a medida que se ensancha el de la ciencia. En todos los tiempos los hombres han explotado, en provecho de su ambición, de su interés y de su dominación, ciertos conocimientos que poseían, a fin de adquirir el prestigio de un poder digamos sobrehumano, o de una pretendida misión divina. Estos son falsos Cristos y falsos profetas; la difusión de las luces mata su crédito, y por esto su número disminuye a medida que los hombres se ilustran. El hecho de obrar aquello que a los ojos de ciertas gentes pasa por prodigio, no es, pues, señal de una misión divina, puesto que puede ser resultado de los conocimientos que cada uno puede adquirir, o de las facultades orgánicas especiales que el más indigno puede poseer, lo mismo que el más digno. El verdadero profeta se reconoce por caracteres más formales y exclusivamente morales.

No creais a todos los espíritus.

6. **Carísimos, "no queráis creer a todo espíritu", mas probad a los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas, se han levantado en el mundo. (San Juan, epístola I, cap. IV, versículo 1).**

7. Los fenómenos espiritistas, lejos de acreditar los falsos Cristos y los falsos profetas, como afectan algunos decirlo, por el contrario, vienen a darles el golpe de gracia. No pidáis al Espiritismo ni milagros ni prodigios, porque declara formalmente que no los produce; así como la física, la química, la astronomía, la geología, etc., vinieron a revelar las leyes del mundo material, él viene a revelar las otras leyes desconocidas, las que rigen las relaciones del mundo corporal y del mundo espiritual, y como sus hermanas mayores de la ciencia, no son menos leyes de la naturaleza, y da la explicación de cierto orden de fenómenos incomprensibles hasta este día destruyendo lo que quedaba aún en el dominio de lo maravilloso. Aquellos, pues, que intentasen explotar esos fenómenos en provecho suyo haciéndose pasar por mesías de Dios, no podrían abusar mucho tiempo de la credulidad y muy pronto serían descubiertos. Por lo demás, así como se ha dicho ya, estos fenómenos solos nada prueban; la misión se prueba por los efectos morales, que no es dado producir a un cualquiera. Este es uno de los resultados del desarrollo de la ciencia espiritista; averiguando la causa de ciertos fenómenos, levanta el velo de muchos misterios. Los que prefieren la obscuridad a la luz, son los únicos que tienen interés en combatirla; pero la verdad es como el sol: disipa las más densas nieblas.

El Espiritismo viene a revelar otra categoría mucho más perniciosa de falsos Cristos y de falsos profetas, que se encuentra, no entre los hombres, sino entre los desencarnados: es la de los espíritus embusteros, hipócritas, orgullosos y pretendidos sabios que

de la tierra han pasado a la erraticidad y toman nombres venerados para procurar a favor de la máscara con que se cubren, acreditar ideas a menudo muy extravagantes y absurdas. Antes de que las relaciones medianícas fuesen conocidas, ejercían su acción de un modo menos ostensible: por la inspiración, la mediumnidad inconsciente, auditiva o parlante. El número de los que en diversas épocas, pero sobre todo en estos últimos tiempos, se han presentado por alguno de los antiguos profetas, por Cristo, por María, madre de Cristo, y aun por Dios, es considerable. San Juan previene contra ellos cuando dice: "Estimados míos, no creáis a todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo". El Espiritismo da los medios de probarles, indicando los caracteres en que se reconocen los buenos espíritus, caracteres "siempre mortales y jamás materiales" (1). Al discernimiento de los buenos o malos espíritus es, sobre todo, a lo que deben aplicarse estas palabras de Jesús: "Se conoce la clase de árbol por su fruto; un buen árbol no puede producir malos frutos, y un mal árbol no puede producirlos buenos". Por la calidad de sus obras se juzga a los espíritus, como un árbol por la calidad de sus frutos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Los falsos profetas

8. Si alguno os dice: "Cristo está aquí", no vayáis, sino por el contrario, preveníos porque los falsos profetas serán numerosos. Mas, ¿no veis las hojas de la higuera que empiezan a blanquear? ¿No veis sus numerosos renuevos esperando la época de florecer, y acaso no os ha dicho Cristo: Por el fruto se conoce el

---

(1) Véase, para la distinción de los espíritus, el "Libro de los Médiums", cap. XXIV y siguientes .

árbol? Sí, pues, los frutos son amargos, juzgad que el árbol es malo; pero si son dulces y saludables, decid: Nada puro puede salir de un mal tronco.

Así, hermanos míos, es cómo debéis juzgar; las obras son las que debéis examinar. Si los que dicen estar revestidos del poder divino están acompañados de todas las señales de semejante misión, es decir, si poseen allí más alto grado las virtudes cristianas y eternas: la caridad, el amor, la indulgencia, la bondad que concília todos los corazones; si, en apoyo de las palabras, unen los actos, entonces podréis decir: verdaderamente son éstos los enviados de Dios.

Mas desconfiad de las palabras meliflu as, desconfiad de los escribas y fariseos que ruegan en las plazas públicas vestidos con largos ropajes. ¡Desconfiad de aquellos que pretenden tener el sólo y único monopolio de la verdad!

No, no; Cristo no está allí, porque los que El envíe a propagar su santa doctrina y a regenerar a su pueblo, serán, a ejemplo del Maestro, dulces y humildes de corazón sobre todas las cosas; aquellos que deben por sus ejemplos y sus consejos, salvar a la humanídad que corre a su pérdida y vaga en las sendas tortuosas, aquellos serán, sobre todo, modestos y humildes. Todo lo que revela un átomo de orgullo, separadlo de vosotros como una lepra contagiosa que corrompe todo lo que toca. Acordaos de que "cada criatura lleva en su frente, sobre todo en sus actos, el sello de grandeza o de su decadencia.

Id, pues, mi muy amados hijos, marchad sin desviaros, sin segunda intención, por la bendita senda que habéis emprendido. Marchad, marchad siempre sin miedo, alejad con valor todo lo que pudiera poner trabas a vuestra marcha hacia el fin eterno. Viajeros, no estaréis mucho tiempo en las tinieblas y en los dolores de la prueba, si os entregáis de corazón a esta dulce doctrina que viene a revelaros las leyes eternas y a satisfacer todas lás aspiraciones de vuestra alma

hacia lo desconocido. De hoy en adelante podéis dar un cuerpo a esas sílfides ligeras que veis pasar en vuestros sueños y que, efmeras sólo podían encantar a vuestro espíritu, pero nada decían a vuestro cora zon. Ahora? amados míos, la muerte ha desaparecido para hacer lugar al ángel radiante que conocéis: ¡al ángel de la esperanza y de la reunión! Ahora vosotros, que habéis cumplido bien la tarea impuesta por el Señor, nada tenéis que temer de su justicia, porque es padre y perdona siempre a sus hijos extraviados que piden misericordia. Continuad, pues, y avanzad sin cesar; que vuestra divisa sea la del progreso, la del pro greso continuo y en todas las cosas, hasta que lleguéis, en fin, a ese término feliz en donde os esperan todos aquellos que os han precedido. (**Luis**. Bordeaux, 1861).

Caracteres del verdadero profeta

9. "Desconfiad de los falsos profetas". Esta reco mendación es útil en todos tiempos, pero, sobre todo, en los momentos de transición en que, como en éste, se elabora una transformación de la humanidad, por que entonces una multitud de ambiciosos y de intri gantes se convierten en reformadores y en mesías. Contra estos impostores debe irse con mucho cuidado, y es deber de todo hombre honrado el descubrirlos. Sin duda que vosotros preguntaréis cómo podéis recono cerlos; yo os daré las señales.

No se confía el mando de un ejército sino a un ge neral hábil y capaz de dirigirlo; ¿creéis, pues, que Dios es menos prudente que los hombres? Estad cier tos de que El no confía las misiones importantes sino a los que son capaces de llenarlas, porque las grandes misiones son cargas muy pesadas que aniquilan al hombre demasiado débil para llevarlas. Como en to das las cosas el maestro debe saber más que el discí pulo; para hacer avanzar a la humanidad moral e

intelectualmente son necesarios hombres superiores en inteligencia y en moralidad; por eso son siempre espí ritus muy adelantados, que han hecho ya sus pruebas en otras existencias, los que se encarnan con este objeto, porque si no son superiores el centro en el que deben obrar, su acción será nula.

Sentado esto, deducid que el verdadero misionero de Dios debe justificar su mision por su superioridad, por sus virtudes, por su grandeza, por el resultado y la influencia moralizadora de sus obras. Sacad tam bién la consecuencia de que si por su carácter, por sus virtudes, por su inteligencia, está fuera del papel que quiere representar, o del personaje cuyo nombre tome, es sólo un histrión de baja esfera, que ni siquiera sabe copiar su modelo.

Otra consideración es necesaria, y es que la mayor parte de los verdaderos misioneros de Dios, lo igno ran; cumplen aquello para lo que han sido llamados por la fuerza de su genio, secundado por el poder ocul to que les inspira, y les dirige sin saberlo, pero sin designio premeditado. En una palabra: "los verdade ros profetas se revelan por sus actos; por ellos se les conoce; mientras que los falsos profetas se llaman a si mismos enviados de Dios"; el primero es humilde y modesto; el segundo es orgulloso y lleno de sí mismo, habla con altanería, y como todos los mentirosos, siempre teme no ser creído.

Se han visto de estos impostores querer pasar por apóstoles de Cristo, otros por el mismo Cristo, y, lo más vergonzoso para la humanidad, es que hayan encontrado gentes bastante crédulas para dar fe a se mejantes torpezas. Sin embargo, una consideración bien sencilla debería abrir los ojos del más ciego, y es que si Cristo se volviese a encarnar en la tierra, ven dría con todo su poder y todas sus virtudes, a menos de admitir, lo que sería un absurdo, que hubiese dege nerado; pues lo mismo que si quitáseis a Dios uno sólo de sus atributos no tendríais Dios; si quitáseis

una sola de las virtudes de Cristo, no tendríais ya Cristo. Los que quieren pasar por Cristo, ¿poseen, acaso, todas sus virtudes? Esta es la cuestión; mirad, escudriñad sus pensamientos y sus actos, y reconoceréis que sobre todo les faltan las cualidades instintivas de Cristo: la humildad y la caridad, mientras que tienen lo que El no tenía: la ambición y el orgullo. Notad, además, que hay en este momento y en diferentes países, muchos pretendidos Cristos, como hay muchos pretendidos Elías, San Juan o San Pedro, y que necesariamente no pueden ser todos verdaderos. Tened por cierto que éstas son gentes que explotan la credulidad y encuentran cómodo el vivir a expensas de aquellos que les escuchan.

No os fiéis, pues, de los falsos profetas, sobre todo en un tiempo de renovación, porque muchos impostores se llamarán enviados de Dios; se procuran una vana satisfacción en la tierra, pero una terrible justicia les espera; podéis tenerlo por seguro. (**Erasto**. París, 1862).

Los falsos profetas de la erraticidad

10. Los falsos profetas no están solos entre los encarnados; están también, en mucho mayor número, entre los espíritus orgullosos que, bajo apariencias de amor y de caridad, siembran la desunión y retrasan la obra emancipadora de la humanidad emitiendo a diestro y a siniestro sus sistemas absurdos que hacen aceptar por los médiums; y para mejor fascinar a aquellos que quieren engañar y para dar más peso a sus teorías, se apropian sin escrúpulo nombres que sólo con respeto pronuncian los hombres.

Ellos son los que siembran los principios de antagonismos en los grupos, que les inducen a aislarse los unos de los otros y a mirarse con mal ojo. Esto basta para descubrirlos, porque obrando de este modo ellos mismos dan el más formal mentís a lo que pretenden

ser. Los hombres, pues, que caen en un lazo tan grosero, son ciegos.

Pero hay otros medios de conocerles. Los Espíritus del orden al cual dicen pertenecer deben ser no sólo muy buenos, si que también eminentemente lógicos y racionales. ¡Pues bien! Pasad sus sistemas por el tamiz de la razón y del buen sentido, y veréis lo que quedará de ellos. Convenid, pues, conmigo, que todas las veces que un espíritu indica como remedio a los males de la humanidad o como medios de llegar a su transformación cosas utópicas e impracticables, medidas pueriles y ridículas, cuando formula un sistema que se contradice con las más vulgares nociones de la ciencia, no puede ser sino un espíritu ignorante y mentiroso.

Por otra parte, creed bien que si la verdad no es siempre apreciada por los individuos, lo es por el buen sentido de las masas, y esto es también un criterio. Si dos principios se contradicen, tendréis el peso de su valor intrínseco buscando al que tenga más eco y simpatía: "sería ilógico", en efecto, "admitir que una doctrina que viese disminuir el número de sus partidarios, fuese más verdadera que la que los viese aumentar" Dios, queriendo que la verdad llegue para todos, no la concreta a un círculo estrecho y limitado; la hace brotar de diferentes puntos con el fin de que por todas partes la luz esté al lado de las tinieblas.

Rechazad decididamente a todos esos espíritus que se presentan como consejeros exclusivos predicando la división y el aislamiento. Casi siempre son espíritus vanidosos y medianos, que procuran imponerse a los hombres débiles y crédulos prodigándoles alabanzas exageradas, a fin de fascinarles y ponerles bajo su dominio. Generalmente, éstos más bien son espíritus hambrientos de poder que, siendo déspotas públicos o privados cuando vivían, quieren tener aún víctimas para tiranizar después de su muerte. En general, "desconfiad de las comunicaciones que tienen un carácter de misticismo y extrañeza, o que prescriben ceremonias

o actos extravagantes; en este caso hay siempre un motivo legítimo de sospecha.

Por otra parte, debéis creer también que cuando debe revelarse una verdad a la humanidad, se comunica, por decirlo así, instantáneamente a todos los grupos formales que poseen buenos médiums, y no a uno solo con exclusión de los demás. Nadie es médium perfecto si está obsesado; y hay obsesión manifiesta cuando un médium sólo es apto para recibir las comunicaciones de un espíritu especial, por alto que quiera ponerse él mismo. En consecuencia, todo médium, todo grupo que se creyera privilegiado por las cornunicaciones que sólo ellos pueden recibir, y que, por otra parte, están sujetos a prácticas que rayan en superstición, están indudablemente bajo el peso de una obsesión de las más caracterizadas, sobre todo cuando el espíritu dominador usa nombre que todos, espíritus y encarnados, debemos honrar y respetar, y no dejar que se tomen en boca a cada instante.

Es incontestable que sometiendo al crisol de la razón y de la lógica todos los datos y todas las comunicaciones de los espíritus, será fácil rechazar el absurdo y el error. Un médium puede estar fascinado, un grupo engañado; pero la comprobación severa de los otros grupos, mas la ciencia adquirida y la elevada autoridad moral de los jefes de los grupos, mas las comunicaciones de los principales médiums, que reciben un sello de lógica y de autenticidad de nuestros mejores mé diunis, harán rápidamente justicia a esos dictados mentirosos y astutos, dimanados de una turba de espíritus engañadores y malos. (**Etasto**, discípulo de San Pablo. París, 1862).

Nota. Uno de los caracteres distintivos de estos espíritus que quieren imponerse y hacer aceptar sus ideas extravagantes y sistemáticas, es el pretender, aun siendo ellos solos en su opinión, tener razón contra todo el mundo. Su táctica es evitar la discusión, y cuando se ven combatidos victoriosamente por las armas

irresistibles de la lógica, rehusan desdeñosamente res ponder y prescriben a sus médiums el que se alejen de los centros en que no son acogidas sus ideas. Este ais lamiento es lo más fatal para los médiums; parece que sufren sin contrapeso el yugo de estos espíritus obsesores que les conducen, como ciegos, y los llevan a menudo por caminos perniciosos.

(Véase en la **Introducción** el párrafo II: "Compro bación universal de la enseñanza de los espíritus". - **Libro de los Médiums**, cap. XXIII: "De la obsesión").

Jeremías y los falsos profetas

11. Esto dice el Señor de los ejércitos: no queráis oír las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan: "hablan visión de su corazón", no de la boca del Señor: - Dicen a aquellos que me blasfeman: El Señor dijo: paz tendréis; y a todo el que anda en la perversidad de su corazón, dijeron: No os vendrá mal. - ¿Mas quién asistió al consejo del Señor, que vió y oyó lo que dijo? "Yo no enviaba estos profetas, y ellos corrían; no les hablaba y ellos profetizaban". - He oído lo que dijeron los profetas que en mi nombre profetizan mentira y dicen: He soñado, he soñado. - ¿Hasta cuándo será esto en el corazón de los profetas, que va ticinan mentira, y que profetizan engaños de su corazón? - Pues si te preguntare este pueblo, o un profeta, o un sacerdote diciendo: ¿Cuál es la carga del Señor? Les dirás: Vosotros sois la carga y yo os arrojaré, dice el Señor. (**Jeremías**, capítulo XXIII, v. 16, 17, 18, 21, 25, 26 y 33).

Voy a hablaros sobre este pasaje del profeta Jere mías, amigos míos. Dios, hablando por su boca, dijo: "Hablan visión de su corazón". Estas palabras indi can claramente que ya en aquella época los charlatanes y los exaltados abusaban del don de profecía y lo explotaban. Abusaban, por consiguiente, de la fe sencilla

y casi ciega del pueblo, "profetizando por el dinero" las cosas buenas y agradables. Esta especie de engaño era bastante general entre la nación Judía y es fácil comprender que el pobre pueblo, en su ignorancia, estaba en la imposibilidad de distinguir los buenos de los malos, y era siempre más o menos engañado por los que se daban el nombre de profetas, que sólo eran impostores o fanáticos. ¿Hay nada más significativo que estas palabras: "Yo no enviaba estos profetas y ellos profetizaban"? Más adelante dijo: "He oído lo que dijeron los profetas, que en mi nombre profetizan mentira y dicen: He soñado, he soñado"; indica de este modo uno de los medios empleados para explotar la confianza que se tenía en ellos. La multitud, siempre crédula, no pensaba averiguar la veracidad de sus sueños o de sus visiones; encontraba esto muy natural e invitaba siempre a estos profetas a que hablasen.

Después de las palabras del profeta, escuchad los sabios consejos del apóstol San Juan, cuando dijo: "No creáis a todo espíritu, mas probad si los espíritus son de Dios"; porque entre los invisibles los hay también que se complacen en embaucar cuando tienen ocasión de hacerlo, si bien los más burlados son los médiums cuando no toman bastantes precauciones. Este es, sin duda, uno de los grandes escollos contra los cuales se estrellan algunos, sobre todo cuando son novicios en el Espiritismo. Para ellos es una prueba de la que no pueden triunfar sino con grande prudencia. Aprended, pues, a distinguir los malos de los buenos espíritus, para que vosotros mismos no vengáis a ser falsos profetas. (**Luoz**, espíritu protector. Carlsruhe, 1861).

CAPÍTULO XXII

No separéis lo que Dios ha unido

Indisolubilidad del matrimonio. - Divorcio

Indisolubilidad del matrimonio.

1. **Y se llegaron a él los fariseos tentándole, y diciendo: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? - El respondió y les dijo: ¿No habéis leído, que el que hizo al hombre desde el principio, macho y hembra los hizo? y dijo: - Por esto dejará el hombre padre y madre, y se ayuntará a su mujer, y serán dos de una carne. - Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.**

Dícenle: ¿Pues por qué mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? - Les dijo: porque Moisés, por la dureza de vuestros corazones os permitió repudiar a vuestras mujeres: mas al principio no fué así. - Y digoos que todo aquel que repudiase a su mujer, sino por la fornicación, y tomare otra, comete adulterio; y el que se casare con la que otro repudió, comete adulterio. (San Mateo, cap. XIX, v. de 3 a 9).

2. Nada hay inmutable sino lo que viene de Dios; todo lo que es obra de los hombres está sujeto a cam bios. Las leyes de la naturaleza son las mismas en todos los tiempos y en todos los países; las leyes hu manas cambian según los tiempos, los lugares y el progreso de la inteligencia. En el matrimonio, lo que es de orden divino es la unión de los sexos para realizar la renovación de los seres que mueren; pero las condi ciones que arreglan esta unión son de un orden de tal modo humano, que no hay en todo el mundo, ni aun

en la misma cristiandad, dos países en los que sean absolutamente las mismas, y que ni siquiera hay uno en que no hayan sufrido cambio con el tiempo; resulta de esto que para la ley civil lo que es legítimo en una parte y en una época, es adulterio en otra parte y en otro tiempo; y esto porque la ley civil tiene por objeto el arreglar los intereses de la familia, y porque estos intereses varían según las costumbres y las necesida des locales; así es, por ejemplo, que en ciertos países el matrimonio religioso es el sólo legítimo; en otros es menester, además, el matrimonio civil, y en otros, en fin el matrimonio civil basta.

3. Pero en la unión de los sexos, al lado de la ley divina material, común a todos los seres vivientes, hay otra ley divina, inmutable como todas las leyes de Dios, exclusivamente moral, es la ley de amor. Dios ha querido que los seres estuviesen unidos, no sólo por los lazos de la carne, sino por los del alma, a fin de que el afecto mutuo de los esposos se transmitiese a sus hijos, y que fuesen dos en vez de uno, para amarles, cuidarles y hacerles progresar. En las condiciones ordinarias del matrimonio, ¿se ha tomado siempre en cuenta esta ley de amor? De ningún modo; lo que se consulta no es el afecto de los dos seres que un mutuo sentimiento atrae el uno hacia el otro, puesto que muy a menudo se rompe este afecto; lo que se busca no es la satisfac ción del corazón, sino la del orgullo, de la vanidad, de la ambición, en una palabra, de todos los intereses materiales; cuando todo es bueno según sus intereses, se dice que conviene el matrimonio, y cuando los bolsillos están llenos se dice que los esposos se corresponden y deben ser muy felices.

Pero ni la ley civil, ni las obligaciones que impone, pueden suplir la ley de amor, si esta ley no preside a semejante unión; resulta de esto que muchas veces "lo que se ha unido por el cálculo, se separa por sí mismo; que el juramento que se pronuncia al pie del altar viene a ser un perjurio si se dice como una fór-

mula banal"; de aquí las uniones desgraciadas que concluyen por ser criminales; doble desgracia que se evitaría si en las condiciones del matrimonio no se hiciese abstracción de la sola que lo sanciona a los ojos de Dios: la ley de amor. Cuando Dios dijo: "Vosotros no haréis sino una sola carne", y cuando Jesús dijo: "No separéis lo que Dios ha unido", debe entenderse de la unión según la ley inmutable de Dios, y no según la ley de los hombres, sujeta a cambios.

4. ¿Es, pues, superflua la ley civil, y es menester volver a los matrimonios según la naturaleza? Ciertamente que no; la ley civil tiene por objeto arreglar las relaciones sociales y los intereses de las familias, según las exigencias de la civilización, y por esto es útil, necesaria, pero variable; debe ser previsora; porque el hombre civilizado no puede vivir como un salvaje, pero nada, absolutamente nada se opone a que sea el corolario de la ley de Dios; los obstáculos para el cumplimiento de la ley divina dimanan de las preocupaciones y no de la ley civil. Estas preocupaciones, bien que estén en vigor, han perdido ya su fuerza en los pueblos civilizados; pero desaparecerán con el progreso moral, que abrirá, en fin, los ojos sobre el sinnúmero de males, faltas y aun crímenes que resultan de las uniones contratadas con la sola mira de intereses materiales. Entonces se preguntará si no es más humano, más caritativo y más moral unir dos seres que no pueden vivir juntos, que darles la libertad, y si la perspectiva de una cadena indisoluble acaso no aumenta el número de las uniones irregulares.

El Divorcio

5. El divorcio es una ley humana que tiene por objeto separar legalmente a los que estaban separados de hecho; no es contraria a la ley de Dios, puesto que sólo reforma lo que los hombres han hecho, y puesto que sólo es aplicable en los casos en que no se ha to-

mado en cuenta la ley divina; si fuese contraria a esta ley, la misma Iglesia se vería obligada a mirar como a prevaricadores a aquellos que sus jefes que de su propia autoridad y en nombre de la religión, en más de una circunstancia han impuesto el divorcio; doble prevaricación entonces, puesto que era con la mira sólo de intereses temporales y no para satisfacer la ley de amor.

Por el mismo Jesús no consagra la indisolubilidad absoluta del matrimonio. ¿No dijo que: "A causa de la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió repu diar a vuestras mujeres"? Lo que significa que desde el tiempo de Moisés, no siendo el afecto mutuo el único objeto del matrimonio, la separación podría ser necesa ria. Pero añadió: "esto no ha sucedido desde el prin cipio"; es decir, que en el origen de la humanidad, cuando los hombres aun no estaban pervertidos por el egoísmo y el orgullo y vivían según la ley de Dios, las uniones fundadas en la simpatía y no en la vanidad y la ambición, no darían lugar a repudiación.

Aun va más lejos: especifica el caso en que el repudio pueda tener lugar, que es el adulterio; pero el adul terio no existe en donde reina un afecto recíproco y sincero. Es verdad que prohibe a todo hombre el casarse con la mujer repudiada; pero es preciso tomar en cuen ta las costumbres y el carácter de los hombres de su tiempo. La ley Mosaica, en este caso, prescribía la la pidación; queriendo abolir un uso bárbaro y como era preciso un castigo, lo encontró en la vergñenza que debía imprimir la interdicción de un segundo matrimonio. De algún modo era una ley civil substituída a otra ley civil, pero que, como todas las leyes de esta naturaleza, debía sufrir la prueba del tiempo.

CAPÍTULO XXIII

Moral extraña

El que no aborrece a su padre y a su madre. - Dejar a su padre, a su madre y a sus hijos. -Dejar a los muertos el cuidado de enterrar a los muertos. - Yo no he venido a traer la paz, sino la división.

El que no aborrece a su padre y a su madre

1. **Y muchas gentes iban con él: y volviéndose, les dijo: - Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. - Y el que no lleva su cruz a cuestas y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. - Pues así cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que po- see, no puede ser mi discípulo. (San Lucas, cap. XIV, v. 25, 26, 27 y 33).**

2. **El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí. (San Mateo, cap. X, v. 37).**

3. Algunas palabras, muy extrañas, por cierto con trastan de un modo tan raro en boca de Cristo, que instintivamente se rechaza su sentido literal, y la su blimidad de su doctrina no sufre ningún menoscabo. Escritas después de su muerte, puesto que ningún Evangelio se escribió cuando vivía, es permitido creer, en este caso, que el fondo de su pensamiento no se ha transmitido bien o, lo que no es menos probable, que el sentido primitivo ha sufrido alguna alteración pa sando de uno a otro idioma. Basta qu e la primera vez

se cometiera un error, para que se haya reproducido por los que lo han repetido, como se ve muy a menudo en los hechos históricos.

La palabra "aborrece", en la frase de San Lucas: "Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre", viene comprendida en este caso; pues no hay nadie que haya tenido la idea de atribuirla a Jesús, y por lo tanto sería superfluo discutirla, y aún más procurar justificarla. Primero sería preciso saber si la pro nunció, y en la afirmativa, saber si en el idioma en que se expresaba tenía esta palabra el mismo valor que en el nuestro. En este pasaje de San Juan: "El que "abo rrece" su vida en este mundo la conserva para la vida eterna", es cierto que no expresa la idea que nosotros le atribuímos.

El idioma hebreo no era rico y muchas palabras tenían diferentes significaciones. Tal es, por ejemplo, la que en el Génesis designó las fases de la creación, y que servía para expresar un período de algún tiempo y la revolución diurna; de aquí vino más tarde la palabra "dia", y la creencia de que el mundo ha sido obra de seis veces veinticuatro horas. Tal es, también, la palabra, que significa "camello" y "cable", porque los cables se hacían de pelos de camello, y fué traducida por "camello", en la alegoría de pasar por el agujero de una aguja. (Cap. XVI, Nº 2) (1).

---

(1) "Non odit", en latín, "kai o misei" en griego, no quiere decir "aborrecer" sí no "amar menos". Lo que expresa el verbo griego "mi sein", el verbo hebreo, del cual debió servirse Jesús, lo dice mejor aun; no sólo no significa "aborrecer" sino "amar menos o no amar tanto como al igual de otro". En el dialecto siriaco, del cual se dice que Jesús hacía uso a menudo, esta significación es aún más clara. En este sentido se dice en el Génesis (cap. XXIX, v. 30 y 31) "Y Jacob amó también a Rachel más que a Lia, y Jehová, viendo que Lia era "aborrecida..." Es evidente que el verdadero sentido es "menos amada", y así es como debe traducirse. En muchos otros pasajes hebreos, y sobre todo siriacos, el mismo verbo se emplea en el sentido de "no amar tanto como a otro", y sería un contrasentido traductrín por "aborrecer", que tiene otra acep ción bien determinada. El texto de San Mateo, borra además, esta dificultad.

(Nota de M. Pezzani).

Además, es necesario tomar en cuenta las costum bres y el carácter de los pueblos, que tanto influyen en el genio particular de sus idiomas; sin este conoci miento, el sentido verdadero sobre ciertas palabras pasa desapercibido; de un idioma al otro, la misma palabra tiene más o menos energía; puede ser una injuria o una blasfemia en uno, e insignificante en el otro, según la idea que le acompaña; en un mismo idioma ciertas palabras pierden su valor después de algunos siglos; por esto una traducción rigurosamente literal no siempre expresa perfectamente el pensamiento, y, para ser exacto, es menester algunas veces emplear, no las palabras correspondientes, sino sus equivalentes o perífrasis.

Estas observaciones encuentran una aplicación es pecial en la interpretación de las Santas Escrituras; y en particular de los Evangelios. Si no se toma en cuenta el centro en que vivía Jesús, se expone uno a engañarse sobre el valor de ciertas expresiones y de ciertas hechos, a consecuencia de comparar los otros a sí mismos. Bajo este supuesto es menester separar de la palabra "aborrecer" la acepción moderna como contraria al espíritu de la enseñanza de Jesús. (Véase también el capítulo XIV, números 5 y siguientes).

Dejar a su padre, a su madre y a sua hijos

4. **Y cualquiera que dejare, casa o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierra por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna. (San Mateo, cap. XIX, v. 29).**

5. **Y dijo Pedro: Bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido. - El les dijo: En verdad os digo, que ninguno hay que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujeres, o hijos por el reino de Dios, - que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna. (San Lucas, cap. XVIII, v. 28, 29 y 30).**

6. **Y otro le dijo: Te seguiré, Señor, mas primeramente déjame ir a dar disposición de lo que tengo en mi casa. - Jesús**

le dijo: Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el de Dios. (San Lucas, cap. XI, v. 61 y 62.)

Sin discutir las palabras, es preciso buscar aquí el pensamiento, que evidentemente era éste: "Los intereses de la vida futura sobrepujan a todos los intereses y a todas las consideraciones humanas, porque está conforme con el fondo de la doctrina de Jesús, mientras que la idea de renunciar a la familia seria la negación.

¿Acaso no tenemos a la vista la aplicación de estas máximas, en el sacrificio de los intereses y de los efectos de familia por la patria? ¿Se vitupera a un hijo porque deja a sus padres, a sus hermanos, a su mujer y a sus hijos, para marchar en defensa de su país? ¿No se le atribuye, por el contrario, un mérito por abandonar las comodidades del hogar doméstico, los lazos de la amistad, para cumplir con un deber? Hay, pues, deberes mayores unos que otros. ¿No impone la ley la obligación a la hija de dejar a sus padres para seguir a su esposo? El mundo está lleno de casos en que las más penosas separaciones son necesarias, pero no por eso se rompen los afectos; el alejamiento no disminuye ni el respeto ni la solicitud que se debe a los padres, ni la ternura por los hijos. Se ve, pues, que aun tomadas literalmente, a excepción de la palabra "aborrecer", aquellas no son negación del mandamiento que prescribe honrar padre y madre, ni el sentimiento de ternura paternal, mayormente si en ellas se busca el sentido propio. Estas palabras tenían por objeto enseñar, por medios de un hipérbole, cuán imperioso era el deber de ocuparse de la vida futura. Por otra parte, poco podían ofender a un pueblo y en una época en que, a consecuencia de las costumbres, los lazos de la familia tenían menos fuerza que una civilización moral más avanzada; más débiles estos lazos en los pueblos primitivos, se fortifican con el desarrollo de la sensibilidad y del sentido moral. La separación es, asimismo, necesaria para el progreso; sucede en las familias como en las razas, que se bastardean si no hay cruzamiento

y si no se injertan las unas con las otras; es una ley de la naturaleza, tanto en interés del progreso moral como físico.

Aquí las cosas se miran desde el punto de vista terrestre; el Espiritismo nos las hace ver de más alto enseñándonos que los verdaderos lazos de afecto son los del Espíritu y no los del cuerpo; que estos lazos no se rompen ni por la separación, ni aun por la muerte del cuerpo, y que se fortifican en la vida espiritual por la purificación del espíritu; verdad consoladora que da gran fuerza para sobrellevar las vicisitudes de la vida. (Cap. IX, número 18; cap. XIV, Nº 8).

Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos

7. **Y a otro dijo: Sígueme. Y él respondió: Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre. - Y Jesús le dijo: deja que los muertos entierren a sus muertos; mas tú ve y anuncia el reino de Dios. (San Lucas, cap. IX, v. 50 y 60).**

8. ¿Qué pueden significar estas palabras: "Deja que los muertos entierren a sus muertos"? Las consideraciones que proceden manifiestan, en primer lugar, que en las circunstancias en que fueron pronunciadas no podían expresar una reprobación contra el que miraba como un deber de piedad filial el ir a enterrar a su padre; pero encierran un sentido profundo que sólo un conocimiento más completo de la vida espiritual podía hacer comprender.

En efecto: la vida espiritual es la vida verdadera, es la vida normal del espíritu; su existencia terrestre sólo es transitoria y pasajera; es una especie de muerte si se la compara con el esplendor y la actividad de la vida espiritual. El cuerpo no es otra cosa que un hábito grosero que reviste momentáneamente el espíritu, verdadera causa que le une al terrón de tierra, y es feliz cuando queda libre de ella. El respeto que se tiene

por los muertos no es por la materia, sino por el re cuerdo del espíritu ausente; es análogo al que se tiene por los objetos que le pertenecieron, que él tocó y que los que le han amado guardan como reliquias. Esto es lo que aquel hombre no podía comprender por sí mismo; Jesús se lo enseñó diciéndole: "No os inquietéis por el cuerpo; antes bien, cuidad al espíritu id a enseñar el reino de Dios; id a decir a los hombres que su patria no está en la Tierra, sino en el Cielo, en donde se en cuentra la verdadera vida".

Yo no he venido a traer la paz, sino la división

9. **No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz sino espada; - porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y la nuera contra su suegra. - Y los enemigos del hombre, los de su casa. (San Mateo, cap. X, v. 34, 35 y 36).**

10. **Fuego vine a poner en la tierra; ¿y qué quiero sino que arda? - Con bautismo es menester que yo sea bautizado; ¡y cómo me angustio basta que se cumpla! - ¿Pensáis que soy venido a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división; - porque de aquí en adelante habrán cinco en una casa divididos, los tres estarán contra los dos, y los dos contra los tres. - Estarán divididos: el padre contra el hijo, y el hijo contra su padre, la madre contra la hija, y la hija contra la madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra su suegra. (San Lucas, cap. XII, v. de 49 a 53).**

11. ¿Es el mismo Jesús y la personificación de la benig nidad y de la bondad, y que no cesó de predicar el amor al prójimo, el que pudo decir: Yo no he venido a meter paz, sino espada; he venido a separar al hijo de su pa dre, al esposo de su esposa; he venido a poner fuego sobre la tierra y lo que quiero es que arda? ¿Acaso es tas palabras no están en contradicción manifiesta con su enseñanza? ¿No es blasfemia atribuirle el lenguaje de un conquistador sanguinario y devastador? No, no hay blasfemia ni contradicción en estas palabras, por que El es quien las pronunció y ellas atestiguan su alta

sabiduría; sólo que su forma, un poco equívoca, no expresa exactamente su pensamiento, y esta es la causa por la que se ha entendido mal su sentido verdadero. Tomadas literalmente tendrían por objeto transformar su misión, enteramente pacífica, en misión de turbu lencias y discordias, consecuencias absurdas que el buen sentido rechaza, porque Jesús no podía desmentirse. (Capítulo XIV, número 6).

12. Toda idea nueva necesariamente encuentra oposición, y no hay una sola que se haya establecido sin luchas, puesto que en semejante caso la resisten cia está siempre en relación a la importancia de los resultados "previstos", porque cuanto más grande es, mayores intereses lastima. Si es notoriamente falsa, y si se juzga, sin consecuencia, nadie hace caso y se la deja pasar sabiendo que no tiene vida. Pero si es verdadera, si descansa sobre una base sólida, si se entrevé su porvenir, un secreto presentimiento advier te a sus antagonistas que es una desgracia para ellos y para el orden de las cosas en cuyo sostenimiento están interesados; por este motivo la persiguen lo mismo que a sus partidarios.

13. Jesús vino a proclamar la doctrina que mi naba por su base el abuso en que vivían los fariseos, los escribas y los sacerdotes de su tiempo; por esto también le hicieron morir, creyendo matar la idea ma tando al hombre; pero la idea sobrevivió porque era verdadera; se engrandeció porque estaba en los de signios de Dios, y salida de un pueblo obscuro de la Judea fué a plantar su estandarte en la misma capital del mundo pagano, en presencia de sus enemigos más encarnizados, de los que tenían más interés en com batirla porque echaba por el suelo creencias seculares que muchos sostenían más bien por interés que por convicción. Allí esperaban a sus apóstoles las luchas más terribles; las víctimas fueron innumerables, pero

la idea se engrandeció siempre y salió triunfante, por que sobrepujaba en verdad a las anteriores.

14. Es preciso notar que el cristianismo llegó cuan do el paganismo estaba en decadencia, y se debatía contra las luces de la razón. Se practicaba aún por fórmula, pero la creencia había desaparecido; sólo el interés personal la sostenía. Pero el interés es tenaz; nunca cede a la evidencia irritándose tanto más cuan to más perentorios son los razonamientos que se le oponen y le demuestran mejor su error; sabe bien que está en él, mas esto no le conmueve, porque la ver dadera fe no está en su alma; lo que más teme es la luz que abre los ojos de los ciegos; este error lo apro vecha, y por esto se aferra a él y lo defiende.

¿Sócrates no había, también, emitido una doctrina análoga, hasta cierto punto, a la de Cristo? ¿Por qué, pues, no prevaleció en aquella época en uno de los pueblos más inteligentes de la tierra? Es que el tiem po no había llegado aún; Sócrates sembró en una tierra que no estaba trabajada; el paganismo aun no se había "gastado". Cristo recibió su misión providencial en tiempo propicio. Todos los hombres de su época no estaban, ni mucho menos, a la altura de las ideas cristianas; pero había una aptitud más general en asimilárselas porque se empezaba a sentir el vacío que las creencias vulgares dejaban en el alma. Sócrates y Platón abrieron el camino y pred ispusieron los espíritus. (Véase en la **Introdución**, párrafo IV, "Só crates y Platón, precursores de la idea cristiana y del Espiritismo").

15. Desgraciadamente los adeptos de la nueva doc trina no se entendieron sobre la interpretación de las palabras del maestro, la mayor parte cubiertas con el velo de las alegorías y de la figura; de aquí nacieron, desde el principio, las sectas numerosas que todas pretendían tener la verdad exclusiva, y que diez y ocho

siglos no han podido poner de acuerdo. Olvidando el más importante de los divinos preceptos, aquel del que Jesús había hecho la piedra angular de su edificio y la condición expresa de salvación, la caridad, la fraternidad y el amor al prójimo, esas sectas se anatematizaron mutuamente y se arrojaron unas contra otras, destruyendo las más fuertes a las más débiles, ahogándolas en la sangre, en los tormentos y en las llamas de las hogueras. Los cristianos vencedores del paganismo, de perseguidos se hicieron perseguidores, y a sangre y fuego plantaron en ambos mundos la cruz del cordero sin mancha. Es un hecho constante que las guerras de religión han sido las más crueles y han hecho más víctimas que las guerras políticas, y que en ninguna de éstas se han cometido más actos de atrocidad y barbarie que en aquéllas.

¿Acaso está la falta en la doctrina de Cristo? No, ciertamente, porque condena formalmente toda violencia. ¿Dijo nunca a sus discípulos, id y matad, destrozad, quemad a los que no crean lo que vosotros? No, sino que les dijo todo lo contrario: Todos los hombres son hermanos y Dios es soberanamente misericordioso; amad a vuestro prójimo, amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os persiguen. Les dijo más: El que mata por la espada, perecerá por la espada. La responsabilidad no está, pues, en la doctrina de Jesús, sino en los que la han interpretado falsamente y han hecho de ella un instrumento para servir a sus pasiones; está en los que han desconocido estas palabras: "Mi reino no es de este mundo".

Jesús, en su profunda sabiduría, preveía lo que iba a suceder; estas cosas eran inevitables, por ser inherentes a la inferioridad de la naturaleza humana, que no podía transformarse repentinamente. Era preciso que el cristianismo pasase por esta larga y cruel prueba de diez y ocho siglos para manifestar todo su poder, porque a pesar de todo el mal cometido en su nombre ha salido puro; jamás se le ha puesto en tela

de juicio; la culpa ha recaído siempre sobre los que han abusado de él; a cada acto de intolerancia se ha dicho siempre: Si el cristianismo fuese mejor comprendido y mejor practicado, no hubiera sucedido esto.

16. Cuando Jesús dijo: No creáis que haya venido a poner paz, sino división, su pensamiento fué este: "No creáis que mi doctrina se establezca pacíficamente; traerá luchas sangrientas, a las que mi nombre servira de pretexto, porque los hombres no me habrán comprendido o no me habrán querido comprender; los hermanos separados por su creencia sacarán la espada uno contra otro, y la división reinará entre los miembros de una misma familia que no tendrá la misma fe. Yo he venido a poner el fuego en la tierra para limpiarla de los errores y de las preocupaciones, del mismo modo que se pone fuego en un campo para destruir las malas hierbas, y por mi parte quiero que arda para que la purificación sea más pronta, porque de este conflicto saldrá triunfante la verdad; a la guerra sucederá la paz, al encono de los partidos la fraternidad universal, a las tinieblas del fanatismo la luz de la fe razonada. Entonces, cuando el campo esté preparado, "os enviaré el Consolador, el Espíritu de Verdad que vendrá a restablecer todas las cosas"; es decir, que haciendo conocer el verdadero sentido de mis palabras, que los hombres, ya más ilustrados, podrán por fin comprender, pondrán término a la lucha fratricida que divide a los hijos de un mismo Dios. Cansados, por último, de un combate sin consecuencias, que arrastra tras sí la desolación y lleva la turbación hasta el seno de las familias, los hombres reconocerán en dónde están sus verdaderos intereses para este mundo y para el otro; verán de qué lado están los amigos y enemigos de su reposo. Entonces todos se agruparán bajo una misma bandera: la de la caridad, y las cosas se restablecerán en la tierra según la verdad y los principios que os he enseñado".

17. El Espiritismo viene a realizar, en el tiempo predicho, las promesas de Cristo; sin embargo, esto no puede hacerse sin destruir los abusos; como Jesús, encuentra a su paso el orgullo, el egoísmo, la ambición, la avaricia y el ciego fanatismo, que, acosados en sus últimos atrincheramientos, intentan cortarle el camino y le suscitan trabas y persecuciones; por esto le es necesario también combatir; pero el tiempo de las luchas y de las persecuciones sangrientas ha pasado; las que se tendrán que sufrir serán enteramente morales, y el término se acerca; las primeras han durado siglos; éstas durarán apenas algunos años, porque la luz, en lugar de salir de un solo foco, sale de todos los puntos del globo y abrirá más pronto los ojos a los ciegos.

18. Aquellas palabras de Jesús deben, pues, en tenderse en el sentido de que manifestaban la cólera que él preveía que su doctrina iba a levantar los con flictos momentáneos que iban a ser su consecuencia, las luchas que tendrían que sostenerse antes de esta blecerse, como sucedió con los Hebreos antes de en trar en la Tierra prometida, y no como un designio premeditado por su parte de sembrar el desorden y la confusión. El mal debía venir de los hombres y no de El. Es como el médico que va a curar, pero cuyos remedios provocan una crisis saludable removiendo los humores malsanos del enfermo.

CAPÍTULO XXIV

No pongáis la lámpara debajo del celemín

Lámpara debajo del celemín. - Por qué Jesús habla por parábo las. - No vayáis hacia los gentiles. - Los que están sanos no tienen necesidad de médico. - El valor de la fe. - Llevar su cruz. - El que quisiere salvar su vida, la perderá.

Lámpara debajo del celemín. - Por qué Jesús habla por parábolas

1. **Ni encienden una antorcha y la ponen debajo del celemín sino sobre el candelero, para que alumbre, a todos los que están en la casa. (San Mateo, cap. V, y. 15).**

2. **Nadie enciende una antorcha y la cubre con alguna vasija, o la pone debajo de la cama: mas la pone sobre el candelero, para que vean la luz los que entran. - Porque no hay cosa encubierta que no haya de ser manifestada: ni escondida, que no haya de ser descubierta y hacerse pública. (San Lucas, capítulo VIII, v. 16 y 17).**

3. **Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? - Y les respondió y dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos: mas a ellos no les es dado. - Porque al que tiene se le dará y tendrá más, mas el que no tiene aún lo que tiene se le quitará. - Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no lo ven, y oyendo no oyen ni entienden. - Y se cumple en ellos la profecía de Isaías que dice: De todo oiréis y no entenderéis; y viendo, veréis y no veréis. - Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y cerraron sus ojos: para que no vean de los ojos, y oigan de las orejas, y del corazón entiendan; y se conviertan, y los sane. (San Mateo, cap. XIII, v. de 10 a 15).**

4. Nos maravillamos cuando oímos decir a Jesús que es menester no dejar la luz debajo del celemín, mientras que él mismo oculta sin cesar el sentido de sus palabras bajo el velo de la alegoría que no puede ser comprendida de todos. El lo explica diciendo a sus apóstoles: Les hablo por parábola, porque no están en estado de comprender ciertas cosas; ven, miran, oyen y no comprenden; decírselo todo sería inútil en este momento; pero a vosotros os lo digo, porque os es dado comprender estos misterios. Obraba, pues, con el pueblo, como se hace con los niños cuyas ideas no están aún desarrolladas. De este modo indica el verdadero sentido de la máxima: "Nadie enciende una antorcha y la cubre con una vasija, o la pone debajo de la camá, mas la pone sobre el candelero, para que vean la luz los que entran". No significa que sea necesario revelar todas las cosas inconsiderablemente: toda enseñanza debe ser proporcionada a la inteligencia de aquel a quien se dirige, porque hay gentes a quienes una luz demasiado viva las deslumbra sin darles claridad.

Lo mismo sucede con los hombres en general que con los individuos; las generaciones tienen su infancia, su juventud y su vejez; cada cosa debe venir a su tiempo, pues el grano sembrado fuera de la estación no fructifica. Mas lo que la prudencia aconseja callar momentáneamente, debe descubrirse más o menos tarde, porque llegados a cierto grado de desarrollo, los hombres buscan ellos mismos la luz viva; la obscuridad les pesa. Habiéndoles dado Dios la inteligencia para comprender y guiarse en las cosas de la tierra y del cielo, quieren razonar su fe; entonces es cuando no se debe poner la antorcha debajo del celemín, porque "sin la luz de la razón, la fe se debilita" (Capítulo XIX, número 7).

5. Si, pues, en su sabia previsión, la Providencia sólo revela las verdades gradualmente, las descubre siempre que la humanidad está en disposición de re-

cibirlas; las tiene reservadas, pero no debajo del cele mím. En cambio, los hombres que están en posesión de estas verdades, la mayor parte de las veces sólo las ocultan con la idea de dominar; verdaderamente ellos son los que ponen la luz debajo del celemín. Así es que todas las religiones han tenido sus misterios, cuyo examen prohiben; pero mientras esas religiones van quedando rezagadas, la ciencia y la inteligencia han marchado y han roto el velo del misterio; el vulgo se ha vuelto adulto y ha querido penetrar en el fondo de las cosas, y ha sido cuando ha expulsado de su fe lo que era contrario a la observación.

No puede haber misterios absolutos, y Jesús está en lo verdadero cuando dijo que no hay nada secre to que no deba ser conocido. Todo lo que está oculto será descubierto algún día; y lo que el hombre no puede aún descubrir en la tierra, le será sucesivamente descubierto en los mundos más avanzados y cuando esté purificado; en la tierra está aún en las tinieblas.

6. Se pregunta: ¿qué provecho pudo el pueblo sacar de esta multitud de parábolas cuyo sentido estaba oculto para él? Es de notar que Jesús no se expresaba con parábolas sino respecto a las partes, hasta cierto punto abstractas, de su doctrina; pero habiendo hecho de la caridad hacia el prójimo y de la humildad la condición expresa de salvación, lo que dijo concerniente a esto es perfectamente claro, explícito y sin ambigüedad. Así debió ser, porque es la regla de conducta, regla que todo el mundo debía comprender para poderla practicar; es la esencial para la multitud ignorante a la que se limitaba a decir: Esto es lo que debéis hacer para alcanzar el reino de los cielos. Sobre los otros puntos sólo desarrollaba su pensamientos a sus discípulos, estando éstos más adelantados, moral e intelectualmente. Jesús había podido iniciarles en las verdades más abstractas; por esto dijo: "A los que tienen se les dará más". (Cap. XVIII, núm. 15.)

Sin embargo aun con sus apóstoles se dejó en la vaguedad muchos puntos, cuya completa inteligencia estaba reservada a los tiempos ulteriores. Estos son los puntos que han dado lugar a interpretaciones tan diversas, hasta que la ciencia por un lado y el Espiritismo por otro han hecho comprender su sentido verdadero.

7. El Espiritismo viene hoy a hacer luz sobre una porción de puntos obscuros; sin embargo, no la hace inconsideradamente. Los espíritus proceden en sus instrucciones con una admirable prudencia; sólo sucesiva y gradualmente han abordado las diferentes partes conocidas de la doctrina y del mismo modo serán reveladas las otras a medida que llegue el tiempo de hacerlas salir de la obscuridad. Si la hubiesen presentado completa al principio, sólo hubiera sido accesible a un reducido nilmero; hubiera asustado hasta a los que no estaban preparados, y esto hubiera sido un obstáculo para su propagación. Si, pues, los espíritus no lo dicen aún todo ostensiblemente, no es porque haya en la doctrina misterios reservados para los privilegiados, ni que pongan la antorcha debajo del celemín, sino porque cada cosa debe venir en tiempo oportuno. Dejan que una idea madure y se propague antes de presentar otra, "y que preparen su aceptación los acontecimientos".

No vayáis a camino de gentiles

8. **A estos doce envió Jesús mandándoles y diciendo: No vayáis a camino de gentiles, ni entréis en las ciudades de los Samaritanos. - Mas id antes a las ovejas, que perecieron de la casa de Israel. - Id y predicad diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. (San Mateo, cap. X, v. 5, 6 y 7).**

9. Jesús prueba en diferentes circunstancias que sus miras no están circunscritas al pueblo judío, sino que abrazan a toda la humanidad. Si, pues, dijo a sus apóstoles que no fuesen entre paganos, no fué porque

desdeñase la conversión de éstos, lo que hubiera sido poco caritativo, sino porque los judíos, que creían en la unidad de Dios y esperaban el Mesías, estaban preparados por las leyes de Moisés y de los Profetas a recibir su palabra. Entre los paganos, faltando la base, todo estaba por hacer, y los apóstoles aún no estaban bastante ilustrados para tan ruda tarea; por esto les dijo: Id al rebaño descarriado de la casa de Israel, es decir, id a sembrar en un terreno ya desmontado, sabiendo bien que la conversión de los gentiles vendría a su tiempo. En efecto, más tarde los apóstoles fueron a plantar la cruz en el mismo centro del paganismo.

10. Estas palabras pueden aplicarse a los adeptos y a los propagadores del Espiritismo. Los incrédulos sistemáticos, los burlones obstinados, los adversarios interesados, son, para ellos, lo que los gentiles eran para los apóstoles. A ejemplo de éstos, que busquen primero los prosélitos entre las gentes de buena voluntad, a los que desean la luz, en quienes se encuentra un germen fecundo y el número es grande: sin perder el tiempo con aquellos que rehusan ver y oir y se resisten tanto más por el orgullo, cuanto más valor se quiere dar a su conversión. Más vale abrir los ojos a cien ciegos que deseen ver claro, que a uno solo que se complace en la obscuridad, porque es aumentar el número de los adeptos de una causa en más grande proporción. Dejar a los otros en paz, no es indiferencia, sino buena política; ya les tocará su turno cuando serán dominados por la opinión general y cuando oirán sin cesar repetir la misma cosa a su alrededor; entonces creerán aceptar la idea voluntariamente y no bajo las impresiones de un individuo. Además, hay ideas que son como las semillas: que no pueden germinar antes de la estación y aun únicamente en un terreno preparado; por esto es mejor esperar el tiempo propicio y cultivar primero las que germinan, y no ser que aborten las otras precipitándolas demasiado.

En tiempo de Jesús, y a consecuencia de las ideas limitadas y materiales de la época, todo estaba circunscrito y localizado; la casa de Israel era un pequeño pueblo y los gentiles eran los pueblos pequeños que existían a su alrededor; hoy las ideas se universalizan y se espiritualizan. La nueva luz no es privilegio de ninguna nación; para ella no existen barreras; tiene su hogar en todas partes y todos los hombres son hermanos. Mas los espiritistas tampoco son un pueblo: es una opinión que se encuentra en todas partes, y cuya verdad triunfa poco a poco, como el cristianismo ha triunfado del paganismo. Ya no se le combate con armas de guerra, sino con el poder de la idea.

Los sanos no tienen necesidad de médico

11. **Y acaeció que estando Jesús sentado a la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron a comer con El, y con sus discípulos. - Y viendo esto los fariseos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores? - Y oyéndolo Jesús, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos. (San Mateo, cap. IX, v. 10, 11 y 12).**

12. Jesús se dirigía, sobre todo, a los pobres y a los desheredados, porque éstos son los que tienen más necesidad de consuelos; a los ciegos dóciles y de buena fe porque quieren ver, y no a los orgullosos, que creen poseer toda la luz y no faltarles nada. (Véase la **Introducción**, art. "Publicanos y Peageros".)

Estas palabras, como otras muchas, encuentran su aplicación en el Espiritismo. Algunos se admiran de que la mediumnidad se concede a gentes indignas y capaces de hacer mal uso de ella; parece, dicen, que una facultad tan preciosa debería ser atributo exclusivo de los más meritorios.

Digamos, ante todo, que la mediumnidad consiste en una disposición orgánica de la que puede todo hombre estar dotado, como la de ver, oir y hablar. De

todas puede abusar el hombre en virtud de su libre albedrío, y si Dios no hubiese concedido la palabra, por ejemplo, sino a los que son incapaces de decir cosas malas, habría más mudos que parlantes. Dios, que ha dado al hombre facultades, le deja libre para usar de ellas, pero castiga siempre al que abusa.

Sin el poder de comunicar con los espíritus se hubiese dado sólo a los más dignos, ¿quién se atrevería a solicitarlo? Además, ¿en dónde estaría el límite de la dignidad? La mediumnidad se ha dado sin distinción a fin de que los espíritus puedan llevar la luz a todas partes, a todas las clases de la sociedad, así a la casa del pobre como a la del rico, lo mismo entre los prudentes para fortificarles en el bien, que entre los viciosos, para corregirles. ¿Acaso no son éstos últimos los enfermos que necesitan el médico? ¿Por qué Dios, que no quiere la muerte del pecador, le privaría del socorro que puede sacarle del cenagal? Los espíritus buenos vienen, pues, en su ayuda, y los consejos que recibe directamente son de tal naturaleza que le impresionan con más viveza que si los recibiera por caminos indirectos. Dios, en su bondad, para ahorrarle el trabajo de ir a buscar la luz más lejos, se la pone en la mano; ¿no es mucho más culpable si no la mira? ¿Puede excusarse con la ignorancia cuando él mismo haya escrito, visto, oído y pronunciado su propia condenación? Si no se aprovecha entonces es cuando es castigado por haber pervertido sus facultades, apoderándose de ella los malos espíritus para observarle y engañarle, sin perjuicio de las aflicciones reales con que Dios castiga a sus servidores indignos y a los corazones endurecidos por el orgullo y el egoísmo.

La mediumnidad no implica necesariamente relaciones habitales con los espíritus superiores, sino que es sencillamente una "aptitud" para servir de instrumento más o menos flexible a los espíritus en general. El buen medium no es, pues, el que comunica fácilmen-

te, sino el que es simpático a los buenos espíritus y sólo está asistido por ellos. Unicamente en este sentido es poderosa la excelencia de las cualidades morales sobre la mediumnidad.

Valor de la fe

13. **Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. - Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. (San Mateo, cap. X, v. 32 y 33**).

14. **Porque el que se afrentare de mí y de mis palabras, se afrentará de él el hijo del hombre, cuando viniere de su majestad, y con la del Padre, y de los santos ángeles. (San Lucas, cap. IX, v. 26).**

15. El valor de la opinión se ha tenido siempre en estima por los hombres, porque es un mérito de desafiar los peligros, las persecuciones, las contradicciones y aun los simples sarcasmos a que se expone casi siempre el que no teme confesar muy alto las ideas que no son de todo el mundo. En esto, como en todo, el mérito está en razón de las circunstancias y de la importancia del resultado. Siempre hay debilidad en retroceder ante las consecuencias de su opinión y regenerarla, pero hay casos en que es una cobardía tan grande como huir en el momento del combate.

Jesús anatematiza esta cobardía desde el punto de vista especial de su doctrina, diciendo que si alguno se afrentare de sus palabras, también se afrentará de El; que El negará al que le niegue; que el que le confesará ante los hombres le reconocerá ante su Padre que está en los cielos; en otros términos: "Los que temerán el confesarse discípulos de la verdad, no son dignos de ser admitidos en el reino de la verdad". Perderán el beneficio de su fe, porque es una fe egoísta que guardan para ellos mismos, pero que la ocultan por miedo de que les ocasione perjuicio en este mundo,

mientras que aquellos que colocando la verdad sobre sus intereses materiales la proclaman abiertamente, trabajan al mismo tiempo para su porvenir y para el de los otros.

16. Lo mismo sucederá con los adeptos del Espiri tismo, puesto que su doctrina no es otra que el des arrollo y aplicación de la del Evangelio; a ellos se di rigen también las palabras de Cristo. Siembran en la tierra lo que recogerán en la vida espiritual; allí recogerán los frutos de su valor o de su debilidad.

Llevar su cruz. - El que quisiera salvar su vida, la perderá

17. **Bienaventurados seréis, cuando os aborrecieran los hombres y os apartaren de sí, y os ultrajaren y desecharen vuestro nombre como malo por el Hijo del hombre. - Gozáos en aquel día y regocijáos: porque vuestro galardón grande es en el Cielo: porque de esta manera trataban a los profetas los padres de ellos. (San Lucas, cap. VI, v. 22 y 23).**

18. **Y convocando al pueblo con sus discípulos, les dijo: si alguno quiere seguirme niéguese a sí mismo: y tome su cruz, y sigame. - Porque el que quisiera salvar su vida la perderá, mas el que perdiese su vida, por mí y por el Evangelio la salvará. - Porque, ¿qué aprovechará al hombre si granjease todo el mundo y pierde su alma? (San Marcos, cap. VIII, v. 34 a 36. - San Lucas, cap. IX, v. 23 a 25. - San Mateo, cap. X, v. 33. - San Juan, cap. XII, v. 24 y 25).**

19. Regocijáos, dijo Jesús, cuando los hombres os aborrecerán y os perseguirán por mi causa, porque el cielo os recompensará. Estas palabras pueden tradu cirse de este modo: Sed felices cuando los hombres, por su mal querer hacia vosotros, os proporcionen la ocasión de probar la sinceridad de vuestra fe, porque el mal que os hacen se vuelve en provecho vuestro. Compadecedles, pues, por su ceguedad, y no les maldigáis.
Después añade: "Que el que quiera seguirme lleve su cruz"; es decir, que sobrelleve con ánimo las tribu-

laciones que su fe le proporcionará; porque el que quisiera salvar su vida y sus bienes renunciando a mí, perderá las ventajas del reino de los cielos, mientras que aquellos que lo habrán perdido todo en la tierra, y aun la vida por el triunfo de la verdad, recibirán en la vida futura el precio de su valor, de su perseverancia y de su abnegación; pero aquellos que sacrifican los bienes celestes a los goces terrestres, Dios dice: Vosotros habéis recibido ya vuestra recompensa.

CAPÍTULO XXV

Buscad y encontraréis

Ayúdate y el cielo te ayudará. - Contemplad las aves del cielo. - No os acongojéis buscando el oro.

Ayádate y el cielo te ayudará

17. **Pedid, y se os dará: buscad y hallaréis: llamad y se os abrirá - Porque todo el que pide recibe; y el que busca, halla; y al que llame, se le abrirá.**

¿O quién de vosotros es el hombre, a quien si su hijo le pidiere pan, le dará una piedra? -¿O si le pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente? - Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos: ¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará bienes a los que se los pidan? (San Mateo, cap. VII, y. de 7 a 11).

2. Desde el punto de vista terrestre, la máxima: "Buscad y hallaréis", es análoga a esta otra: "Ayú date que el cielo te ayudará". Es el principio de la "ley del trabajo" y, por consecuencia, de la "ley del progreso", porque el progreso es hijo del trabajo y el trabajo pone en acción las fuerzas de la inteligencia.

En la infancia de la humanidad, el hombre sólo apli ca su inteligencia a buscar el alimento y los medios de preservarse de la intemperie y defenderse de sus ene migos; pero Dios le ha dado más que al animal: le ha dado "el deseo incesante de mejorar". Este deseo es el que le impulsa a buscar los medios para mejorar su posición y le conduce a los descubrimientos, a las

invenciones y al perfeccionamiento de la ciencia, por que la ciencia es la que le procura lo que le falta. Por medio de estas investigaciones su inteligencia aumenta y su moral se purifica; a las necesidades del cuerpo suceden las necesidades del espíritu; después del alimento material es necesario el alimento espiritual; este es el modo como el hombre pasa del estado salvaje al de civilización.

Pero como el progreso que el hombre cumple individualmente, durante la vida, es muy poco, y aun imperceptible en un gran número, ¿cómo podría, pues, progresar la humanidad, sin la preexistencia y la persistencia del alma? Si las almas se fuesen todos los días para no volver jamás, la humanidad se renovaría sin cesar con elementos primitivos, teniendo que hacerlo todo y aprenderlo todo; no habría pues, razón para que el hombre estuviese más adelantado hoy que en las primeras edades del mundo, puesto que al nacer, el trabajo intelectual estaría para empezar. El alma, por el contrario, volviendo con su progreso hecho, y adquiriendo cada vez alguna cosa más, pasa de este modo gradualmente de la barbarie a la "civilización material" y de ésta a la "civilización moral". (Véase el cap. IV, número 17.)

3. Si Dios hubiese librado al hombre del trabajo del cuerpo, sus miembros estarían atrofiados; si le hubiese librado del trabajo de la inteligencia, su espíritu hubiera quedado en la infancia, en el estado de instinto del animal; por esto ha hecho que fuera una necesidad el trabajo; le ha dicho: "Busca y hallarás, trabaja y producirás"; de este modo serás hijo de tus obras, tendrás el mérito y serás recompensado según lo que hábrás hecho.

4. Haciendo aplicación de este principio, los espíritus no vienen a ahorrar al hombre el trabajo de sus investigaciones, trayéndoles descubrimientos e invenciones enteramente hechos y prontos a producir, de

modo que no tenga que hacer otra cosa que tomar lo que se le pondría en la mano, sin tener el trabajo de bajar para recoger, ni menos el de pensar. Si así fuese, el más perezoso podría enriquecerse, y el más ignoran te ser sabio a poca costa, y el uno y el otro atribuirse el mérito de lo que no habrían hecho. No, "los espíri tus no vienen a librar al hombre de la ley del trabajo, sino a enseñarle el objeto que debe conseguir y el camino que a él conduce, diciéndole": Marcha y llegarás. Encontrarás piedras a tu paso, pero procura quitarlas por tí mismo, pues te damos la fuerza necesaria si quieres aprovecharte de ella. ("**Libro de los Médiums**", cap. XXVI, núm. 291 y siguientes.)

5. Desde el punto de vista moral, las palabras de Jesús significan: Pedid la luz que debe iluminar vues tro camino, y os será dada; pedid la fuerza para resis tir el mal, y la tendréis; pedid la asistencia de los bue nos espíritus, y vendrán a acompañaros, y como el ángel a Tobías, os servirán de guías; pedid buenos con sejos y nunca os serán rehusados; llamad a nuestra puerta y se os abrirá; pero llamad sinceramente, con fe, fervor y confianza, presentáos con humildad y no con arrogancia: sin esto quedaréis abandonados a vues tras propias fuerzas, y los mismos desengaños que tengáis serán el castigo de vuestro orgullo.

Contemplad las aves del cielo

6. **No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra: donde orín y polilla los consume; y en donde ladrones los desentierran y roban. - Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo; en donde ni los consume orín ni polilla; y en donde ladrones no los desentierran ni roban. - Porque en donde. está tu tesoro, allí está también tu corazón.**

Por tanto os digo, no andéis afanados por vuestra alma, que comeréis, ni para vuestro cuerpo, que vestiréis. ¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido?

Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan entrojes; y vuestro padre celestial las alimenta: ¿Pues no

sois vosotros mucho más que ellas? - ¿Y quién de vosotros, discurriendo, puede añadir un codo a su estatura?

¿Y por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan. - Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de éstos. - Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿Cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? - Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas.

Buscad, pues, primeramente, el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas. - Y así no andéis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana a sí mismo se traerá su cuidado. "Le basta al día su propio afán". (San Mateo, cap. VI, v. de 19 a 21, y de 25 a 34).

7. Estas palabras, tomadas literalmente, serían la negación de toda previsión, de todo trabajo y de consiguiente de todo progreso. Con tal principio, el hombre se reduciría a un estado pasivo espectante; sus fuerzas físicas e intelectuales, no tendrían actividad; si tal debiese ser su condición normal en la tierra, nunca hubiera salido de su estado primitivo, y si de ello hiciera su ley actual, no tendría otra cosa que hacer sino vivir sin hacer nada. No pudo ser tal el pensamiento de Jesús, porque estaría en contradicción con lo que dijo en otra parte y con las mismas leyes de la naturaleza. Dios ha creado al hombre sin vestido y sin abrigo, pero le ha dado la inteligencia para que se lo fabrique. (Cap. XIV, núm. 6; cap. XXV, número 2.)

Es preciso, pues, no ver en estas palabras sino una poética alegoría de la Providencia, que nunca abandona a los que ponen en ella su confianza, pero quiere que trabajen por su parte. Si no viene siempre en ayuda para un socorro material, inspira las ideas con las cuales se encuentran los medios de salir del paso. (Cap. XXVII, núm. 8.)

Dios conoce nuestras necesidades y provee según lo que se necesita; pero el hombre, insaciable en sus de seos, no siempre sabe contentarse con lo que tiene; no le basta lo necesario, sino que le es indispensable lo superfluo, y entonces la Providencia le abandona a sí mismo. Muchas veces es desgraciado por su causa y por haber desconocido la voz que le avisaba por medio de su conciencia, dejándole Dios que sufra las consecuencias con el fin de que le sirva de lección para el porvenir. (Cap. V, núm. 4.)

8. La tierra produce lo suficiente para alimentar a todos sus habitantes; cuando los hombres sabrán administrar los bienes que da según las leyes de justi cia, de caridad y de amor al prójimo, cuando la frater nidad reinará entre los diversos pueblos, como entre las provincias de un mismo imperio, lo superfluo mo mentáneo del uno servirá para el otro, y cada uno tendrá lo necesario. El rico se considerará entonces como teniendo una grande cantidad de semillas, que si las siembra, producirán el céntuplo para él y para los otros; pero si él solo se come las semillas, si malgasta y deja perder lo sobrante de lo que coma nada producirán, y no habrá para todos, y si las encierra en su granero, los gusanos las comerán: por esto ha dicho Jesús: No acumuléis tesoros en la tierra, que son perecederos, pero sí en el cielo, porque son eter nos, o en otros términos: no déis más importancia a los bienes materiales que a los bienes espirituales y saber sacrificar los primeros en provecho de los segundos. (Cap. XVI, núm. 7 y siguientes.)

La caridad y la fraternidad no se decretan con leyes; si no están en el corazón, el egoísmo las ahogará siempre; hacérselas penetrar, es obra del Espiritismo.

No poseáis oro

9. **No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas. - Ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque digno es el trabajador de su alimento.**

10. **Y en cualquier ciudad o aldea que entráreis, preguntad quién hay en ella digno, y estáos allí hasta que salgáis. - Y cuando entréis en la casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuese digna, vendrá sobre ella vuestra paz; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros.**

Y todo el que no os recibiere, ni oyere vuestra palabra, al salir fuera de la casa o de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. - En verdad os digo que será más tolerable a la tierra de los de Sodoma y de Gomorra en el día del juicio, que a aquella ciudad. (San Mateo, cap. X, v. de 9 a 15).

11. Estas palabras que Jesús dirigía a sus apósto les cuando les envió por primera vez a anunciar la buena nueva, nada tenían de extraño en aquella época: eran conformes a las costumbres patriarcales de Oriente, en que al viajero se le recibía siempre en la tienda; pero entonces los viajeros eran raros; en los pueblos modernos, el aumento de la circulación ha debido crear nuevas costumbres; las de los pueblos antiguos sólo se encuentran en las comarcas retiradas, en donde no ha penetrado aún el movimiento; y si Jesús volviese hoy, ya no podría decir a sus apóstoles: Ponéos en marcha sin provisiones.

Además del sentido propio, estas palabras tienen un sentido moral muy profundo. Jesús ensenaba de este modo a sus discípulos a confiar en la Providencia, pues no teniendo nada, no podían tentar la ambición de aquellos que les recibían; este era el medio de dis tinguir a los caritativos de los egoístas; por esto les dijo: "Informáos de quién es digno para que os hos pedéis en su casa; es decir, quien es el más humano para hospedar al viajero que no tiene con qué pagar, porque aquellos son dignos de vuestras palabras; les reconoceréis por su caridad.

En cuanto a los que no quisieran recibirles ni es cucharles, ¿dijo, acaso, a sus apóstoles que les maldi jeran, que se les impusieran, que usaran de violencia y apremio para convertirlos? No, sino que se fuesen sencillamente a otra parte y buscasen gentes de mejor voluntad.

Del mismo modo dice hoy el Espiritismo a sus adeptos: No violentéis ninguna conciencia, no obliguéis a ninguna persona a dejar sus creencias para adoptar la vuestra, no anatematicéis a los que no piensan como vosotros; acoged a los que os reciben y dejad en paz a los que os rechazan. Acordáos de las palabras de Cristo: en otro tiempo el Cielo se tomaba por la violencia, hoy por la dulzura. (Cap. IV, núms. 10 y 11.)

CAPÍTULO XXVI

Dad gratuitamente lo que recibís gratuitamente

Don de curar. - Oraciones pagadas. - Mercaderes echados del templo. - Mediumnidad gratuita.

Don de curar

1. **Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios; "graciosamente recibísteis, dad graciosamente". (San Mateo, cap. X, v. 8).**

2. "Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente"; dijo Jesús a sus discípulos; por este precepto prescribe que no se haga pagar lo que uno mismo no ha pagado, y lo que ellos habían recibido gratuitamente era la facultad de curar a los enfermos y echar a los demonios, es decir, a los malos espíritus; este don se les dió gratuitamente por Dios para el alivio de los que sufren y para ayudar a la propagación de la fe, diciéndoles que no hicieran con él ningún negocio, ni un objeto de especulación, ni un medio de vivir.

Oraciones pagadas

3. **Y oyéndolo todo el pueblo, dijo a sus discípulos: - Guardáos de los escribas, que quieren andar con ropas talares y gustan de ser saludados en las plazas, y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los primeros asientos en los convites. - "Que devoran las casas de las viudas pretextando larga oración". Estos recibirán mayor condenación. (San Lucas,**

cap. XX, v. 45, 46 y 47. - San Marcos, cap. XII, v. 38, 39 y 40. - San Mateo, cap. XXIII, y. 14).

4. También dijo Jesús: No hagáis pagar vuestras oraciones; no hagáis como los escribas, que bajo el pretexto de largas oraciones, "devoran las casas de las viudas"; es decir, acaparan las fortunas. La oración es un acto de caridad, un impulso del corazón, y hacer pagar lo que se dirige a Dios por otro, es cons tituirse en intercesor asalariado, pues entonces la oración no es más que una fórmula cuya duración está proporcionada a la cantidad que produce. Luego, una de dos: Dios mide o no sus gracias por el número de palabras; si se necesitan muchas, ¿por qué se dicen pocas o ninguna al que no puede pagar? Esto es una falta de caridad; si por el contrario, una sola basta, lo que sobra es inútil y entonces ¿por qué se hace pagar? Esto es una prevaricación.

Si Dios no vende los beneficios que concede ¿por qué aquel, que ni siquiera es el distribuir, ni puede garantizar la obtención de ellos, hace pagar una súpli ca que no puede tener seguro resultado? Dios no pue de subordinar un acto de clemencia, de bondad o de justicia que se solicite de su misericordia, a una can tidad de dinero; de otro modo resultaría que si la can tidad no se pagó o es insuficiente, la justicia, la bondad y la clemencia de Dios estarían en suspenso. La razón, el buen sentido y la lógica, dicen que Dios, la perfec cjón absoluta no puede delegar a criaturas imperfec tas el derecho de poner precio a su justicia. La justi cia de Dios es como el sol; está por todo el mundo, lo mismo para el pobre que para el rico. Si se considera ra como inmortal el tráfico que se hace con las gracias de un soberano de la tierra, ¿es, acaso, más lícito el vender las del Soberano del universo?

Las oraciones p agadas tienen otro inconveniente; el que las compra, se cree muchas veces dispensado de rogar por él mismo, porque se considera en paz cuando ha dado su dinero. Se sabe, además, que los espíritus

se conmueven sólo por medio del fervor del pensamiento que se interesa por ellos; y ¿qué fervor puede tener aquel que encarga a un tercero que rece para él, pagan do? ¿Cuál es el fervor de este tercero cuando delega su mandato a otro, éste a otro, y así sucesivamente? ¿No es esto rebajar la eficacia de la oración al valor de una moneda corriente?

Mercaderes echados del templo

5. **Vienen, pues, a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo: y trastornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas. - Y no consentía que alguno transportase mueble alguno por el templo. - Y les enseñaba diciendo: ¿No está escrito: mi casa, casa de oración será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. - Cuando lo supieron los príncipes de los sacerdo-tes y los escribas, buscaban cómo quitarle la vida: porque le temían por cuanto todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina. (San Marcos, cap. XI, v. de 15 a 18. - San Mateo, capítulo XXI, v. 12 y 13).**

6. Jesús echó a los mercaderes del templo: con esto condena el tráfico de las cosas santas "bajo cual quier forma que sea". Dios no vende, ni su bendición, ni su perdón, ni la entrada del reino de los cielos; lue go el hombre no tiene el derec ho de hacerlos pagar.

Mediumnidad gratuita

7. Los médiums modernos - porque los apóstoles poseían también la mediumnidad - han recibido igualmente de Dios un don gratuito, que consiste en ser los intérpretes de los espíritus para la instrucción dc los hombres, para enseñarles el camino del bien y con ducirles a la fe, y no para vender palabras que no les pertenecen, porque no son producto "de su concepción, ni de sus investigaciones, ni de su trabajo perso nal". Dios quiere que la luz llegue a todo el mundo, y

no quiere que el más pobre quede desheredado y pue da decir: No tengo fe porque no he podido pagarla; yo no he tenido el consuelo de recibir la ayuda y los tes timonios de afecto de los que lloro, porque s-oy pobre. Por esta razón la mediumnidad no es un privilegio, sino que se halla en todas partes y hacerla pagar sería desviarla de su objeto providencial.

8. El que conozca un poco las condiciones en que se comunican los buenos espíritus y su repulsión por todo lo que es de interés y de egoísmo, sabe cuán poca cosa se necesita para alejarles; nunca podrá admitir que los espíritus superiores estén a disposición del primero que llegue y les llame, a tanto la sesión, pues el buen sentido rechaza tal pensamiento. ¿Acaso no sería una profanación evocar a precio de oro a los seres que nosotros respetamos o que queremos? Sin duda que de este modo pueden obtenerse manifestaciones; pero, ¿quién podría garantir su sinceridad? Los espí ritus ligeros, mentirosos, traviesos y toda la cohorte de espíritus inferiores, muy poco escrupulosos, vienen siempre a responder y están dispuestos a lo que se les pregunta, sin que les dé ningún cuidado mentir. Luego, el que quiere comunicaciones formales, debe, desde luego pedirlas formalmente, y después penetrarse bien de la naturaleza de las simpatías del medium con los seres del mundo espiritual. La primera condición para adquirir la benevolencia de los buenos espíritus, es la humildad, el sacrificio la negación y el desinterés "moral y material" más absoluto.

9. Al lado de la cuestión moral se presenta una consideración efectiva no menos importante, que tiene relación con la misma naturaleza de la facultad. La mediumnidad formal no puede ser ni será nunca una profesión, no sólo porque sería desacreditada moralmente y muy pronto asimilada a la de los que dicen la buenaventura, sino porque se opone a ella un obs-

táculo material: el de ser una facultad esencialmente movible, fugitiva y variable, y sobre cuya permanencia nadie puede tener una completa seguridad. Luego, para explotarla, sería un recurso del todo incierto, toda vez que podría faltar en el momento que fuese más necesaria. Otra cosa sucede con un talento adquirido por el estudio y el trabajo y que por lo mismo, siendo una propiedad, naturalmente se permite sacar partido de él. Pero la mediumnidad ni es un arte ni es un talento, por lo cual no puede ser una profesión; sólo existe por el concurso de los espíritus, y si éstos hacen falta, ya no hay mediumnidad; la aptitud puede subsistir, pero el ejercicio está anulado. Así es que no hay ningún médium en el mundo que pueda asegurar la producción de un fenómeno espiritista en un momento dado. Explotar la mediumnidad, es pues, disponer de una cosa que realmente no se tiene, y afirmar lo contrario seria engañar al que la pagara; hay más aun, y es que el inédium no dispone de "sí mismo", sino de los espíritus de las almas de los muertos, cuyo concurso se pone a precio. Este pensamiento repugna instintivamente. El tráfico degenerado en abuso y explotado por el charlatanismo, la ignorancia, la credulidad y la superstición, motivó la prohibición de Moisés. El espiritismo moderno, comprendiendo lo formal del asunto, por el descrédito que ha echado sobre esta explotación, ha elevado la mediumnidad al rango de misión. (Véase el "**Libro de los Médiums**", capítulo XXVIII. - Y el "**Cielo a Infierno**", cap. XII.)

10. La mediumnidad es una cosa santa que debe practicarse santa y religiosamente. Si hay una clase de mediumnidad que requiere esta condición y de un modo más absoluto, es la mediumnidad curativa. El médico da el fruto de sus estudios, que ha hecho a costa de sacrificios, a menudo muy penosos; el magnetizador da su propio fluido y muchas veces su salud: éstos pueden poner precio a sus facultades; pero el médium que cura, sólo transmite el fluido saludable

de los buenos espíritus, y por lo tanto no tiene dere cho de venderlo, Jesús y los apóstoles, aunque pobres, no hacían pagar las curaciones que operaban.

Así, pues, el que no tenga de qué vivir, que busque recursos por otra parte y no en la mediumnidad; que no consagre en ello, si es necesario, sino el tiempo de que pueda disponer materialmente. Los espíritus ya tomarán en cuenta su sacrificio y abnegación, mientras que se retirarán de los que esperan hacer de esto un negocio.

CAPÍTULO XXVII

Pedid y se os dará

Cualidades de la oración. - Eficacia de la oración. - Acción de la oración. - Transmisión del pensamiento. - Oraciones inteligibles. - De la oración para los muertos y para los espíritus que sufren. - **Instrucciones de los espírítus**: Modo de orar. - Felicidad de la oración.

Cualidades de la oración

1. **Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos de los hombres: en verdad os digo recibieron su galardón. - Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. - Y cuando oráreis, no habléis mucho como los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos. - Pues no queráis asemejaros a ellos porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidais. (San Mateo, cap. VI, v. de 5 a 8).**

2. **Y cuando estuviéreis para orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle: para que vuestro Padre que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. - Porque si vosotros no perdonáreis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados. (San Marcos, capítulo XI, v. 25 y 26).**

3. **Y dijo también esta parábola a unos que fiaban en sí mismos, como si fuesen justos y despreciaban a los otros. - Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo y el otro publicano. - El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: "Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así**

como este publicano. - Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. -Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aún alzar los ojos al cielo; sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio a mí, pecador. - Os digo que éste, y no aquél, descendió justiucado a su casa: porque todo hombre que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. (San Lucas, cap. XVIII, v. de 9 a 14).

4. Jesús definió las cualidades de la oración clara mente, diciendo: Cuando roguéis, no os pongáis en evidencia; rogad en secreto y no afectéis rogar mucho porque no será por la multitud de las palabras que seréis oídos, sino por la sinceridad con que sean dichas; antes de orar, si tenéis alguna cosa contra al guien, perdonádsela, porque la oración no podría ser agradable a Dios si no sale de un corazón purificado de todo sentimiento contrario a la caridad; en fin, rogad con humildad, como el publicano, y no con orgullo, como el fariseo: examinad vuestros defectos y no vues tras cualidades, y si os comparáis con otros, buscad lo que hay de malo en vosotros. (Cap. X, números 7 y 8.)

Eficacia de la oración

5. **Por tanto os digo, que todas las cosas que pidiéreis orando, creed que las recibiréis y os vendrán. (San Marcos, capítulo XI, v. 24).**

6. Hay gentes que niegan la eficacia de la oración fundándose en el princípio de que, conociendo Dios nuestras necesidades, es superfluo exponérselas. Aun añaden, que encadenándose todo el universo por leyes eternas, nuestros votos no pueden cambiar los decretos de Dios.

Sin ninguna duda hay leyes naturales e inmutables que Dios no puede anular a capricho de cada uno; pero de esto a creer que todas las circunstancias de la vida están sometidas a la fatalidad, es grande la dis tancia. Si así fuese, el hombre sólo sería un instrumento pasivo, sin libre albedrío y sin iniciativa. En esta

hipótesis no habria más que doblar la cabeza al golpe de los acontecimientos, sin evitarlos, y por lo tanto, no se hubiera procurado desviar el rayo. No ha dado Dios al hombre el juicio y la inteligencia para no ser virse de ellos, ni la voluntad para no querer, ni la actividad para estar en la inacción. Siendo libre el hombre para obrar en un sentido o en otro, sus actos tienen para sí y para los otros consecuencias subordinadas a lo que hace o deja de hacer; hay acontecimientos que por su iniciativa escapan forzosamente a la fatalidad sin que por esto se destruyan la armonia de las leyes universales, como si se adelanta o retrasa la saeta de un reloj, tampoco se destruye la ley del movimiento sobre la cual está establecido el mecanismo. Dios pue de acceder a cieflas súplicas sin derogar la inmutabilidad de las leyes que rigen el conjunto, quedando siempre su acción subordinada a su voluntad.

7. Seria ilógico deducir de esta máxima: "Todas las cosas que pidiéreis orando, creed que las recibi réis y os vendrán", que basta pedir para obtener como sería injusto acusar a la Providencia si no accede a otro lo que se le pide, puesto que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Hace lo mismo que un padre prudente que rehusa a su hijo las cosas contra rias al interés de éste. Generalmente el hombre sólo ve el presente; mas si el sufrimiento es útil para su futura felicidad, Dios le dejará qqe sufra, como el ci - rujano deja sufrir al enfermo en la operación que debe conducirle a la curación.

Lo que Dios le concederá, si se dirige a El con con fianza, es valor, paciencia y resignación. También le concederá los medios para que él mismo salga del con flicto, con ayuda de las ideas que le suglere por medio de los buenos espíritus, dejándole de este modo todo el mérito; Dios asiste a los que se ayudan a si mismos, según esta máxima: "Ayúdate y el cielo te ayudará", y no a aquellos que todo lo esperan de un socorro

extraño, sin hacer uso de sus propias facultades; pero casi siempre se preferiría el ser socorrido por un milagro sin que nos costase ningún trabajo. (Capítulo XXV, números 1 y siguientes.)

8. Pongamos un ejemplo: Un hombre se ha perdido en el desierto y sufre una sed horrible; siéntese desfallecer y se deja caer en el suelo; ruega a Dios que le asista, y espera; pero ningún ángel viene a traerle agua. Sin embargo, un buen espíritu le ha "sugerido" el pensamiento de levantarse, seguir uno de los senderos que se presentan ante él, y entonces por un movimiento maquinal, se reviste de ánimo, se levanta y marcha a la ventura. Llega a una colina, descubre lejos un arroyuelo, y a esta vista, recobra ánimo. Si tiene fe, exclamará: "Gracias, Dios mío, por el pensamiento que me habéis inspirado y por la fuerza que me habéis dado". Si no tiene fe, dirá: "¡Qué buen pensamiento he **tenido**! ¡Qué **suerte** haber tomado el camino de la derecha más bien que el de la izquierda! la casualidad, verdaderamente, nos sirve bien algunas veces. ¡Cuánto me felicito por mi valor en no dejarme abatir!"

Pero dirán algunos: "¿por qué el buen espíritu no le dijo bien claro, sigue esta senda, y al extremo encontrarás lo que te hace falta? ¿Por qué no se le ha manifestado, para guiarle y sostenerdle en su abatimiento? De este modo le hubiera convencido de la intervención de la Providencia". En primer lugar sucede así para enseñarle que debe ayudarse a sí mismo y hacer uso de sus propias fuerzas, y luego, por tal incertidumbre, Dios pone a prueba la confianza que en El se tiene, así como la sumisión a su voluntad. Ese hombre estaba en la situación de un niño que cae, y si ve a alguno, grita y espera que le vayan a levantar; si no ve a nadie, hace esfuerzos y se levanta solo.

Si el ángel que acompañó a Tobías le hubiese dicho: "Soy el enviado de Dios para guiarte en tu viaje

y preservarte de todo peligro", Tobias no hubiera te nido ningún mérito; confiando en su compañero, ni aun hubiera tenido necesidad de pensar; por esto el angel no se dió a conocer hasta el regreso.

Acción de la oración. Transmisión del pensamiento

9. La oración es una invocación; por ella nos po nemos con el pensamiento en relación con el ser a quien nos dirigimos. Puede tener por objeto suplicar, dar gracias o glorificar. Se puede orar para sí mismo, para otro, para los vivos y para los muertos. Las oraciones dirigidas a Dios son oídas por los espíritus encargados de la ejecución de su voluntad, y las que se dirigen a los buenos espíritus son transmitidas a Dios. Cuando se ruega a otros seres que a Dios, sólo es con el titulo de intermediarios, de intercesores, porque nada puede hacerse sin la voluntad de Dios.

10. El Espiritismo hace c omprender la acción de la oración, explicando el modo de transmitir el pensa miento, ya sea que el ser a quien se ruega venga a nues tro llamamiento, o que nuestro pensamiento llegue a el. Para formarse una idea de lo que sucede en esta circunstancia, es menester representar a todos los se res, encarnados y desencarnados, sumergidos con un fluido universal que ocupa el espacio, como aquí lo estamos en la atmósfera. Ese fluído recibe una impul sión de la voluntad; es el vehículo del pensamiento, como el aire lo es del sonido, con la diferencia de que las vibraciones del aire están circunscritas, mientras que las del fluído universal se extienden hasta el infinito. Luego, cuando el pensamiento se dirige hacia un ser cualquiera que está en la tierra o en el espacio, del encarnado al desencarnado o del desencarnado al encarnado, se establece una corriente fluídica entre los los, la cual transmite el pensamiento como el aire transmite el sonido.

La energía de la corriente está en razón con la del pensamiento y de la voluntad. Así es como la oración es oída por los espíritus en cualquier parte que se encuentren, como los espíritus se comunican entre sí, como nos transmiten sus inspiraciones y como se establecen relaciones a distancia entre los encarnados.

Esta explicación, es sobre todo, para aquellos que no comprenden la utilidad de la oración puramente mística; no es con objeto de materializar la oración, sino con el fin de hacer comprensible su efecto, manifestando que puede tener una acción directa y efectiva, sin que por esto deje de estar menos subordinada a la voluntad de Dios, juez supremo de todas las cosas y el único que puede hacer eficaz su acción.

11. Por la oración el hombre llama el concurso de los buenos espíritus que vienen a sostenerle en sus buenas resoluciones y a inspirarle buenos pensamientos, adquiriendo de este modo la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y volver a entrar en el camino derecho si se ha desviado, así como también puede desviar de sí los males que se atrae por sus propias faltas. Un hombre, por ejemplo, vé su salud deteriorada por los excesos que ha cometido, arrastrando hasta el fin de sus días una vida de sufrimientos; ¿tiene acaso, derecho a quejarse si no consigue la curación? No, porque en la oración hubiera podido encontrar la fuerza necesaria para resistir las tentaciones.

12. Si los males de la vida se dividen en dos partes, una compuesta de aquellos que el hombre no puede evitar y la otra de las tribulaciones cuya primera causa es él mismo por su incuria y sus excesos (capítulo V, número 4), se verá que ésta sobrepuja de mucho en número a la primera. Es, pues, evidente, que el hombre es el autor de la mayor parte de sus aflicciones, y que se las ahorraría si obrase siempre con moderación y prudencia.

No es menos cierto que estas miserias son resultado de nuestras infracciones a las leyes de Dios, y que si las observásemos puntualmente seríamos felices. Si no traspasáramos el límite de lo necesario en la satisfacción de nuestras necesidades, no tendríamos las enfermedades que son consecuencia de los excesos y las vicisitudes que conducen a ellos; si pusiéramos límite a nuestra ambición, no temeríamos la ruina; si no quisiéramos subir más alto de lo que podemos, no temeríamos caer; si fuésemos humildes, no sufriríamos los desengaños del orgullo rebajado; si practicáramos la ley de caridad, no maldeciríamos ni seríamos envidiosos, ni celosos, y evitaríamos las querellas y las disensiones; si no hiciéramos mal a nadie, no temeríamos las venganzas, etc., etc.

Admitamos que el hombre no pueda nada sobre los otros males y que todas las oraciones sean superfluas para preservarse de ellos; ¿no sería ya bastante el que pudiera evitar todo lo que proviene de sus propios hechos? Pues aquí la acción de la oración se concibe perfectamente, porque tiene por objeto solicitar la inspiración saludable de los buenos espíritus, pidiéndoles fuerza para resistir a los malos pensamientos, cuya ejecución puede sernos funesta. En este caso "no desvían el mal, sino que nos desvían a nosotros mismos del pensamiento que puede causarlo; en nada embarazan los decretos de Dios ni suspenden el curso de las leyes de la naturaleza; "sólo nos impiden infringir estas leyes dirigiendo nuestro libre albedrío"; pero lo hacen sin saberlo nosotros y de una manera oculta, para no encadenar nuestra voluntad. El hombre se encuentra entonces en la posición de aquél que solicita buenos consejos y los pone en práctica, pero siempre es libre de seguirlos o dejarlos de seguir; Dios quiere que así suceda para que tenga la responsabilidad de sus actos dejándole el mérito de la elección entre el bien y el mal. Esto es lo que el hombre siempre está seguro de obtener si lo pide con fervor, y a lo que

sobre todo pueden aplicarse estas palabras: "Pedid y se os dará".

La eficacia de la oración, aun reducida a esta proporción, ¿no tendría, acaso, un resultado inmenso? Es taba reservado al Espirit ismo el probarnos su acción por la revelación de las relaciones que existen entre el mundo invisible y el mundo visible. Pero no se limitan únicamente a éstos sus efectos.

La oración está recomendada por todos los espíri tus; renunciar a la oración es desconocer la bondad de Dios; es renunciar para sí mismo a su asistencia y para los otros al bien que puede hacérseles.

13. Dios, accediendo a la súplica que se le dirige, tiene la mira de recompensar la intención, la sinceridad y la fe del que ruega; por este motivo la oración del hombre de bien tiene más mérito a los újos de Dios y siempre más eficacia que la del hombre vicioso y malo, porque éste no puede rogar con el fervor y la confian za que sólo se adquiere por el sentimiento de la verda dera piedad. Del corazón del egoísta, de aquél que ruega sólo con la articulación de la palabra, no pueden salir los impulsos de caridad que dan a la oración todo su poder. De tal modo así se comprende, que, por un movimiento instintivo, nos recomendamos con prefe rencia a las oraciones de aquellos cuya conducta se cree ser agradable a Dios, porque son más escuchados.

14. Si la oración ejerce una especie de acción mag nética, podría creerse que su efecto está subordinado al poder fluidico; pero no sucede así: puesto que los espíritus ejercen esta acción sobre los hombres, suplen cuando es necesario la insuficiencia del que ora, ya obrando directamente "en su nombre", ya dándole mo mentáneamente una fuerza excepcional, cuando se le juzga digno de este favor o cuando la cosa puede ser útil.

El hombre que no se cree bastante bueno para ejercer una influencia saludable, no por esto debe abstenerse de rogar por otro, con el pensamiento de que no es digno de ser escuchado. La conciencia de su inferioridad es una prueba de humildad siempre agradable a Dios, que toma en cuenta la intención caritativa que le anima su fervor y su confianza en Dios, son el primer paso de la vuelta al bien, y los buenos espíritus se felicitan de poderle alentar. La oración que no se escucha es la del "orgulloso que sólo tiene fe en su poder y en sus méritos, creyendo poder substituirse a la voluntad del Eterno".

15. El poder de la "oración" está en el pensamiento; no se concreta a las palabras, ni al lugar, ni al momento que se hace. Se puede, pues, rogar en todas partes y a todas horas, estando solo o acompañado. La influencia del lugar o del tiempo está en relación de las circunstancias que pueden favorecer el recogimiento. "La oración en común tiene una acción más poderosa cuando todos aquellos que oran se asocian de corazón a un mismo pensamiento y tienen un mismo objeto", porque es como si muchos levantasen la voz juntos y unísonos; pero ¡qué importaría estar unidos en gran número, si cada uno obrase aisladamente y por su propia cuenta personal! Cien personas reunidas pueden orar como egoístas, mientras que dos o tres, unidas en una común aspiración, rogarán como verdaderos hermanos en Dios, y su oración tendrá más poder que la de los otros ciento. (Cap. XXVIII, números 4 y 5).

Oraciones inteligibles

16. **Pues si yo no entendiere el valor de la voz, seré bárbaro para aquél a quien hablo: y el que habla, lo será para mí. "Porque si orare en una lengua que no entienda, mi espíritu ora, mas mi mente queda sin fruto". - Mas si alabares a Dios con el espíritu, el que ocupa lugar del simple pueblo, ¿cómo dirán "Amén" sobre tu bendición, "puesto que no**

entiende lo que tú dices?" - Verdad es que tú das bien las gracias, "mas el otro no es edificado". (San Pablo, Epístola 1ª a los Corint., capítulo XIV, v. 11, 14, 16 y 17).

17. La oración sólo tiene valor por el pensamiento que se une a ella, y es imposible unir el pensamiento a lo que no se comprende, por qué lo que no se comprende no puede conmover al corazón. Para la inmensa mayoría, las oraciones en un lenguaje incomprensible sólo son un conjunto de palabras que nada dicen al espíritu. Para que la oración conmueva, es preciso que cada palabra despierte una idea, y si no se comprende no puede despertar ninguna. Se repite como una simple fórmula, suponiéndole más o menos virtud según el número de veces que se repite; muchos oran por el deber y otros por conformarse con los usos; por esto creen haber cumplido su deber cuando han dicho una oración número de veces determinado, siguiendo tal o cual orden. Dios lee en el fondo del corazón y ve el pensamiento y la sinceridad; sería rebajarle creerle más sensible a la forma que al fondo. (Cap. XXVIII, número 2).

De la oración por los muertos y por los espíritus que sufren

18. La oración es solicitada por los espíritus que sufren; les es útil, porque viendo que uno se acuerda de ellos, se sienten menos abandonados y son menos desgraciados. Pero la oración tiene sobre ellos una acción más directa; aumenta su ánimo, les excita el deseo de elevarse por el arrepentimiento y la reparación y puede desviarles del pensamiento del mal; en este sentido es como puede aligerarse y aun abreviarse sus sufrimientos. (Véase **Cielo e Infierno**, 2da. parte: Ejemplos).

19. Ciertas personas no admiten la oración por los muertos, porque en su creencia sólo hay para el alma dos alternativas: ser salvada o condenada a las penas

eternas, y en uno y otro caso la oración sería inútil. Sin discutir el valor de esta creencia, admitamos por un instante la realidad de las penas eternas e irremisibles, y que nuestras oraciones sean impotentes para poner las un término. Nosotros preguntamos si, en esta hipótesis, es lógico, caritativo y cristiano desechar la ora ción por los réprobos. Estas oraciones, por impotentes que sean para salvarle, ¿no son para ellos una señal de piedad que puede aliviar sus sufrimientos?; en la Tierra, cuando un hombre está condenado para siempre, aun cuando no tenga ninguna esperanza de obtener gracia, ¿se prohibe a una persona caritativa que vaya a sostener sus cadenas para aligerarle de su peso? Cuando alguno es atacado por un mal incurable, porque no ofrece ninguna esperanza de curación, ¿ha de abandonársele sin ningún consuelo? Pensad que entre los réprobos puede encontrarse una persona a quien habéis amado, un amigo, quizá un padre, una madre o un hijo, y porque, según vosotros, no podría esperar gracia, ¿rehusaríais darle un vaso de agua para calmar su sed, un bálsamo para curar sus llagas? ¿No haréis por él lo que haríais por un presidiario? No; esto no sería cristiano. Una creencia que seca el corazón no puede aliarse con la de un Dios que coloca en el primer lugar de los deberes el amor al prójimo.

La no eternidad de las penas no implica la negación de una penalidad temporal, porque Dios, en su justi cia, no puede confundir el bien con el mal; así, pues, negar en este caso la eficacia de la oración, sería negar la eficacia del consuelo, de la reanimación y de los bue nos consejos; seria negar la fuerza que logramos de la asistencia moral de los que nos quieren bien.

20. Otros se fundan en una razón más espaciosa, en la inmutabilidad de los decretos divinos, y dicen: Dios no puede cambiar sus decisiones por la demanda de sus criaturas pues sin esto nada habría estable en el mundo. El hombre, pues, nada tiene que pedir a Dios; sólo tiene que someterse y adorarle.

En esta idea hay una falsa aplicación de la inmutabilidad de la ley divina, o más bien ignorancia de la ley en lo que concierne a la penalidad futura. Esta ley la han revelado los espíritus del Señor, hoy que el hombre está en disposición de comprender lo que tocante a la fe es conforme o contrario a los atributos divinos.

Según el dogma de la eternidad absoluta de las penas, no se le toman en cuenta al culpable ni sus pesares, ni su arrepentimiento; para él todo deseo de mejorarse es superfluo, puesto que está condenado al mal perpetuamente. Si está condenado por un tiempo de-terminado, la pena cesará cuando el tiempo haya expirado; pero ¿quién dice que, a ejemplo de muchos de los condenados de la tierra, a su salida de la cárcel no será tan malo como antes? En el primer caso, sería tener en el dolor del castigo a un hombre que se volviera bueno; en el segundo, agraciar al que continuase culpable. La ley de Dios es más previsora que esto; siempre justa, equitativa y misericordiosa, no fija duración en la pena, cualquiera que sea; se resume de este modo:

21. "El hombre sufre siempre la consecuencia de sus faltas; no hay una sola infracción a la ley de Dios que no tenga su castigo.

"La seyeridad del castigo es proporcionada a la gravedad de la falta.

"La duración del castigo por cualquier falta que sea, es indeterminada; está subordinada al arrepentimiento del culpable y a su vuelta al bien"; la pena dura tanto como la obstinación en el mal; sería perpetua si la obstinación fuera perpetua; es de corta duración si el arrepentimiento es pronto.

"Desde el momento en que el culpable pide misericordia, Dios lo oye y le envía la esperanza. Pero el simple remordimiento de haber hecho mal no basta; falta la reparación; por esto el culpable está sometido a nue-

vas pruebas, en las cuales puede, siempre por su voluntad, hacer el bien y reparar el mal que ha hecho.

"El hombre, de este modo, es constantemente árbitro de su propia suerte; puede abreviar su suplicio o prolongarlo indefinidamente; su felicidad o su desgracia dependen de su voluntad en hacer bien".

Tal es la ley; ley "inmutable" y conforme a la bondad y a la justicia de Dios.

El espíritu culpable y desgraciado puede, de este modo, salvarse a sí mismo; la ley de Dios le dice con qué condición puede hacerlo. Lo que más a menudo le falta es voluntad, fuerza y valor; si con nuestras oraciones le inspiramos, si le sostenemos y le animamos, y si con nuestros consejos le damos las luces que le faltan, "en lugar de solicitar a Dios que derogue su ley, venimos a ser los instrumentos para la ejecución de su ley de amor y de caridad", de la cual participamos nosotros mismos, dando una prueba de caridad. (Véase **Cielo e Infierno**, lª parte, Cap. IV, VII y VIII).

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Modo de orar

22. El primer deber de toda criatura humana, el, primer acto que debe señalar para ella la vuelta a la vida activa de cada día, es la oración. Casi todos vosotros rezais, pero ¡cuán pocos saben orar! ¡Qué importan al Señor las frases que juntáis maquinalmente, porque tenéis esta costumbre, que es un deber que llenais y que, como todo deber, os molesta!

La oración del cristiano, del espiritista, de cualquier culto que sea, debe ser hecha desde que el espíritu ha vuelto a tomar el yugo de la carne; debe elevarse a los pies de la majestad divina, con humildad, con profundidad, alentada por el reconocimiento de todos los bie-

nes recibidos hasta el día, y por la noche que se ha pasado, durante la cual os ha sido permitido, aunque sin saberlo vosotros, volver al lado de vuestros amigos, de vuestros guías, para que con su contacto os den más fuerza y perseverancia. Debe elevarse humilde a los pies del Señor, para recomendarle vuestra debilidad, pedirle su apoyo, su indulgencia y su misericordia. Debe ser profunda, porque vuestra alma es la que debe elevarse hacia el Criador, la que debe transfigurarse como Jesús en el monte Tabor, y volverse blanca y radiante de esperanza y de amor.

Vuestra oración debe encerrar la súplica de las gracias que os sean necesarias, pero de una necesidad real. Es, pues, inútil pedir al Señor que abrevie vuestras pruebas y que os dé los goces y las riquezas; pedirle que os conceda los bienes más preciosos de la paciencia, de la resignación y de la fe. No digais lo que muchos de entre vosotros: "No vale la pena de orar, porque Dios no me escucha". La mayor parte del tiempo ¿qué es lo que pedís a Dios? ¿Habéis pensado muchas veces en pedirle vuestro mejoramiento moral? ¡Oh! no, muy pocas; más bien pensais en pedirle el buen éxito de vuestras empresas terrestres, y habéis exclamado: "Dios no se ocupa de nosotros; si se ocupara no habría tantas injusticias". ¡Insensatos! ¡Ingratos! Si descendiéseis al fondo de vuestra conciencia, casi siempre encontraríais en vosotros mismos el origen de los males de que os quejais; pedid, pues, ante todo, vuestro mejoramiento y veréis qué torrente de gracias y consuelos se esparcirá entre vosotros. (Capítulo V, número 4).

Debéis rogar sin cesar, sin que por esto os retiréis a vuestro oratorio o que os pongais de rodillas en las plazas públicas. La oración del día es el cumplimiento de vuestros deberes sin excepción, cualquiera que sea su naturaleza. ¿No es un acto de amor hacia el Señor el que asistais a vuestros hermanos en cualquier necesidad moral o física? ¿No es hacer un acto de recono-

cimiento elevar vuestra alma hacía El cuando sois felices, cuando se evita un percance, cuando una contrariedad pasa rozando con vosotros, si decís con el pensamiento: "¡Bendito seais, Padre mío!". ¿No es un acto de contrición el humillaros ante el Juez Supremo cuando sentís que habéis fallado, aunque sólo sea de pensamiento, al decirle: "¡Perdonadme, Dios mío, porque he pecado (por orgullo, por egoísmo o por falta de caridad); dadme fuerza para que no falte más y el valor necesario para reparar la falta!".

Esto es independiente de las oraciones regulares de la mañana y de la noche, y de los días que a ella consagréis; pero, como veis, la oración puede hacerse siempre sin interrumpir en lo más mínimo vuestros trabajos; decid, por el contrario, que los santifica. Y creed bien que uno solo de estos pensamientos, saliendo del corazón, es más escuchado de vuestro padre celestial que largas oraciones dichas por costumbre, a menudo sin causa determinada, y "a las cuales conduce maquinalmente la hora convenida". (**V. Monod**. Burdeos, 1868).

Felicidal de la oración

23. Venid los que queréis creer: los espíritus celestes corren y vienen a deciros cosas grandes; Dios, hijos míos, abre su ancho pecho para daros sus bienes. ¡Hombres incrédulos! ¡Si supiéseis de qué modo la fe hace bien al corazón y conduce el alma al arrepentimiento, a la oración! La oración, ¡ah! ¡cuán tiernas son las palabras que salen de la boca en el momento de orar! La oración es el rocío divino que destruye, el excesivo calor de las pasiones; hija primogénita de la fe, nos lleva al sendero que conduce a Dios. En el recogimiento y la soledad, estáis con Dios; para vosotros no hay ya misterio, él se os descubre. Apóstoles del pensamiento, para vosotros es la vida; vuestra alma se desprende de la materia y recorre esos mundos infinitos y etéreos que los pobres humanos desconocen.

Marchad, marchad por el sendero de la oración, y oiréis las voces de los ángeles. ¡Qué armonía! Estas no son el murmullo confuso de los acentos chillones de la tierra; son las liras de los arcángeles; son las vo ces dulces y suaves de los serafines, más ligeras que las brisas de la mañana, cuando juguetean en el follaje de vuestros grandes bosques. ¡Entre cuántas delicias no marcharéis! ¡Vuestra lengua no podrá definir esta felicidad; cuánto más entre por todos los poros, tanto más vivo y refrescante es el manantial de donde se bebe! ¡Dulces voces, embriagadores perfumes que el alma siente y saborea, cuando se lanza a esas esferas desconocidas y habitadas por la oración! Sin mezcla de carnales deseos, todas las inspiraciones son divinas. También vosotros orad, como Cristo, llevando su cruz desde el Gólgota al Calvario; llevad vuestra cruz, y sentiréis las dulces emociones que pasaban por su alma, aunque cargada con un leño infamante; iba a morir, pero para vivir de la vida celeste en la morada de su padre. (**S. Agustín**. París, 1861).

CAPÍTULO XXVIII

Colección de oraciones espiritistas

PREAMBULO

1. Los espíritus han dicho siempre: "La forma no es nada; el pensamiento lo es todo". Rogad cada uno según vuestras convicciones y del modo que más os conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras; sin ellas ninguna parte toma el corazon.

Los espíritus no prescriben ninguna fórmula abso luta de oraciones; cuando las dan es con el fin de fijar las ideas, y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la doctrina espiritista. También lo han hecho para ayudar a las personas que se ven con dificultad para transmitir las ideas, porque las hay que no creerían haber rezado en realidad si sus pensamien tos no hubiesen sido formulados.

La colección de oraciones continuadas en este capí tulo es una elección entre las que tian sido dictadas por los espíritus en diferentes circunstancias; hubieran podido dictar otras, y en otros términos apropiadas a ciertas ideas o a ciertos casos especiales; pero poco importa la forma si el pensamiento fundamental es el mismo. El objeto de la oración es elevar nuestra alma a Dios; la diversidad de las fórmulas no debe estable cer ninguna diferencia entre los que creen en El, y aun menos entre los adeptos del Espiritismo, porque Dios las acepta todas cuando son sinceras.

No debe considerarse esta colección como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que dan los espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica, desarrollados en este "libro", y un complemento a sus dictados sobre los deberes para con Dios y al prójimo, en donde se recuerdan todos los principios de la doctrina.

El Espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todos los cultos, cuando se dicen con el corazón y no con la boca; no impone ni vitupera ninguna; Dios es demasiado grande, según el, para rechazar la voz que le implora o que canta sus alabanzas, porque lo hace de un modo antes que de otro. "El que anatematizase las oraciones que no están en este formulario, probaría que desconoce la grandeza de Dios". Creer que Dios escucha sólo una fórmula, es atribuirle la pequeñez y las pasiones de la humanidad.

La condición esencial de la oración, según San Pablo (cap. XXVII, número 16), es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu; para conseguirlo no basta que se diga en un lenguaje que lo comprenda el que ruega, pues. hay oraciones en lenguaje vulgar que no dicen mucho más al pensamiento que si estuviesen en lengua extraña, y por lo mismo no se dirigen al corazón; las raras ideas que encierran son, con frecuencia, sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es el ser clara, sencilla y concisa, sin frases inútiles, ni lujo de epítetos pomposos; cada palabra debe tener su objeto, despertar una idea, conmover una fibra, en una palabra, "debe hacer reflexionar"; con esta sola condición la oración puede alcanzar su objeto; no siendo así, "sólo es un murmullo". Ved con qué aire de distracción y con qué volubilidad se dicen la mayor parte de las veces; se ven mover los labios, pero en la expresión de la fisonomía y aun en el metal de la voz, se reconoce un acto maquinal, puramente exterior, indiferente para el alma.

Las oraciones reunidas en esta colección se han dividido en cinco categorías: 1ª Oraciones generales; 2ª Oraciones para sí mismo; 3ª Oraciones por los vivos; 4ª Oraciones por los muertos; 5ª Oraciones especiales por los enfermos y obsesados.

Con el objeto de llamar más particularmente la atención sobre el objeto de cada oración y hacer comprender mejor la idea, van precedidas de una instrucción preliminar, especie de exposición de los motivos, con el titulo de "Prefacio".

1. - **ORACIONES GENERALES**

Oración dominical

2. **Prefacio**. Los espíritus nos han recomendado que coloquemos la "oración dominical" al principio de esta colección, no sólo como oración, sino como símbolo de todas las oraciones, es la que colocan en primer lugar, sea porque viene del mismo Jesús (San Mateo, cap. VI, v. de 9 a 13), sea porque pueda suplirlas a todas, según el pensamiento que se une a ellas. Es el más perfecto modelo de concisión, verdadera obra maestra de sublimidad es su sencillez.

En efecto, a pesar de su brevedad, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo: encierra una profesión de fe, un acto de adoración y de sumisión, la petición de las cosas necesarias a la vida, y el principio de caridad.

Decirla a la intención de alguno, es pedir para él lo que pediríamos para nosotros mismos.

Sin embargo, en razón mismo de su brevedad, el sentido profundo encerrado en algunas palabras de las que se compone, pasa desapercibido para la mayor parte; generalmente se dice sin dirigir el pensamiento sobre las aplicaciones de cada una de sus partes; se dice como una fórmula cuya eficacia es proporcionada al número de veces que se repite; así es que casi siempre es el número cabalístico de "tres, siete, o nueve", sacados de la antigua creencia supersticiosa que atribuía una virtud a los números, y que se usaba en las operaciones de la magia.

Para suplir el vacío que la concisión de esta oración deja en el pensamiento, según el consejo y con la asistencia de los

buenos espíritus, se ha añadido a cada proposición un comentario que desarrolla su sentido y ensena sus aplicaciones. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede decir la oración dominical "sencillamente o comentariada".

3. **Oración**. - I. "¡Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea el tu nombre!".

Creemos en vos, Señor, porque todo revela vuestro poder y vuestra bondad. La armonía del Universo atestigua una sabiduría, una prudencia y una previsión tales, que sobrepujan a todas las facultades humanas, el nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la creación, desde la hebra de la más pequeña planta y desde el más pequeño insecto, hasta los astros que se mueven en el espacio; en todas partes vemos la prueba de una solicitud paternal, por eso es ciego el que no os reconoce en vuestras obras, orgulloso el que no os glorifica, e ingrato el que no os da las gracias.

II. "¡Venga a nos el tu reino!"

Señor, habéis dado a los hombres leyes llenas de sabiduría, que producirían su felicidad si las observasen; con esas leyes harían reinar entre ellos la paz y la justicia, se ayudarían mutuamente en vez de perjudicarse como lo hacen, el fuerte sostendría al débil y no lo abatiría, evitando los males que engendran los abusos y los excesos de todas clases. Todas las miserias de la tierra tienen su origen en la violación de vuestras leyes, porque no hay una sola infracción que no tenga fatales consecuencias.

Habéis dado al bruto el instinto que le traza el límite de lo necesario, y maquinalmente se conforma a él; pero al hombre además de su instinto, le habéis dado la inteligencia y la razón; le habéis dado también la libertad de observar o de infringir aquellas de vuestras leyes que le conciernen personalmente, esto es, de

elegir entre el bien y el mal, a fin de que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede alegar que ignora vuestras leyes, porque en vuestro cariño habéis querido que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones; los que las violan es porque os desconocen.

Vendrá un día, según vuestra promesa, en que todos las practicarán; entonces la incredulidad habrá desaparecido; todos os reconocerán como el Soberano Señor de todas las cosas, y el reino de vuestras leyes será vuestro reino en la Tierra.

Dignáos, Señor, activar su advenimiento dando a los hombres la luz necesaria para que se conduzcan por el camino de la verdad.

III. "¡Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo!".

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre y del inferior para con su superior ¡cuánto más grande debe ser la de la criatura para con su Criador! Hacer vuestra voluntad, Señor, es observar vuestras leyes y someterse sin murmurar a vuestros divinos decretos; el hombre se someterá a ellos, cuando comprenda que sois origen de toda sabiduría, y que sin vos nada puede; entonces realizará vuestra voluntad en la Tierra, como los elegidos en el Cielo.

IV. "El pan nuestro de cada día, dádnosle hoy".

Dadnos el alimento para conservar las fuerzas del cuerpo; dadnos también el alimento espiritual para el desarrollo de nuestro espíritu.

El bruto encuentra su alimento; pero el hombre lo debe a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia porque vos le habéis creado libre.

Vos le habéis dicho: "Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente"; por eso habéis hecho una obligación del trabajo a fin de que ejercitara su

inteligencia buscando los medios de proveer a su necesidad y a su bienestar; los unos por el trabajo material, y los otros por el trabajo intelectual; sin trabajo quedaría estacionado y no podría aspirar a la felicidad de los espíritus superiores.

Vos secundáis al hombre de buena voluntad que confía en vos para lo necesario, pero no al hombre que se complace en la ociosidad, que todo quisiera obtenerlo sin pena, ni al que busca lo superfluo. (Cap. XXV).

¡Cuántos hay que sucumben por su propia falta, por su injuria, por su imprevisión o por su ambición, y por no haber querido contentarse con lo que les ha béis dado! Esos son los artífices de su propio infor tunio, y no tienen derecho de quejarse, porque son castigados por donde han pecado. Pero ni aún a esos abandonáis porque sois infinitamente misericordioso, sino que les tendéis una mano caritativa desde el mo mento en que, como el hijo pródigo, vuelve sincera mente a vos. (Cap. V, núm. 4).

Antes de quejamos de nuestra suerte, preguntémo nos si es producto de nuestras propias acciones: a cada desgracia que nos sucede, preguntémonos si hubiese dependido de nosotros el evitarla: pero digamos tam bién que Dios nos ha dado la inteligencia para salir del atolladero, y que de nosotros depende el hacer uso de elra.

Puesto que la ley del trabajo es la condición del hombre en la tierra, dadnos ánimo y fuerza para cum plirla; dadnos también prudencia, previsión y mode ración, con el fin de no petder el fruto de este trabajo.

Dadnos, pues, Señor, nuestro pan de cada día, es decir, los medios de adquirir con el trabajo las cosas necesarias a la vida, porque nadie tiene derecho de reclamar lo superfluo.

Si nos es imposible trabajar, confiamos en vuestra Divina Providencia.

Si entra en vuestros designios el probarnos por las más duras privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos,

las aceptamos como justa expiación de las faltas que hayamos podido cometer en esta vida o en una vida precedente, porque vos sois justo; sabemos que no hay penas inmerecidas, y que jamás castigáis sin causa.

Preservadnos, Dios mio, de concebir la envidia contra los que poseen lo que nosotros no tenemos, ni contra aquellos que tienen lo superfluo cuando a nosotros nos hace falta lo necesario. Perdonadles si olvidan la ley de caridad y de amor al prójimo que les habéis enseñado. (Cap. XVI, núm. 8).

Separad también de nuestro espíritu el pensamiento de negar vuestra justicia, viendo prosperar al malo, y al hombre de bien sumergido algunas veces en la desgracia. Gracias a las nuevas luces que habéis tenido a bien darnos, sabemos ahora que vuestra justicia se cumple siempre y no hace falta a nadie; que la prosperidad material del malo es efímera, como su existencia corporal, y que sufrirá terribles contratiempos, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación será eterna. (Cap. V, núms. 7, 9, 12 y 18).

V. "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. - Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido".

Cada una de nuestras infracciones a vuestras leyes, Señor, es una ofensa hacia vos, y una deuda contraída que tarde o temprano tendrá que pagarse. Solicitamos la remisión de ellas de vuestra infinita misericordia, y os prometemos hacer los debidos esfuerzos para no contraer nuevas deudas.

Vos habéis hecho una ley expresa de la caridad; pero la caridad no consiste sólo en asistir a su semejante en la necesidad: consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos vuestra indulgencia, si nosotros mismos faltásemos a ella con respecto a aquellos contra quienes tenemos motivos de quejas?

¡Dadnos! ¡Dios mío! la fuerza para ahogar en nuestra alma todo sentimiento, todo odio y rencor; "haced que la muerte no nos sorprenda con un deseo de venganza en el corazón". Si hoy mismo os place el quitarnos la vida, haced que podamos presentarnos a vos puros de toda animosidad, a ejemplo de Cristo, cuyas últimas palabras fueron de clemencia para sus verdugos. (Cap. X).

Las persecuciones que nos hacen sufrir los malos, son parte de nuestras pruebas y debemos aceptarlas sin murmurar, como todas las otras pruebas, y no maldecir a aquéllos que con sus maldades nos facilitan la senda de la felicidad eterna, pues vos nos habéis dicho por boca de Jesús: "¡Felices los que sufren por la justicia!". Bendigamos, pues, la mano que nos hiere y nos humilla, porque las heridas del cuerpo nos fortifican nuestra alma y seremos levantados de nuestra humildad. (Cap. XII, núm. 4).

Bendito sea vuestro nombre, Señor, por habernos enseñado que nuestra suerte no está irrevocablemente fijada después de la muerte, y que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y de reparar nuestras faltas pasadas, cumpliendo en una nueva lo que no podemos hacer en ésta para nuestro adelantamiento. (Cap. IV y V, núm. 5).

Con esto se explican, en fin, todas las anomalías aparentes de la vida, pues es la luz derramada sobre nuestro pasado y nuestro porvenir, la señal resplandeciente de vuestra soberana justicia y de vuestra bondad infinita.

VI. "No nos dejes caer en la tentación, más líbranos de todo mal" (1)

---

(1) Algunas traducciones dicen: "No nos induzcáis en la tentación" (et ne nos inducas in tentationem); esta expresión daría a entender que la tentación viene de Dios, que él induce voluntariamente a los hombres al mal; pensamiento blasfematorio que asimilaría Dios a Satanás, y no puede haber sino el de Jesús. Por lo demás, está conforme con la doctrina vulgar sobre la misión atribuída a los demonios. (Véase "**Cielo e Infierno**", cap. X: Los demonios).

Dadnos, Señor, fuerza para resistir a las sugestiones de los malos espíritus que intentasen desviarnos del camino del bien, inspirándonos malos pensamientos.

Pero nosotros mismos somos espíritus imperfectos encarnados en la tierra para expiar y mejorarnos. La causa primera del mal reside en nosotros, y los malos espíritus no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las cuales nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a su in fluencia, mientras que son impotentes y renuncian a toda tentativa contra los seres perfectos. Todo lo que nosotros podamos hacer para separarlos, es inútil, si no les oponemos una voluntad inquebrantable en el bien, renunciando absolutamente al mal. Es, pues, necesario, dirigir nuestros esfuerzos contra nosotros mismos, y entonces los malos espíritus se alejarán naturalmente, porque el mal es el que los atrae, mien tras que el bien los rechaza. (Véa se **Oraciones para los obsesados**).

Señor, sostenednos en nuestra debilidad, inspirándo nos por la voz de nuestros ángeles custodios y los buenos espíritus, la voluntad de corregimos de nues tras imperfeciones, con el fin de cerrar a los espíritus impuros el acceso de nuestra alma. (Véase núm. 11).

El mal no es obra vuestra, Señor, porque el origen de todo bien nada malo puede engendrar; nosotros mismos somos los que lo creamos infringiendo vues tras leyes por el mal uso que hacemos de la libertad que nos habéis dado. Cuando los hombres observen vuestras leyes, el mal desaparecerá de la tierra como ha desaparecido de los mundos más avanzados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie, y sólo parece irresistible a aquellos que se abandonan a él con complacencia. Si tenemos la voluntad de hacerlo, podemos también tener la de hacer el bien; por eso, Dios mío, pedimos vuestra asistencia y la de los buenos espíritus para resistir a la tentación.

VII. "Amén".

¡Haced, Señor, que nuestros deseos se cumplan! Pero nos inclinamos ante vuestra sabiduría infinita. Sobre todas las cosas que no nos es dado comprender, que se haga vuestra santa voluntad, y no la nuestra, porque Vos sólo queréis nuestro bien y sabéis mejor que nosotros lo que nos conviene.

Os dirigimos esta plegaria, ¡oh, Dios mio!, por nosotros mismos, por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y enemigos, que por todos aquellos que pidan nuestra asistencia, y en particular por N...

Solicitamos, sobre todo, vuestra misericordia y vuestra bendición.

Nota. - Aquí se pueden formular las gracias a Dios por lo que nos haya concedido, y lo que cada uno quiera pedir para sí o para otro. (Véanse más adelante las oraciones números 26 y 27.)

Reuniones espiritistas

4. **Porque donde están dos o tres congregados en mí nombre, allí estoy en medio de ellos. (San Mateo, cap. XVIII, v. 20).**

5. **Prefacio**. Estar reunidos en nombre de Jesús, no quiere decir que basta estar reunidos materialmente, sino espiritualmente por la comunión e intención de pensamientos para el bien; entonces Jesús se encuentra en la reunión, o uno de los espíritus puros que le representan. El Espiritismo nos enseña de qué modo los espíritus pueden estar entre nosotros. Se presentan con su cuerpo fluídico espiritual y con la apariencia que nos los haría reconocer si se hicieran visibles. Cuanto más elevada su jerarquía, tanto más grande es su poder y radiación; así es que poseen el don de ubicuidad, y por lo mismo, pueden encontrarse en diferentes puntos simultáneamente: basta para ello un destello de su pensamiento.

Por aquellas palabras Jesús quiso manifestar el efecto de la unión y de la fraternidad: no es el mayor o menor número lo que le atrae, puesto que, en vez de dos o tres personas, hubiera podido decir díez o veinte sino el sentimiento de caridad que anima a los unos y a los otros; pues para esto, basta que haya dos. Pero si estas dos personas ruegan cada una por su

lado, aun cuando se dirijan a Jesús, no hay entre ellas comunión de pensamientos, sobre todo si no están movidas por un sentimiento de benevolencia mutua, si se miran también con prevención, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan en lugar de unirse con mucha simpatía, y entonces "no están unidas en nombre de Jesús"; Jesús sólo es el **pretexto** de la reunión y no el verdadero móvil. (Capítulo XXVII, núm. 9).

Si El dijo: "Vendré por cualquiera que me llamare", eso no implica el que sea sordo a la voz de una sola persona; es que exige, ante todo, el amor al prójimo, del que se pueden dar más pruebas cuando son muchos que estando en el aislamiento, porque entonces todo sentimiento personal lo aleja; de todo esto se desprende, que si en una reunión numerosa, dos o tres personas solamente se unen de corazón por el sentimiento de una verdadera caridad, mientras que los otros se aislan y se concentran en sus pensamientos egoístas y mundanos, él estará con los primeros y no con los otros. No es, pues, la simultaneidad de palabras, de cantos, o de actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos conformes al espíritu de caridad personificado en Jesús. (Cap. X, núms. 7 y 8. - Cap. XXVII, números 2, 3 y 4).

Tal debe ser el carácter de las reuniones espiritistas formales, en las que se espera sinceramente el concurso de los buenos espíritus.

6. **Oración**. - (Al empezar la reunián). - Rogamos al señor Dios omnipotente que nos envíe buenos espíritus para asistirnos, aleje a los que pudieren inducirnos en error, y que nos dé la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

Separad también a los espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que intentaran poner la discordia entre nosotros y desviarnos de la caridad y amor al prójimo. Si alguno pretendiere introducirse aquí, haced que no encuentre acceso en ninguno de nosotros.

Espíritus buenos que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos, y desviad de nosotros el egoísmo, el orgullo, la envidia y los celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia para nuestros semejantes presentes y ausentes, amigos y enemigos;

haced, en fin, que en los sentimientos de caridad, hu mildad y abnegación de que nos sintamos animados, reconozcamos vuestra saludable influencia.

A los médiums a quienes encarguéis de transmitir-nos vuestras enseñanzas, dadies la conciencia de la santidad del mandato que les ha sido confiado y de la gravedad del acto que van a cumplir, con el fin de que tengan el fervor y el recogimiento necesarios.

Si en esta reunión se encontrasen personas que fuesen atraídas por otro sentimiento que no sea el del bien, abridles los ojos a la luz, y que Dios les perdone si vienen con malas intenciones.

Rogamos muy parcialmente al espíritu de N... nuestro guía espiritual, que nos asista y vele sobre nosotros.

7. (**Al fin de la reunión**). - Damos gracias a los buenos espíritus que han querido venir a comunicarse con nosotros; les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y que hagan que al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta fortificado en la práctica del bien y del amor del prójimo.

Deseamos igualmente que estas instrucciones sean provechosas a lós espíritus que sufren, ignorantes o viciosos que hayan asistido a esta reunión, y sobre las cuales imploramos la misericordia de Dios.

Para los Médiums

8. **Y acontecerá en los postreros días, dice el Señor, que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos sonarán sueños. Y ciertamente en aquellos días derramaré de mi espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán. (Hechos de los Apóstoles, capítulo II, v. 17 y 18.)**

9. **Prefacio**. El Senor ha querido que la luz se hiciera para todos los hombres, y que penetrase en todas partes por la voz

de los espíritus, con el fin de que cada uno pudiera adquirir la prueba de la inmortalidad; con este objeto los espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la tierra, y la mediumnidad que se revela en las personas de todas edades y condíciones, en los hombres y en las mujeres, en los niños y en los ancianos, es una de las señales del complemento de los tiempos predichos.

Para conocer las cosas del mundo visible y descubrir los secretos de la naturaleza material, Dios ha dado al hombre la vista del cuerpo, los sentidos y los instrumentos especiales; con el telescopio penetran sus miradas en las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para penetrar en el mundo invisible, le ha dado la mediumnidad.

Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los espíritus, o mejor dicho, "son los órganos materiales por los cuales se expresan los espíritus para hacerse inteligibles a los hombres". Su misión es santa, porque tiene por objeto abrir los horizontes de la vida eterna.

Los espíritus vienen a instruir al hombre sobre sus destinos futuros, a fin de conducirle por el camino del bien, y no para ahorrarle el trabajo material que debe tomarse en la tierra para su adelantamiento, ni para favorecer su ambición y su codicia. De ésto deben penetrarse bien los médiums para no hacer mal uso de sus facultades. EL que comprende la gravedad del mandato de que está revestido, lo cumple religiosamente; si convirtiera en diversión o distracción para él o para los otros una facultad dada con un fin tan formal y que le pone en relación con los seres de ultratumba, su conciencia se lo echaría en cara como un acto sacrílego.

Los médiums como intérpretes de la enseñanza de los espíritus, deben hacer un papel importante en la transformación moral que se opera; los servicios que puedan prestar están en razón de la buena dirección que den a sus facultades, porque los que siguen una mala senda, son más perniciosos que útiles a la causa del Espiritismo; por las malas impresiones que producen, retardan más de una conversión. Por eso se les pedirá cuenta del mal uso que han hecho de una facultad que les fué dada para el bien de sus semejantes.

El medium que quiera conservar la asistencia de los buenos espíritus, debe trabajar en su propio mejoramiento; el que quiera ver aumentar y desarrollar su facultad, debe progresar moralmente, y abstenerse de todo lo que pudiese desviarle de su objeto providencial.

Si los buenos espíritus se sirven algunas veces de instrumentos imperfectos, es para dar buenos consejos y procurar conducirles al bien; pero si encuentran corazones endurecidos, y si sus avisos no son escuchados, entonces se retiran y los malos tienen el campo libre. (Cap. XXIV, núms. 11 y 12.)

La experiencia prueba que los médiums que no se aprovechan de los consejos que reciben de los espíritus buenos, las comunicaciones, después de haber dado un buen resultado durante cierto tiempo, degeneran poco a poco, y concluyen por caer en el error, en palabrería o en el ridículo, senal incontestable del alejamiento de los buenos espíritus.

Obtener la asistencia de los buenos espíritus, separar a los espíritus ligeros y mentirosos: tal debe ser el objeto de los constantes esfuerzos de todos los médiums formales; sin esto la mediumnidad es una facultad estéril que puede redundar en perjuicio del que la posee, porque puede degenerar en obsesión peligrosa.

El medium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse por una facultad que no le pertenece puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios las cosas buenas que obtiene; si sus comunicaciones merecen elogios, no se envanece, porque sabe que son independientes de su mérito personal, y da gracias a Dios por haber permitido que los buenos espíritus vengan a manifestársele. Si dan lugar a critica, no se ofende por ello, porque no son obra de su propio espíritu; dice que ha sido un mal instrumento, y que no posee todas las cualidades necesarias para oponerse a la intervención de los malos espíritus; por eso procura adquirir estas facultades, y solicita por medio de la oración, la fuerza que le falta.

10. **Oración**. Dios Todopoderoso, permitid a los buenos espíritus que me asistan en la comunicación que solicito. Preservadme de la presunción de creerme al abrigo de los malos espíritus, del orgullo que pudiera ofuscarme sobre el valor de lo que obtenga, y de todo sentimiento contrario a la caridad con respecto a los otros médiums. Si soy inducido en error, inspirad a alguno el pensamiento de que me lo advierta, y a mí la humildad que me hará aceptar la critica con reconocimiento, tomando para mí mismo, y no para los otros, los consejos que se servirán darme los buenos espíritus.

Si por cualquier concepto intentase abusar o envanecerme de la facultad que habéis tenido a bien con-

cederme, os ruego que me la retiréis antes de permitir que la desvíe de su objeto providencial, que es el bien de todos y mi propio adelantamiento moral.

II. - **ORACIONES PARA SÍ MISMO**

A los ángeles guardianes y espíritus protectores

11. **Prefacio** - Todos tenemos un buen espíritu que se une a nosotros desde nuestro nacimiento y nos ha tomado bajo su protección. Llena, con respecto a nosotros, la misión de un padre para con su hijo: la de conducirnos por el camino del bien y del progreso a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando correspondemos a sus cuidados, y gime cuando nos ve sucumbir.

Su nombre nos importa poco, porque puede ser que no tenga nombre conocido en la tierra; lo invocamos como a nuestro ángel guardián, nuestro buen genio; podemos también invocarlo con el nombre de un espíritu superior cualquiera por el que sintamos más simpatia.

Además de nuestro ángel guardián, que siempre es un espiritu superior, tenemos a los espíritus protectores, que no porque estén menos elevados, son menos buenos y benévolos; éstos son parientes o amigos, o algunas veces personas que nosotros no hemos conocido en nuestra existencia actual. Nos asisten con sus consejos, y muchas veces con su intervención en los actos de nuestra vida.

Los espíritus simpáticos son aquellos que que unen a nosotros por cierta semejanza de gustos y de inclinaciones; pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que les atraen hacia nosotros.

Los espíritus seductores se esfuerzan en desviarnos del camino del bien, sugiriéndonos malos pensamientos. Se aprovechan de todas nuestras debilidades, que son como otras tantas puertas abiertas que les dan acceso a nuestra alma. Los hay que se encarnizan con nosotros como con una presa y no se alejan "sino cuando reconocen su impotencia en lucha contra nuestra voluntad".

Dios nos ha dado una guía principal y superior en nuestro ángel de la guarda, y guías secundarios en nuestros espíritus protectores y familiares; pero es un error creer que tenemos cada uno de nosotros forzosamente un mal genio para contra-

rrestar las buenas influencias. Los malos espíritus vienen **voluntariamente** si encuentran acceso en nosotros por nuestra debilidad o por nuestra negligencia en seguir las inspiraciones de los buenos espíritus; nosotros somos, pues, los que los atraemos. De esto resulta que nunca estamos privados de la asistencia de los buenos espíritus, y que depende de nosotros el separar a los malos. Siendo el hombre la primera causa de las miserias que sufre por sus imperfecciones, muchas veces él mismo, es su propio mal genio. (Cap. V, núm. 4.)

La oración a los ángeles guardianes y a los espíritus protectores debe tener por objeto solicitar su intervención para con Dios, y pedirles fuerza para resistir a las malas sugestiones, así como su asistencia en las necesidades de la vida.

12. **Oración**. Espíritus prudentes y benévolos, mensajeros de Dios, cuya misión es la de asistir a los hombres y conducirles por el buen camino; sostenedme en las pruebas de esta vida, dadme fuerzas para sufrirlas sin murmurar; desviad de mí los malos pensamientos y haced que no dé acceso a ninguno de los malos espíritus que intenten inducirme al mal. Iluminad mi conciencia para que pueda ver mis defectos, y separad de mis ojos el velo del orgullo que podría impedirme el verlos y confesármelos a mí mismo.

Vos sobre todo, N..., mi ángel de la guarda, que veláis más particularmente sobre mí, y vosotros, espíritus protectores que tomáis interés por mí, haced que me haga digno de vuestra benevolencia. Conocéis mis necesidades; haced, pues, que me sea concedida la gracia, según la voluntad de Dios.

13. **Otra**. Dios mío, permitid a los buenos espíritus que me rodean, que vengan en mi auxilio cuando padezca o esté en peligro, y que me sostengan si vacilo. Haced, Señor, que me inspiren fe, esperanza y caridad; que sean para mi un apoyo, una esperanza y una prueba de vuestra misericordia; haced, en fin, que encuentre a su lado la fuerza que me falta para sobrellevar las pruebas de la vida y para resistir a las sugestiones del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. **Otra**. Espíritus muy amados, ángeles guardia nes, vosotros a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite velar sobre los hombres, sed nuestros protectores en las pruebas de nuestra vida terrestre. Dad-nos fuerza, valor y resignación; inspiradnos todo lo bueno y detenednos en la pendiente del mal; que vues tra dulce influencia penetre vuestra alma; haced que conozcamos que un amigo sincero está aquí cerca de nosotros, que ve nuestros sufrimientos y toma parte en nuestros goces.

Y vos, mi ángel de la guarda, no me abandonéis; tengo necesidad de vue stra protección para sobrellevar con fe y amor las pruebas que Dios quiera enviarme.

Para alejar a los malos espíritus

15. **¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia! - Fariseos ciegos, limpiad primero lo interior del vaso y del plato para que sea limpio lo que está fuera! - ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermanos a los hombres y dentro están llenos de podredumbre y de toda sucíedad. - Así también vosotros, de fuera os mostráis justos a los ojos de los hombres: mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. (San Mateo, cap. XXIII, v. 25 a 28.)**

16. **Prefacio**. Los malos espíritus sólo van adonde pueden satisfacer su perversidad; para alejarlos no basta pedirlo ni menos mandarlo; es preciso abandonar aquello que les atrae. Los malos espíritus olfatean las llagas del alma, como las mos cas olfatean las del cuerpo; de la misma manera que las lim piáis del cuerpo por la inmundicia, limpiad también el alma de sus impurezas para evitar los espíritus malos. Como nosotros vivimos en un mundo en que pululan los malos espí ritus, las buenas cualidades del corazón no siempre nos ponen al abrigo de sus tentativas, pero dan fuerza para resistirles.

17. **Oración**. En nombre de Dios Todopoderoso, que los malos espíritus se alejen de mí y que los buenos me sirvan de baluarte contra ellos.

Espíritus malhechores que inspiráis malos pensamientos a los hombres; espíritus tramposos y mentirosos que les engañáis; espíritus burlones que abusáis de su credulidad, os rechazo con todas las fuerzas de mi alma, y cierro el oído a vuestras sugestiones; pero deseo que se derrame sobre vosotros la misericordia de Dios.

Espíritus buenos que os dignáis asistirme, dadme fuerza para resistir a la influencia de los malos espíritus y luz necesaria para no ser la burla de sus perversas intenciones. Preservadme del orgullo y de la presunción; separad de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia, y todo sentimiento contrario a la caridad, porque son otras tantas puertas abiertas al espíritu del mal.

Para corregirse de un defecto

18. **Prefacio**. Nuestros malos instintos son resultado de la imperfección de nuestro propio espíritu, y no de nuestra organización, pues de otra manera, el hombre no tendría ninguna responsabilidad. Nuestro mejoramiento depende de nosotros, porque todo hombre que tiene el goce de sus facultades, tiene, para todas las cosas, la libertad de hacer o de dejar de hacer; para hacer el bien sólo le falta voluntad. (Cap. XV, núm. 10. - Cap. XIX, núm. 12.)

19. **Oración**. Dios mío, vos me habéis dado la inteligencia necesaria para distinguir el bien del mal; así, pues, desde el momento en que reconozco que una cosa es mala, soy culpable, porque no me esfuerzo en rechazarla.

Preservadme del orgullo que podría impedirme el ver mis defectos, y de los malos espíritus que podrían excitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que particularmente estoy inclinado a... y si no resisto a esta tentación es por la costumbre que tengo de ceder a ella.

Vos me habéis creado culpable, porque sois justo; pero me habéis creado con una aptitud igual tanto para el bien como para el mal. Si he seguido el mal camino es por efecto de mi libre albedrío. Pero, por la misma razón que he tenido la libertad de hacer mal, tengo también la de hacer bien y cambiar de camino.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones de mis precedentes existencias: este es mi pecado original, del que puedo despojarme por mi voluntad y con la asistencia de los buenos espíritus.

Espíritus buenos que me protegéis, y vos sobre todo, mi ángel guardián, dadme fuerza para resistir a las malas sugestiones y salir victorioso de la lucha.

Los defectos son barreras que nos separan de Dios, y cada uno que se domina es un paso en cl camino del adelantamiento que debe acercarme a El.

El Señor, en su infinita misericordia se ha dignado concederme esta existencia para que sirva a mi adelantamiento; espíritus buenos, ayudadme para que la emplee bien, con el fin de que no sea una existencia perdida para mí, y para que cuando Dios quiera quitármela, salga mejor que cuando en ella entré. (Cap. V, núm. 5; cap. XVII, núm. 3.)

Para resistir a una tentación

20. **Prefacio**. Todo mal pensamiento puede tener dos orígenes: la propia imperfección de nuestra alma o una influencia funesta que obre sobre ella. En este último caso es siempre indicio de una debilidad que nos hace propios para recibir esta influencia, y por consiguiente, de un alma imperfecta; de tal modo, que el que comete una falta, no podría dar por excusa la influencia de un espíritu extraño, puesto que "este espíritu no le habría inducido al mal si le hubiere considerado inaccesible a la seducción".

Cuando un mal pensamiento surge a nosotros, podemos, pues, representarnos a un espíritu malévolo que nos induce al mal, y a quien somos libres de acceder o de resistir, como si se tratara de las instigaciones de una persona viviente Al mismo tiempo debemos representarnos a nuestro ángel guardián o

espírltu protector, que por su parte combate en nosotros la mala influencia y espera con ansiedad "la decisión que vamos a tomar". Nuestra vacilación en hacer el mal es la voz del espíritu bueno que se hace oir por la conciencia.

Se conece que un pensamiento es malo cuando se aparta de la c aridad, que es la base de toda verdadera moral; cuando tiene por principio el orgullo, la vanidad o el egoísmo; cuando su realización puede causar un perjuicio cualquiera a otro; cuando, en fin, nos induce a hacer otras cosas que las que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. - (Cap. XXVIII, número 15. - Cap. XV, núm. 10.)

21. **Oración**. Dios Todopoderoso, no me dejéis su cumbir a la tentación que tengo de cometer una falta.

Espíritus buenos que me protegéis, desviad de mí este pensamiento malo y dadme fuerza para resistir a la sugestión del mal. Si sucumbo, habré merecido la expiación de mi falta, tanto en esta vida como en la otra, porque soy libre de elegir.

Acción de gracias por una victoria obtenida contra una tentación

22. **Prefacio**. El que ha resistido a la tentación, lo debe a la asistencia de los buenos espíritus cuya voz ha escuchado. Debe dar gracias de ello a Dios y a su ángel guardián.

23. **Oración**. Dios mío, os doy gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal; haced que esta victoria me dé fuerza para resistir las nuevas tentaciones.

Y a vos, mi ángel guardián, os doy las gracias por la asistencia que me habéis dado. Que mi sumisión a vuestros consejos me haga digno de continuar en vues tra protección.

Para pedir un consejo

24. **Prefacio**. Cuando estamos indecisos en hacer una cosa, ante todo, debemos hacernos estas preguntas:

1ª Lo que pretendo hacer, ¿puede recaer en perjuicio de otro?
2ª ¿Puede ser de utilidad para alguno?
3ª Si otro hiciera esto con respecto a mí, ¿quedaria yo satisfecho?

Si esta cosa sólo interesa a sí mismo, está permitido pesar las ventajas y los inconvenientes personales que de ella pueden resultar.

Si interesa a otro, y haciendo bien para uno pueda resultar mal para otro, es menester igualmente pesar la suma del bien y del mal para obrar en consecuencia.

En fin, aun para las cosas mejores, es menester considerar la oportunidad y las circunstancias accesorias, porque una cosa buena por sí misma puede tener malos resultados en manos inhábiles y si no se hace con prudencia y circunspección. Antes de emprender una cosa conviene consultar las propias fuerzas y los medios de ejecución.

En todos los casos se puede siempre reclamar la asistencia de los espíritus protectores recordando esta sábia máxima: "En la duda, abstente". (Cap. XXVIII, núm. 38.)

25. **Oración**. En nombre de Dios Todopoderoso, espíritus buenos que me protegéis, inspiradme para que tome una buena resolución en la incertidumbre en que me encuentro. Dirigid mi pensamiento hacia el bien y desviad la influencia de aquellos que intentasen separarme del buen camino.

En las aflicciones de la vida

26. **Prefacio**. Nosotros podemos pedir a Dios favores terrestres, y El puede concedérnoslos cuando tienen un objeto útil y formal pero como nosotros juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista, y nuestra vista está limitada al presente, no siempre vemos la parte mala de lo que deseamos. Dios, que ve más que nosotros y sólo quiere nuestro bien, puede, pues, negárnoslo, como un padre rehusa a su hijo lo que puede dañarle. Si no se nos concede lo que pedimos, no debemos desanimarnos; por el contrario, es menester que pensemos que la privación de lo que deseamos se nos ha impuesto como prueba o como expiación, y que nuestra recompensa será proporcionada a la designación con que la sobrellevamos. (Cap. XXVII, núm. 6; Capítulo II, núms. 5, 6 y 7.)

27. **Oración**. Dios Todopoderoso que veis mis mi-serías, dignáos escuchar favorablemente los votos que os dirijo en este momento. Si mi súplica es inconside rada, perdonádmela; si es justa y útil a vuestros ojos, que los buenos espíritus que ejecutan vuestra voluntad, vengan en mi ayuda para su cumplimiento.

Cualquiera cosa que suceda, Dios mío, que se haga vuestra voluntad. Si mis deseos no son escuchados, es porque entra en vuestros designios el probarme, y a ello me someto sin murmurar. Haced que no conciba por ello desconfianza, y que mi fe y mi resignación no flaqueen.

(Formúlese la demanda.)

Acción de gracias por un favor especial obtenido

28. **Prefacio**. No deben considerarse sólo como aconteci miento felices las cosas de grande importancia; las más pequeñas en apariencia, son, a menudo, las que influyen más en nuestro destino. El hombre olvida fácilmente el bien y se acuer da mejor de lo que le aflige. Si notáramos diariamente los be neficios de que somos objeto, sin haberlos solicitado, nos admiraríamos muchas veces de haber recibido ta ntos que se han borrado de nuestra memoria, y nos humillaríamos por nues tra ingratitud.

Todas las noches, elevando nuestra alma a Dios, debemos acordarnos de los favores que nos ha concedido durante el día, y darle gracias. Sobre todo en el momento mismo en que experimentamos el efecto de su bondad y de su proteccion, debemos, por un movimiento espontáneo, manifestarle nuestra gratitud; basta para ésto dirigirle el pensamiento mencionando el beneficio, sin que haya necesidad de dejar el trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten sólo en cosas materia les; es menester darle gracias por las buenas ideas y por las felices inspiraciones que nos ha sugerido. Mientras que el orgulloso se atribuye por ello un mérito y el incrédulo lo atri buye a la casualidad, el que tiene fe da por ello gracias a Dios y a los buenos espíritus. Para eso las frases largas son inúti les: "Gracias Dios mío, por el buen pensamiento que me habéis inspirado". Esto dice más que muchas palabras. El impulso espontáneo que no: hace atribuir a Dios el bien que recibimos,

atestigua una costumbre de reconocimiento y humildad, que nos concilia la simpatía de los buenos espíritus. (Capítulo XXVII, núms. 7 y 8.)

29. **Oración**. Dios infinitamente bueno, que vuestro nombre sea bendito por los bienes que me habéis concedido; sería indigno si los atribuía a la casualidad de los acontecimientos o a mi propio mérito.

A vosotros, espíritus buenos, que habéis sido ejecutores de la voluntad de Dios, y a vos sobre todo, mi ángel guardián, os doy las gracias. Separad de mí el pensamiento de enorgullecerme, y de hacer de ello un uso que no sea para el bien.

Particularmente os doy las gracias por...

(Dígase el favor que se ha recibido.)

Acto de sumisión y resignacion

30. **Prefacio**. Cuando tenemos un motivo de aflicción, si buscamos la causa encontraremos muchas veces que es consecuencia de nuestra imprudencia, de nuestra impresión, o de una acción anterior; en este caso, a nadie debemos culpar sino a nosotros mismos. Si la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, es una prueba para esta vida o la expiación de una existencia pasada, y en este último caso, la naturaleza de la expiación puede hacernos conocer la naturaleza de la falta, porque siempre somos castigados por donde hemos pecado. (Cap. V, núms. 4, 6 y siguientes.)

En lo que nos aflige, en general, sólo vemos el mal presente, y no las consecuencias ulteriores favorables que esto puede tener. El bien es muchas veces consecuencia del mal pasajero, como la curación de un enfermo es resultado de los medios dolorosos que se han empleado para obtenerla. En todos los casos debemos someternos a la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tome en cuenta y que se nos apliquen estas palabras de Cristo: Bienaventurados los que sufren. (Cap. V, núm. 18.)

31. **Oración**. Dios mio, vos sois soberanamente justo; todo sufrimiento en la tierra, debe, pues, tener su causa y su utilidad. Yo acepto el motivo de aflicción que acabo de experimentar como una expiación

de mis faltas pasadas y como una prueba para el por venir.

Espíritus buenos que me protegéis, dadme fuerza para soportarla sin murmurar; haced que sea para mí una advertencia saludable, que aumente mi experiencia y que combata en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que todo contribuya a mi adelantamiento.

32. **Otra**. Yo siento, Dios mío, la necesidad de rogaros para que me déis fuerza para sobrellevar las pruebas que habéis tenido a bien enviarme. Permitid que la luz sea bastante viva para que mi espíritu aprecie en todo su valor el amor que me aflige para salvarme. Me someto con resignación, oh Dios mío, pero ¡ay! la criatura es tan débil, que si vos no me sostenéis, Señor, temo sucumbir. No me abandonéis, porque sin vos, nada puedo.

33. **Otra**. He levantado mis ojos hacía tí, oh Eterno, y me he sentido fortificado. Tú eres mi fuerza: no me abandones, ¡oh Dios! ¡Estoy abatido bajo el peso de mis iniquidades! ayúdame. ¡Tú conoces la debilidad de mi carne, y no apartas tus miradas de mi!

Estoy devorado por una sed ardiente: haz que brote un manantial de agua viva, y quedará aquélla apagada. Que no se abra mi boca sino para cantar tus alabanzas y no para murmurar en las aflicciones de mi vida. Soy débil, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! Tú sólo eres grande, tú sólo eres el fin y el objeto de mi vida. Si me hieres, que por ello sea tu nombre bendito, porque tú eres el Señor y yo el servidor infiel, y doblaré la cabeza sin quejarme, porque sólo tú eres grande.

En un peligro inminente

34. **Prefacio**. En los peligros a que estamos expuestos, Dios nos recuerda nuestra debilidad y la fragilidad de nuestra exis-

tencia. Nos enseña que nuestra vida está en sus manos y que pende de un hilo que puede romperse cuando menos lo espe ramos. En cuanto a esto, no hay privilegio para nadie, porque tanto el grande como el pequeño están sometidos a las mismas alternativas.

Si se examinan la naturaleza y las consecuencias del peligro, se verá que muchas veces, si se hubiesen cumplido esas con secuencias, hubieran sido castigo de una falta cometida o de un "deber descuidado".

35. **Oración**. ¡Dios Todopoderoso, y vos, mi ángel de la guarda; socorredme! Si debo sucumbir, que se haga la voluntad de Dios. Si me salvo, que en el resto de mi vida repare el mal que he hecho y del que me arrepiento.

Acción de gracias después de haber salido del peligro

36. **Prefacio**. Por el peligro que hemos corrido, Dios nos enseña que de un momento a otro podemos ser llamados a dar cuentas del empleo que hemos hecho de la vida; de este modo nos advierte para que nos reconcentremos y nos enmendemos.

37. **Oración**. A vos, Dios mío, y a vos, mi ángel de la guarda, os doy las gracias por el socorro que me habéis enviado cuando el peligro me amenazaba. Que este riesgo sea para mí un aviso que me ilumine sobre las faltas que han podido conducirme a él. Comprendo, Señor, que mi vida está en vuestras manos, y que po déis quitármela cuando bien os parezca. Inspíradme, por los buenos espíritus que me asisten, el pensamien to de emplear útilmente el tiempo que me permitáis estar aún en este mundo.

Angel custodio, sostenedme en la resolución que tomo de reparar mis agravios y de hacer todo el bien que de mí dependa, con el fin de llegar con menos im perfecciones al mundo de los espíritus cuando quiera Dios llamarme.

En el momento de dormirse

38. **Prefacio**. El sueño es el descanso del cuerpo, pcro el espíritu no tiene necesidad de este descanso. Mientras que los sentidos se adormecen, el alma se desprende en parte de la materia, y goza de las facultades de espíritu. El sueño se le ha dado al hombre para reparar las fuerzas orgánicas y las fuerzas morales. Mientras el cuerpo recobra los elementos que ha perdido por la actividad de la vigilía, el espíritu va a fortalecerse entre los otros espíritus: con lo que ve, con lo que oye, y con los consejos que se le dan, adquiere ideas, que vuelve a encontrar al despertar en estado de intuición; es el regreso temporal del desterrado a su verdadera patria; es como el preso a quien se pone en libertad momentáneamente.

Pero suele suceder, como con el preso, que el espíritu no siempre saca provecho de este momento de libertad para su adelantamiento; si tiene malos instintos, en vez de buscar la compañía de los buenos espíritus busca la de sus semejantes, y va a los lugares en donde puede dar curso a sus inclinaciones.

El que esté penetrado de esta verdad, que eleve su pensamiento en el momento que quiera dormirse; que recurra a los consejos de los buenos espíritus y de aquellos cuya memoria le es grata, a fin de que vengan a reunirse a él en el corto intervalo que se le concede, y al despertarse se encontrará más fuerte contra el mal y tendrá más valor contra la adversidad.

39. **Oración**. Mí alma va a encontrarse un instante con los otros espíritus. Que véngan los buenos y me ayuden con sus consejos. Angel de la guarda, haced que al despertar conserve de ello una impresión saludable y duradera.

Cuando se prevé una muerte próxima

40. **Prefacio**. La fe en el porvenir, la elevación del pensamiento, durante la vida, hacia los destinos futuros, ayudan al pronto desprendimiento del espíritu debilitando los lazos que le retienen al cuerpo; y muchas veces no se ha concluido aún la vida del cuerpo, cuando el alma impaciente ha remontado el vuelo hacia la inmensidad. Lo contrario sucede al hombre que concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, pues los lazos son tenaces, "la separación es penosa y dolorosa" y el despertar de ultratumba está lleno de turbación y de ansiedad.

41. **Oración**. Dios mío, yo creo en vos y en vuestra bondad infinita; por esto no puedo creer que diérais la inteligencia al hombre para conoceros y la aspiración al porvenir para sumergirle después en la nada.

Creo que mi cuerpo es sólo la envoltura perecedera de mi alma, y que cuando haya cesado de vivir, me despertaré en el mundo de los espíritus.

Dios todopoderoso, siento romperse los lazos que unen mi alma al cuerpo, y muy pronto voy a dar cuenta del empleo hecho de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien o del mal que hice; allí no hay ilusiones, no hay subterfugio posible; todo mi pasado va a desenvolverse delante de mí, y seré juzgado según mis obras.

Nada me llevaré conmigo de los bienes de la tierra: honores, riquezas, satisfacciones de vanidad y orgullo, todo lo que pertenece al cuerpo, en fin, va a quedar aquí en la tierra; ni el menor átomo me seguirá y nada de todo esto me servirá de socorro en el mundo de los espíritus. Sólo llevaré conmigo lo que pertenece al alma, es decir, las buenas y las malas cualidades, que se pesarán en la balanza de una rigurosa justicia, y seré juzgado con tanta más severidad cuantas más ocasiones habré tenido de hacer el bien y no lo habré hecho. (Cap. VI, número 9.)

¡Dios de misericordia, que mi arrepentimiento llegue hasta vos! Dignáos extender sobre mí vuestra indulgencia.

Si os pluguiese prolongar mi existencia, que sea el resto para reparar, tanto como de mí dependa, el mal que he podido hacer. Si mi hora ha llegado, llevo conmigo la idea consoladora que me será permitido rescatarme por medio de nuevas pruebas a fin de merecer un día la felicidad de los elegidos.

Si no me es permitido gozar inmediatamente de esta felicidad suprema, que sólo pertenece al justo por

excelencia, sé que no me está negada eternamente la esperanza, y que con el trabajo, llegaré al fin más tarde o más temprano, según mis esfuerzos.

Sé que buenos espíritus y mi ángel guardián están aquí, cerca de mí, para recibirme, y que dentro de poco les veré como ellos me ven. Sé que volveré a encontrar a los que he amado en la tierra, "si lo he merecido", y los que dejo vendrán a unirse conmigo para que un día estemos juntos para siempre, y que mientras tanto, podré venir a visitarles.

Sé también que voy a encontrar a los que he ofen dido; les ruego que me perdonen lo que puedan reprocharme mi orgullo, mi dureza, mis injusticias, y que no me confundan de verguenza con su presencia.

Perdono a todos los que me han hecho o han que rido hacerme mal en la tierra, no les conservo mala voluntad y ruego a Dios que les perdone.

Señor, dadme fuerzas para dejar sin pesar los goces groseros de este mundo, que nada son al lado de los goces puros del mundo en que voy a entrar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, sufrimientos, ni miserias; sólo sufre el culpable, pero le queda la esperanza.

Buenos espíritus, y vos, mi ángel de la guarda, ha ced que no flaquee en este momento supremo; haced que resplandezca a mis ojos la luz divina para que reanime mi fe, si llegase a vacilar.

Nota. - Véase el párrafo V: Oraciones para los enfermos obsesados.

III. - **ORACIONES PARA OTRO**

Para los que están en la aflicción

42. **Prefacio**. Si está en el interés del afligido que su prue ba siga su curso, no se abreviará por nuestra demanda; pero sería impiedad el desanimarse porque la súplica no sea aten-

dida; además, en defecto de la cesación de la prueba, se puede esperar obtener algún otro consuelo que atempere la amargura lo que es verdaderamente útil para el que sufre, es el valor y la resignación, sin lo cual lo que sufre es sin provecho para él, porque estará obligado a empezar de nuevo la prueba.

Con este objeto, pues, es menester dirigir todos los esfuerzos sea llamando a los buenos espíritus en su ayuda, sea aumentando uno mismo la moral del afligido por medio de consejos y animándole, sea, en fin, asistiéndole materialmente si se puede. La oración en este caso, puede además, tener un efecto directo, dirigiendo sobre la persona una corriente fluídica con la mira de fortificar su moral. (Cap. V, núms. 5 y 27; capítulo XXVII, núms. 6 y 10).

43. **Oración**. Dios mío, cuya bondad es infinita, dignaos aliviar la amarga posición de N... si tal es vuestra voluntad.

Espíritus buenos, en nombre de Dios todopoderoso, os suplico que le asistáis en sus aflicciones, si algo puede hacerse en interés suyo, haciéndole comprender que son necesarias para su adelantamiento. Dadie confianza en Dios y en el porvenir, y se le harán menos duras. Dadle también fuerza para que no sucumba a la desesperación; porque perdería el fruto y haría que su posición futura fuera más penosa. Conducid mi pensamiento hacia él y que le ayude a sostener su ánimo.

Acción de gracias por un favor concedido a otro

44. **Prefacio**. El que no está dominado por el egoísmo se alegra del bien del prójimo, aun cuando no lo haya solicitado por la oración.

45. **Oración**. Dios mío, bendito seáis por la felicidad que habéis concedido a N...

Espíritus buenos, haced que vea en ella un efecto de la bondad de Dios. Si el bien que se le concede es una prueba, inspiradle el pensamiento de que haga de él un buen uso y no para que le sirva de vanidad, con

el fin de que este bien no sea en perjuicio suyo en el porvenir.
Vos, mi buen genio que me protegéis y deseais mi felicidad, separad de mi pensamiento todo sentimiento de envidia y de celos.

Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal

46. **Prefacio**. Jesús dijo: "Amad también a vuestros enemigos". Esta máxima es lo sublime de la caridad cristiana; pero Jesús no quiere decir con esto que debamos tener con nuestros enemigos la misma ternura que tenemos con nuestros amigos; nos quiso decir con estas palabras, que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el daño que nos han hecho, devolviéndoles bien por mal. Además el mérito que resulta de ello a los ojos de Dios, es manifestar a los ojos de los hombres la verdadera superioridad. (Cap. XII, núms. 3 y 4).

47. **Oración**. Dios mío, yo perdono a N... el mal que me ha hecho y el que ha querido hacerme, así como deseo que vos me perdonéis, y que él mismo me perdone lo que yo haya podido hacer contra él. Si lo habéis colocado a mi paso como una prueba, que se cumpla vuestra voluntad.

Desviad de mí, Dios mío, la idea de maldecirle y todo deseo malévolo contra él. Haced que yo no experimente ninguna alegría por las desgracias que pueda tener, ni pena por los bienes que puedan concedérsele, con el fin de no manchar mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.

Señor, que vuestra bondad se extienda sobre él y le conduzca mejores sentimientos respecto a mí.

Espíritus buenos, inspiradme el olvido del mal y el recuerdo del bien. Que ni el odio, ni el rencor, ni el deseo de volverle mal por mal, entren en mi corazón, porque el odio y la venganza sólo pertenecen a los espíritus malos, encarnados y desencarnados. Por el contrario, que esté pronto a tenderle fraternalmente la mano, a volverle bien por mal y a socorrerle si me es posible.

Deseo, para probar la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero sobre todo, Dios mío, preservadme de hacer nada por orgu llo u ostentación confundiéndole con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, porque entonces merecería que se me aplicasen aquellas palabras de Cristo: "Tú recibiste ya la recompensa". (Cap. XIII, números 1 y siguientes).

Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos

48. **Prefacio**. El no desear mal a sus enemigos, es ser ca ritativo a medias; la verdadera caridad requiere que les deseemos el bien, y que nos alegremos por las gracias que Dios les concede. (Cap. XII, núms. 7 y 8).

49. **Oración**. Dios mío, en vuestra justicia habéis querido alegrar el corazón de N... os doy las gracias por él, a pesar del mal que me ha hecho o ha procura do hacerme. Si se aprovechase de ello para humillarme, lo aceptaré como una prueba para mí, ejerciendo la caridad.

Espíritus buenos que me protegéis, no permitáis que tenga por ello ningún pesar; desviad de mí la envidia y los celos que degradan; inspiradme, por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien, y sabemos que tarde o temprano se hará a cada uno justicia según sus obras.

Para los enemigos del espiritismo

50. **Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán hartos.**

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi

causa. Gozaos y alegraos porque vuestro galardón muy grande es en los cielos. Pues así también persiguieron a los profetas, que fueron antes de vosotros. (San Mateo, cap. X, v. 6, 10, 11 y 12).

Y no temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. (San Mateo, cap. X, v. 28).

51. **Prefacio**. De todas las libertades, la más inviolable es la de pensar, que comprende también la libertad de conciencia. Anatematizar a los que no piensan como nosotros, es reclamar esta libertad para sí y rehusaría a los otros, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirles por su creencia, es atentar al derecho más sagrado que tiene todo hombre de creer lo que le conviene y adorar a Dios del modo que él lo entienda. Obligarles a los actos exteriores parecidos a los nuestros, es manifestar que se atiende más a la forma que al fondo, a las apariencias más que a la convicción. La abjuración forzada nunca ha dado fe; sólo puede hacer hipócritas. Es un abuso de la fuerza material, que no prueba la verdad; "la verdad está segura de sí misma; convence y no persigue, porque no tiene necesidad de ello".

El Espiritismo es una opinión, una creencia; aun cuando fuese una religión, ¿por qué no ha de tener el hombre la libertad de llamarse espiritista, como tiene la de llamarse católico, judío o protestante, partidario de cual o tal doctrina filosófica, de tal o cual sistema económico? Aquella creencia es falsa o verdadera; si es falsa, caerá por su propio peso, por que el error no puede prevalecer contra la verdad cuando las inteligencias se ilustran; si es verdadera, la persecución no la hará falsa.

"La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa"; crece con la grandeza y la importancia de la idea. El encarnizamiento y la cólera de los enemigos de la idea está en razón del miedo que les inspira. Por esta razón el cristianismo fué perseguido en otro tiempo y el Espiritismo lo es hoy con la diferencia, sin embargo, de que el cristianismo lo fué por paganos mientras que el Espiritismo lo es por cristianos. El tiempo de las persecuciones sangrientas ha pasado, es verdad; pero si no se mata el cuerpo, se atormenta al alma; se la ataca hasta en los sentimientos más íntimos, en los afectos más caros; se dividen las familias, se excita a la madre contra la hija, a la esposa contra el marido; se ataca aún el cuerpo en sus necesidades materiales, quitándole su modo de vivir para sitiarle por el hambre. (Cap. XXIII, núm. 9 y siguientes).

Espiritistas, no os aflijáis por los tiros que os disparan, por que asi prueban que la verdad está de vuestra parte, pues de lo contrario os dejarían tranquilos y no os persiguirían. Es una prueba para vuestra fe, pero con vuestro valor, con vuestra resignación y con vuestra perseverancia, Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, cuya enumeración hace hoy para dar a cada uno la parte que le corresponde según sus obras.

A ejemplo de los primeros cristianos, tened, pues, orgullo en llevar vuestra cruz. Creed en las palabras de Cristo que dijo: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos". No temáis a los que matan al cuerpo, pero que no pueden matar el alma. Dijo también "Amad a vuestros enemigos haced bien a los que os hacen mal y rogad por los que os persiguen". Mostrad que sois verdaderos discípulos, y que vuestra doctrina es buena, haciendo lo que El dijo e hizo.

La persecución durará sólo un tiempo limitado; esperad, pues, con paciencia el despuntar de la aurora, porque la estrella de la mañana se vislumbra en el horizonte. (Cap. XXIV, números 13 y siguientes).

52. **Oración**. Señor, nos habéis hecho decir por boca de Jesús, vuestro Mesías: "Bienaventurados los que sufren persecución de la justicia; perdonad a vuestros enemigos; rogad por los que os persiguen"; y El mismo nos ha enseñado el camino rogando por sus verdugos.

A su ejemplo, Dios mío, solicitamos vuestra misericordia para los que desconocen vuestros divinos preceptos, los únicos que pueden asegurar la paz en este mundo y en el otro. Nosotros decimos como Cristo: "Perdonadles, Padre Nuestro, porque no saben lo que hacen".

Dadnos valor para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y persecuciones; alejadnos de todo pensamiento de represalias, porque la hora de vuestra justicia sonará para todos y nosotros la esperamos sometiéndonos a vuestra santa voluntad.

Oración para un niño recién nacido

51. **Prefacio**. Los espíritus no llegan a la perfección sino después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal: los que están errantes esperan que Dios les permita volver a tomar otra existencia que debe proporcionarles un medio de adelantamento, ya sea por la expiación de sus faltas pasadas por medio de vicisitudes, a las que se han sometido, ya. sea también cumpliendo una misión útil a la humanidad. Su adelantamiento y su felicidad futura serán proporcionados a la manera como habrán empleado el tiempo que deben pasar en la Tierra. El encargo de guiar sus primeros pasos y dirigirles hacia el bien está confiado a sus padres, que responderán ante Dios del modo como hayan cumplido su mandato. Para facilitar esta ejecución, Dios ha hecho del amor paternal y del amor filial una ley de la naturaleza, ley que no se viola jamás impunemente.

54. **Oración**. (Dichas por los padres). - Espíritu que te has encarnado en el cuerpo de nuestro hijo, bien venido seas entre nosotros; Dios Todopoderoso que lo habéis enviado, bendito seáis.

Este es un depósito que nos ha sido confiado, del que debemos dar cuenta en su día. Si pertenece a la nueva generación de los espíritus que debe poblar la Tierra, ¡gracias, Dios mío, por este favor! Si es un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarla a progresar en el camino del bien, por nuestros consejos y buenos ejemplos; si cae en el mal por culpa nuestra, de ello responderemos ante vos, porque no habremos cumplido nuestra misión respecto a él.

Señor, sostenednos en nuestro trabajo y dadnos fuerza y voluntad para cumplirlo. Si este niño debe ser objeto de nuestras pruebas, ¡que se cumpla vuestra voluntad!

Espíritus buenos que habéis venido a presidir su nacimiento y debéis acompañarle durante su vida, no lo abandonéis. Separad de él a los espíritus imperfectos que pudieran inducirle al mal; dadle fuerza para

resistir a sus sugestiones y el valor para sufrir con paciencia y resignación las pruebas que le esperan en la Tierra. (Capítulo XIV, núm. 9).

55. **Otra**. Dios mío, me habéis confiado la suerte de uno de vuestros espíritus; haced, Señor, que sea digno del deber que se me ha impuesto; concededme vuestra protección; iluminad mi inteligencia con el fin de que pueda discernir con tiempo las tendencias del que debo preparar para entrar en vuestra paz.

56. **Otra**. Dios clementísimo, puesto que habéis tenido a bien permitir al espíritu de este niño que venga a sufrir las pruebas terrestres para hacerle progresar, dadle la luz a fin de que aprenda a conoceros, amaros y adoraros.

Haced, por vuestro poder infinito, que esta alma se regenere eh el manantial de vuestras divinas instrucciones; que bajo el amparo de su ángel de la guarda, su inteligencia se aumente, se desarrolle y le enseñe el camino que conduce a vos; que la ciencia del Espiritismo sea la luz brillante que le ilumine a través de los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar toda la inmensidad de vuestro amor, que nos prueba para fortificamos.

Señor, echad una mirada paternal sobre la familia a que habéis confiado esta alma; que pueda comprender la importancia de su misión y haced germinar en este niño las buenas semillas, hasta el día en que él mismo pueda, por sus propias aspiraciones, elevarse solo hacia vos.

Dignaos, oh Dios mío, escuchar esta humilde plegaria, en nombre y por los méritos del que dijo: "Dejad venir a mí los niños, porque el reino de los cielos es para los que se les parecen."

Para un agonizante

57. **Prefacio**. La agonía es el preludio de la separación del alma y del cuerpo; se puede decir que en este momento el hombre sólo tiene un pie en este mundo y el otro fuera de él.

Este tránsito es algunas veces penoso para los que están muy ligados a la materia y han vivido más para los bienes de este mundo que para los del otro, o cuya conciencia está agitada por los pesares y remordimientos: en aquellos, por el con trario, cuyos pensamientos se han elevado hacia el infinito y se han desprendido de la materia, los lazos se desatan con más facilidad, y los últimos momentos nada tienen de doloroso; el alma está entonces unida al cuerpo por un hilo, mientras que en la otra posición está unida a él por profundas raíces; de todos modos la oración ejerce una acción poderosa en el tra bajo de la separación. (Véase: Oraciones para los enfermos. - "**Cielo e Infierno**", 2ª parte, cap. I, "El Tránsito").

58. **Oración**. Dios Todopoderoso y misericordioso, aquí tenéis un alma que deja su envoltura terrestre para volver al mundo de los espíritus, su verdadera patria; que pueda entrar allí en paz, y que vuestra misericordia se extienda sobre ella.

Espíritus buenos que la habéis acompañado en la Tierra, no la abandonéis en este momento supremo; dadle fuerza para soportar los últimos sufrimientos que debe padecer en la tierra para su adelantamiento futuro; inspiradle para que consagre al arrepentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le restan o que pueden volverle momentáneamente.

Dirigid mi pensamiento a fin de que su acción haga menos penosa la separación, y que lleve en su alma, en el momento de dejar la Tierra, los consuelos de la esperanza.

V. - **ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTAN EN LA TIERRA**

Para los recién fallecidos

59. **Prefacio**. Las oraciones por los espíritus que acaban de dejar la Tierra, no tienen sólo por objeto el darles un testimonio de simpatía, sino que tienen también por objeto ayudar a su desprendimiento, y por lo tanto, abreviar la turbación que sigue siempre a la separación, y darles más calma al despertar. Pero también en ésta, como en cualquier otra circunstancia, la eficacia está en la sinceridad del pensamiento y no en la abundancia de palabras dichas con más o menos pompa, y en las cuales muchas veces el corazón no forma ninguna parte.

Las oraciones que parten del corazón, resuenan alrededor del espíritu, cuyas ideas están aún confusas, como las voces amigas que nos sacan del sueño. (Cap. XXVII, núm. 10).

60. **Oración**. Dios Todopoderoso, ¡que vuestra misericordia se extienda sobre esa alma que acabáis de llamar a Vos! ¡Que las pruebas que ha sufrido en esta vida le sean tomadas en cuenta, y nuestras oraciones puedan aliviar y abreviar las penas que tenga aún que sufrir como espíritu!

Espíritus buenos que habéis venido a recibirle, y sobre todo vos, su ángel de la guardia, asistidle para ayudarle a despojarse de la materia; dadle la luz y la conciencia de si rnismo con el fin de sacarle de la turbación que acompaña al tránsito de la vida corporal a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que haya cometido y el deseo de que le sea permitido el repararlas para activar sú adelantamiento hacia la vida de eterna bienaventuranza.

N... acabas de entrar en el mundo de los espíritus, y sin embargo estás presente entre nosotros; nos oyes y nos escuchas, porque no hay más diferencia entre tú

y nosotros que el cuerpo perecedero que acabas de dejar y que muy pronto será reducido a polvo.

Has dejado la grosera envoltura sujeta a las vicisitudes y a la muerte y sólo conservas la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los sufrimientos. Si no vives ya por el cuerpo, vives de la vida de los espíritus, y esta vida está exenta de las miserias que afligen a la humanidad.

Tampoco tienes el velo que oculta a nuestros ojos los resplandores de la vida futura; de hoy en adelante podrás contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros estamos aún sumergidos en las tinieblas.

Vas a recorrer el espacio y visitar los mundos con toda libertad, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente sobre la tierra, en la que nos retiene nuestro cuerpo material, semejante para nosotros a una carga muy pesada.

El horizonte del infinito va a desarrollarse delante de tí, y en presencia de tanta grandeza comprenderás la voluntad de nuestros deseos terrestres, de nuestras ambiciones mundanas y de nuestros goces fútiles de que los hombres hacen sus delicias.

La muerte es sólo para los hombres una separación material de algunos instantes. Desde el lugar del destierro en donde nos retiene aún la voluntad de Dios, así como los deberes que tenemos que cumplir en la tierra, te seguiremos con el pensamiento hasta el momento en que se nos permita reunirnos a tí, así como tú te has reunido con los que te han precedido.

Si nosotros no podemos ir a tu lado, tú puedes venir al nuestro. Ven, pues, entre los que te aman y que has amado; sosténles en las pruebas de la vida, vela por los que te son queridos, protégeles según tu poder y calma sus pesares con el pensamiento de que eres más feliz ahora y con la consoladora certeza de estar reunidos un día en mundo mejor.

En el mundo donde estás deben extinguirse todos los resentimientos terrestres. ¡Que a ellos seas inac cesible para tu felicidad futura! Perdona, pues, a los que han podido hacerte algún agravio, como ellos te perdonan el que tú puedes haberles hecho.

Nota: Pueden añadirse a esta oración, aplicable a todos, algunas palabras especiales, según las circunstancias particulares de familia o de relación y la posí ción del difunto.

Si se trata de un niño, el Espiritismo nos enseña que éste no es un espíritu de creación reciente, sino que ha vivido ya y puede ser también muy avanzado. Si su última existencia ha sido corta es porque no era más que un complemento de la prueba, o debía ser una prueba para su padres. (Cap. V, número 21).

61. **Otra**. Señor Todopoderoso, ¡que vuestra mi sericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la Tierra! ¡que vuestra luz resplandez ca a sus ojos! ¡Sacadles de las tinieblas, abridles los ojos y los oídos! ¡que vuestros espíritus les rodeen y les hagan oir las palabras de paz y de esperanza!

Señor, por indignos que seamos nos atrevemos a implorar vuestra misericordiosa indulgencia en favor de aquél de nuestros hermanos que acaba de ser lla mado del destierro; haced que su regreso sea el del hijo pródigo. Olvidad, ¡oh Dios mio! las faltas que ha podido cometer, para acordaros del bien que hizo. Vuestra justicia es inmutable, lo sabemos, pero vuestro amor es inmenso; os suplicamos que aplaquéis vuestra justicia por ese manantial de bondad que mana de vos.

¡Que la luz se haga por tí, hermano mí o, que acabas de dejar la Tierra! ¡Que los buenos espíritus del Señor desciendan hacia tí, rodeándote y ayudándote a sacu dir tus cadenas terrestres! CQmprende y mira la gran deza de Nuestro Señor; sométete sin murmurar a su justicia, pero no desesperes jamás de su misericordia. ¡Hermano! ¡que una formal mirada sobre tu pasado

te abra las puertas del porvenir haciéndote compren der las faltas que dejas detrás de tí y el trabajo que te queda para repararlas! ¡Que Dios te perdone y que sus buenos espíritus te sostengan y te animen! Tus hermanos de la tierra rogarán por ti y te piden que ruegues por ellos. (1)

Para las personas que se han amado

62. **Prefacio**. ¡Qué espantosa es la idea de la nada! ¡Qué dignos son de compasión los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío y no encuentra nin gún eco que le responda! ¡No han conocido nunca las puras y santas afecciones los que piensan que todo muere con el cuerpo; que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es un juego de la materia que se extingue para siempre como un soplo; que del más querido ser, de un padre, de una madre o de un hijo adorado, sólo queda un poco de polvo que el tiempo disipa para siempre!

¿Cómo un hombre de corazón puede quedar tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo la idea de un anonadamiento absolu to no le hiela de espanto y no le hace desear al menos que no sea así? Si hasta el presente su razón no ha bastado para salir de dudas, ahí está el Espiritismo que viene a disipar toda incertidumbre sobre el porvenir, pruebas materiales que da la supervivencia del alma y <1e la existencia de los seres de ultra - tumba. Así es que por todas partes son acogidas estas prue bas con alegría, y renace la confianza, porque el hombre sabe de aquí en adelante que la vida terrestre sólo es un corto pasaje que conduce a una vida mejor, que sus trabajos en este mundo no se pierden para él, y que los afectos más sanos no se rompen para siempre. (Cap. IV, núm. 18; cap. V, núm. 21).

63. **Oración**. Dignáos, ¡oh Dios mío! acoger favo rablemente la oración que os dirijo por el espíritu de N... hacedle entrever vuestras divinas luces y que le sea fácil el camino de la felicidad eterna. Permitid que los buenos espíritus le lleven mis palabras y mi pensamiento.

---

(1) Esta oración fué dictada a un medium de Bordeaux en el mo mento en que pasaba por delante de sus ventanas el entierro de un desconocido.

Tú que me eres querido en este mundo, oye mi voz que te llama para darte una nueva prueba de mi afecto. Dios ha permitido que fueses el primero en adquirir la libertad; no podría quejarme de ello sin egoísmo, porque sería desear para tí las penas y sufrimientos de esta vida. Espero, pues, con resignación el momento de nuestra reunión en el mundo más feliz en que me has precedido.

Yo sé que nuestra separación es momentánea y que por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna felicidad que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer nada que pueda retardar este instante deseado, y que me ahorre de este modo el dolor de no volverte a encontrar al salir de mi cautiverio terrestre.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta a mi vista! Que puedes estar aquí, a mi lado, verme y oírme como otras veces, y aún mejor que antes; que no me olvidas como yo tampoco te olvido; que nuestros pensamientos no cesan de confundirse, y que el tuyo me sigue y me sostiene siempre.

Que la paz del Señor sea contigo.

Para las almas que sufren y piden oraciones

64. **Prefacio**. Para comprender el alivio que la oración puede procurar a los espíritus que sufren, es menester referirse a su modo de acción, que se ha explicado más arriba. (Capítulo XXVII, números 9, 18 y siguientes). El que está penetrado de esta verdad, ruega con más fervor por la certeza de que no ruega en vano.

65. **Oración**. Dios clemente y misericordioso, haced que vuestra bondad se extienda sobre todos los espíritus que desean nuestras oraciones, y particularmente sobre el alma de N...

Espíritus buenos cuya única ocupación es el bien, interceded comigo para su alivio. Haced que resplan-

dezca a sus ojos un rayo de esperanza, y que la divina luz les ilumine y les haga ver las imperfecciones que les alejan de la morada de los bienaventurados. Abrid su corazón al arrepentimiento. Hacedles comprender que por su esfuerzo pueden abreviar el tiempo de sus pruebas.

¡Que Dios con su bondad les dé fuerza para perseverar en sus buenas resoluciones!

Que estas palabras benévolas puedan mitigar sus penas demostrándoles que hay en la tierra quien toma parte en ellas y que desea su felicidad.

66. **Otra**. Os suplicamos, Señor, que derraméis sobre todos los que sufren, sea en el espacio como espíritus errantes, sea entre nosotros como espíritus encarnados, las gracias de vuestro amor y de vuestra misericordia. Tened compasión de nuestras debilidades. Vos nos habéis hecho falibles, pero nos habéis dado la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que vuestra misericordia se extienda sobre todos los que no han podido resistir a sus malas inclinaciones y están aún arrastrándose en un mal camino. Que vuestros buenos espíritus le rodeen; que vuestra luz resplandezca a sus ojos, y que, atraídos por un calor vivificante, vengan a prosternarse a vuestros pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Os rogamos igualmente, Padre de misericordia, por aquellos de nuestros hermanos que no han tenido la fuerza de sobrellevar las pruebas terrestres. Vos nos dais una carga para llevar, Señor, y nosotros sólo debemos depositarla a vuestros pies; pero nuestra debilidad es grande y el valor nos falta algunas veces por el camino. Tened piedad de estos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de tiempo; que vuestra justicia les excuse y permita a vuestros buenos espíritus llevarles el alivio, los consuelos y la esperanza del porvenir. La vista del perdón fortifica el alma; mostradlo, Señor, a los culpables que desesperan, y soste-

nidos por esta esperanza sacarán fuerza del mismo cú mulo de sus faltas y de sus sufrimientos para rescatar su pasado y prepararse a conquistar el porvenir.

Para un enemigo muerto

67. **Prefacio**. La caridad hacia nuestros enemigos debe se guirles hasta más allá de la tumba. Es preciso pensar que el daño que os han hecho ha sido para nosotros una prueba que ha podido ser útil a nuestro adelantamiento, si hemos sabido aprovecharnos. Puede aún sernos más provechosa que las aflic ciones puramente materiales, porque el valor y a la resignación nos ha permitido unir la caridad y el olvido de las ofensas. (Cap. X, núm. 6; cap. XII, núms. 5 y 6).

68. **Oración**. Señor, os habéis dignadó llamar an tes que a mí el alma de N... Yo le perdono el daño que me ha hecho y sus malas intenciones hacia mí; que de ello tenga arrepentimiento ahora que ya no tiene las ilusiones de este mundo.
Que vuestra misericordia, Dios mío, se extienda sobre él y alejad de mí el pensamiento de alegrarme de su muerte. Si le hice mal, que me lo perdone, así como yo olvido el que él me haya hecho.

Para un criminal

69. **Prefacio**. Si la eficacia de las oraciones fuese propor cionada a la de palabras, las más largas deberían reservarse para los más culpables, porque tienen más necesidad que los que han vivido santamente. Rehusarías a los criminales es fal tar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios creerlas inútiles, porque un hombre haya cometido tal o cual falta, es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Cap. XI, núm. 14).

70. **Oración**. Señor, Dios de misericordia, no re chacéis a este criminal que acaba de dejar la tierra; la justicia de los hombres ha podido condenarle, pero no por esto se salva de vuestra justicia infalible, si su co razón no se ha conmovido por un sincero remordimiento.

Quitadle la venda que le oculta la gravedad de sus faltas. ¡Que con su arrepentimiento encuentre gracia

ante vos, y que se alivien los sufrimientos de su alma! ¡Que nuestras oraciones y la intervención de los buenos espíritus puedan darle la esperanza y consuelo! Inspiradle el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia, y dadie fuerza para que no sucumba en las nuevas luchas que emprenderá.

Para un suicida

71. **Prefacio**. El hombre nunca tiene derechó de disponer de su propia vida, porque sólo pertenece a Dios sacarle del cautiverio terrestre cuando lo juzgue a propósito. Sin embargo, la justicia divina puede calmar sus rigores en favor de las circunstancias, pero reserva toda la severidad para aquel que ha querido sustraerse a las pruebas de la vida. El suicida es como el preso que se escapa de la cárcel antes de cumplir la condena, y a quien, cuando se le vuelve a prender se le detiene con más severidad. Lo mismo sucede con el suicida que cree escapar de las miserias presentes y se sumerge en desgracias mayores. (Cap. V, núm. 14 y siguientes).

72. **Oración**. Sabemos, Dios mío, la suerte reservada a los que violan vuestras leyes acortando voluntariamente sus días; pero también sabemos que vuestra misericordia es infinita; dignáos derramaría sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y nuestra con-miseración endulcen la amargura de los padecimientos que sufre por no haber querido tener el valor de esperar el fin de sus pruebas!

Espíritus buenos cuya misión es asistir a los desgraciados, tomadle bajo vuestra protección, inspiradie el arrepentimiento de su falta, y que vuestra asistencia le dé fuerza para sobrellevar con más resignación las nuevas pruebas que tendrá que sufrir para repararla. Separad de él a los malos espíritús que podrían de núevo conducirle al mal y que se prolongaran sus sufrimientos, haciéndole perder el fruto de sus pruebas futuras.

Tú, cuya desgracia es objeto de nuestras oraciones, ¡que nuestra conmiseración endulce tus amarguras y

haga nacer en tí la esperanza de un porvenir mejor! Este porvenir está en tus manos; confía en la bondad de Dios, cuyo seno está abierto a todo arrepentimiento, pues sólo se cierra a los corazones endurecidos.

Para los espíritus arrepentidos

73. **Prefacio**. Seria injusto colocar en la categoría de los malos espíritus a los que sufren y, arrepentidos, piden oraciones; éstos han podido ser malos, pero ya no lo son, desde el momento que reconocen sus faltas y sienten haberlas cometido; sólo son desgraciados y algunos empiezan a gozar de una felicidad relativa.

74. **Oración**. Dios de misericordia, que aceptáis el arrepentimiento sincero del pecador, encarnado o desencarnado, aquí tenéis un espíritu que se ha complacido en el mal, pero que reconoce sus faltas y entra es el buen camino; dignaos, Dios mío, recibirle como a un hijo pródigo, y perdonadle.

Espíritus buenos cuya voz ha desconocido, de aquí en adelante quiere escucharos; permitid que pueda entrever la felicidad de los elegidos del Señor, con el fin de que persista en el deseo de purificarse para conseguirla; sostenedle en sus buenas resoluciones y dadle fuerza para resistir sus malos instintos.

Espíritu de N..., os felicitamos por vuestra conversión, y damos gracias a los buenos espíritus que os han ayudado.

Si antes os complacíais en el mal es porque no comprendíais cuán dulce es el goce de hacer el bien; os considerábais también demasiado bajo para poder consoguirlo; pero desde el instante en que habéis puesto el píe en el buen camino, una nueva luz ha brillado para vos; habéis empezado a disfrutar de una felicidad desconocida, y la esperanza ha entrado en vuestro corazón. Es que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido y no rechaza a ninguno de los que vienen a El.

Para volver a entrar completamente en la gracia del Señor, aplicaos, desde hoy en adelante, no sólo a no hacer el mal, sino a hacer el bien, y sobre todo a repa rar el mal que habéis hecho; entonces habréis satiste cho a la justicia de Dios; cada buena acción borrará una de vuestras faltas pasadas.

El primer paso está dado; cuanto más avanzareis, tanto más fácil y agradable o s será el camino. Perseve rad, pues, y un día tendréis la dicha de contaros entre los espíritus buenos y felices.

Para los espíritus endurecidos

75. **Prefacio**. Los malos espíritus son aquellos que no se han arrepentido aún y que se complacen en el mal y no sienten por ello ninguna pena; que son insensibles a las amonestaciones, rechazan la oración y algunas veces blasfeman del nombre de Dios. Son aquellas almas endurecidas que, después de la muerte, se vengan de los hombres por los tormentos que su fren y persiguen con encono a aquellos a quienes han tenido ojeriza durante su vida, sea por la obsesión, o sea por cual quiera funesta influencia. (Cap. X, núm. 6. - Cap. XII, números 5 y 6).

Entre los espiritus perversos hay dos categorías muy dis tintas los que son francamente malos, y los que son hipócritas. Los primeros son mucho más fáciles de convertir que los se gundos, porque son lo más a menudo naturalezas estúpidas y groseras; como se ven entre los hombres, que hacen el mal más por instinto que por cálculo y no pretenden pasar por mejores de lo que son; pero hay en ellos un germen latente que es menester hacer salir a luz, y se consigue casi siempre con la perseverancia, la firmeza unida a la benevolencia, con los consejos, los razonamientos y la oración. En la mediumnidad, la dificultal que tiene en escribir el nombre de Dios es indicio de un medio instintivo y de la voz íntima de la concien cia que les dice que son indignos de ello.

Cuando llegan a este caso están al principio de la conver sión, y todo puede esperarse de ellos; basta encontrarles la parte vulnerable del corazón.

Los espíritus hipócritas casi siempre son muy inteligentes pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible; nada les conmueve; fingen todos los buenos sentimientos para captarse

la confianza, y son felices cuando encuentran incautos que les aceptan como santos espíritus y que pueden gobernales a su gusto. El nombre de Dios lejos de inspirarles el menor res-peto, les sirve de máscara para cubrir sus torpezas. En el mun do invisible así como en el mundo visible, los hipócritas son los seres más perjudiciales porque trabajan ocultamente y no se sospecha de ellos. Sólo tienen las apariencias de la fe, pero ninguna fe sincera.

76. **Oración**. Señor, dignáos mirar bondadosamente a los espíritus imperfectos que aun están en las tinieblas de la ignorancia y os desconocen, y particu larmente al de N...

Espíritus buenos, ayudadnos para que le hagamos comprender que induciendo a los hombres al mal, obsesándoles y atormentándoles, prolonga sus propios sufrimientos; haced que el ejemplo de la felicidad que vosotros gozáis sea un estimulo para él.

Espíritu que aún te complaces en el mal, acabas de oír la oración que hacemos por tí; esto debe probarte que deseamos hacerte bien aunque tú hagas mal.

Eres desgraciado porque es imposible ser feliz sien do malo ¿Por qué, pues, te detienes en este estado, cuando de tí depende salir de él? Echa una mirada so bre los buenos espíritus que te rodean; mira cuán fe lices son, y si no sería mucho más agradable para ti el gozar de la misma felicidad.

Dirás que te es imposible, pero nada hay imposible para el que quiere, porque Dios te ha dado, como a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la desgracia; na die está condenado al mal. Si tienes la voluntad de hacer este último, podrías también tener la de hacer el bien y ser feliz.

Vuelve tus ojos hacia Dios, elévate un sólo momento hacia El con el pensamiento, y un rayo de su luz divi na te iluminará. Di con nosotros esas sencillas pala - bras: "Dios mío, me arrepiento, perdóname!" Prueba arrepentirte y hacer bien en vez de hacer mal, y verás

cómo al mismo tiempo se extenderá sobre tí su misen cordia, y un bienestar desconocido vendrá a reemplazar las angustias que sufres.

Una vez que hayas dado un paso en el buen camino, el resto te será fácil. Entonces comprenderás cuánto tiempo has perdido por tu culpa para alcanzar tu felicidad; pero un porvenir radiante y lleno de esperanza se abrirá delante de tí, y te hará olvidar tu miserable pasado lleno de turbación y de tormentos morales, que para tí serían el Infierno, si hubiesen de durar eternamente. Vendrá día en que esos tormentos serán tales que quisieras a todo precio hacerlos cesar; pero cuanto más esperares más difícil te será. No creas que permanezcas siempre en este estado; no, es imposible; tienes delante de tí dos perspectivas: la una es la de sufrir más que no sufres ahora , y la otra la de ser feliz como los buenos espíritus que te rodean; la primera es inevitable si persistes en tu obstinación; un simple esfuerzo de tu voluntad basta para sacarte del mal paso en que estáis. Date prisa, pues, porque cada día que retardas, es un día perdido para tu felicidad.

Espíritus buenos, haced que estas palabras encuentren acceso en esa alma aun atrasada, a fin de que la ayuden a acercarse a Dios. Así os lo suplicamos en nombre de Jesucristo, que tan gran poder tuvo sobre los espíritus malos.

V. - **PARA LOS ENFERMOS Y LOS OBSESADOS**

Para los enfermos

77. **Prefacio**. Las enfermedades son parte de las pruebas y de las vicisitudes terrestres; son inherentes a lo grosero de nuestra naturaleza material y a la inferioridad del mundo que habitamos. Las pasiones y los excesos de todas clases siembran en nosotros gérmenes malsanos, muchas veces hereditarios. En mundos más avanzados física y moralmente, el orga-

nismo humano, más purificado y menos material, no está su jeto a las mismas dolencias, y el cuerpo no está minado sorda mente por los estragos de las pasiones. (Cap. III, núm. 9). Es menester, pues, resignarse a sufrir las consecuencias del cen tro en que nos coloca nuestra inferioridad, hasta que hayamos merecido cambiarlo. Entretanto no debe esto impedirnos hacer lo que dependa de nosotros para mejorar nuestra posición ac tual; pero si a pesar de nuestros esfuerzos no podemos conse guirlo, el Espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no hubiese querido que los sufrimientos corporales fueran disipados o aliviados en ciertos casos, no hubiese puesto medios curativos a nuestra disposición; su previsora solicitud, con respecto a esto, acorde con el instinto de conservación, indica que está en nuestro deber el buscarlos y aplicarlos.

Al lado de la medicación ordinaria elaborada por la ciencia, el magnetismo nos ha hecho conocer el poder de la oración fluídica; después el Espiritismo ha venido a revelarnos otra fuerza en la "mediumnidad curativa" y la influencia de la ora ción. (Véase la "Oración" núm. 8).

78. **Oración**. (Para que la diga el enfermo). - Señor, vos sois la suma justicia; la enfermedad que habéis querido enviarme debo merecerla, porque vos jamás afligís sin causa.

Para mi curación me someto a vuestra infinita mi sericordia; si os place volverme la salud, que vuestro santo nombre sea bendito; si por el contrario debo su frir aún, que así mismo sea bendito; me someto sin murmurar a vuestros divinos decretos, porque todo lo que haréis no puede tener otro objeto que el bien de vuestras criaturas.

Haced, Dios mío, que esta enfermedad sea para mí un aviso saludable y me haga poner sobre mí mismo; la acepto como una expiación del pasado y como una prueba para mi fe y sumisión a vuestra santa volun tad. (Véase la Oración número 40).

79. **Oración**. (Para el enfermo). - Dios mío, vues tras miras son impenetrables y en vuestra sabiduría

habréis creído deber afligir a N... con la enfermedad. Os suplico echéis una mirada de compasión sobre sus sufrimientos y os dignéis ponerles un término.

Espíritus buenos, ministros del Todopoderoso, os ruego que secundéis mi deseo de aliviarle; haced que mi oración vaya a derramar un bálsamo saludable en su cuerpo y el consuelo en su alma.

Inspiradle la paciencia y la sumisión a la voluntad de Dios, dadle fuerza para sobrellevar sus dolores con resignación cristiana a fin de que no pierda er fruto de esta prueba. (Véase la Oración número 57).

80. **Oración**. (Para el médium que cura). - Dios mío, si os dignáis serviros de mí, aun cuando soy indigno puedo curar este sufrimiento si tal es vuestra voluntad, porque tengo fe en vos, mas sin Vos nada puedo. Permitid a los buenos espíritus que me penetren con su fluído saludable con el fin de que yo lo transmita al enfermo, y desviad de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiese alterar su pureza.

Para los obsesados

81. **Prefacio**. La obsesión es la acción persistente que un espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diferentes, desde la simple influencia moral, sin señales exteriores sensibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. Altera todas las facultades medianímicas, y en la mediumnidad por la escritura, se conoce por la obstinación de un espíritu en manifestarse, con exclusión de todos los otros.

Los espirítus malos pululan alrededor de la Tierra a consecuencia de la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción malhechora forma parte de las plagas que la humanidad sufre en la tierra. La obsesión, como las enfermedades y todas las atribuciones de la vida, debe, pues, ser considerada como una prueba o una expiación, aceptada como tal.

De la misma manera que las enfermedades son resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión lo es siempre de una imperfección moral que da acceso a uno o varios espíritus malos. A una causa física, se opone otra fuerza física; a una causa moral, es preciso poner otra fuerza moral. Para precaver las enfermedades se fortifica el cuerpo; para precaverse de la obsesión, es preciso fortificar el alma. De esto se deduce que el obsesado debe trabajar por su propio mejoramiento, lo que muchas veces basta para desembarazarse del obsesor sin el socorro de personas extrañas. Este socorro se hace necesario cuando la obsesión degenera en suyugación y en posesión, porque entonces el paciente pierde a veces su voluntad y su libre albedrío. La obsesión es casi siempre producto de una venganza ejercida por un espíritu, y lo más a menudo tiene su origen en las relaciones que el obsesado ha tenido con él en una existencia precedente. (Cap. X, núm. 6; cap. XII, núms. 5 y 6).

En los casos de obsesión grave, el obsesado está como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De este fluido es preciso desembarazarle, y un mal fluído no puede ser rechazado por otro fluído malo.

Por una acción idéntica a la de un médium curandero, en el caso de enfermedad, es menester expulsar el fluído malo con la ayuda de un fluído mejor, que en cierto modo produce el efecto de un reactivo. Esta es la acción mecánica, pero no basta: también, y sobre todo es necesario "obrar sobre el ser inteligente", al que es preciso tener el derecho de hablar con autoridad, y esta autoridad corresponde sólo a la superioridad moral; cuanto más grande es ésta, tanto mayor es la autoridad.

Es necesario hacer más; para asegurar el libramiento, es preciso conducir al espíritu perverso a renunciar a sus malos designios, es menester hacer nacer en él el arrepentimiento y deseo del bien, con ayuda de instrucciones hábilmente dirigidas en evocaciones particulares hechas con la mira de la educación moral; entonces puede tenerse la doble satisfacción de librar a un encarnado y de convertir a un espíritu imperfecto.

La tarea se hace más fácil cuando el obsesado, comprendiendo su situación, presta su concurso con la voluntad y la oración; no sucede lo mismo cuando está seducido por el espíritu engañador, cuando se hace ilusiones sobre las cualidades del que le domina, complaciéndose en el error en que le tiene este último, porque entonces, lejos de secundar, rechaza toda asistencia. Es el caso de la fascinación, siempre infinitamente

más rebelde que la subyugación más violenta. ("**Libro de los Médiums**", cap. XXIII).

En todos los casos de obsesión, la oración es un poderoso auxiliar para obrar contra el espíritu obsesor.

82. **Oración**. (Para que la diga el obsesado). - Dios mío, permitid a los buenos espíritus que me libren del espíritu malhechor que se ha unido a mí. Si es una venganza que ejerce por los males que le hubiese hecho en otro tiempo, vos lo permitís, Dios mío, para mi castigo, y sufro la consecuencia de mi falta. ¡Que mi arrepentimiento merezca vuestro perdón y mi liberación! Pero cualquiera que sea el motivo que tenga, solicito vuestra misericordia para él. Dignaos facilitarle el camino del progreso, que le desviará del pensamiento de hacer el mal. Que por mi parte, volviéndole bien por mal, pueda conducirle a mejores sentimientos.

Pero también sé, Dios mío, que mis imperfecciones son las que me hacen accesible a las influencias de los malos espíritus. Dadme la luz necesaria para conocerles y, sobre todo, combatid en mí el orgullo que me ciega para que no vea mis efectos.

¿Cuál puede ser, pues, mi indignidad, puesto que un ser malhechor puede mortificarme?

Haced, Dios mío, que esta desgracia que mi vanidad merece, me sirva de lección para el poryenir, que me mortifique en la resolución que tomo de purificarme con la práctica del bien, de la caridad y de la humanidad, con el fin de oponer para siempre una barrera a las malas influencias.

Señor, dadme fuerza para soportar esta prueba con paciencia y resignación: comprendo que, como todas las otras pruebas, debe ella ayudar mi adelantamiento si no pierdo su utilidad con mi murmuración, puesto que me proporciona la ocasión de manifestar mi sumisión y de ejercer la caridad hacia un hermano desgra-

ciado, perdonándole el mal que me hace. (Cap. XII, núms. 5 y 6; capítulo XXVIII, número 15 y siguientes y 46 y 47).

83. **Oración**. (Para el obsesado). - Dios Todopoderoso, dignaos darme poder para librar a N... del mal espíritu que le obsesa; si entra en vuestros designios poner término a esta prueba, concededme la gracia de hablarle con autoridad.

Espíritus buenos que me asistís, y vos, su ángel de la guarda, prestadme vuestro auxilio y ayudadme a desembarazarle del fluído impuro que le rodea.

En nombre de Dios Todopoderoso, conjuro al espíritu malhechor que le atormenta a que se retire.

84. **Oración**. (Para el espíritu obsesor). - Dios infinitamente bueno, imploro vuestra misericordia para el espíritu que obsesa a N ...; hacedle entrever la claridad divina, a fin de que vea el falso camino en que está. Espíritus buenos, ayudadme para hacerle comprender que haciendo el mal lo pierde todo, y todo lo gana haciendo el bien.

Espíritu que os complacéis en atormentar a N... escuchad, porque os hablo en nombre de Dios.

Si queréis reflexionar, comprenderéis que el mal no puede sobrepujar al bien, y que no podéis ser más fuerte que Dios y los buenos espíritus.

Ellos podrían haber preservado a N... de toda persecución por vuestra parte; si no lo han hecho es por que él (o ella) debía sufrir esta prueba. Pero cuando esta prueba se concluya, os quitarán toda acción sobre él; el mal que le habéis hecho, en vez de hacerle daño, servirá para su adelantamiento, por lo mismo será más feliz; de este modo vuestra maldad habrá sido una pura pérdida para vos y se volverá contra vós mismo.

Dios, que todo lo puede, y los espíritus superiores sus delegados, que son más poderosos que vos, podrán,

pues, poner término a esta obsesión cuando lo quieran, y vuestra tenacidad se estrellará contra esa suprema autoridad. Pero lo mismo que Dios es bueno, quie re dejaros el mérito de que ceséis por vuestra propia voluntad. Este es un plazo que seos concede; si no os aprovecháis de él sufriréis sus deplorables consecuen cias; grandes castigos y crueles sufrimientos os espe ran; os veréis fórzado a implorar su piedad y las ora ciones de vuestra víctima, que ya os perdona y ruega por vos, lo que es un gran mérito a los ojos dé Dios, activará su liberacion.

Reflexionad, pues, mientras hay tiempo aun, porque la Justicia de Dios caerá sobre yos, como sobre todos los espíritus rebeldes. Pensad que el mal que hacéis en este momento tendrá un término, mientras que si os obstináis en vuestro endurecimiento, vuestros sufrimientos aumentarán sin cesar.

Cuando estabais en la tierra, ¿no os hubiera pare cido estúpido el sacrificar un gran bien por una peque ña satisfacción del momento? Lo mismo sucede ahora que sois espíritu. ¿Qué ganais con lo que hacéis? El triste placer de atormentar a alguno, lo que no os impide ser desgraciado, por más que digáis, y os hará más desgraciado a un.

Por otra parte, ved lo que perdéis, mirad a los bue nos espíritus que os rodean, y ved si su suerte no es, acaso, preferible a la vuestra. Participaréis de la feli cidad que ellos gozan cuando lo queráis. ¿Qué es me nester para conseguirlo? Implorarlo a Dios, y hacer el bien en vez de hacer el mal. Ya sé que no podéis transformaros de repente pero Dios no pide nada imposible; lo que quiere es la buena voluntad. Probadlo, pues, y os ayudaremos. Haced que bien pronto podamos decir por vos la oración de los espíritus arrepentidos (número 73), y no tengamos que colocaros más entre los es píritus malos, hasta que más adelante podáis contaros entre los buenos. (Véase el número 75, oración para los espíritus endurecidos).

Observación. - La curación de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación; exige también tacto y habilidad para conducir al bien a los espíritus, a menudo muy perversos, endurecidos y astutos, porque los hay rebeldes al último grado; en la mayor parte de los casos es menester acomodarse a las circunstancias; pero cualquiera que sea el carácter del espíritu, es un hecho cierto que no se obtiene nada por la fuerza o la amenaza; toda la influencia está en el ascendiente moral. Otra verdad igualmente justificada por la experiencia, lo mismo que por la lógica, es "la completa ineficacia de los exorcismos, fórmulas, palabras sacramentales, amuletos, talismanes, prácticas exteriores o cualquiera otra señal material".

La obsesión prolongada por largo tiempo puede ocasinonar desórdenes patológicos, y requiere algunas veces un tratamiento simultáneo o consecutivo, sea magnético, sea medicinal, para restablecer el organismo. Destruída al causa, falta combatir los efectos. (Véase el **Libro de los Médiums**, segunda parte, cap. XXIII: "De la obsesión").

FIN

ÍNDICE

Págs.

INDICE

Págs.

INDICE

INDICE

INDICE

Págs.

INDICE

INDICE
